

EL GRAN MIEDO

UNA NUEVA INTERPRETACIÓN DEL TERROR EN LA REVOLUCIÓN RUSA

JAMES HARRIS

CRÍTICA

Índice

Agradecimientos

De una forma u otra, llevo trabajando sobre el terror estalinista por lo menos dos décadas. Muchas personas, grupos e instituciones han contribuido a la evolución de este libro a lo largo de todo ese tiempo. Mis ideas se han desarrollado a través de la correspondencia, las conversaciones y discusiones que he mantenido con muchos colegas. Quienes me conocen bien saben que disfruto de la dialéctica de forma particular. Nada refina tan bien las ideas como el calor de la discusión y los martillazos que infligen las pruebas en contrario presentadas con contundencia. Mis compañeros de posgrado en Chicago tenían una afición similar por el forcejeo y me ayudaron a avanzar por un vía productiva. Sheila Fitzpatrick, que dirigió mi tesis doctoral, me animó a continuar trabajando sobre el terror después del doctorado. El ensayo de revisión bibliográfica que me pidió escribir a principios de la década de 2000 me permitió cristalizar algunas de las ideas que forman el núcleo de este libro. Arch Getty ha sido un mentor, colega y amigo estupendo. Nadie conoce las fuentes mejor que él, y nadie es más generoso con su tiempo y esfuerzo cuando se trata de ayudar a los que queremos invadir su territorio. Esta obra habría sido inconmensurablemente más débil sin sus aportes.

Muchos colegas me ofrecieron comentarios a capítulos particulares, o a las ponencias y conferencias en los que se basan. Quienes asistieron al congreso sobre el terror que organicé en 2010 me ayudaron en un momento crítico durante la escritura del libro. En particular, quiero agradecer a Bill Chase, Gabor Rittersporn, Anna Geifman, Wendy Goldman, David Brandenberger, Sarah Davies, Arfon Rees, Matt Lenoe, Iain Lauchlan, Melanie Ilic, David Shearer, Paul Hagenloh, Lynne Viola, Ronald Suny, Alistair Kocho-Williams, David Priestland, Jorg Baberowski, Roger Reese, Vladímir Jaustov, Larisa Malashenko, Vladímir Nevezhin, Oleg Jlevniuk, Robert Hornsby, Joe Maiolo, Alex Kilin y Guennadi Shaposhnikov. Estoy

en deuda con la Universidad de Leeds por otorgarme la licencia de investigación necesaria para culminar la escritura de esta obra, y al Consejo para la Investigación en las Artes y las Humanidades del Reino Unido por financiar la mitad del período de licencia. El tiempo dedicado a la docencia también me ha sido de gran utilidad. Durante cinco o seis años he estado enseñando un módulo sobre el «Terror estalinista» a los excelentes estudiantes de máster de la Universidad de Leeds. He aprendido un montón de las discusiones mantenidas con ellos. Uno de esos alumnos en particular, Peter Whitewood, continuó trabajando en el tema hasta doctorarse y moldeó mis puntos de vista acerca del terror en el Ejército Rojo y las operaciones masivas. Por último, este libro habría sido inimaginable sin la colaboración del personal de los archivos rusos. Los archiveros del RGASPI, el RGVA, el AVPRF, el GARF, el RGAE, el TsDOO SO y el GAAO SO me ofrecieron una ayuda inmensa y fue un placer trabajar con ellos.

Abreviaturas

APRF	Archivo del presidente de la Federación Rusa
ARCOS	Sociedad de Cooperación Panrusa
AVPRF	Archivo de Política Exterior de la Federación Rusa
basmachí	Grupo que combatía el poder soviético en Asia central durante y después de la revolución
Cheká	Comisión Extraordinaria Panrusa para Combatir la Contrarrevolución y el Sabotaje
decembristas	Participantes en la infructuosa sublevación de 1825
Donbás	cuenca del Don
Duma	Parlamento estatal formado en 1906 bajo Nicolás II
dvurushnichestvo	«duplicidad» (elogiar las políticas en público y trabajar para socavarlas en privado)
dvurushnik	doble, traidor
FSB	Servicio Federal de Seguridad de la Federación Rusa
Gosplán	Comité Estatal de Planificación
GPU	Administración Política del Estado
Guardia Blanca	Grupo vinculado a las fuerzas blancas durante y después de la guerra civil
Gulag	Dirección General de Campos de Trabajo
INO OGPU	Departamento Extranjero del OGPU
Izvestia	periódico oficial de circulación nacional

kadete	miembro del Partido Democrático Constitucional
Komintern	Internacional Comunista
koljós	granja colectiva
Komsomol	Unión de las Juventudes Comunistas
kulák	campesino rico
KVZhD	Ferrocarril Chino del Este
Lubianka	edificio de la policía política en Moscú
mencheviques	facción del movimiento socialdemócrata ruso
NEP	nueva política económica
NKVD	Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos
obkom	comité regional del Partido Comunista
óblast	región
OGPU	Directorio Político Unificado del Estado
opríchnina	policía secreta de Iván el Terrible
orgburó	buró de organización del Comité Central
Osoaviajim	Unión de Sociedades de Asistencia para la Defensa, la Aviación y la Construcción Química en la URSS
Período Tumultuoso	interregno violento, 1598-1613
petliurovita	partidario del movimiento de independencia ucraniano de Simon Petliura
politburó	buró político del Comité Central
polpred	equivalente de embajador
polpredstvo	equivalente soviético de embajada en los primeros años después de la revolución
Pravda	periódico nacional del Partido Comunista
Rabkrin (RKI)	Inspección Obrera y Campesina
RGASPI	Archivo Estatal Ruso de Historia Político-Social
RGVA	Archivo Militar Estatal de Rusia

RSFSR	República Socialista Federativa Soviética de Rusia
rublo	unidad monetaria de Rusia
Secretariado	Secretariado del Comité Central
skloki	«riñas»; o luchas intestinas entre facciones
Sovnarkom	Consejo de los Comisarios del Pueblo
SR	miembro del Partido Social-Revolucionario
streltsí	guardias rusos (siglos XVI-XVIII)
TASS	Agencia de telégrafos de la Unión Soviética
URSS	Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas
VKP(b)	Partido Comunista (bolchevique)
Voluntad del pueblo	movimiento revolucionario responsable del asesinato de Alejandro II
VSNJ	Consejo Supremo de Economía Nacional

Introducción

Entre el invierno de 1937 y el otoño de 1938, setecientos cincuenta mil ciudadanos soviéticos fueron ejecutados sumariamente y sus cadáveres arrojados a fosas comunes. Más de un millón más fueron condenados a cumplir penas prolongadas en los campos de trabajo del Gulag. Muchos de ellos no sobrevivieron a la terrible experiencia. Aunque ese no fue el único episodio de represión masiva en la historia de la Unión Soviética, sí fue con diferencia el más devastador. Figura entre los episodios más espantosos de violencia estatal en un siglo caracterizado por Estados violentos. Conocido comúnmente como el «gran terror» de Stalin, también está entre los momentos más incomprendidos de la historia del siglo XX.

Se trata, sin duda, de un episodio desconcertante. El terror se cebó con los ingenieros, los directores de las fábricas y otros especialistas del ámbito económico después de tres años de crecimiento sólido en los que se habían alcanzado todos los objetivos principales de los planes de desarrollo. De hecho, las detenciones y ejecuciones causaron una crisis económica pues diezmaron el talento administrativo e infundieron el temor a tomar incluso las decisiones más elementales. El terror arrasó las fuerzas armadas en vísperas de la invasión nazi. La muerte de miles de oficiales y especialistas militares de todos los rangos contribuyó de manera directa a las desastrosas campañas iniciales de la guerra. La matanza indiscriminada de funcionarios del Partido y el Estado llegó incluso al Comité Central del Partido Comunista, donde el terror se cobró la vida de la mayoría de sus miembros, y a punto estuvo de hacer ingobernable el Estado soviético. La mayoría de las víctimas de la represión estatal en este período fueron acusadas de ser partícipes, o «potencialmente» partícipes, en conspiraciones contrarrevolucionarias. Casi sin excepción, las acusaciones carecían de fundamento y no contaban con pruebas materiales que las sustentaran. En 1937-1938, no existía ninguna amenaza significativa para la revolución

bolchevique, el régimen o la persona de Stalin. Para la época en que se puso fin al terror, era claro que la mayor parte de las víctimas que se había cobrado no eran funcionarios de alto rango; de hecho, no eran ni siquiera personas con vínculos particulares con los círculos del poder. La mayoría fueron ciudadanos soviéticos normales y corrientes, trabajadores y campesinos para los que la «contrarrevolución» era una abstracción ininteligible. En resumen, este episodio de violencia política extraordinaria fue absolutamente destructivo, no solo en términos del incalculable costo humano, sino también en términos de los intereses de las autoridades soviéticas, y en particular de Iósif Stalin, que fue quien lo ordenó y gestionó.

La escasez de fuentes ha complicado los intentos de entender el terror durante mucho tiempo. En lo que respecta al trabajo de la policía política ningún gobierno es franco y abierto, pero el régimen de Stalin se encuentra entre los más herméticos de todos los tiempos. Lo que sabemos acerca de 1937-1938 empezó con lo poco que el régimen quiso poner en conocimiento de la opinión pública dentro y fuera del país. Gran parte de lo que decidió difundir fue el relato de la supuesta actividad contrarrevolucionaria de pequeños grupos de antiguos opositores vinculados a los líderes del politburó que en la década de 1920 habían competido con Stalin en las luchas de poder que siguieron a la muerte de Lenin. Los artículos de prensa y las transcripciones judiciales explicaban cómo León Trotski, Grigori Zinóviev, Lev Kámenev, Nikolái Bujarin y Alekséi Ríkov, entre otros, no aceptaron la victoria de Stalin en su momento y en la década de 1930 optaron por recurrir a medidas cada vez más desesperadas para derrocarle, incluida la conspiración con los principales enemigos de la revolución: los capitalistas y los fascistas. Una vez más el relato ofrecido tenía un vínculo en el mejor de los casos muy débil con los acontecimientos subyacentes, pero como las fuentes eran tan pocas esa parte del terror, un fenómeno mucho más amplio, tendió a convertirse en el aspecto central estudiado por los historiadores. La explicación que aún cautiva la imaginación pública presenta el terror como la culminación de la lucha de Stalin por el control total. Los denominados «juicios de Moscú» se

presentan como el arma con la que Stalin dio el golpe de gracia que eliminó a la vieja guardia leninista y le permitió ascender a una nueva generación de funcionarios leales a su persona.

Robert Conquest popularizó esta visión en su libro de 1968 *El gran terror*.[1] Desde entonces la obra se ha reimpreso de forma casi continua, incluso después de que nuevas pruebas demostraran que la tesis central resultaba insostenible. Las historias populares tienden a personalizar los grandes acontecimientos históricos, y culpar al tirano sanguinario empeñado en hacerse con el poder total permite crear un gran relato, en particular uno reconfortante desde un punto de vista moral. Al culpabilizar a un solo hombre de la muerte de millones, Conquest esquivó el desafío narrativo casi irresoluble de tener que dar cuenta de la variedad de las víctimas y de los perpetradores y desentrañar la compleja historia de la violencia política en la URSS y, antes de ella, en el Imperio ruso. Conquest no fue el único que abordó la cuestión de esa forma. En 1956, en su «Discurso secreto» al Vigésimo Congreso del Partido Comunista, Nikita Jrushov echó la culpa de la violencia política de la era estalinista al dictador y su «culto de la personalidad»; en este caso, sin embargo, Jrushov no estaba únicamente buscando tejer un buen relato. El líder soviético estaba diciendo a miles de perpetradores, en particular entre la élite del Partido, que su participación en la represión masiva no sería llevada a los tribunales. Dejaba así claro que Stalin sería el único que cargaría con la culpa, a pesar de que él sabía, y ellos sabían, que la verdad era mucho más turbia.

En las décadas de 1970 y 1980, los historiadores y politólogos socavaron esa visión dominante del «Estado fuerte» centrado en Stalin al explorar cuestiones que iban más allá de la personalidad y las acciones del líder: la función de la ideología bolchevique; la forma en que la sangrienta guerra civil hizo al Partido más centralizado y violento; los prerrequisitos sociales del estalinismo; y la importancia de los conflictos y tensiones entre los funcionarios del gobierno central y los de las regiones, entre otros temas.[2] En 1985, J. Arch Getty atacó los fundamentos mismos de la explicación propuesta por Conquest con su libro *Origins of the Great Purges*. Allí donde Conquest había visto a un único hombre en busca del poder total, Getty vio un sistema en completo desorden, que avanzaba

tambaleándose de una crisis a otra y descargaba su furia sobre sus propias «sombras».[3] La idea de un «Estado débil» de Getty constituía un contrapunto perfecto del «Estado fuerte» de Conquest. Cuando el sistema soviético se derrumbó en 1991 y los estudiosos tuvieron por fin acceso a, literalmente, millones de archivos, ambos bandos pudieron encontrar con facilidad pruebas que respaldaban sus respectivas posiciones: pruebas tanto de un Estado poderoso en extremo y excesivamente centralizado; y pruebas de la confusión, la insubordinación y el miedo. No hubo respuestas sencillas y rápidas. Se necesitó tiempo para digerir y comprender el inmenso volumen de documentos. Al final, la mayor «revelación» de esos archivos, en la medida en que es posible hablar en tales términos, fue que las víctimas habían sido en su abrumadora mayoría ciudadanos soviéticos normales y corrientes (trabajadores y campesinos) en lugar de la élite del Partido y el gobierno, como por lo general se daba por sentado. Eso fue sin duda un duro golpe para quienes pensaban que el terror había sido la culminación de la búsqueda del poder total por parte de Stalin. Si ese era el problema, los trabajadores y campesinos no representaban un obstáculo serio para el líder comunista. Sin embargo, más o menos por la misma época en que se llegaba a esa conclusión, la liberación de una buena parte de los documentos personales de Stalin en el año 2000 evidenció con claridad que, efectivamente, en la década de 1930 el Estado soviético estaba centralizado en exceso y el poder, concentrado en las manos de Stalin. Como anotó un historiador, Stalin era el «señor de la casa».[4] Parecía haber abundantes pruebas para respaldar a ambos bandos de la discusión.

Este libro ofrece una historia general del terror que intenta resolver la paradoja del Estado débil y el Estado fuerte. Tomó forma en el flujo y reflujo causado por la apertura de archivos a lo largo de los últimos veinte años.[5] La primera oleada de archivos liberados, después de 1991, ofreció a los historiadores una imagen extraordinariamente detallada de las decisiones tomadas por los organismos oficiales desde la cúspide misma del sistema hasta el nivel distrital. La segunda oleada, casi diez años después, abrió los documentos personales de funcionarios y autoridades de alto rango, incluido Stalin. Esos documentos incluían una parte considerable de la información entrante en la que esos dirigentes fundaban sus decisiones:

espionaje nacional e internacional, resúmenes de opinión, recortes de periódicos e informes de toda clase. Cuando se examinaron las decisiones a la luz de la información en la que se sustentaban, fue posible vislumbrar cómo interpretaban esa información los líderes soviéticos y, también, cómo la malinterpretaban.[6] Los bolcheviques habían llegado al poder en 1917, en medio de la Gran Guerra, la ocupación alemana, las deserciones en masa y el desorden social generalizado. La toma del poder en Petrogrado y Moscú no fue fácil, pero en el esfuerzo por hacerse con el control del resto del Imperio ruso los bolcheviques tuvieron que hacer frente a una colección de enemigos muy poderosos: los ejércitos blancos, los alemanes, las fuerzas armadas extranjeras decididas a mantener el frente oriental y esa parte sustancial de la población local para la que la prometida «dictadura del proletariado» no era en absoluto bienvenida. En resumen, resulta perfectamente claro por qué los bolcheviques deseaban, e hicieron grandes esfuerzos por desarrollarlos, sistemas eficaces para recabar información acerca de las actividades e intenciones de sus enemigos.

Para comienzos de la década de 1920, los bolcheviques habían ganado la guerra civil, pero sabían que tenían un largo camino que recorrer para construir la utopía de sus sueños, y que todavía había muchos grupos, tanto dentro como fuera del país, a los que les gustaría verlos fracasar. Era apenas sensato que se ordenara al aparato dedicado al espionaje que se mantuviera vigilante. En los años que siguieron, las autoridades soviéticas recibieron un flujo constante de informes inquietantes acerca de las alianzas internacionales forjadas por las potencias capitalistas empeñadas en invadir la URSS, pero también sobre ingenieros y otros especialistas «burgueses», académicos, campesinos ricos, grupos étnicos y nacionales no rusos, oficiales del ejército, antiguos miembros de la oposición y muchos otros que buscaban socavar el poder soviético desde dentro. En la mayoría de los casos los informes exageraban de forma descarada, o incluso inventaban, las amenazas que pretendían analizar. Esas «amenazas» no se urdían sencillamente para alcanzar objetivos políticos cínicos. Y resulta imposible explicarlas como mera consecuencia de alguna psicopatología. Este libro explica cómo fue que surgió una relación disfuncional entre quienes recababan la información y los dirigentes soviéticos, y cómo eso da cuenta

en gran medida del terror estalinista de la década de 1930. El Estado era supremamente poderoso, pero tenía la impresión de que era débil. En el otoño de 1936, el régimen de Stalin pensaba que la invasión de la URSS era inminente. Al mismo tiempo, consideraba que el régimen estaba asediado por conspiraciones múltiples e interconectadas que podían, en caso de que estallara la guerra, desencadenar la derrota, poner fin a la revolución y restaurar el capitalismo. Stalin y su círculo íntimo creían que para la supervivencia del régimen y la revolución esa quinta columna potencial tenía que ser eliminada. Al final la guerra llegaría en 1941, y el régimen hubo de hacer frente a una inevitable dosis de colaboración, pero habría sido más fuerte y estado más unido si no se hubiera lanzado a combatir conspiraciones en gran medida inexistentes durante el «gran miedo» de 1937-1938.

La historia del «gran miedo» no empieza en 1917 con la revolución y la toma del poder por parte de los bolcheviques. Como veremos, ciertos rasgos del bolchevismo y de la experiencia inicial de los bolcheviques exacerbaron el miedo exagerado a las amenazas extranjeras e internas; sin embargo, entre todas las amenazas, reales o presentidas, que inquietaron a los bolcheviques después de 1917 solo de unas pocas puede decirse que carecieran por completo de precedentes. Un breve bosquejo de la percepción de las amenazas en la historia rusa evidencia que la visión desmesurada del peligro enemigo no fue un fenómeno exclusivamente «bolchevique». Por el contrario, muchas generaciones de gobernantes rusos habían experimentado antes que Stalin la mayoría de los temores que justificaron el recurso al terror por parte del régimen en los años 1936-1938. Los bolcheviques heredaron directamente muchas de las inseguridades persistentes de los anteriores gobernantes de Rusia. Eso no significa en ningún sentido que debido a ellas el terror fuera inevitable y no explican la violencia excepcional de la represión estatal del régimen estalinista. No obstante, las acciones emprendidas por los bolcheviques tras la revolución no pueden comprenderse plenamente sin hacer referencia a las inseguridades integradas en el tejido mismo de la historia rusa.

La estepa euroasiática no es un lugar obvio para el surgimiento de un gran imperio. Los primeros testimonios que registran la existencia de los eslavos los encontramos en Bizancio, donde los vikingos los vendían como esclavos. Cultivar el suelo planteaba un desafío excepcional debido a la brevedad de la estación de cultivo, pero los excedentes que consiguieron generar les permitieron pagar tributos a grupos más poderosos a cambio de que les protegieran de los atacantes. Esa protección básica respaldó la propagación de las comunidades eslavas, que consistían por lo general en grupos de entre cincuenta y sesenta personas que trabajaban juntas la tierra. Las comunidades originales se disolvieron de forma gradual en grupos más grandes dominados por una única familia. En la década de 980, en el umbral del milenio, el príncipe Vladímir de Kiev se convirtió en el primer «superpríncipe» mediante una combinación de conquistas y negociaciones, siendo el primer gobernante que podía proclamar que representaba la *Rus'*, que era como se conocía al conjunto de las tierras y pueblos eslavos. El logro de Vladímir fue inmenso, pero la realidad práctica era que su poder se apoyaba en una compleja jerarquía cortesana en la que el gobernante tenía que lidiar con otros príncipes que continuaban teniendo un poder considerable por derecho propio. Para mediados del siglo XII, el Estado unitario de Kiev estaba en decadencia a causa de la tendencia creciente de los príncipes a afirmar su poder independiente. El golpe definitivo lo propinó Gengis Kan y la invasión mongola de 1237-1241: durante los siguientes doscientos cincuenta años, los príncipes eslavos se vieron obligados a recaudar tributo para los mongoles. Aunque eso fue una humillación sin paliativos, los príncipes que consiguieron ganarse el favor de los mongoles en ese período vieron ampliar su poder enormemente, y nadie se benefició más de ello que los príncipes de Moscú.

Gracias a una combinación de suerte y propósito, evitaron las luchas de poder que habían debilitado de forma fatídica a Kiev. Desde 1389 hasta 1589, Moscovia tuvo solo cinco gobernantes, y eso se debió en buena medida a que supieron lidiar de forma implacable con las amenazas a la unidad del Estado. Moscú absorbió otros principados mediante la conquista

y estableció que la pena por desafiar al «gran príncipe» moscovita era la muerte o el exilio. La violencia política era la respuesta típica a cualquier amenaza al poder del Estado. Un sistema político nuevo y sin precedentes emergió a lo largo de esos dos siglos. Para mediados del siglo XVI, los príncipes integrados dentro del Estado moscovita se habían transformado en servidores, o sirvientes, del soberano. Los gobernantes moscovitas, que para afirmar su dominio ahora se llamaban a sí mismos «zares», no solo controlaban la tierra y sus gentes. Los poseían. Rusia entera se había convertido en su propiedad o «patrimonio». Esta clase de gobierno, sin ningún tipo de límite o condicionamiento, carece de paralelo en la Europa de la Edad Media. La concentración total de los recursos y el poder permitió al Estado moscovita no solo liberarse del dominio mongol, sino expandirse sin descanso hacia el sur y hacia el este a través de la estepa euroasiática. Con todo, sería un error dar por sentado que eso significaba que el autócrata ruso se sentía por completo seguro. Tener poder sobre la vida y la muerte de los antiguos príncipes y boyardos no era una garantía irrefutable de estabilidad política.

La ausencia de cualquier poder independiente y la condición de propietario de la que gozaba el zar no implicaban que los miembros de la élite no tuvieran aspiraciones separadas. Estos no olvidaban sus propios linajes principescos y, de cuando en cuando, conspiraban contra el gobernante. Esas conspiraciones causaban a su vez contraataques que intensificaban la violencia política. En la década de 1540, el príncipe Andréi Shuiski intentó aprovecharse de la muerte de Basilio III en un momento en que su hijo y sucesor Iván (Iván IV) tenía apenas tres años. Iván se salvó gracias a la intervención de otras familias destacadas que no querían que los Shuiski tuvieran éxito, pero no de forma incruenta: una cadena de asesinatos, ejecuciones y arrestos marcaría al futuro zar. Iván IV, Iván el Terrible como se lo conoce popularmente, vivió acosado por el fantasma de la deslealtad de la élite al punto de que creó una corte privada (o círculo de gobierno) conocida como la *opríchnina*, a cuyos miembros (los *opríchniki*) se encomendó la búsqueda y destrucción de los enemigos del zar. El resultado fue una orgía de violencia en la que se asesinó a miles de personas de todos los estratos sociales, desde príncipes hasta

campesinos, y se envió al exilio a muchas más. El terror masivo fue una demostración categórica del poder de Iván y de su actitud hacia quienes osaban conspirar contra él.

En 1682, la muerte del zar Teodoro III, que no tenía descendientes, desencadenó una nueva ronda de conjuras entre los boyardos, en esta ocasión combinadas con una revuelta de los *streltsí*, como se conocía a los guardias de palacio. De nuevo el futuro zar, esta vez Pedro I, que entonces tenía diez años, tuvo que presenciar escenas de excepcional violencia en el Kremlin. La respuesta de Pedro fue crear la Preobrazhenski Prikaz, que se convertiría en la primera fuerza de policía secreta de Rusia propiamente dicha, con poderes para detener e interrogar a cualquier individuo sospechoso de cometer, incluso de pensamiento, actos de traición, sin importar su rango o condición. Al igual que las fuerzas de policía política que la sucederían, incluida la de tiempos de Stalin, este cuerpo actuaba como juez, jurado y verdugo. Pese a ello la policía política tampoco pudo garantizar el fin de las intrigas políticas. Entre 1741 y 1801 hubo tres golpes exitosos que se tradujeron en la muerte violenta del monarca reinante. Catalina la Grande comenzó los treinta y cuatro años de su reinado en julio de 1762 tras derrocar a su propio marido, Pedro III. La emperatriz mantuvo una relación estrecha con el jefe de la policía política, Stepán Sheshkovski, a quien apreciaba por su dureza y eficacia. Y valoraría todavía más sus servicios después de que la Revolución francesa terminara con la ejecución del soberano francés, lo que infundió en ella el temor a que la «infección francesa» pudiera brotar en Rusia.

Al final, en época de Catalina no se produjeron en el país acontecimientos de carácter revolucionario, pero la idea de la «infección francesa» no estaba desencaminada. A comienzos del siglo XVIII, Pedro el Grande había hecho a Rusia virar hacia Occidente en contra de la voluntad de gran parte de la élite local y, para los tiempos de Catalina, ese proceso de occidentalización había avanzado tanto que era ya irreversible. Gracias a la educación y los viajes, la élite empezó a sentirse más cómoda en las capitales europeas que en sus propias haciendas en la patria rusa. Y al convertirse en testigos directos de las libertades políticas y el desarrollo económico que estaba viviendo Europa, muchos empezaron a desear que

Rusia experimentara el mismo proceso. No pasó mucho tiempo antes de que esos deseos se transformaran en acción política. Para el siglo XIX, las grandes familias boyardas y principescas ya no contemplaban seriamente la posibilidad de conspirar contra el zar en la corte real. De hecho, desde tiempos de Pedro, el poder de la corte había disminuido en favor de una burocracia en la que la posición estaba determinada en gran medida por el talento, no por el rango o el estatus. Seguían existiendo conspiraciones contra el zar, por supuesto, pero estas ya no se originaban en la corte. El levantamiento decembrista de 1825 inauguró una nueva era todavía más inquietante para los autócratas: la era de los revolucionarios.

Sería una exageración llamar «revolucionarios» a los decembristas, aunque más tarde los bolcheviques tenderían a recordarlos así. Estos oficiales de la guardia imperial rusa, muchos de los cuales tenían linaje principesco, por lo general no querían derrocar la autocracia sino, más bien, garantizar que las reformas liberales iniciadas por el zar Alejandro I se profundizaran y ampliaran. En una pauta que terminaría tornándose familiar a lo largo del siglo XIX, algunos se sintieron decepcionados y optaron por radicalizarse cuando el empeño reformista del zar retrocedió ante los primeros síntomas de que el cambio generaba inestabilidad. Formaron sociedades secretas en las que les resultaba posible compartir sus puntos de vista con libertad, y en ese contexto, los miembros más radicales gozaban de una influencia excepcional. El 19 de noviembre de 1825, cuando Alejandro I murió de forma repentina, esos oficiales decidieron aprovechar el breve interregno para forzar los acontecimientos. Sin embargo, ante la falta de avance en las negociaciones, Nicolás ordenó a la artillería abrir fuego contra los «rebeldes» que protestaban. Quienes no volaron en pedazos se apresuraron a huir. Como muchos de sus predecesores, Nicolás dependía enormemente del jefe de la policía política. El general Alexander Benckendorf se convirtió en la segunda persona más poderosa del Imperio ruso y en confidente del zar. Creó una red de espías impresionante que consiguió infiltrarse en todos los grupos e instituciones que más probabilidades tenían de albergar «liberales» (es decir, los partidarios potenciales de las ideas constitucionalistas que entonces circulaban por Europa). No obstante, tanto Nicolás como sus sucesores estaban librando

una batalla perdida. El recelo a introducir reformas políticas y económicas de calado los hizo quedar cada vez más rezagados respecto a lo que ocurría en el continente europeo. Para muchos rusos instruidos, la existencia continuada de instituciones medievales, desde la autocracia patrimonial hasta la servidumbre, resultaba intolerable.

Antes de que nuestro análisis aborde el ascenso de los bolcheviques y los muchos otros grupos revolucionarios que contribuyeron al colapso de la autocracia en 1917, es necesario señalar otras fuentes de inseguridad que agobiaban a los gobernantes rusos. A mediados del siglo XIX, otras dos amenazas, cuestiones irresueltas a lo largo de los siglos, incidían en la inquietud del autócrata. Concentrarnos en la alta política ha hecho que, hasta ahora, no hayamos prestado atención a la población en general. ¿Por qué deberían importar esas personas cuando eran, en su mayoría, poco más que una propiedad de las élites terratenientes? Lo cierto es que la mayoría del campesinado ruso mamaba con la leche materna el mito de un zar benevolente rodeado de consejeros no tan benevolentes. Sin embargo, la protección que ese mito ofrecía tenía un límite, y en cierto sentido, el mismo mito constituía un peligro. En el contexto de las inveteradas reivindicaciones acerca del estatus de los siervos y el trato que recibían a manos de sus amos, las crisis sucesorias fomentaban los rumores de que se pretendía usurpar el trono al zar justo y bueno. En tales condiciones, alguien podía proclamarse el legítimo heredero de la corona y reunir ejércitos de decenas de miles campesinos para marchar sobre la capital. Entre 1600 y 1800, el régimen se vio obligado en cuatro ocasiones a emplear toda la fuerza del ejército imperial para sobrevivir a una rebelión campesina. Y para mediados del siglo XIX, la amenaza de una rebelión de ese tipo era creciente, en particular después de que la reforma emancipadora, el acuerdo tanto tiempo esperado que liberaba a los campesinos de su estatus como siervos, estableciera unas condiciones excesivas que solo sirvieron para agravar las miserias de su condición.

Al miedo a la hostilidad tanto del pueblo como de la élite, a las conspiraciones ocultas y no tan ocultas contra el gobierno del zar, hay que sumar una sensación de vulnerabilidad adicional. Desde los orígenes del pueblo eslavo hasta la Rusia de nuestros días, la amenaza que planteaba el

enemigo interno se agigantaba al considerar la que suponían los enemigos extranjeros. La estepa euroasiática carece de defensas naturales evidentes, y desde el comienzo los eslavos fueron solo uno entre los muchos grupos que competían allí por la tierra y los recursos. Al éxito inicial que supuso hacerse con el control de los territorios alrededor de la moderna Kiev le siguió la derrota aplastante de la invasión mongola y los más de doscientos años que duró la ocupación. Para el siglo XVI, el Estado moscovita estaba chocando con grandes potencias al sur y al oeste: el Imperio otomano, Polonia, Lituania y Suecia. Todas ellas contaban con espías (y partidarios) en la corte imperial rusa, e intentaron aprovecharse de las crisis sucesorias, las rebeliones campesinas y otros problemas internos para obtener territorios e incluso hacerse con el poder. En el punto álgido del llamado «Período Tumultuoso», había en suelo ruso un gran número de soldados polacos, lituanos y suecos y un rey polaco en el Kremlin. La nueva dinastía de los Románov consiguió por fin acabar con esa amenaza, pero no resolver el problema subyacente de la seguridad internacional. En el siglo XVIII, que es posible considerar el período de mayor expansión imperial hacia el este, Rusia libró nueve guerras importantes en el oeste y el sur. Luego, sin haber resuelto ninguno de esos conflictos de forma definitiva, el país se vio inmerso en la titánica lucha contra las fuerzas combinadas del ejército napoleónico, que entonces dominaba la Europa continental. Las dimensiones y los recursos de Rusia, sumados a su debilidad y atraso relativos, convertían al país en un blanco irresistible. La derrota final de Napoleón no sirvió para cambiar ese hecho. Más de un siglo después, Stalin pensaba exactamente en ello cuando, en una reunión con los principales funcionarios a cargo de la economía soviética, sostuvo que «estamos entre cincuenta y cien años por detrás de los países desarrollados. O compensamos esa diferencia en un plazo de diez años o nos aplastarán».[7]

Una cuarta fuente de la vulnerabilidad que sentía el Imperio ruso derivaba del éxito mismo de la expansión imperial. A medida que el imperio iba creciendo, absorbía cantidades cada vez más grandes de poblaciones no rusas, la mayoría de las cuales vivían en las fronteras occidentales y meridionales. El censo de 1897 reveló que de una población de más de ciento veinticinco millones de habitantes, menos de cincuenta y

seis millones eran rusos nativos.[8] La mayoría de esos pueblos no rusos se habían incorporado al imperio mediante la conquista militar y muchos continuaban oponiendo una resistencia feroz mucho después de que la perspectiva de la independencia se hubiera perdido en el pasado. Y si bien casi treinta y siete millones eran hermanos eslavos, no todos ellos estaban contentos con el dominio ruso. Los ocho millones de polacos, en particular, consideraban a los rusos sus enemigos implacables; y hacia finales del siglo XIX, a pesar (y probablemente debido a) los programas para la rusificación del país, incluso los veintidós millones de ucranianos, los llamados «pequeños rusos», empezaban ya a volverse en contra de sus «hermanos mayores».[9]

La expansión del imperio había convertido a Rusia en el país más grande del mundo, con miles de kilómetros de frontera que eran casi imposibles de vigilar. Esas fronteras estaban pobladas, en un lado, por grupos étnicos que en muchos casos eran hostiles hacia los rusos y, en el otro, por naciones con las que Rusia a menudo estaba en guerra. La combinación era sin duda tóxica. Los países que tenían intereses a lo largo de las fronteras meridional y occidental de Rusia estaban capacitados no solo para desestabilizar la periferia del imperio, sino para aprovechar la porosidad de la frontera y utilizar a las poblaciones no rusas simpatizantes como espías y saboteadores. La única forma en que el régimen podía protegerse contra los peligros de la periferia era manteniendo un ejército permanente de dimensiones colosales, algo que la pobre y atrasada Rusia a duras penas podía permitirse.

Las grandes reformas de Alejandro echaron los cimientos para una campaña de industrialización impresionante que prometía desarrollar el poderío militar y económico del país, apuntalar el poder central y restaurar la seguridad nacional. Lo que ocurrió en el proceso, sin embargo, fue lo contrario. Las reformas desgarraron gravemente el tejido social de Rusia. El acuerdo de emancipación dejó a la aristocracia rural en estado terminal y a los campesinos endeudados y, lo que era todavía más peligroso, descontentos y furiosos. La industrialización arrastró a millones de campesinos a los centros urbanos mucho más rápido de lo que estos podían ofrecerles alojamiento adecuado. Los bajos salarios, las largas jornadas y

las precarias condiciones en las que debían trabajar y vivir causaron malestar entre los obreros. Al final, las reformas no sirvieron en absoluto para aplacar a los revolucionarios. Todo lo contrario: los incitaron a actuar. Alejandro II, el Libertador, fue asesinado el 13 de marzo de 1881 cuando un miembro de un grupo revolucionario que se autodenominaba «La voluntad del pueblo» lanzó una bomba al paso de su carruaje. Para comienzos del siglo XX el asesinato político se había convertido en una especie de pasatiempo nacional. Los blancos favoritos eran las autoridades encargadas de hacer cumplir las políticas reaccionarias del régimen. El ministro del Interior Dmitri Sipiaguin fue asesinado en 1902 y su sucesor, Viacheslav von Pleve, en 1904. Ese mismo año fue liquidado además el tío del zar, que era el gobernador general de Moscú. Y estas fueron solo las víctimas más prominentes: las balas y las bombas de la creciente oleada de violencia revolucionaria acabaron también con la vida de miles de funcionarios gubernamentales de menor rango.

Entretanto, una serie de derrotas humillantes en la guerra ruso-japonesa a lo largo de 1904 contribuyó a intensificar la desilusión del pueblo con el atraso y la corrupción de la autocracia. Las reclamaciones de los grupos liberales partidarios de la reforma política se combinaron con las manifestaciones populares, el descontento generalizado de los trabajadores, los levantamientos campesinos a gran escala, las protestas y los actos violentos de las minorías nacionales en la periferia del imperio, los ataques terroristas y una variedad de motines militares para dejar al régimen tambaleándose al borde del colapso. Las concesiones políticas conseguidas en octubre de 1905 fueron muy celebradas, pero Nicolás II las consideró una traición vergonzosa a la dinastía. Y en lugar de aceptar la inevitabilidad del cambio político, utilizó la calma relativa que vino a continuación para restablecer el control central mediante medios tan brutales que el espíritu de las concesiones quedó cuestionado en el acto. Las investigaciones policiales sobre la actividad subversiva se simplificaron de forma radical, y los sospechosos civiles se remitieron a tribunales militares secretos ante los que carecían de representación legal y en los que se los podían condenar a muerte.

Los agentes buscaron infiltrarse en todos los grupos revolucionarios de relieve, una labor en la que tendrían un éxito extraordinario. El ascenso de los «provocadores» a través de la jerarquía permitió a la policía vigilar a los miembros de los distintos grupos y adelantarse a sus planes. Los revolucionarios veían impotentes cómo sus camaradas terminaban en la horca o el exilio sin saber ya en quién podían confiar. Para 1917, cuando por fin consiguieron hacerse con el poder, los bolcheviques llevaban bastante más de una década viviendo en un estado permanente de ansiedad extrema, decididos a hacer realidad su visión de la revolución proletaria, pero sin estar nunca por completo seguros de cuáles de sus compañeros compartían de verdad esa visión y cuáles, en cambio, solo fingían hacerlo y aceptaban dinero del enemigo con el fin de socavar el movimiento desde dentro. La desconfianza se convirtió en una cuestión instintiva, necesaria para la supervivencia. Al mismo tiempo, los revolucionarios aprendieron con dolor, y en carne propia, que un Estado policial y represivo puede dificultar enormemente las actividades de la subversión. La supresión casi total de las libertades civiles, la vigilancia masiva y la facultad de arrestar, encarcelar, exiliar e incluso ejecutar a todo sospechoso de ser revolucionario sin detenerse en sutilezas jurídicas surtieron efecto. Después de haber estado al borde del abismo, el antiguo régimen logró recuperarse, al menos hasta el comienzo de la guerra.

La participación de Rusia en la primera guerra mundial comenzó con la misma erupción de patriotismo que conoció el resto de Europa, pero el sentimiento se disipó mucho más rápido allí que en otros lugares. Las derrotas aplastantes sufridas por el ejército y la veloz pérdida de territorio a manos de los invasores alemanes fueron una causa decisiva, pero no única de esa reacción. Las finanzas estatales no estaban en condiciones de soportar un conflicto prolongado. Aumentar los impuestos nunca es una medida popular, pero la creación de un gravamen nuevo y oneroso para pagar por la incompetencia militar, y la espantosa pérdida de vidas en el frente como consecuencia de ella, inevitablemente se tradujo en protestas. En marzo de 1917 una pequeña manifestación en la capital con motivo del Día Internacional de la Mujer puso en marcha una cadena de acontecimientos que pondría fin a la dinastía Románov. Ese mismo día, la

fábrica de municiones Putílov, el empleador más grande de la ciudad, acudió al cierre patronal debido a la disputa que mantenía con los trabajadores, cada vez más militantes. Miles de obreros furiosos se unieron a la manifestación, que terminó transformándose en un motín de subsistencia. Y cuando tras tres días de disturbios se ordenó a los soldados disparar contra los manifestantes, los uniformados optaron en cambio por unirse a ellos. El zar había perdido el control de la capital, y no contaba con fuerzas disponibles para restaurar el orden. Después de un intento breve e infructuoso de calmar los ánimos mediante el traspaso del poder a su hermano, el gran duque Miguel, la Duma se hizo cargo de la situación. Esta fue la mayor oportunidad que tuvo Rusia de establecer un gobierno democrático liberal, pero las circunstancias no podían haber sido menos propicias para que este prosperara. Mientras las fuerzas liberales se afanaban en resolver inquietudes de principio acerca de la cuestión de la legitimidad, el país entero se derrumbaba. El esfuerzo bélico fue de mal en peor. El abastecimiento de comida en las ciudades siguió siendo incierto. Los levantamientos campesinos y nacionalistas se intensificaron. La población en general terminó pensando que si en eso consistía la democracia liberal, no era ese el gobierno que ellos querían. Las circunstancias favorecieron a los bolcheviques. La organización disciplinada de los conjurados, una jefatura decidida y el apoyo amplio de los trabajadores urbanos apuntalaron la victoria del golpe de Estado a comienzos de noviembre.

En los meses y años que siguieron, fue inevitable que los revolucionarios desarrollaran la misma sensación de vulnerabilidad que había experimentado el antiguo régimen. Al igual que sus predecesores, tuvieron que hacer frente a conflictos sucesorios. Al igual que ellos, tuvieron que enfrentarse a la hostilidad de las potencias extranjeras y a la necesidad de defender miles y miles de kilómetros de fronteras porosas. Y también a lidiar con el problema perenne de los nacionalismos periféricos. Ninguna de las preocupaciones que sirvieron para impulsar el aparato de represión bolchevique carecía de precedentes. De hecho, es posible argumentar que eran intrínsecos a la historia de Rusia. Hubo circunstancias, personalidades y condiciones únicas que hicieron que la violencia política

bolchevique fuera más extrema que cualquiera de las que el país había conocido bajo los zares, pero sería demasiado simplista atribuirlas exclusivamente, como muchos han hecho, a un dictador psicópata o una ideología malvada. El análisis que sigue explora las diversas, y muy reales, amenazas que el régimen bolchevique enfrentó después de 1917, pero también la particular evolución de los sistemas para recabar e interpretar la información acerca de esas amenazas. Buscará mostrar cómo para mediados de la década de 1930 el régimen estaba convencido de que se enfrentaba a múltiples conspiraciones interrelacionadas capaces de derrocarlo. Para entonces, los sistemas de espionaje y recopilación de información ofrecían a los líderes soviéticos una imagen convincente, detallada y matizada de unas amenazas que, en muchos sentidos, no existían.

1
Miedo y violencia

Los bolcheviques tomaron el poder en Petrogrado a comienzos de noviembre de 1917 con, es de subrayar, escasa violencia. Para el otoño, la autoridad del gobierno central se había desintegrado hasta tal punto que el golpe encontró poca o ninguna resistencia. Es notorio que el gobierno provisional, reunido en el Palacio de Invierno, se dispersó después de oír el ruido de cristales rotos causado por un único disparo de fogueo del crucero *Aurora*. El grupo enviado a hacerse con el control de la oficina central de telégrafos había recorrido la mayor parte del camino hasta allí cuando se dio cuenta de que carecía de apoyo armado. Pese a ello decidió seguir adelante y descubrió que para lograr su cometido bastaba declarar que ahora ellos eran quienes tenían el control.[1] El levantamiento comenzó el 7 de noviembre y al día siguiente ya el poder había pasado a manos de los sóviets. Sin embargo, la transición no iba a ser en absoluto pacífica. Para hacerse con el control de Moscú, los bolcheviques necesitaron casi una semana de combates encarnizados en las calles, y eso fue solo el comienzo. Cuando León Trotski asumió la tarea de formar un ejército «rojo» capaz de extender el control y defender la revolución, en las afueras de las provincias centrales ya estaban reuniéndose las fuerzas antibolcheviques, preparadas para erradicar la amenaza revolucionaria. Asegurar la victoria solo fue posible tras tres años de una guerra civil excepcionalmente violenta. El número de soldados muertos superó con creces el millón, y las bajas civiles fueron considerablemente mayores (casi diez veces más, superando de lejos el número de víctimas sufridas por el país a lo largo de la primera guerra mundial). La brutalidad de las tácticas empleadas por ambos bandos alcanzó límites difíciles de imaginar; tanto el personal militar como la población civil fueron víctimas de bombardeos, ataques con gas y ejecuciones sumarias. Resulta indudable que las raíces de la violencia del

Estado soviético bajo Stalin se encuentran en la violencia de la guerra civil; sin embargo, cabe preguntarse si fue esta la que hizo violentos a los bolcheviques o si, por el contrario, fueron los bolcheviques los que hicieron violenta la guerra civil. ¿Condujo el terror de Lenin al terror estalinista de la década de 1930? Tales preguntas no tienen una respuesta obvia y es necesario explorarlas.

Aunque los revolucionarios eran por lo general gente violenta, los bolcheviques no destacaban de forma particular en ese ámbito. Los asesinatos y los atentados con bombas eran la especialidad de los socialistas revolucionarios (también conocidos como socialrevolucionarios o SR) y, en particular, del ala terrorista del movimiento, que buscaba provocar una revolución mediante la decapitación del antiguo régimen. En comparación, los bolcheviques soñaban con una revolución popular en la que se los aclamaría como los representantes naturales de las masas trabajadoras de Rusia. No obstante, eran conscientes de que los proletarios y los campesinos necesitaban que se los ayudara a superar la resistencia de las clases propietarias. Los bolcheviques eran marxistas, y los buenos marxistas son buenos historiadores. Conocían en profundidad los episodios revolucionarios previos y las razones por las que habían fracasado. No querían repetir los errores de la Revolución francesa, de los sucesos de 1848, de la Comuna de París de 1871 o de la propia revolución de 1905. Y aunque los desaciertos cometidos en cada uno de estos casos fueron muchos, el más común fue el de subestimar las fuerzas de la reacción. La historia enseñaba a los bolcheviques que las clases propietarias harían todo lo que estuviera en su poder para sofocar la revolución, y comprendían que tenían que lidiar con esa amenaza de forma sistemática, implacable y hasta el final. No se trataba solo de lanzar su propio terror, sino también de fomentar y canalizar el descontento popular para hacer frente a la «contrarrevolución». Aunque no se sentían inclinados a glorificar la violencia revolucionaria, no vacilarían en la defensa de la revolución, como dejó claro Trotski cuando apuntó que «no entraremos en el reino del socialismo luciendo guantes blancos y caminando sobre suelos pulidos».[2]

Los bolcheviques tuvieron un breve período de calma relativa antes de que la contrarrevolución empezara de verdad. Mientras ellos se dedicaban a tomar el poder en Moscú y un número considerable de ciudades y pueblos provinciales, los generales del ejército imperial discutían con los políticos del gobierno provisional acerca del modo en que debía responderse a la revolución. El hecho de que nunca consiguieran alcanzar un consenso ni coordinar de forma adecuada sus acciones resultó fatídica para ellos,[3] si bien a lo largo de 1918 lograron acorralar a los bolcheviques en las provincias centrales alrededor de Moscú gracias a la labor de los generales Kaledín, Vrangel y Denikin en el sur, Iudénich en el norte y el oeste y el almirante Kolchak en el este. A los denominados ejércitos «blancos» se sumaron pronto fuerzas extranjeras, que incluían a estadounidenses, británicos, franceses, alemanes, checos y turcos, los cuales, por un lado, continuaban librando la primera guerra mundial en suelo ruso y, por otro, intentaban, en palabras de Churchill, ayudar a los blancos a «sofocar el bolchevismo en su cuna». Las batallas decisivas tuvieron lugar en 1919.

Después de un comienzo de año prometedor, el Ejército Rojo parecía incapaz de contener la contraofensiva lanzada por Denikin desde el sur y el oeste. Para octubre los «rojos» habían abandonado Kursk, Vorónezh y Oriol. Moscú se encontraba bajo una amenaza inmediata. Al mismo tiempo, los ejércitos de Yudénich avanzaban sobre Petrogrado. Los blancos se encontraban al borde de la victoria, pero no eran capaces de infligir a la revolución el golpe de gracia. Cuanto más cercano parecía el triunfo, menos dispuestos estaban a coordinar sus acciones y cada jefe militar buscaba imponer con más ahínco su visión con respecto al futuro de Rusia. Lo que hicieron, en realidad, fue dar a los bolcheviques la oportunidad de escapar del cerco que se cerraba sobre ellos y reagruparse.

El giro que experimentó la guerra a finales de 1919 y comienzos de 1920 no hizo el conflicto menos brutal en modo alguno. Ambos bandos reclutaban a sus efectivos a punta de pistola y fusilaban a los desertores. Ambos bandos ejecutaban por lo general a los soldados y oficiales capturados. Ambos bandos requisaban grano y propiedades sin ninguna consideración por las poblaciones a las que despojaban de alimento y techo. Y ambos deportaron a comunidades enteras cuando sospechaban que eran

desleales. Los bolcheviques fueron un paso más allá al proponer en 1919 que se exterminara a toda la élite cosaca de la región del Don como respuesta a su cooperación con Denikin.[4] La violencia excepcional solo puede explicarse en parte apelando a las exigencias de la confrontación. Los rojos y los blancos estaban luchando por el control de un país que [se] había colapsado casi por completo. A duras penas podían ofrecer alimento y cobijo a sus fuerzas. Las población civil estaba condenada a sufrir y los prisioneros de guerra todavía más. En cualquier guerra civil, resulta inevitable que las lealtades se dividan, sean dudosas, vacilen. La mayoría de los participantes no querían otra cosa que sobrevivir y cambiaban de bando cuando el momento de la guerra sugería que era el modo de cumplir con ese objetivo. Sin embargo, en un conflicto con un equilibrio tan precario, tales deserciones en masa resultaban intolerables. Los oficiales amenazaban con castigar la deslealtad con la pena de muerte, una decisión tan lógica como inhumana dadas las circunstancias. La facilidad con la que se daban y cumplían órdenes homicidas debe también muchísimo al efecto deshumanizador de la guerra misma. La guerra civil llegó tras cuatro años de combates brutales contra los alemanes. Los jefes militares y los reclutas por igual se habían acostumbrado a la visión, el olor y la idea de la muerte.[5]

La práctica de la violencia bolchevique tenía una dimensión adicional: la ideología. La toma del poder en 1917 les había dado la oportunidad de hacer realidad el sueño de una sociedad ideal en la que no existiría explotación ni desigualdad. Para ellos, no era una utopía, sino la trayectoria inevitable de la Historia, y por tanto se consideraban las parteras de un futuro glorioso llamado a abarcar a toda la humanidad. Creían con pasión que la suya era una visión perfecta y única, y que toda oposición a ella, cualquier visión alternativa, era el producto inevitable de la ceguera causada por la ignorancia o el egoísmo. La resistencia había de ser superada porque ese glorioso fin justificaba incluso los medios más espantosos. Trotski exploraba esta lógica cuando escribió que: «si la vida humana en general es sagrada, entonces debemos negarnos no solo a recurrir al terror o a la guerra, sino también a la revolución misma [...] [y no obstante] para hacer que el individuo sea sagrado debemos destruir el orden social que lo crucifica». Desde el punto de vista de los dirigentes bolcheviques el terror

rojo era superior al terror blanco porque aquel era empleado para alcanzar la meta de liberar a toda la humanidad. El terror blanco, en cambio, buscaba defender un antiguo régimen que solo beneficiaba los intereses venales de una élite reducida. El uso de la violencia estatal no era una cuestión de principios, sino de conveniencia.[6] Consideraban que destruir a todo individuo, grupo o institución que se pusiera entre ellos y su visión era una especie de obligación sagrada. Las implicaciones de un enfoque semejante iban mucho más allá del campo de batalla. La resistencia, o lo que parecía tal, al menos, era a la vez inevitable y ubicua.

Los bolcheviques no estaban en condiciones de prescindir por completo del viejo orden y construir el nuevo Estado a partir de cero. El movimiento tenía alrededor de veinte mil miembros en el momento de la revolución de febrero, y quizá cinco veces esa cantidad para la época en que finalmente logró hacerse con el poder, pero eran revolucionarios sin experiencia en la administración pública. Resultaba lógico por tanto absorber y adaptar las instituciones estatales existentes. Aunque el 7 de noviembre de 1917 habían logrado entrar en la oficina central de telégrafos de Petrogrado y declarar que estaban a su cargo, otra cosa muy diferente era conseguir que esa y las demás instituciones del Estado siguieran funcionando sin contratiempos y, sobre todo, subordinadas por completo a la causa revolucionaria. Por educación y estatus, los directores de las instituciones estatales y las empresas privadas eran una de las poblaciones menos dispuestas a respaldar una «dictadura del proletariado». Los demás cargos de la burocracia y la administración empresarial no eran muy diferentes. El gobierno de los bolcheviques prometía privarles de todo lo que tenían y consideraban precioso, de modo que no es sorprendente que muchos de ellos buscaran frustrar los planes de los revolucionarios de acuerdo con sus capacidades. Apenas días después de haberse hecho con el poder, los bolcheviques tuvieron que hacer frente a una serie de huelgas cuya intención era paralizar el Estado y la economía. Para enero de 1918, casi cincuenta mil funcionarios públicos y otros empleados administrativos se negaban a trabajar, incluidos diez mil trabajadores bancarios y diez mil empleados de los servicios de correo y telégrafo. Los bolcheviques estaban convencidos de que ese movimiento estaba organizado y financiado por los

capitalistas más ricos del país, entre quienes figuraban P. P. Riabushinski, A. I. Putílov y A. I. Vishnegradski, pero eran conscientes de que para ponerle fin no bastaría encargarse de ellos. En lugar de eso, reunieron los nombres de los huelguistas y despidieron a doce mil, con pérdida de los derechos pensionales. Y enviaron a muchos a realizar trabajos forzados en las fábricas o a palear nieve en las calles.[7]

La huelga quedó en nada poco después, pero la hostilidad del funcionariado se mantuvo. Los bolcheviques necesitaban asegurarse de que la resistencia no iba a continuar de forma encubierta. El 20 de diciembre de 1917, Lenin presionó al organismo de gobierno de la revolución, el denominado Consejo de los Comisarios del Pueblo, para crear un grupo que lidiara tanto con la huelga como con el problema de la resistencia en general. La Comisión Extraordinaria Panrusa para la Lucha contra la Contrarrevolución y el Sabotaje (la Cheká) se formó más tarde ese mismo día. Pese a un comienzo aparentemente marcado por las prisas y la improvisación, Lenin sembró esa jornada la semilla de lo que se convertiría en una institución inmensa y temible, una policía política que en las dos décadas siguientes se cobraría la vida de millones de ciudadanos soviéticos. En lo que respecta a Lenin la decisión no tuvo nada de casual, y mucho menos fue una señal de vacilación a la hora de neutralizar las amenazas al régimen. Eso quedó bastante claro en la decisión del líder soviético de poner al frente de la Cheká a uno de sus camaradas más competentes y de mayor confianza: Félix Dzerzhinski. Aunque la Cheká empezó a funcionar con apenas un millar de rublos y un equipo de veintitrés personas, Dzerzhinski necesitó solo unos pocos meses para contratar a seiscientos empleados más y abrir sucursales a lo largo y ancho del territorio controlado por los bolcheviques.

Expandirse sobre la marcha era una práctica común en las nuevas instituciones del Estado soviético, pero la rapidez con que la Cheká creció y el vigor con el que persiguió a sus blancos debe mucho al veloz deterioro de la situación a comienzos de 1918. Los bolcheviques habían intentado poner fin a la participación de Rusia en la primera guerra mundial con una declaración de cese el fuego unilateral. Sin embargo, por mucho que los alemanes quisieran tener la oportunidad de trasladar las tropas al frente

occidental, estaban resueltos a imponer un acuerdo de paz riguroso a los bolcheviques y, por ende, su respuesta a la declaración fue renovar la ofensiva en el este. El avance de los ejércitos alemanes, inmediato, veloz y especialmente preocupante en el caso de la capital, constituía una amenaza directa para la supervivencia de la revolución. Lo que preocupaba a la jefatura bolchevique no era solo el reto de reunir y dirigir una fuerza militar capaz de contrarrestar el avance alemán, sino también la posibilidad de que la oposición interna al nuevo régimen aprovechara la oportunidad para socavarlo desde dentro. Mientras que Trotski se dedicó a la tarea de crear un ejército «rojo» competente, Dzerzhinski redobló sus esfuerzos por asegurar el frente interno. El mismo día que *Pravda*, el periódico del Partido, advertía a sus lectores de que «la patria socialista se encuentra en peligro», la Cheká ordenó a las administraciones locales (los sóviets) «buscar, arrestar y fusilar de inmediato» a aquellas personas que, según se consideraba, constituían una amenaza para el régimen. No había instrucciones específicas sobre el modo de llevar a cabo las investigaciones, ni sobre los estándares que debían cumplir las pruebas, y no existían bases para recurrir las decisiones. Por primera vez en lo que habría de convertirse en una larga historia de episodios similares, la Cheká iba a aplicar su particular «justicia» sin contención o límites explícitos. Cuando la supervivencia de la revolución estaba en juego, el fin justificaba los medios.

La Cheká, por lo general, no había establecido procedimientos para la demostración de la culpabilidad o la inocencia de los detenidos. Las cuestiones relativas al proceso judicial estaban definidas de forma vaga e imprecisa, y el parecer individual solía ser determinante a la hora de decidir si un detenido debía ser fusilado, encarcelado, multado o liberado. Siguiendo la costumbre, las familias de quienes eran arrestados procuraban contratar al mejor abogado que podían permitirse. Pero la institución se apresuró a publicar una declaración en la que señalaba que «los abogados peticionarios no confieren ninguna ventaja y, por el contrario, solo harán las cosas peores».[8] La definición de los delitos contrarrevolucionarios era vaga en parte porque el régimen no tenía tiempo para investigar y examinar con detenimiento los pormenores legales. Las quejas acerca de la situación contemporánea podían clasificarse como agitación contrarrevolucionaria,

pero el grupo más grande de quienes fueron condenados a muerte lo formaban aquellos a los que se consideró culpables de asociación con los enemigos de clase del régimen. Como revolucionarios marxistas, los bolcheviques tendían a suponer no solo que la burguesía y las viejas élites les eran hostiles, sino que muchos de sus miembros conspiraban de forma activa en su contra. Para la Cheká, cuya misión era proteger la revolución poniendo al descubierto tales conspiraciones, las suposiciones de ese tipo tenían la fuerza de una convicción auténtica y eran cuestión de deber profesional. Cuando el destino de la revolución estaba en juego, su deber era actuar de forma decidida e implacable.

Al final el peligro que representaba el avance alemán fue contenido a comienzos de marzo, de modo que el recurso al terror se reveló innecesario por el momento. La sede del gobierno se trasladó de la vulnerable Petrogrado a Moscú y las altas murallas del Kremlin. Para poner fin al avance alemán, los bolcheviques accedieron a las exigencias de Alemania en el Tratado de Brest-Litovsk, en el que cedieron buena parte de la frontera occidental del imperio, lo que incluía a Ucrania, Polonia, Finlandia y la región del Báltico. Al hacerlo, renunciaron al 26 por ciento de la población del imperio ruso, al 28 por ciento de su infraestructura industrial, a tres cuartas partes de los depósitos de hierro y carbón y a las ricas tierras agrícolas en las que se cosechaba más de un tercio del grano del país.[9] No fue una decisión popular, pero resolvió la amenaza más inmediata al régimen. Por desgracia para los bolcheviques, el tratado no les ofreció un gran respiro, pues el peligro que planteaban los alemanes pronto vino a ser reemplazado por el avance de los ejércitos blancos y las diversas fuerzas extranjeras interesadas en derrocarlos y conseguir que Rusia volviera a la guerra.

Los esfuerzos de Trotski por construir el Ejército Rojo continuaban a buen ritmo, pero no tanto como para hacer frente a la arremetida inicial. En la primavera de 1918, los rojos sufrieron derrotas a manos del general Krasnov al norte de Petrogrado, el general Kaledín y los cosacos en el Don, y el general Kornílov en Ucrania. En tanto núcleo «leal» del antiguo ejército imperial, los blancos tenían una ventaja obvia en términos de adiestramiento y experiencia militar. Los rojos, por su parte, intentaban

sacar el máximo provecho a sus credenciales revolucionarias. La promesa de un Estado de los trabajadores era atractiva, pero la amenaza de un retorno al viejo orden fue tanto o más eficaz a la hora de llevar a los soldados, agotados tras tres años de combates con los alemanes, de vuelta al servicio militar. Con todo, una y otra no bastaron para convencerlos en número suficiente para formar un ejército de voluntarios. Ante el avance de los blancos, los bolcheviques anunciaron la movilización de los obreros y los mineros y, dos meses más tarde, el reclutamiento general de todos los varones entre los dieciocho y los cuarenta años de edad. El reclutamiento forzoso ciertamente no era la solución ideal, pero no tenían alternativa.

Los soldados reclutados necesitaban también oficiales capaces de dirigirlos y encontrarlos, lo que se reveló un reto todavía mayor para los bolcheviques. La tropa estaba formada casi de forma exclusiva por trabajadores y campesinos que eran relativamente abiertos a la propaganda bolchevique, si bien la experiencia de clase no era por sí misma garantía de compromiso. Los oficiales imperiales eran otra cuestión. Por educación y crianza tenían todas las probabilidades de ver con hostilidad la revolución. Pocos oficiales con experiencia se unieron de forma voluntaria a los rojos, y dado que el reclutamiento forzoso de jefes militares era en el mejor de los casos problemático, bajo la supervisión de Trotski el Ejército Rojo terminó siendo dirigido por oficiales zaristas de rango medio (denominados *voienspetsi*) vigilados de cerca por «comisarios políticos» pertenecientes al Partido. No era un comienzo demasiado prometedor para un ejército. La motivación de la mayoría de los *voienspetsi* era escasa, entre otras razones por la desconfianza con que se los trataba. Con frecuencia se topaban con que sus órdenes eran revocadas por los funcionarios del Partido. Iósif Stalin y Kliment Voroshílov hicieron precisamente eso en el frente meridional en el otoño de 1918, lo que originó una disputa feroz con Trotski. Stalin creía que los oficiales imperiales eran «poco aptos desde el punto de vista psicológico para librar la guerra decisiva contra la contrarrevolución». De hecho, era de sobra conocido que muchos *voienspetsi*, incluidos miembros no identificados del Estado Mayor del Ejército Rojo, eran en realidad espías blancos. Aunque por poco, Trotski ganó este particular conflicto con Stalin y confirmó que los funcionarios del Partido tenían que someterse a las

órdenes de los *voienspetsi*, si bien la sospecha y la hostilidad que bullían en las estructuras de mando del Ejército Rojo hacían más difícil que fuera una fuerza de combate disciplinada y coherente.[10] A lo largo del verano y otoño de 1918, el balance de los enfrentamientos militares no favoreció a los bolcheviques. Tanto Moscú como Petrogrado parecían cada vez más vulnerables al avance de las fuerzas blancas. Para finales del otoño, el término de la guerra en Europa prometía sumar a decenas de miles de soldados extranjeros a la lucha contra las fuerzas rojas.

La situación militar, ya de por sí peligrosa, se tornó aun peor debido a la amenaza de la subversión. Las guerras civiles son por naturaleza conflictos muy complejos en los que las poblaciones se dividen contra sí mismas. La elección que los ciudadanos del antiguo Imperio ruso tenían ante sí era relativamente clara: o bien apoyaban el cambio revolucionario, o bien se oponían a él; sin embargo, esta no era una cuestión que la mayoría de la población se hubiera planteado. La frecuencia con que se produjeron levantamientos campesinos, huelgas y motines evidencia la furia de quienes se sentían arrastrados a un conflicto en el que pocos querían verse involucrados. No era difícil hallar personas comprometidas de forma apasionada con uno u otro bando, pero la mayoría de la población no quería una nueva guerra y menos aún una librada a la puerta de su casa. El principal compromiso de la mayor parte de los rusos era con la propia supervivencia, y cualquier cosa que contribuyera a ella constituía una estrategia sensata. Como consecuencia el compromiso con cualquiera de los bandos enfrentados era débil y eso complicó las campañas militares de las fuerzas rojas y blancas. En términos generales, mientras que a los blancos les preocupaba más la lealtad de los soldados, a los rojos les inquietaba sobre todo la del cuerpo de oficiales. El curso de la contienda tenía un impacto significativo sobre las lealtades de los combatientes: el bando que parecía estar ganando tendía a obtener apoyos con más facilidad, y el que parecía estar perdiendo podía toparse sencillamente con que sus fuerzas se desintegraban. A finales de la primavera de 1918, cuando la confrontación en el frente oriental giró en contra de los bolcheviques, tres de los oficiales al mando de las fuerzas rojas abandonaron sus puestos, y en un plazo de un mes, otros cincuenta oficiales más se unieron a los ejércitos blancos. Entre

los soldados, la disciplina se quebró casi por completo. Las deserciones a gran escala y las de figuras decisivas podían ser un golpe terrible, pero las traiciones más comunes y menos visibles eran un peligro igualmente grave. El débil compromiso y las lealtades divididas crearon oportunidades que ambos bandos intentaron aprovechar. A cada bando le resultaba relativamente sencillo infiltrarse en el campo del enemigo tanto para recabar información sobre la posición de las tropas y los planes de batalla, como para cometer actos de sabotaje.[11] El enemigo no estaba solo al otro lado del frente. El enemigo estaba en todas partes. Prácticamente cualquier persona podía estar ayudando al otro bando sin hacerse notar. Para los bolcheviques la situación en el frente evocaba la experiencia de la clandestinidad revolucionaria, en la que los provocadores de la *Ojrana*, la policía secreta del régimen zarista, habían conseguido infiltrarse en todos los niveles. No podía confiarse en nadie.

La situación militar era difícil y peligrosa, pero la del frente interno tampoco ofrecía un gran consuelo. Se suponía que las masas trabajadoras debían ser el cimiento del apoyo a la revolución. El compromiso de los bolcheviques con el fin de la explotación por parte de las clases propietarias tenía cierto atractivo tanto para los obreros como para los campesinos, y el movimiento supo hacer un buen uso de él en la propaganda. Este, al final, sería un aspecto importante para la victoria de los bolcheviques, pues los blancos solo parecían interesados en devolver a Rusia al pasado. Sin embargo, el comunismo como ideal y el marxismo como filosofía no significaban nada para la población en gran medida analfabeta del nuevo Estado soviético, que juzgaba al actual gobierno de acuerdo con su experiencia de él. Hasta cierto punto los rusos comprendían que los bolcheviques tenían problemas para hacer realidad sus objetivos en el contexto de una guerra civil, pero esa comprensión tenía límites muy reales. Así, por ejemplo, la respuesta de los campesinos a las requisas de grano efectuadas por el Ejército Rojo se vio atenuada por el hecho de que las acciones de los blancos eran básicamente iguales. Y no obstante, el conflicto era inevitable. Los bolcheviques fracasaron en sus intentos de granjearse apoyos sólidos en el campo y quebrar la resistencia a las requisas invitando a los campesinos más pobres a compartir el grano requisado. La

sociedad campesina estaba mucho más cohesionada de lo que habían previsto, y lo único que quería el campesinado era que se lo dejara en paz en la tierra que los bolcheviques le habían prometido. Ya en mayo de 1918 Lenin había reconocido el problema al determinar que «los propietarios de grano que poseen un excedente» y no lo entregan, «serán declarados enemigos del pueblo» independientemente de su estatus social.[12] La ley confirmó el comienzo de una larga historia de conflictos entre los bolcheviques y quienes seguían siendo la mayoría de la población rusa.

La clase trabajadora urbana había abrazado el bolchevismo en 1917 de forma generalizada, abandonando partidos más moderados en respuesta a la promesa de un Estado proletario. Pero el compromiso de que se pondría fin a la explotación y las fábricas pasarían a estar «bajo control de los trabajadores» no era compatible con las necesidades impuestas por la guerra civil. No era el momento propicio para entregar el poder a los trabajadores. La gestión de las fábricas se tornó incluso más jerárquica y, de hecho, se militarizó. El famoso lema de Lenin según el cual «el que no trabaja no come» sonaba excepcionalmente leve en el contexto del orden que estaba emergiendo, un orden de «reclutamiento forzoso» para el trabajo fabril en el que, como ocurría en el campo, todo aquel que abandonaba su puesto era etiquetado en el acto como «enemigo del pueblo». Todavía más inquietante para los trabajadores fue el regreso a las fábricas de los antiguos jefes y otros «especialistas burgueses». Al igual que ocurriera con el Ejército Rojo y los oficiales imperiales, los bolcheviques no estaban en condiciones de prescindir de la experiencia que solo esas personas poseían. Que los trabajadores empezaran a preguntarse si habían tomado la decisión correcta al apoyar a los revolucionarios era apenas natural. A primera vista, el nuevo régimen parecía peor que el que había reemplazado. Y el hecho de que los salarios se hundieran y el suministro de alimentos en las ciudades fuera en el mejor de los casos irregular no contribuyó en absoluto a mejorar esa impresión. Desnutridos y obligados a trabajar en exceso, miles de rusos morían cada mes víctimas del tifus, el cólera y la gripe. Es indudable que seguía existiendo un núcleo sólido de partidarios de los bolcheviques, en especial entre los jóvenes de clase obrera, así como una actitud comprensiva hacia el hecho de que las metas de la revolución no podían

alcanzarse en el contexto de la guerra civil, pero fueron decenas de miles los trabajadores que en esta época optaron sencillamente por abandonar las zonas urbanas y marcharse al campo. La clase trabajadora, en cuyo nombre los bolcheviques habían tomado el poder, parecía encaminarse a la extinción. Muchos de los que habían permanecido en las ciudades mantenían el entusiasmo por la revolución del proletariado, pero no estaban para nada seguros de querer que los bolcheviques la dirigieran.

En tales circunstancias, todo fue de mal en peor. Mientras que las clases trabajadoras abrigaban sentimientos muy ambiguos acerca del nuevo régimen, gran parte del resto de la población sencillamente conspiraba de forma activa contra él. Los demás partidos revolucionarios no desaparecieron tras la toma del poder y los bolcheviques estaban dispuestos a trabajar con ellos, pero no sin ciertas condiciones. Los socialrevolucionarios de izquierda (SR), por ejemplo, permanecían en el gobierno soviético, pero los conflictos alrededor de las políticas adoptadas pasaron a un primer plano debido a su oposición al Tratado de Brest-Litovsk, cuando la mayoría renunció a sus cargos. Incapaces de trabajar en pos de sus propias metas revolucionarias dentro del orden revolucionario existente, continuaron persiguiéndolas desde fuera y en oposición a los bolcheviques. Manifestaron su rabia ante lo que consideraban un tratado de paz desastroso asesinando al embajador alemán, el conde Wilhelm Mirbach, una acción con la que esperaban reiniciar la guerra. Una SR, Fanni Kaplán, intentó asesinar a Lenin el 30 de agosto de 1918 y casi lo consigue. El líder bolchevique sobrevivió a las dos heridas de bala que recibió, pero su salud nunca se recuperó del todo. Ese mismo día, otro SR hirió fatalmente a M. S. Uritski, el jefe de la Cheká de Petrogrado. Los socialrevolucionarios no se limitaron a esta clase de atentados terroristas, por los que ya eran muy conocidos antes de la revolución; también intentaron organizar insurrecciones entre los trabajadores y campesinos, en ocasiones cooperando con los blancos.

Los mencheviques no tuvieron una ruptura tan clara con los bolcheviques. Continuaron ocupando sus puestos en el gobierno (en sóviets municipales y provinciales, comités de fábrica y sindicatos), pero esa «cooperación» planteó un problema para los bolcheviques cuando los

mencheviques empezaron a ganar popularidad a medida que la desilusión con ellos fue arraigándose. Para impedir que continuaran granjeándose el apoyo de los trabajadores a su costa, decidieron sacarlos de los diferentes cargos con un pretexto u otro. Los anarquistas, por su parte, eran otra historia. En este caso no había cooperación alguna. Los bolcheviques, en un golpe de suerte, recibieron el soplo de que los anarquistas estaban acumulando armas en varios lugares estratégicos del centro de Moscú y, tras un tiroteo impresionante, lograron desarmarlos. Dos semanas más tarde, los anarquistas de Petrogrado se rindieron sin luchar, pese a lo cual continuaron durante mucho tiempo participando en levantamientos armados organizados por otros.[13]

Los miembros de los partidos más liberales, así como los periodistas, académicos, médicos, maestros y gran parte del resto de la *intelligentsia* cultural, albergaban dudas profundas acerca de los bolcheviques, si bien había entre ellos quienes veían con entusiasmo el potencial del cambio revolucionario. Muchos se negaron a cooperar con el régimen en un principio. Ese fue el caso de los maestros, que entre diciembre de 1917 y marzo de 1918 fueron a la huelga de forma intermitente. Los bolcheviques eran conscientes de que adoptar una línea dura podía enajenar de manera permanente a esos grupos, cuya cooperación necesitaban de forma desesperada, pero al mismo tiempo no ignoraban los riesgos de una quinta columna antisoviética, en particular cuando las fuerzas blancas estaban avanzando hacia Moscú y Petrogrado. Aceptaron ceder cierta autonomía a aquellos grupos dispuestos a trabajar con ellos, pero la policía política recurrió ampliamente al uso de informantes que simpatizaban con la causa para erradicar a quienes en secreto, y no tan en secreto, continuaban luchando contra el poder de los sóviets. Mientras que en los primeros meses de 1918 los periodistas y comentaristas políticos pudieron publicar opiniones críticas con el nuevo régimen, para abril y mayo los bolcheviques habían comprendido el peligro que suponía la prensa libre para su capacidad de aunar el apoyo, todavía incierto, de la población bajo su control y ordenaron el cierre de muchas revistas y periódicos.[14] Eso, por supuesto, no impidió que quienes tenían opiniones arraigadas contra el régimen se expresaran y actuaran. La Cheká arrestó a periodistas,

académicos, abogados y otros particulares a los que sus informantes habían identificado y acusado de «actividades contrarrevolucionarias». Algunos de ellos realmente trabajaban con grupos clandestinos para intentar derrocar a los bolcheviques, pero otros tenían toda la razón al quedarse de piedra cuando los agentes de la policía política llamaban a la puerta a altas horas de la noche. La Cheká no tenía ni el tiempo ni los recursos para llevar a cabo investigaciones minuciosas, y dado el manto de sospecha que cubría a la *intelligentsia* en general, sus agentes tendían a arrestar primero y preguntar después. Pero incluso en el verano de 1918 lo normal era que *efectivamente* preguntaran y que, luego, liberaran a quienes lograban demostrar de forma razonable su inocencia.

Los «capitalistas», desde los propietarios de las grandes plantas industriales hasta los pequeños comerciantes, eran otro grupo que inquietaba sobremanera al nuevo régimen. Poner las empresas bajo control estatal mediante su nacionalización era bastante fácil, pero lograr que la producción industrial y la circulación de alimentos y otros bienes de consumo básicos mantuvieran cierto nivel era algo completamente diferente. La mayoría de los industriales y propietarios de las principales empresas comerciales habían dejado el país para la época de la revolución, pero muchos de sus administradores, ingenieros, capataces y demás personal cualificado no lo habían hecho. Una vez más, los bolcheviques necesitaban de forma desesperada la experiencia de un grupo que, según entendían, básicamente les profesaba hostilidad. Y una vez más, consideraron necesario conservar a cuantos expertos pudieran y, al mismo tiempo, utilizar informantes para identificar a aquellos que pretendieran minar el nuevo régimen desde dentro. El peligro de las denuncias falsas era aquí particularmente agudo, dada la historia de hostilidad entre los trabajadores y la administración, una animadversión que los mismos bolcheviques habían hecho mucho por fomentar. Es muy difícil saber qué ocurría de verdad en las fábricas, pero la Cheká tenía la impresión de que el sabotaje de la infraestructura industrial era generalizado, y había concluido que la «especulación» no era una actividad a pequeña escala de minoristas que buscaban sacar un beneficio extra con la venta de mercancías que tenían una alta demanda y eran escasas, sino una estrategia

«contrarrevolucionaria» de las grandes empresas comerciales y los bancos, los cuales estaban empeñados en intensificar el desabastecimiento para volver a la clase trabajadora en contra de los bolcheviques.[15]

Aunque es posible que tales acusaciones fueran disparatadas, existen indicios de que muchos de los temores extraordinarios de los bolcheviques no estaban del todo desencaminados. La mayor de sus preocupaciones era que las fuerzas antibolcheviques se combinaran para debilitar el frente interno al tiempo que los ejércitos blancos continuaban su avance sobre Moscú y Petrogrado. De hecho, los archivos de las fuerzas blancas evidencian claramente que se hicieron esfuerzos considerables para organizar una quinta columna y orquestar levantamientos que facilitaran el avance de las tropas. El núcleo de organizaciones secretas como la «Unión para la defensa de la patria y la libertad» y la «Unión para la regeneración de Rusia» lo componían oficiales del ejército imperial. Amparados detrás de algún tipo de fachada legal, estos contactaron con grupos e individuos antibolcheviques en un intento de coordinar sus acciones, conscientes de que un pequeño levantamiento aquí y allá no representaba un gran desafío para los revolucionarios, pero que, para citar las memorias de uno de los organizadores, «un único levantamiento coordinado y con una base amplia en varios de los principales centros urbanos coincidiendo con un acercamiento más o menos serio de las fuerzas armadas [blancas y extranjeras]» tenía un potencial muchísimo más grande.[16] Ese fue el plan a lo largo de la primavera y el verano de 1918, y no careció de cierto éxito. Con financiación de la embajada de Francia, de otros gobiernos extranjeros y de viejas firmas bancarias y comerciales, se establecieron «centros» armados no solo en Moscú sino también en Yaroslavl, Kostromá y Ríbinsk, entre otras ciudades. Allí se congregaban políticos de derecha, académicos, médicos y otras personas hostiles a los bolcheviques, lo que incluía incluso trabajadores desafectos. Solo en Yaroslavl había más de mil simpatizantes dispuestos a actuar. Y lo hicieron. Se esperaba que el alzamiento de Yaroslavl en julio de 1918, cuando los soldados blancos se acercaban a Moscú, desencadenara levantamientos en otros centros. La ciudad resistió durante casi tres semanas, pero la reacción en cadena no se produjo. Esos

individuos y grupos tenían poco en común más allá de la determinación de derrocar a los bolcheviques y en el momento crítico la acción coordinada se reveló imposible.

Los centros aguantaron, pero no por mucho tiempo. Después de que Fanni Kaplán intentara asesinar a Lenin, el enfoque bolchevique del peligro de la «contrarrevolución» cambió de forma radical. La supervivencia de la revolución parecía pender de un hilo. El Ejército Rojo no conseguía detener la marcha implacable de las fuerzas blancas hacia la capital, y su control del frente interno parecía cada vez más débil. La respuesta consistió en lanzar una campaña de terror. Según pensaba Lenin, los bolcheviques no tenían otra opción. Su lógica fue fría y brutal: «¿Qué es mejor: capturar y encarcelar, e incluso ejecutar, a cientos de tránsfugas de los demócratas constitucionales, [...] mencheviques, SR [alzados contra nosotros], ya sea en armas o en una conspiración, o animando a otros contra el poder de los sóviets [...] [o hacemos eso] o dejamos que las cosas lleguen al punto en el que Kolchak y Denikin estén en condiciones de apalear, fusilar y aplastar hasta la muerte a decenas de miles de trabajadores y campesinos? La elección no es difícil [...]».[17] A partir de ese momento, la Cheká y otras fuerzas encargadas de defender la revolución dejaron de hacer preguntas y de prestar atención a las pruebas de culpabilidad o inocencia. Cualquiera que fuera sospechoso de asociación con los blancos u otros grupos hostiles a la revolución fue trasladado con rapidez a un campo de concentración o ejecutado en el acto. Los registros y arrestos masivos reemplazaron las tácticas más selectivas empleadas durante el verano. El régimen renunció a intentar ganarse a quienes vacilaban en apoyar o no la revolución y se confió al miedo. De hecho, algunos cuestionaron el que la burguesía pudiera ser de alguna utilidad para el régimen. Como anotó Martin Latsis, un jefe de la Cheká, en noviembre de 1918: «No estamos librando una guerra contra personas individuales. Estamos exterminando a la burguesía en tanto clase social. Durante la investigación, no buscamos pruebas de que el acusado actuara de palabra o de hecho contra el poder soviético. Las primeras preguntas que debéis planteaos son: ¿A qué clase pertenece? ¿Cuáles son sus orígenes? ¿Cuál es su educación o profesión? Y son esas preguntas las que han de determinar el destino del acusado».[18] Con

semejante lógica, muchos miles de rusos de clase media serían asesinados a lo largo del siguiente año, y ellos no fueron en absoluto las únicas víctimas. El Ejército Rojo se acostumbró a ejecutar a los soldados blancos capturados en lugar de trasladarlos a los campos. Los pueblos que se creía que habían apoyado al enemigo eran arrasados por completo. Los campesinos que se oponían a la requisa del grano eran ejecutados en el acto. En el caso de los cosacos, los bolcheviques se propusieron, en 1919, exterminar a un grupo entero al que consideraban incorregiblemente hostil al poder de los sóviets. Cientos de miles fueron eliminados o deportados. Los blancos también recurrieron al terror en la misma medida y con similar virulencia. El baño de sangre continuó hasta el final de la guerra en 1921 y se cobró millones de vidas.

El hecho de que el inicio de la campaña de terror coincidiera con un giro decisivo de la guerra civil resultó fatídico. Es indudable que hubo muchos más momentos de peligro, más derrotas y períodos de retroceso, pero la política del odio de clase y la justicia sumaria parecieron infundir una disciplina y determinación férrea a las fuerzas bolcheviques. Como León Trotski observaría luego: «En el otoño [de 1918] se produjo realmente la gran revolución. De la pálida debilidad que conocieran los meses de primavera ya no había rastro».[19] Los actos extremos de brutalidad contras las «fuerzas de la contrarrevolución» experimentaron un cambio sutil en las mentes de los bolcheviques: de ser una necesidad desgraciada pasaron a ser una expresión positiva del poder soviético para superar todos los obstáculos que impedían la consecución de las metas revolucionarias. Con todo, había todavía muchos bolcheviques profundamente conscientes de que resultaba difícil conciliar el recurso a un aparato de violencia política poderoso y desenfrenado con el ideal de la liberación humana. Incluso en el apogeo de la guerra civil hubo quienes buscaron contener a la Cheká y atenuar la violencia. De cuando en cuando, Dzerzhinski se vio obligado a defender a la organización de quienes querían reducir el poder que había alcanzado y el presupuesto del que gozaba, pero nunca cedió terreno. Glorificaba la defensa implacable de la revolución. Advertía de los peligros que tenían por delante. Y por lo general supo granjearse el apoyo de sus correligionarios. Los bolcheviques pasaron sus primeros tres años en el poder en una lucha

de vida o muerte en la que las nociones de aliado y adversario, amigo y enemigo, nosotros y ellos se simplificaron de forma radical. No había espacio para los sentimientos ambiguos y la duda, no había tiempo para tratar de convencer a los indecisos. La mentalidad era que o bien estás con nosotros o estás contra nosotros, y si estás en contra nuestra, tendremos que destruirte. Esa pauta de pensamiento sobrevivió mucho después de alcanzada la victoria en la guerra civil.

La violencia excepcional desplegada en esta tuvo muchas fuentes diferentes. Rusia tenía una larga historia de agitación política, una historia de asesinatos, golpes, levantamientos y guerras civiles en la que el poder se ganaba y se conservaba mediante la fuerza. Los rojos y los blancos eran conscientes de ello, y habían tenido oportunidad de experimentarlo personalmente en los años previos a 1917, cuando las tácticas tanto de los revolucionarios como de la élite autocrática se habían endurecido de forma considerable. Cuando los revolucionarios recurrieron al terrorismo, el antiguo régimen suspendió el ordenamiento jurídico y respondió enviando al exilio, encarcelando o ejecutando a miles de ellos. La década de política reaccionaria que siguió a la revolución de 1905 era para los bolcheviques un recordatorio claro de lo que ocurriría si perdían la guerra civil y una lección de que, cuando estabas en el poder, la violencia implacable podía mantenerte allí. El recurso a la violencia de los bolcheviques se fundaba no solo en los precedentes rusos sino también en la historia de los movimientos revolucionarios europeos de los siglos XVIII y XIX, una historia que, desde su punto de vista, demostraba, por un lado, que los revolucionarios solían subestimar las fuerzas de la reacción y, por otro, que la violencia era sinónimo de revolución. El fin de la fase jacobina en Francia había marcado el comienzo de la contrarrevolución.

La violencia de la guerra civil rusa fue una cuestión a la vez de teoría y de práctica. Los bolcheviques no estaban predestinados a gobernar por medios violentos debido a su orientación ideológica y el estudio de la historia, pero sí estaban resueltos a no acobardarse ante ellos cuando, desde su punto de vista, el momento lo exigiera. Y el momento llegó de forma decisiva cuando sus distintos enemigos pusieron al descubierto la vulnerabilidad del frente interno justo al mismo tiempo que los ejércitos

blancos se acercaban más y más a Moscú y Petrogrado. A partir de entonces el uso del terror se amplió y profundizó no solo porque la jefatura bolchevique estaba convencida de que se necesitaba hacerlo, sino también porque las bases del Partido y las masas de la soldadesca habían estado endureciéndose desde el comienzo de la primera guerra mundial. El marcado mejoramiento de las perspectivas de las fuerzas bolcheviques en el otoño de 1918 pareció justificar el terror. De forma gradual este pasó a ocupar un lugar glorioso en la historia de la revolución. La Cheká se forjó una reputación como «la espada y el escudo de la revolución» y los chequistas se convirtieron en «los mejores bolcheviques».

La pregunta que persiste es en qué medida la experiencia de la guerra civil contribuyó a la violencia política de mediados de la década de 1930. ¿Hay una línea directa entre el terror de Lenin y el terror de Stalin? No existe una respuesta sencilla. Es indudable que la implementación del terror en la década de 1930 siguió pautas conocidas. Al igual que en la guerra civil, se otorgó a la policía política poderes extraordinarios no solo para realizar registros y arrestos en masa, sino también para actuar como juez, jurado y verdugo. Y del mismo modo, cientos de miles de ciudadanos soviéticos fueron detenidos y, a menudo sin ninguna prueba material de haber cometido un delito, encarcelados, enviados al exilio o fusilados. La deportación al Gulag no fue un invento de Stalin. Y, de hecho, tampoco de Lenin. Sus raíces se remontan al siglo XVI con Iván el Terrible. Lo mismo puede decirse de la vigilancia política y los arrestos y ejecuciones arbitrarias, cuyos orígenes pueden rastrearse hasta la *opríchnina* de Iván. La historia de la violencia política en Rusia contribuyó a la violencia tanto de la guerra civil como de la era estalinista, pero no puede explicar los acontecimientos de la década de 1930. La pauta histórica de violencia no hizo que el terror estalinista fuera inevitable. Otro tanto ocurre con la ideología bolchevique. Stalin era un discípulo de Lenin en la forma en que entendía la historia de los movimientos revolucionarios y la amenaza de la contrarrevolución. Compartía las ideas generales de su maestro acerca de la estrategia y la táctica y, de forma específica, acerca del uso del terror en la defensa de la revolución (y ello, entre otras razones, porque Lenin había logrado guiar con éxito a los bolcheviques a lo largo de la guerra civil). No

obstante, la explicación de la violencia política estalinista como una especie de «leninismo triunfante» resulta asimismo profundamente problemática, no solo porque deja de lado las corrientes antiautoritarias del bolchevismo y exagera el puro impulso dictatorial, sino también porque, desde un punto de vista *objetivo*, a mediados de la década de 1930, cuando el terror volvió a enseñar su monstruosa cabeza, no existía una amenaza clara para el poder de la Unión Soviética y tampoco para el poder de Stalin. A mediados de la década de 1930 no había guerra civil. Ni alianzas de potencias extranjeras empeñadas en restaurar el capitalismo en suelo ruso. Ni levantamientos armados. Ni campañas de sabotaje, subversión o conspiraciones que aunaran los esfuerzos de los enemigos del Estado soviético.

¿O acaso sí?

A primera vista, la pregunta parece absurda. Determinar que el régimen de Stalin no se enfrentaba a una amenaza considerable o inmediata a mediados de la década de 1930, o al menos a algo comparable a las circunstancias que provocaron el inicio del terror rojo en 1918, es una tarea relativamente clara: no era así. Sin embargo, la cuestión clave aquí es la *percepción* de esa amenaza, porque, para mediados de la década de 1930, Stalin, la élite soviética en general e incluso gran parte de la población civil creía que una nueva guerra civil era inminente; que las fuerzas blancas (todavía en armas en las fronteras soviéticas) estaban preparándose para unirse a una coalición de potencias capitalistas en un cruzada anticomunista; que los ciudadanos soviéticos desafectos estaban siendo reclutados por agentes extranjeros y enemigos internos del régimen en preparación del ataque; y que el régimen no podía confiar en el apoyo sin vacilación del campesinado, los obreros o, de hecho, el propio Partido y el aparato del Estado. El origen y evolución de esta percepción equivocada es la historia de la que se ocupa *El gran miedo*. No se trata de una historia de paranoia, al menos no en el sentido clínico del término. Stalin y muchos otros que compartían este temor eran fríamente racionales a la hora de procesar la información que se les proporcionaba. En lugar de ello, es la historia de los profundos fallos de los sistemas soviéticos para la recolección y el procesamiento de la información. Es una historia que tiene sus raíces en la guerra civil. Los fallos en los sistemas de recolección de la

información y la percepción equivocada de la amenaza tienen sus raíces en ella. Ese legado de la guerra civil resulta crítico para entender el terror estalinista: la prolongada tradición rusa de violencia política y la determinación de los bolcheviques de combatir de forma implacable las amenazas a la revolución eran condiciones necesarias, pero no suficientes, para la extraordinaria violencia de la era de Stalin. La percepción de que existía una amenaza fue el detonante.

La experiencia de la guerra civil generó una sensibilidad al peligro y la amenaza particularmente agudizada. Cuando los bolcheviques tomaron el poder en 1917, esperaban contar con el apoyo de las masas trabajadoras, pero no se hacían demasiadas ilusiones acerca del desafío que suponía hacerse con la totalidad del antiguo Imperio ruso y mantenerlo bajo control. El conocimiento del enemigo iba a ser un factor clave, pero ellos no tenían claro desde el principio que fuera a ser necesario contar con un servicio de inteligencia. El estudio de Marx y de la historia de los movimientos revolucionarios les había convencido de que comprendían el modo de proceder de los contrarrevolucionarios. En iguales condiciones, no querían reproducir los sistemas zaristas de espionaje e inteligencia. El estallido de la guerra civil, y el comienzo de la contrarrevolución, les hizo entender que no tenían elección. Sin embargo, se trataba de un ámbito en el que no tenían experiencia y en el que, a diferencia de lo ocurrido en el ejército o la industria, les resultaba imposible confiar en los «especialistas» del antiguo régimen. Así las cosas, el personal del sistema de recopilación de inteligencia creado por los bolcheviques se componía básicamente de aficionados, aficionados de una inclinación intelectual particular. Adquirieron las destrezas básicas de la recopilación de información sobre la marcha, y no lo hicieron del todo mal. No obstante, debido a la escasez crónica de personal y la falta de una financiación apropiada, el sistema dependía enormemente del interrogatorio de los sospechosos y los sujetos sorprendidos en «acciones contrarrevolucionarias». Los métodos de interrogación empleados, en particular en el contexto de una guerra civil brutal, no favorecían la obtención de respuestas sutiles o matizadas, si bien en términos generales resultaron eficaces. Hoy es posible comparar los archivos de los ejércitos blancos con los de los bolcheviques y establecer a

grandes rasgos cuán bien funcionaban los sistemas de inteligencia soviéticos. Aunque todavía no existe un estudio académico detallado de la cuestión, y si bien un análisis detenido supera los límites de este libro, resulta bastante claro que los responsables de recabar la información supieron captar las dimensiones generales de la amenaza a la que se enfrentaba el régimen. Los líderes bolcheviques no necesitaban mucho más que eso pues el terror rojo era, en sí mismo, un instrumento burdo.

No cabe duda de que la Cheká periódicamente evaluaba la información de inteligencia que producía, en especial tras haber sido incapaz de anticipar ciertos avances o levantamientos blancos de relieve, pero los análisis más detallados y completos sobre la amenaza contrarrevolucionaria se publicaron después de que la guerra hubiera concluido. Y es en ellos, en volúmenes como el famoso *Libro rojo de la Cheká* (1922),[20] que podemos apreciar ciertas tendencias fundamentales en lo que concierne a las percepciones incorrectas. La más significativa es que la Cheká atribuía a sus enemigos una mayor coherencia de la que en realidad tenían. Ciertamente hubo decenas de «conspiraciones» organizadas por oficiales blancos, kadetes, SR, mencheviques y aventureros extranjeros, todos los cuales intentaron obtener el apoyo de grupos e individuos contrarios a los bolcheviques. Los documentos que dejaron evidencian que tenían la esperanza de forjar un frente unido capaz de derrocar al nuevo régimen, y dan cuenta de los esfuerzos por hallar programas políticos alrededor de los cuales fuera posible aunar sus diversos puntos de vista. Ese empeño fracasó casi sin excepción, pero la Cheká no advirtió la profundidad de las divisiones que les impedían actuar de forma unida. Los compendios analíticos concluían de forma sistemática que el antibolchevismo era un factor de unión suficiente: «en la lucha contra el enemigo común, todos aceptaron hacer concesiones mutuas y pactos: los monárquicos han aceptado un consejo nacional y los socialistas aceptaron reconocer la dictadura militar y la propiedad privada de la tierra. Estos y otros grupos preveían la llegada a Moscú de la dictadura de los generales (blancos) y la destrucción del (gobierno) bolchevique que tanto odiaban».[21] Después de todo, esa era la lección de los grandes fracasos revolucionarios de los siglos previos: la amenaza planteada por el alzamiento de la clase trabajadora unía

a las fuerzas de la reacción. En palabras del *Libro rojo*, lo que hacían era cumplir con el deber político de su clase.[22] Pero eso no se aplicaba al caso ruso. Muchos de los adversarios de los bolcheviques buscaron encontrar un terreno común, pero no lo consiguieron. El análisis de la Cheká creaba la impresión de que la aristocracia estaba de acuerdo con los intereses de los empresarios comerciales e industriales y con los partidos de derechas y liberales que aceptaban órdenes de los blancos, los cuales a su vez cooperaban con los revolucionarios no bolcheviques. Y que todos ellos estaban siendo financiados y asesorados por gobiernos capitalistas extranjeros. El análisis sugiere que había contactos entre todos esos grupos. Sin embargo, pese a las alianzas pasajeras y los esfuerzos por cooperar, las sospechas mutuas eran demasiado grandes y las incompatibilidades de sus planes para el futuro de Rusia demasiado visibles para que fuera posible una acción concertada significativa. En resumen: el análisis era erróneo.

La Cheká se aficionó a destapar grandes conspiraciones: «El consejo de activistas públicos», «La unión de los terratenientes», «El comité comercial-industrial», «El centro derechista», «La unión para la regeneración», etcétera. Las detenciones y los interrogatorios se traducían en nuevos arrestos y nuevas «revelaciones» acerca de los vínculos entre estos grupos. Los juicios, el exilio y la ejecución de «contrarrevolucionarios» coincidían con el avance triunfal del Ejército Rojo. La Cheká estaba decidida a atribuirse el mérito de la victoria no solo porque creía con sinceridad en la importancia de su contribución a ella, sino porque sabía que seguía existiendo dentro del Partido un núcleo de opinión que veía con hostilidad la existencia de una policía política bolchevique poderosa. Documentos como el *Libro rojo* formaron parte de un esfuerzo consciente y concentrado de la Cheká por justificar su existencia. Por suerte para ellos, la mayoría de los líderes bolcheviques compartían la idea de que las conspiraciones contrarrevolucionarias habían sido, y seguirían siendo, una amenaza grave para el poder soviético.

2

Paz e inseguridad

Para comienzos de 1920, ya no había grandes dudas acerca del resultado de la guerra civil. Pasarían varios años más antes de que los combates cesaran, pero la amenaza militar a la supervivencia del Estado soviético había terminado. Los ejércitos blancos estaban retrocediendo en todos los frentes y las fuerzas extranjeras habían comenzado a retirarse. La jefatura bolchevique podía ya girar la atención a la reconstrucción de un país devastado por cinco años y medio de guerra total. La economía estaba en ruinas y la población al borde del hambre, pero el avance seguro del Ejército Rojo infundió en los líderes revolucionarios la confianza de que sería posible obtener una victoria similar en el «frente económico». Durante un tiempo intentaron construir el comunismo mediante la fuerza bruta y de prisa, a saber, nacionalizando toda la industria, prohibiendo la producción y el comercio privados, imponiendo una disciplina militar en las fábricas, inventando planes superambiciosos de varios años de duración y quebrando toda resistencia mediante equipos de comisarios vestidos con chaquetas de cuero.

Esta política de «comunismo de guerra» no funcionó. La economía continuó contrayéndose a lo largo de 1920 principalmente debido a que las requisas continuadas de las cosechas dejaban a los campesinos sin apenas incentivos para aumentar la producción. La falta de alimentos lastraba la producción industrial y dio ímpetu a un mercado negro que convirtió en una broma la prohibición del comercio privado. Para comienzos de 1921, las revueltas de los campesinos corrían el riesgo de transformarse en una rebelión a gran escala. El agotamiento de las reservas de comida se tradujo finalmente en hambruna. Bandas de delincuentes recorrían las ciudades y el campo. A finales de febrero, los soldados del cuartel de Kronstadt, un grupo

que había tenido una función importante en la toma del poder por parte de los bolcheviques en 1917, se alzaron contra el nuevo régimen y sus políticas desastrosas. Lenin y otros miembros de la cúpula bolchevique habían empezado a dudar de la eficacia del comunismo de guerra, pero el levantamiento de Kronstadt fue la señal de que tenían que dar un giro radical en materia política si querían impedir que el país se sumiera en el caos. Ese viraje empezó con la terminación de las requisas de grano (*prodrazviorstka*), que fueron reemplazadas por un impuesto en especie (*prodnalog*). Eso animó a los campesinos a maximizar la siembra en primavera con el argumento de que se les permitiría conservar una porción fija de las cosechas. El peligro de una rebelión se evitó, pero las medidas llegaron demasiado tarde para impedir la hambruna. Millones de personas murieron en el curso de los siguientes dos años, y ello a pesar de que se aceptaron los alimentos enviados como ayuda desde el extranjero.

La hambruna fortaleció el compromiso del régimen con el impuesto en especie como incentivo a la producción agrícola, y ese compromiso a su vez impuso una nueva lógica a la política económica. El régimen necesitaba que los excedentes agrícolas llegaran a las zonas urbanas y los campesinos no estaban en condiciones de realizar esa tarea de forma eficaz por sí mismos. Aunque la idea topó con cierta resistencia, al final se eliminó la prohibición del comercio privado. Si los campesinos iban a desprenderse del grano, se necesitaba que hubiera algo que pudieran comprar. Con el fin de fomentar la producción de las mercancías apropiadas, el régimen se vio obligado a eliminar también la prohibición de la producción privada. Miles de pequeñas empresas que habían sido nacionalizadas se arrendaron a empresarios a los que se permitió vender la producción y obtener beneficios. Básicamente, la cúpula bolchevique estaba presidiendo una restauración parcial del capitalismo. Lenin respaldó con firmeza la lógica del cambio, pero muchos de sus contemporáneos no la entendieron. Se necesitaba reconstruir la economía tan rápido como fuera posible no solo para garantizar la supervivencia del poder soviético, sino también para crear los cimientos que permitirían construir la sociedad socialista en el futuro. Lenin razonaba que, con la promesa de los beneficios, sería posible animar a los capitalistas a producir la soga con la que, más tarde, el Estado

soviético los ahorcaría. De hecho, también se sometió a la lógica del mercado a las grandes empresas que habían permanecido en manos del Estado. Las minas y las fábricas fueron igualmente obligadas a funcionar con la obtención de beneficios como objetivo, y se les otorgó el derecho de vender la producción a la empresa, privada o estatal, que pagara el precio más alto. El régimen incluso invitó a capitalistas extranjeros a visitar el país para invertir en la reconstrucción y obtener beneficios con ello.

Esa «nueva política económica» (NEP) funcionó, si bien no estuvo exenta de crisis y polémicas. Para una fecha tan temprana como 1923, la cosecha ya había alcanzado el 75 por cien del nivel que tenía antes de la guerra. Los alimentos llegaban a las ciudades y la industria comenzó a recuperarse a un ritmo feroz. Para 1926 la producción fabril ya superaba la cota de 1913.[1] Para los líderes bolcheviques el éxito de esta cuasi economía de mercado fue a la vez un motivo de alegría y de inquietud. Mientras que la primera estrategia para la construcción del comunismo que probaron había fracasado de forma estrepitosa, la serie de medidas ad hoc implementadas después acogiendo aspectos de la economía capitalista estaba resultando un éxito rotundo. ¿Podía la NEP conducir el país al socialismo? ¿O, por el contrario, llevaría de forma inevitable a la restauración del capitalismo? Existían abundantes razones para temer lo último. El éxito de la NEP se fundaba en que los campesinos produjeran excedentes, pero la mayoría de ellos seguían cultivando apenas en el nivel de subsistencia. Los pocos que de verdad producían excedentes eran los capitalistas más exitosos, los «kuláks», el término peyorativo con que el régimen se refería a ese grupo del que tanto dependía. A lo largo de la década de 1920, los campesinos productores de excedentes de todo el país se negaron en dos ocasiones a comercializar el grano en protesta por las altas tarifas que se cobraban a la producción industrial. Los kuláks parecían estar en posición de poner al gobierno soviético entre la espada y la pared.

Los capitalistas de las ciudades también eran un motivo de preocupación. Mientras que los pequeños comerciantes y otros empresarios prosperaban, los trabajadores tenían que lidiar con el aumento de los precios. Y no es de extrañar que empezaran a preguntarse qué había pasado con la dictadura del proletariado que se les había prometido. ¿No se suponía

que ellos eran ahora la clase dirigente? En el Partido las opiniones estaban igualmente divididas. Por un lado, parecía temerario arriesgar los beneficios extraordinarios que la NEP había traído consigo, pero por otro era necesario vigilar los peligros de semejante política para las ambiciones revolucionarias. Vladímir Lenin, el máximo líder de los bolcheviques, había muerto en enero de 1924 sin hacer los preparativos adecuados para una sucesión sin contratiempos; en consecuencia, la resolución de los dilemas políticos que planteaba la NEP y los debates derivados de ello se convirtieron en un campo de batalla para los titanes del Partido que luchaban por suceder a Lenin. Trotski, Zinóviev, Stalin, Bujarin y otros más plantearon sus puntos de vista rivales desde mediados hasta finales de la década de 1920, al mismo tiempo convencidos de que eran los que mejor entendían cuál era el camino a seguir y decididos a ocupar el sillón de Lenin.

A primera vista, esto parecía un gran avance tras los días oscuros de la guerra civil, cuando los bolcheviques habían conseguido mantenerse en el poder por escasísimo margen. Las huelgas y protestas de la década de 1920 no se parecían en nada a los levantamientos y revueltas de la guerra civil. No había hambruna y las fábricas y las plantas funcionaban a un ritmo frenético. Los líderes bolcheviques se encontraban inmersos en un conflicto, pero solo diferían en lo relativo al modo de desarrollar el éxito de la NEP y hacer realidad la visión que compartían acerca de la sociedad comunista. Y más importante aún: no estaban en guerra. Los blancos habían sido derrotados y expulsados más allá de las fronteras de la Unión Soviética, y los ejércitos de los países capitalistas se habían retirado. Los sentimientos anticomunistas no escaseaban precisamente en el ámbito internacional, y los esfuerzos de los bolcheviques por exportar la revolución a través de la Internacional Comunista contribuían a agudizarlos, pero después de los años de la Gran Guerra (la primera guerra mundial) la opinión pública se oponía de forma contundente a cualquier regreso a la confrontación. La jefatura bolchevique tenía todas las razones del mundo para creer que podía debatir el futuro de la revolución sin preocuparse por la seguridad del Estado soviético, tanto interna como internacionalmente. Y sin embargo los historiadores por lo general han sido incapaces de advertir

que los bolcheviques valoraban de forma tremendamente equivocada la situación que tenían delante, y que persistían graves preocupaciones acerca de la seguridad del Estado, preocupaciones que moldearon el debate político y el futuro de la Unión Soviética.

Había varias razones por las que los bolcheviques no lograban quitarse de encima su inseguridad. Parte de la explicación se encuentra en la misma ideología del bolchevismo. Siguiendo la teoría del imperialismo de Lenin,[2] los bolcheviques solían pensar que el desarrollo del capitalismo y de la competencia por los mercados conducía de forma inevitable a la guerra, y que, en vista de que el éxito del socialismo soviético constituía una amenaza directa al orden capitalista, tarde o temprano se produciría una confrontación decisiva entre la Unión Soviética y una coalición de las potencias capitalistas. Sin embargo, esto solo es una parte de la explicación. La Unión Soviética se había enfrentado a una coalición invasora de potencias capitalistas en la guerra civil, y por tanto resultaba apenas prudente emplear los servicios de inteligencia soviéticos para mantenerse vigilantes en caso de que pudiera resurgir una coalición semejante. No obstante, al decidir que la identificación de las amenazas contra el régimen era la primera prioridad de los servicios de inteligencia se introdujo un sesgo en la recopilación de información. La predisposición de los líderes soviéticos a ignorar, o en el mejor de los casos subestimar, las pruebas que contradecían sus opiniones solo sirvió para intensificar ese sesgo. Por otro lado, en la época no escaseaban las pruebas de anticomunismo y actividades anticomunistas en el mundo capitalista, así como de intenciones claramente hostiles hacia la URSS.[3] Los bolcheviques entendían ese anticomunismo y antibolchevismo en términos de clase: el triunfo de la revolución constituía una amenaza concreta al dominio de la burguesía en los Estados capitalistas. Mientras la Unión Soviética existiera, prosperara y apoyara los movimientos comunistas en el extranjero, las probabilidades de una revolución exitosa en Europa eran considerablemente mayores. Los líderes soviéticos estaban convencidos de que los gobiernos «burgueses» no tolerarían semejante amenaza a su existencia. No obstante, los bolcheviques sobrestimaron de forma sistemática tanto el temor a la revolución de esos gobiernos como su determinación de destruir el Estado soviético.

La Cheká, además, tenía razones para querer que lo hicieran. A medida que la guerra civil iba llegando a su fin, la presión para que se pusiera coto a la policía política fue en aumento.[4] En diciembre de 1921 el Noveno Congreso de los Sóviets aprobó una reorganización fundamental de la estructura y función de la organización. Stalin copresidió (junto a L. B. Kámenev) la comisión que supervisó el proceso.[5] Rebautizada con el oscuro nombre de Administración Política del Estado, o GPU, la nueva estructura tenía facultades demarcadas de forma mucho más cuidadosa para investigar y juzgar casos políticos por su cuenta, y se aceptó la exigencia del Comisariado de Justicia de poder revisar los veredictos de la GPU. Además, en los tres años siguientes, se autorizó una reducción del personal de la organización de un 50 por cien. Félix Dzerzhinski, miembro candidato del politburó y jefe de la GPU (y antes de ello de la Cheká), no era en absoluto indiferente al debilitamiento de la organización. Intentó oponerse y limitar la supervisión de sus actividades por parte de las instancias jurídicas.[6] Presionó en varias ocasiones, sin éxito, para concentrar todas las actividades de recopilación de información en manos de la GPU.[7] Bregó para garantizar que la GPU pudiera continuar llevando a cabo operaciones de envergadura y conseguir que no fuera a encogerse todavía más debido a su incapacidad para proporcionar a los trabajadores un nivel de vida decente. Entre los líderes del Partido, Trotski y Kámenev proponían que se hicieran recortes adicionales al presupuesto de la GPU, mientras que Stalin era proclive a defender la organización ante el politburó.[8] Aunque es posible que Stalin lo hiciera porque entendía la función que la policía política podría tener en la lucha por el poder después de la muerte de Lenin, al parecer también coincidía con las tesis de Dzerzhinski de que el trabajo de la GPU resultaba de crucial importancia para la seguridad del Estado soviético. En repetidas ocasiones Dzerzhinski se quejó ante él de que tanto los recortes presupuestales como los límites impuestos por el Comisariado de Justicia suponían un riesgo para la seguridad de la URSS.[9]

Su mejor argumento a favor de un fortalecimiento de la GPU se derivaba de los resultados de sus investigaciones. Si los camaradas miembros del politburó compartieran su percepción de las graves amenazas a las que se enfrentaba la Unión Soviética, estarían más dispuestos a aceptar

su petición de más poderes, más personal y mejor financiación. A los miembros del politburó se los mantuvo bien informados acerca de las operaciones e investigaciones en curso de la GPU. En la primera mitad de la década de 1920 se realizaron operaciones contra el «bandolerismo» y la falsificación de moneda, contra «elementos antisoviéticos» en la Iglesia ortodoxa rusa y entre los intelectuales. Sin embargo, ninguna de esas maniobras por sí misma hubiera llamado la atención del politburó como de importancia crucial para la seguridad nacional. Lo que se necesitaba era una amenaza existencial al Estado soviético. Para Dzerzhinski, el avance se produjo con «Trest», «Sindikat-2» y otras operaciones similares en las que agentes de la GPU se hicieron pasar en el extranjero por representantes de organizaciones antisoviéticas en busca de ayuda material y financiera. Los agentes contactaron con, y llegado el momento se infiltraron en, varias organizaciones del movimiento blanco y obtuvieron información relativa a las actividades antisoviéticas que planeaban, sobre sus esperanzas de organizar y unir a la oposición a la Unión Soviética desde dentro y acerca del apoyo que supuestamente les habían prometido los franceses, los británicos, los polacos y los rumanos, entre otros gobiernos «burgueses». Dzerzhinski contaba ahora «pruebas» de los planes y esfuerzos combinados de distintos gobiernos extranjeros y grupos antisoviéticos para socavar el Estado soviético.[10] Por la misma época, los servicios de inteligencia y los funcionarios del Partido de las fronteras meridionales advirtieron a Moscú de que los británicos estaban intentando desestabilizar el régimen patrocinando a grupos opositores como los basmachí y dando apoyo y armamento a fuerzas antisoviéticas en Turquía, Persia, Afganistán y China.[11] Los británicos ciertamente estaban muy activos en los Estados al sur de la frontera de la Unión Soviética, pero no tanto con el objetivo de desestabilizar al gobierno bolchevique, sino para aprovecharse de la inestabilidad del país para reforzar su posición es esos Estados.

Los líderes soviéticos también estaban convencidos de que el Reino Unido y Francia estaban detrás, tanto en términos financieros como militares, de las fuerzas polacas que atacaron la Rusia bolchevique en la primavera de 1920.[12] Cuando la campaña de repente se torció terriblemente para los polacos y las fuerzas soviéticas llegaron a las afueras de Varsovia,

fue un contingente de asesores militares franceses a las órdenes del general Maxime Weygand el que ayudó a sacar al Ejército Rojo de Polonia. Después de firmada la paz, los bolcheviques permanecieron vigilantes viendo cómo los franceses continuaban dando dinero y armas a los ejércitos de Polonia y Rumanía.[13] Para Francia, mantener unos vínculos fuertes y estables con los regímenes de Europa oriental y meridional era una parte esencial de la estrategia para contener a Alemania. No obstante, los líderes soviéticos estaban convencidos de que los lazos diplomáticos y militares entre el Reino Unido, Francia, los Estados balcánicos, Rumanía, Polonia, los Estados del Báltico y Finlandia eran una prueba de un plan a largo plazo para lanzar un nuevo ataque contra ellos. Esta clase de cautela era sensata, pues esos países habían dado refugio al grueso de los ejércitos blancos cuando estos se retiraron de Rusia. Y los organismos de espionaje soviéticos habían advertido de que esos Estados mantenían a cientos de miles de soldados blancos armados y listos para el combate.[14]

La dificultad de los líderes soviéticos para distinguir entre las políticas relacionadas con ellos y las políticas dirigidas a Alemania vino a agudizarse con la firma del Tratado de Rapallo (abril de 1922), que sentó las bases para unas estrechas relaciones germano-soviéticas hasta comienzos de la década de 1930. Después de Rapallo, los cabecillas rusos pasaron a considerar cualquier acción francesa contra Alemania como un paso previo de una acción contra la Unión Soviética. La ocupación del Ruhr a principios de 1923 fue un ejemplo de ello. Los líderes soviéticos aprovecharon la crisis para intentar fomentar una revolución en Alemania, pero lo hicieron convencidos de que ni Francia ni Polonia[15] tolerarían una revolución comunista en Alemania. Según creían, las fuerzas militares que se emplearían para aplastar la revolución en Alemania se volverían a continuación contra la Rusia soviética. De hecho, el espionaje militar ruso opinaba que la invasión ya se estaba preparando. En febrero de 1923, S. S. Kámenev, el comandante en jefe del Ejército Rojo, le escribió a P. P. Lébedev, el oficial al mando del grupo de ejércitos del Oeste, que la Entente estaba reorganizando al ejército blanco y que era posible que, con el respaldo de una flota considerable (en su mayoría británica), desembarcara en la costa del mar Negro o fuera transportado a las fronteras occidentales

de la Unión Soviética. Kámenev advertía además que, en caso de una invasión, cualquiera de los Estados a lo largo de esa frontera, desde Finlandia hasta Turquía, o todos incluso, podían declarar la guerra a la Rusia soviética.[16] El espionaje militar ruso estaba aquí muy equivocado, pero los acontecimientos posteriores en el Reino Unido y otras partes reforzaron la impresión de que algo se estaba tramando. En mayo, lord Curzon, el ministro de Exteriores británico, exigió al gobierno soviético la retirada de los «agentes» que operaban contra los intereses de su país en Asia si no quería hacer frente a la ruptura de las relaciones diplomáticas. La acción coincidió con informes que señalaban un aumento considerable de las actividades terroristas antisoviéticas a lo largo de las fronteras del país.[17] Estados Unidos y Francia respaldaron con firmeza al Reino Unido en lo que los líderes soviéticos interpretaron como un intento de justificar la invasión a ojos de la opinión pública europea y estadounidense, todavía hastiada de la guerra.

Las esperanzas soviéticas de una revolución en Alemania, por supuesto, nunca se hicieron realidad, y a medida que la situación política en el país se estabilizaba, el temor a la invasión se apaciguó. La calma se reforzó cuando cayeron los gobiernos conservadores, y antisoviéticos, de Stanley Baldwin en el Reino Unido y Raymond Poincaré en Francia y fueron reemplazados por (efímeros) gobiernos de izquierda interesados en mejorar las relaciones de sus países con la Rusia bolchevique. Stalin se apresuró a señalar que esta prueba del creciente «respeto» por la Rusia soviética no implicaba que el peligro de la guerra hubiera desaparecido. Las muchas declaraciones públicas de Stalin sobre el peligro continuado de la guerra seguían de forma estricta la lógica de los escritos de Lenin acerca del imperialismo, pero se apoyaban en los detalles concretos aportados por los servicios de inteligencia soviéticos. No era un secreto que los británicos estaban invirtiendo con fuerza en las economías de Europa oriental, y haciendo préstamos considerables,[18] pero el Departamento Extranjero del OGPU tendía a vincular estos intereses financieros con un interés militar. Los soviéticos advirtieron que importantes oficiales de las fuerzas armadas británicas se reunían con frecuencia con sus homólogos de Europa oriental. La inteligencia militar informó a Stalin de que los británicos estaban

desarrollando una influencia «político-militar y económico-militar» perturbadora en los países de la frontera occidental de la Unión Soviética, en especial en Polonia, Rumanía y los Estados del Báltico.[19] El espionaje estaba convencido de que el Reino Unido continuaba apoyando a los grupos terroristas contrarrevolucionarios para planear asesinatos y desestabilizar las regiones en las que vivían las minorías nacionales. Dado que los líderes soviéticos tenían ya el convencimiento de que los polacos estaban realizando grandes esfuerzos para desestabilizar Bielorrusia y Ucrania, la posibilidad de un bloque antisoviético encabezado por el Reino Unido y Polonia les preocupaba sobremanera. Ese bloque no existía, por supuesto, y los británicos, además, estaban resueltos a evitar todo enfrentamiento en Europa, pero la convicción de que se trataba de una posibilidad omnipresente se intensificó cuando los líderes soviéticos presenciaron la negociación del Tratado de Locarno en el otoño de 1925. El tratado se ocupaba de ciertas cuestiones sin resolver de la seguridad europea, siendo la más importante poner fin al aislamiento en que había quedado Alemania desde la primera guerra mundial. Para los soviéticos, todo lo acordado en Locarno tenía como único objetivo alejar a Alemania de la URSS y eliminar los obstáculos que impedían la emergencia de un verdadero bloque antisoviético. Los soviéticos, con buen juicio, daban por hecho que Polonia, Rumanía y los Estados del Báltico tenían muchas menos probabilidades de entrar en guerra con la Unión Soviética mientras Alemania fuera una amenaza para su seguridad. Y, por tanto, concluyeron que el nuevo acuerdo aumentaba el peligro de una guerra contra la URSS en la medida en que acercaba a Alemania a los enemigos del Estado soviético.

En noviembre de 1925, Dzerzhinski entregó a Stalin informes que indicaban que el Reino Unido estaba intentando negociar un acuerdo que pusiera fin a la guerra comercial entre Polonia y Alemania y resolviera las tensiones relativas a las fronteras en disputa.[20] Unos meses después, informó de que los británicos estaban sondeando a los blancos refugiados en Praga, París y Constantinopla sobre la posibilidad de cooperar en una invasión de la URSS. Poco después, Stalin recibió información de que era posible que Japón se sumara a la coalición, que en China apoyaba Zhang

Zuolin.[21] Al parecer la «coalición» estaba ya aumentando las actividades de subversión y espionaje en las fronteras de la Unión Soviética en preparación de las acciones militares.[22]

Aunque semejante coalición no existiera, el goteo constante de inteligencia pintaba una imagen cada vez más convincente y detallada de ella. En mayo de 1926, un golpe de Estado militar encabezado por Józef Pilsudski derrocó el gobierno democrático de Polonia. Y Dzerzhinski le escribió a Stalin que, en su opinión, Inglaterra estaba detrás del golpe y había decidido respaldar a Pilsudski con el propósito de acelerar los planes de atacar a la Unión Soviética.[23] El comisario de Asuntos Exteriores, Gueorgui Chicherin, al que no se puede considerar un alarmista, coincidió con esa valoración de la amenaza.[24] Para entonces también se daba por hecho que Francia era un actor clave del supuesto bloque. En ese momento, los franceses estaban empezando a hacer realidad su ambición de desarrollar su influencia política y económica en Europa oriental, entre otras razones con el fin de contener tanto a Alemania como a la Rusia soviética. A ojos de los líderes rusos las inversiones francesas, la venta de armamento y la asesoría militar a los polacos y los rumanos, así como los esfuerzos diplomáticos, que incluían la Pequeña Entente y las alianzas con Polonia y Checoslovaquia, eran un intento de fortalecer los lazos que solo podía tener como fin una agresión contra la URSS. Eran incapaces de ver que las metas de Francia y el Reino Unido en el este de Europa estaban básicamente en conflicto; que ninguno de los dos países abrigaba intenciones hostiles; y que, en última instancia, ninguno tenía en la región tanta influencia como hubiera querido. En lugar de ello, Stalin recibía con regularidad advertencias de que los británicos y los franceses estaban reuniendo fuerzas en Europa oriental para lanzar un ataque sobre la URSS que estaría encabezado por Polonia. Dzerzhinski le dijo que las frecuentes visitas a Polonia y Rumanía de los agregados militares franceses se debían a la firma de un acuerdo militar que era un paso adicional en la organización de un ataque concertado contra la Unión Soviética. A comienzos de julio de 1926, le escribió a Stalin que «hay una gran cantidad de pruebas que

indican con claridad indudable (para mí) que Polonia se prepara para lanzar un asalto militar contra nosotros con el objetivo de apoderarse de Bielorrusia y Ucrania».[25]

La situación parecía ser peligrosísima, pero las autoridades soviéticas calcularon que el ataque no era aún inminente. La inteligencia militar exageraba de forma sistemática las dimensiones y el poderío de los ejércitos polacos, así como su capacidad para unir fuerzas con los rumanos, los blancos y demás, pero estaba razonablemente segura de que Pilsudski y la imaginaria coalición que lo respaldaba seguían sin decidirse a actuar por temor a las consecuencias políticas internas de semejante paso. Para los líderes soviéticos, este era el contexto básico cuando sobrevino la redada policial en la sede de ARCOS y se produjo la ruptura de las relaciones con el Reino Unido, un acontecimiento que por lo general se considera la base del pánico bélico de 1927. Cuando las autoridades británicas asaltaron las oficinas londinenses de la Sociedad de Cooperación Panrusa (ARCOS) en mayo de 1927, y aseguraron haber descubierto documentos que demostraban que el gobierno de la URSS estaba involucrado en actividades subversivas, los líderes soviéticos interpretaron la acción como un nuevo esfuerzo de la burguesía británica, más osado y agresivo, para convencer a la clase trabajadora no solo de Inglaterra sino también del continente europeo de que debía apoyar la acción militar contra la Unión Soviética. En la primera semana de junio, mientras Stalin digería un informe sobre la captura de una supuesta red de espías británicos en Leningrado, se le comunicó que Piotr Voikov, el embajador soviético ante el gobierno polaco, había sido asesinado. El telegrama que envió entonces a Mólotov decía: «Siento la mano de Inglaterra. Quieren provocar (involucrarnos en) un conflicto con Polonia. Quieren repetir Sarajevo».[26]

En realidad, el Reino Unido no tuvo nada que ver con el asesinato, e incitar a Polonia a ir a la guerra no entraba dentro de sus planes. Baldwin era un anticomunista, pero las manifestaciones públicas de ese anticomunismo eran tanto una cuestión de principio como parte de sus esfuerzos, y los de sus copartidarios conservadores, por convencer al electorado británico de que la simpatía del Partido Laborista por la Revolución rusa lo convertían en una fuerza peligrosa dentro de la política

británica. En otras palabras, el anticomunismo vociferante de los tories y la clase dirigente británica en general estaba en gran medida dirigido a la opinión pública local, y no pretendía apuntalar una política exterior agresiva. Sin embargo, el gobierno soviético no lo veía así, pues pensaba que tenía pruebas abrumadoras que indicaban que la guerra era inminente. Esas «pruebas», a su vez, incidían en la forma en que los dirigentes rusos veían la situación interna. Dado que la guerra era inminente, la lealtad vacilante de grandes segmentos de la población resultaba muchísimo más preocupante de lo que habría sido en otras circunstancias.

A lo largo de la década de 1920, los servicios de inteligencia no dejaron de advertir de la creación por parte de gobiernos extranjeros de redes de agentes en territorio de la URSS con el objetivo de socavar el poder de los líderes soviéticos desde dentro mediante el sabotaje de las fábricas y las infraestructuras, el asesinato de funcionarios y la organización de una quinta columna en caso de guerra.[27] Desde una perspectiva superficial, eso resultaba bastante coherente. El gobierno soviético había heredado muchas de las preocupaciones perennes del régimen zarista, incluido el problema que representaban miles de kilómetros de fronteras mal protegidas. Traspasarlas para realizar tales operaciones apenas suponía un reto para los enemigos foráneos de la Unión Soviética, y la infiltración de las organizaciones blancas en el extranjero llevada a cabo por la GPU sacó a la luz tramas y planes para nuevas incursiones. A comienzos de la década de 1920, la GPU consiguió en varias ocasiones recurrir los recortes presupuestarios que la afectaban con el propósito de ampliar su red de agentes en el extranjero.[28] Entretanto, el 10 de marzo de 1922, los órganos regionales de la GPU recibieron órdenes de centrar la atención en «el transporte y las empresas especialmente importantes para la economía y reforzar las operaciones para descubrir e impedir las acciones de sabotaje de los SR, los kadetes y los monárquicos; proteger a esas empresas de las bombas y los incendios provocados por elementos contrarrevolucionarios; [...] [y] tomar medidas adicionales para poner al descubierto las actividades de espionaje de los extranjeros y las personas con vínculos con las instituciones diplomáticas y las organizaciones contrarrevolucionarias extranjeras».[29] Estas instrucciones tenían sentido en la medida en que los

órganos regionales eran los mejor situados para proteger a las empresas locales que se enfrentaban a la supuesta amenaza. No obstante, los órganos locales de la GPU carecían del personal, la experiencia o los fondos necesarios para llevar a cabo las exitosas operaciones de infiltración en organizaciones antisoviéticas de sus homólogos del Departamento Extranjero (INO OGPU). En el mejor de los casos, mantenían una vigilancia burda sobre elementos conocidos, los SR, los kadetes, los monárquicos, los miembros de las «clases ajenas» y demás individuos o grupos sospechosos de ser hostiles al régimen, y practicaban detenciones fundándose más en el «instinto revolucionario» que en las pruebas materiales de los supuestos crímenes contra el Estado. Eso convenía a los órganos centrales del Partido y la GPU en la medida en que tendían a exigir que las investigaciones sobre el sabotaje condujeran al enjuiciamiento de los responsables. Pero la situación también creaba oportunidades para funcionarios regionales de la GPU con ambiciones. *Impedir* actos de sabotaje como consecuencia de «destapar» organizaciones antisoviéticas con frecuencia les reportaban grandes elogios y ascensos incluso cuando las pruebas que justificaban las detenciones y enjuiciamientos eran en gran medida circunstanciales. En consecuencia, a lo largo de la década de 1920, la GPU, y a través de ella también la cúpula del Partido, recibió un flujo continuo de informes procedentes de las regiones en los que se detallaban las operaciones exitosas llevadas a cabo por saboteadores vinculados con gobiernos extranjeros.[30]

Para mediados de la década, el Departamento Extranjero de la GPU, que no había dejado de crecer y tenía cada vez una mayor seguridad en sus acciones, entregaba a los líderes del Partido informes que indicaban una amenaza interna mayor vinculada al aumento del riesgo de una invasión extranjera. Se creía que el espionaje y las operaciones de sabotaje de las fuerzas militares blancas, polacas y rumanas se estaban incrementando en previsión del comienzo del conflicto, todo ello con el respaldo de los británicos y los franceses.[31] En julio de 1925, se otorgaron casi cuatro millones de rublos al OGPU con el fin de mejorar la vigilancia de las fronteras.[32] Tres meses después Dzerzhinski insistió en aumentar todavía más las medidas de seguridad en el Kremlin debido a los informes que tenía

sobre tramas de asesinato. Al mismo tiempo, presionaba con insistencia al politburó para que liberara al OGPU de una mayor supervisión por parte del Comisariado de Justicia: «Desde un punto de vista político, este no es el momento para arrebatarnos el derecho a lidiar con los casos que involucran a terroristas, monárquicos o grupos de la Guardia Blanca y restringir de otras formas nuestra capacidad para combatir la contrarrevolución».[33] Durante 1926 y hasta 1927, los informes sobre incendios y explosiones en el sistema de transporte y en empresas importantes aumentaron de forma pronunciada.[34] En el otoño de 1926, el VSNJ y el OGPU trabajaban en las medidas para luchar contra el sabotaje.[35] El 13 de enero de 1927, Stalin ordeno al OGPU informar al politburó acerca de las medidas que había decidido para «combatir los incendios y las explosiones y otros ataques deliberados contra las empresas».[36] Menzhinski declaró que no contaban con los recursos adecuados para defender a las empresas de las actuales amenazas y, en consecuencia, recibió más dinero, más personal, un nuevo departamento que debía ocuparse específicamente de la amenaza de sabotaje y la creación de los denominados «Comités para la cooperación con el OGPU» (*komitety sodeistvia*) en cada una de las empresas que tenía bajo vigilancia.[37] En el verano de 1927, conferenciantes del OGPU recorrieron las organizaciones regionales del Partido, municipales y distritales, así como los comités y las reuniones generales de las fábricas, con el fin de llamar la atención sobre los nuevos riesgos para la seguridad que suponían los agentes encubiertos de las potencias hostiles.[38] Un hecho significativo fue que, además, se otorgó al OGPU la facultad de juzgar los casos de sabotaje sin tener que consultar al Comisariado de Justicia o a la Comisión de Asuntos Políticos del politburó.[39] Dada la percepción de que el peligro de que estallara una guerra era creciente, en junio esa facultad se extendió «temporalmente» para abarcar también los casos que involucraban a rusos blancos, espías y bandidos.[40]

Para la época en que murió Dzerzhinski, en julio de 1926, el OGPU iba ya camino de recuperarse de los recortes a los que había tenido que hacer frente al final de la guerra civil y los límites impuestos por el Comisariado de Justicia. Es probable que los actos concretos de sabotaje y espionaje descubiertos por la organización, así como el empeoramiento de

la situación internacional, la situaran en una mejor posición para defender su caso ante el politburó. Cuando las delegaciones extranjeras le preguntaron a Stalin en el décimo aniversario de la revolución por los poderes extraordinarios de que gozaba el OGPU, el líder soviético declaró públicamente que estos serían suspendidos y el OGPU disuelto «en el momento en que los capitalistas de todos los países dejaran de organizar y financiar a los grupos contrarrevolucionarios, los conspiradores, los terroristas y los saboteadores».[41] Sin embargo, con la publicidad dada al peligro que representaban los agentes extranjeros en aumento y el OGPU recibiendo más recursos, ampliando las investigaciones y operaciones de recopilación de inteligencia y liberado del control del Comisariado de Justicia, lo que sucedió fue que se encontraron cada vez más amenazas al régimen. Dzerzhinski y su sucesor Viacheslav Menzhinski creían de forma apasionada que estaban protegiendo al régimen de peligros muy reales, pero la carencia general de un escepticismo riguroso a la hora de examinar las pruebas de la supuesta amenaza contribuía de forma significativa a alimentar esa creencia. Cuando el Comisariado de Justicia los acusó de cometer «excesos» y juzgar casos fundándose en pruebas endebles, reaccionaron con desprecio e insistieron, como hiciera Dzerzhinski en 1925, en que tales quejas solo ayudaban a los enemigos del régimen.[42]

La amenaza interna iba mucho más allá de aquellos que entraban ilegalmente en la URSS desde el extranjero. A los líderes soviéticos también les preocupaba que partes sustanciales de la población local pudieran sentirse inclinadas a colaborar con el enemigo. Los trabajadores eran quizá la menor de sus preocupaciones, incluso a pesar de que, en relación con sus aliados naturales más fuertes, demostraron también una capacidad para llenarse de miedo. La policía política recogía informes sobre la opinión popular desde 1919, pero a partir de los primeros años de la década de 1920 los miembros de la cúpula del Partido comenzaron a recibir resúmenes mensuales referentes a la opinión pública elaborados por las organizaciones locales. Del mismo modo en que los informes de inteligencia relacionados con el contexto internacional tendían a inflar cualquier amenaza, las evaluaciones de la opinión popular se inclinaban a subrayar los puntos de vista hostiles y concentrarse en las regiones en las

que más probabilidades había de que estallara el descontento de los trabajadores. Los informes sobre el campesinado propendían a reflejar la predisposición del régimen a considerar a los granjeros privados como hostiles por naturaleza al poder de los sóviets. Los partes detallaban los casos de violencia contra el funcionariado soviético en el campo, pero lo que resultaba más preocupante para las autoridades era la capacidad y disposición de los campesinos a retener los excedentes e impedir los planes de industrialización soviéticos en el momento preciso en que se necesitaba aumentar con rapidez la producción industrial si se quería que la URSS estuviera preparada para la guerra. Con la intensificación del pánico bélico en 1927, el miembro del politburó Viacheslav Mólotov ordenó al OGPU elaborar un informe especial acerca de la respuesta probable de la población en caso de conflicto armado.[43]

A los líderes soviéticos les preocupaba todavía más la deslealtad real y potencial de los llamados «especialistas burgueses». A pesar de la inversión considerable hecha en la formación de ingenieros y demás técnicos especializados necesarios para sostener el rápido crecimiento de la economía, aquellos que poseían formación y experiencia antes de la revolución continuaban ocupando puestos clave no solo en las empresas más importantes sino también en el aparato estatal y el ejército. La presencia de tantísimos miembros de las «clases ajenas» (aquellos que en tiempos de los zares pertenecían a la clase media o la baja nobleza) en semejantes posiciones de poder y autoridad era una fuente de graves preocupaciones, en especial en el contexto del pánico bélico. El descubrimiento de una «conspiración de especialistas» resultaba casi inevitable debido a la combinación de la animadversión de los trabajadores hacia los jefes en general y los jefes «burgueses» en particular, el conflicto entre los especialistas «rojos» y los «burgueses», los prejuicios del OGPU cultivados durante prolongadas operaciones contra los intelectuales y quienes tenían contactos con el extranjero y una hostilidad común, auténtica, entre los especialistas hacia el régimen soviético.

Las organizaciones locales del OGPU tenían abundante material para los informes que enviaban con regularidad a la sede central sobre los progresos realizados en el cumplimiento de la directiva del 13 de enero de

1927, pero fue en la industria del carbón de la región del norte del Cáucaso que un plenipotenciario del OGPU, E. G. Yevdokímov, empezó a investigar, junto con el Departamento Económico de la organización, un caso que sugería una conspiración más amplia contra el régimen. El caso, como siempre, se fundaba en pruebas circunstanciales. Los especialistas de Shajti no siempre se llevaban bien con las autoridades del Partido o los directores de la empresa. Los trabajadores abrigaban resentimientos en su contra desde los días de la guerra civil y desconfiaban de ellos.[44] Los especialistas con adiestramiento soviético los trataban con hostilidad. Habían criticado el plan de los directores empresariales. Tenían muchos contactos en el extranjero, en Polonia, el Reino Unido y otros países que según se creía estaban preparándose para invadir la Unión Soviética. Sin embargo, las pruebas materiales de sabotaje que justificaban la animadversión de sus compañeros de trabajo hacían parecer siniestros sus contactos con extranjeros y espolearon una investigación basada en valoraciones relativas a las decisiones que habían tomado en virtud de su condición de especialistas: la inundación de ciertas minas, la compra de cierto equipo, el uso de ciertos métodos de construcción. K. I. Zonov, del Departamento Económico del OGPU, un hombre con un nivel educativo «muy bajo» según su expediente personal, concluyó que estas decisiones eran contraproducentes para el funcionamiento eficaz de las empresas para las que los especialistas trabajaban y, por tanto, solo podían calificarse como «sabotaje deliberado».[45]

Armado con las conclusiones de Zonov, Yevdokímov llevó los documentos de la investigación a Menzhinski, quien le dijo que suspendiera la pesquisa. La decisión de Menzhinski puede haber sido una rara demostración de escepticismo, justificada en particular dadas las cualificaciones de Zonov, pero es más probable que se fundara en su valoración de la importancia de los especialistas «burgueses» para el éxito de la economía soviética en general y del Donbás en particular. No obstante, Yevdokímov no se dejó desalentar y decidió dar un paso arriesgado, a saber, pasar por encima de su jefe y acudir directamente a Stalin. Como Menzhinski, Stalin entendía los peligros de un movimiento semejante, pero autorizó a Yevdokímov a continuar con las investigaciones.

Decenas de especialistas fueron arrestados, sometidos a interrogatorios extensos y presionados para que confesaran sus crímenes.[46] El politburó discutió el sabotaje de Shajti por primera vez a finales de febrero de 1928. En una semana, se creó una comisión del politburó para estudiar los documentos aportados por el OGPU, y unos pocos días después la noticia del «complot» estaba en la prensa nacional.[47] Algunos miembros del politburó, entre los que destacaba Alekséi Ríkov, argumentaron que las acusaciones contra los especialistas eran absolutamente desproporcionadas. Otros, como Valerián Kúibishev, sencillamente compartían la valoración de Menzhinski de que no era el momento adecuado para atacar a los especialistas. No obstante, la correspondencia de la mayoría de los demás miembros del politburó, incluidos moderados como Nikolái Bujarin y Mijaíl Tomski, indica que de verdad creían que el sabotaje económico se había convertido en el arma clave de las potencias capitalistas hostiles en su lucha contra la Unión Soviética y que ese sabotaje se extendía más allá de Shajti y la cuenca del Don.[48] Incluso Trotski apoyó el juicio.[49]

¿Y qué podemos decir de Nikolái Krilenko? Él había criticado sistemáticamente al OGPU por realizar arrestos a partir de pruebas endebles, y el caso en cuestión carecía casi por completo de material probatorio que demostrara la culpabilidad de los acusados. La acusación descansaba en las valoraciones técnicas de alguien cuya falta de preparación era patente y en unas confesiones obtenidas bajo coacción. Pese a ello Krilenko actuó como fiscal jefe, defendió el uso de las confesiones como prueba y no aflojó cuando algunos de los acusados empezaron a retractarse de sus confesiones.[50] Es posible que Krilenko no tuviera otra opción que actuar como lo hizo en su función de fiscal jefe, pero él y otros parecen haber accedido a que Stalin promoviera el juicio de Shajti no tanto porque estuvieran convencidos del caso contra los acusados desde un punto de vista jurídico, sino porque aceptaban el caso político a favor de una farsa judicial, pues estaban convencidos de que la socavación era una realidad, de que los especialistas «burgueses» en general eran hostiles al poder soviético, tendían a oponerse a la planificación y tenían contactos sospechosos con las potencias occidentales, de que un juicio público que exhibiera los peligros planteados por los especialistas era necesario. Por

supuesto, en lugar de reducir la incidencia de daños deliberados, los llamados a la vigilancia consecuencia del juicio tuvieron como resultado un aumento de las denuncias e informes de socavación. En las semanas y meses que siguieron, el politburó discutió otras investigaciones llevadas a cabo por el OGPU sobre el sabotaje cometido por especialistas en las industrias de defensa, transporte y metalurgia.[51] Todos parecían parte de una conspiración creciente que buscaba desestabilizar la economía como primer paso de una nueva intervención extranjera.

El temor a una nueva invasión se combinó con las «pruebas» de las graves vulnerabilidades a nivel interno y, como era inevitable, eso influyó tanto en los debates acerca de la política económica como en la lucha por suceder a Lenin. De forma gradual, los temores alejaron la opinión del Partido de la «nueva política económica» y su cuasi economía de mercado. La lógica era bastante clara. Sin duda, la Unión Soviética necesitaba acelerar el ritmo de la industrialización con el fin de estar mejor preparada para la inevitable invasión de las potencias capitalistas. Sin duda, el desarrollo posterior de la economía industrial no debería ya depender de la voluntad de esos capitalistas mezquinos que eran los kuláks para poner el grano en el mercado. Sin duda, la Unión Soviética no podía permitirse seguir fortaleciendo durante más tiempo a los elementos capitalistas y los miembros de las «clases ajenas», sino que necesitaba volver a los métodos «comunistas» característicos del comunismo de guerra. Sin duda, ahora que la economía se había recuperado, el régimen estaba en condiciones de comprometerse con la clase de sistema totalmente planificado que solo había fracasado en un contexto de guerra y ruina. De hecho, el pánico bélico de 1927 favoreció un giro radical en contra de la NEP y el comienzo de lo que se conoció como la «gran ruptura». Asimismo marcó el comienzo de la fase final de la lucha por suceder a Lenin y el surgimiento de la dictadura de Stalin. Si bien el líder soviético usó la agudizada sensación de inseguridad para su provecho político a finales de la década de 1920, es necesario examinar con mayor detenimiento la lucha por el poder con el fin de entender en qué sentido la «gran ruptura» y el ejercicio de una autoridad

cada vez más dictatorial de Stalin solo sirvieron para intensificar la propensión del régimen a percibir de forma equivocada y exagerada las amenazas a la URSS tanto dentro como fuera del país.

3

La dictadura insegura

La historia del ascenso al poder de Stalin se ha contado muchas veces en decenas de biografías y estudios de historia soviética, tantas que existe una acumulación de ideas recibidas que exige un escrutinio crítico. Un examen de las fuentes de archivo relativas al ascenso al poder de Stalin revela muchísimo no solo acerca de los orígenes de la dictadura sino también acerca de cuán fuerte y estable era el poder que poseía tanto en la realidad como en la percepción de sus contemporáneos y la de él mismo. La literatura existente atribuye su ascenso a una variedad de factores, desde el uso del terror y la propaganda hasta el atractivo de sus políticas, pero casi sin excepción mencionan el cargo de Stalin como secretario general. El relato más común propone que, en tanto secretario general, Stalin utilizó el control sobre los nombramientos para crear y cultivar un grupo de seguidores en el aparato del Partido.[1] La mecánica de ese proceso se ha descrito en ocasiones como «flujo circular del poder».[2] Stalin nombraba a los secretarios del Partido y ellos, a cambio, votaban por él en los congresos del Partido. Por lo general se da por sentado que Stalin usó el poder que eso le otorgaba para librarse de rivales políticos durante su ascenso a la jefatura de la URSS y, en años posteriores, para deshacerse de aquellos funcionarios que tenían reservas acerca de sus políticas. En resumen, la idea recibida es que, para finales de la década de 1920, Stalin tenía un control personal casi completo sobre la totalidad del aparato del Estado; que su dictadura era sólida y segura.

A finales de la década de 1970 y comienzos de la de 1980, algunos estudiosos «revisionistas» empezaron a poner en duda la idea de que Stalin podía estar seguro de la lealtad personal de los funcionarios del Partido y de que estos ejecutaban sus órdenes sin cuestionarlas.[3] Desde la apertura de los

archivos nuevas pruebas han venido a reforzar la opinión de esos historiadores. Asimismo, recientes estudios han demostrado con claridad que las prioridades de los funcionarios del Partido eran consecuencia de sus intereses institucionales y no solo de la voluntad de Stalin o las directrices de la jefatura central.[4] Recopilaciones de documentos recientes muestran un Stalin acosado por las dudas acerca del cumplimiento de las directrices del centro.[5] En este sentido, el problema no eran sus subordinados inmediatos, sino la gran masa de la burocracia del Partido y del Estado, que tenía sus propios intereses institucionales y respondía a exigencias imposibles con dilaciones deliberadas y engaños. En lugar de sentirse seguro del control que tenía sobre los funcionarios del Partido, Stalin parece haber estado obsesionado por el fantasma del *dvurushnik* (alguien que es falso o hipócrita, una persona doble, traidora), que en público profesaba lealtad a la línea del Partido mientras que en privado trabajaba para subvertirla. Por tanto, las nuevas pruebas y testimonios contradicen la forma en que hemos entendido el surgimiento de la dictadura personal de Stalin y nos ofrecen una imagen más variable e inestable del poder soviético en las décadas de 1920 y 1930.

El análisis de los archivos del Comité Central y, en particular, de los del Secretariado de Stalin indica que, si bien el puesto de secretario tuvo una importancia crucial en su ascenso al poder, este nunca se convirtió en la fuente de control personal del aparato del Partido, que es lo que suele darse por sentado. Stalin, sencillamente, no podía limitarse a despedir a sus adversarios y nombrar a sus aliados. Desde el comienzo, el Secretariado no daba abasto con la tarea de asignar los cuadros para las organizaciones del Partido. Los asignaba en grandes cantidades en un proceso casi por completo impersonal. Entretanto, las organizaciones del Partido que recibían a esos cuadros estaban profundamente involucradas en el proceso de los nombramientos. Tenían la facultad de rechazar a los candidatos propuestos por el centro, y lo hacían. Una designación no era suficiente para generar una lealtad personal hacia el secretario general. Con todo, Stalin sí proporcionó seguridad a muchos secretarios del Partido en términos de permanencia en sus cargos. En la primera década del gobierno soviético, la amenaza más grave para el poder de estos dirigentes provenía

de las luchas internas políticas (*sklochnichestvo*) en las organizaciones locales. Stalin se granjeó el apoyo de los secretarios al atacar la democracia interna del Partido y reforzar el poder de cada uno dentro de la organización que controlaba. Las batallas políticas por la sucesión de Lenin exacerbaron las disputas internas a nivel local, y los secretarios vieron con agrado que Stalin les pusiera fin. Hubo «flujo circular del poder», pero únicamente en este sentido limitado. Muchos secretarios votaron por Stalin en los congresos del Partido. Le ayudaron a derrotar a sus rivales en el politburó porque tenían un interés común en que lo hiciera, no porque se sintieran personalmente en deuda con él. A comienzos de la década de 1930, sus intereses empezaron a divergir con la crisis del primer plan quinquenal, los acopios de grano brutales, la hambruna y el surgimiento del «sistema de comando administrativo». Los secretarios habían ayudado a Stalin a llegar al poder, pero quizá empezaban a preguntarse, con inquietud, si habían hecho la elección correcta. Sin embargo, no había nada que pudieran hacer al respecto. Al atacar la democracia interna del Partido, contribuyeron a una situación en la que era imposible cuestionar la «línea del Comité Central». Donde el debate y la crítica de la política decidida por el centro resultaban imposibles, las dilaciones deliberadas y demás formas de subversión que hoy vemos en las nuevas fuentes constituyen una respuesta lógica.

Con el fin de entender cómo surgió esta relación visiblemente tensa entre Stalin y la burocracia del Partido a comienzos de la década de 1930, debemos regresar a los orígenes mismos del Secretariado del Comité Central en el contexto de la toma del poder en 1917. Tras el golpe de octubre en Petrogrado, los bolcheviques se enfrentaron a la tarea colosal de tomar el control, y el gobierno, de los vastos territorios del Imperio ruso. Para hacerlo, tuvieron que eliminar o asimilar las estructuras burocráticas existentes, desde los ministerios centrales a los consejos de tierras locales. Tuvieron que batallar con los demás grupos con los que competían por el poder, incluidos los mencheviques, los socialistas revolucionarios y las minorías nacionales que buscaban crear Estados independientes. Y en la primavera de 1918, tuvieron además que movilizar a la población para la guerra civil. Los bolcheviques eran conscientes, desde hacía mucho, de que no contaban con personal suficiente. En la víspera de la revolución de

febrero, la clandestinidad bolchevique tenía aproximadamente unos veinticuatro mil miembros. Para cuando terminó la guerra civil más de setecientos mil nuevos afiliados se habían unido al ahora partido gobernante.[6]

Inscribir, asignar y dirigir la avalancha de nuevos afiliados eran tareas colosales en sí mismas. Yákov Sverdlov, un colega cercano a Lenin, fue el primer «secretario» del Comité Central a cargo de las cuestiones de personal. Con un equipo de apenas seis personas, Sverdlov solo podía monitorizar el crecimiento espontáneo de las afiliaciones al Partido y difundir directrices generales para nombrar los cuadros en masa. Aunque Lenin apreciaba muchísimo a Sverdlov por sus habilidades organizativas, parece ser que su Secretariado mantuvo pocos registros escritos de sus actividades. La presión por mejorar la forma en que el Secretariado llevaba los archivos provino de las organizaciones estatales y del Partido, tanto en el centro como en las regiones, frustradas por la incapacidad de la institución para satisfacer sus necesidades específicas en materia de cuadros.[7] Tras la muerte de Sverdlov en marzo de 1919, la responsabilidad de los nombramientos en el Partido se encomendó de forma oficial al Secretariado. Con el fin de satisfacer la necesidad cada vez más grande de cuadros a lo largo y ancho de la Unión Soviética, los sucesores de Sverdlov[8] se ocuparon de aumentar el personal del organismo. Para 1921, el Secretariado empleaba a más de seiscientos funcionaros, pese a lo cual seguía sin poder satisfacer las exigencias de todas las organizaciones.

La guerra civil, como es obvio, había supuesto una carga adicional considerable para el aparato de gestión del personal. El Secretariado trabajó en colaboración estrecha con la administración política de la jefatura del Ejército Rojo (*Politícheskoe upravlenie Revoensoveta*) para movilizar a los miembros del Partido y destinarlos a los distintos frentes. Mientras la existencia del Estado soviético estuvo amenazada, las necesidades del gobierno civil no se consideraron prioritarias, pero cuando la victoria pareció asegurada el Secretariado pudo desmovilizar y asignar a decenas de miles de cuadros del Partido. Una vez más, cualquier cosa más allá del mantenimiento de un registro muy rudimentario resultaba imposible. De arriba abajo las organizaciones del nuevo aparato burocrático registraban

formalmente sus necesidades de personal con destrezas específicas para trabajar en organizaciones específicas: la administración de las fábricas, los bancos, las cooperativas agrícolas, etcétera.[9] Con raras excepciones, lo único que el Secretariado podía hacer era recoger y ordenas las solicitudes e intentar atenderlas en términos puramente cuantitativos.[10]

El lamentable nivel de todo el registro en lo concerniente a cualidades personales y destrezas administrativas exacerbó las flaquezas de las estructuras del Partido y el Estado en dos sentidos muy importantes. En primer lugar, la calidad general de la burocracia era extremadamente baja en términos de alfabetización básica, destrezas administrativas e incluso lealtad al Partido. Los estándares exigidos a los nuevos miembros fueron cayendo a medida que las afiliaciones al Partido crecían de forma exponencial. En particular inmediatamente después de la toma del poder en octubre, eran muchos los que se habían unido al Partido Bolchevique con el fin de aprovecharse del acceso privilegiado a la comida, el alojamiento y el empleo otorgado a sus miembros.[11] En el apogeo de la guerra civil, la cúpula del Partido se había sentido obligada a iniciar una purga de elementos corruptos y de «moral disoluta».[12] La prolongada lucha contra los ejércitos blancos, combinada con la formación política que recibían los miembros de las fuerzas armadas, sí reforzó la lealtad al Partido, y las campañas de alfabetización elevaron el nivel educativo, pero la corrupción y la incompetencia siguieron siendo problemas graves para la administración del Estado.

El hecho de que escasearan los miembros del Partido competentes y honrados no implicaba que escasearan también los ambiciosos, y los conflictos derivados de esas ambiciones plantearon otro problema para los bolcheviques, uno acaso más complicado. No todos podían ser secretarios en los comités provinciales, jefes de departamento en un comisariado, secretarios de los comités distritales o presidentes del sóviet de su pueblo. Tanto en el Partido como en la burocracia estatal, que también estaba creciendo con rapidez, los funcionarios querían dar órdenes, no recibirlas. A medida que la burocracia absorbía a los nuevos cuadros fueron estallando conflictos de poder en todos los niveles debido al afán por conquistar «posiciones de responsabilidad» dentro de cada organización y entre

distintas organizaciones. Los funcionarios locales entraban en disputa con los cuadros enviados desde Moscú. Los nuevos afiliados se negaban a aceptar la jerarquía de los miembros del Partido que habían conocido la experiencia de la clandestinidad. Los presidentes de los comités ejecutivos de los sóviets rehusaban seguir las directrices de los secretarios de los comités del Partido; los consejos económicos regionales (*sovnarjozi*) se enfrentaban con los sindicatos locales.[13] No había ningún funcionario de alto rango que pudiera asegurar que uno de sus colegas no conspiraba para quedarse con su cargo. Las riñas (*skloki*) impregnaban el aparato, causando la parálisis de organizaciones enteras a lo largo y ancho del país.

La tarea de lidiar con estos problemas recayó principalmente en el Secretariado. Con este fin se organizaron varios departamentos nuevos en el otoño de 1920. Para posibilitar el cambio de los nombramientos masivos por nombramientos planificados de acuerdo con las necesidades específicas de cada organización se creó el departamento de «Registro y Asignación». Del departamento de «Agitación y Propaganda» se esperaba que elevara la consciencia ideológica de los candidatos. El departamento de «Organización e Instrucción» tenía como cometido dar cierta coherencia a la estructura del aparato y, a través de un equipo de instructores itinerantes (*viezdnie*), combatir la corrupción y mejorar la eficacia de la administración. Al subdepartamento de «Información» se le encomendó el procesamiento de la ingente masa de datos que enviaban las organizaciones locales y, en particular, resumir los informes mensuales acerca de sus actividades; y al de «Conflictos», poner fin a las luchas de poder que permeaban el aparato.[14]

Ninguno de esos departamentos consiguió hacer frente a las nuevas responsabilidades. Aun después de la desmovilización, los nombramientos en masa continuaron estando a la orden del día, haciendo imposible cualquier intento de contabilidad de los cuadros. Durante el proceso de desmovilización, el departamento de Registro y Asignación nombraba a cinco mil cuadros cada mes,[15] pero incluso una vez que el proceso estuvo en gran medida terminado la cantidad de designaciones mensuales siguió siendo alta. En 1923, el departamento nombró a catorce mil cuadros, incluidos cuatro mil trabajadores destacados.[16] A pesar de la enorme

cantidad de nombramientos, las organizaciones continuaron quejándose de la escasez de funcionarios preparados.[17] Entretanto, al departamento de Organización e Instrucción le resultó imposible cumplir con la responsabilidad de instruir a las organizaciones débiles. En lugar de ello, la red de instructores se dedicó a apoyar el trabajo de los subdepartamentos investigando e informando acerca de las tendencias generales en las actividades de las organizaciones, en particular sobre las luchas de poder en curso.[18] Los instructores trabajaron con el departamento de Conflictos y las organizaciones mismas para resolver los peores casos, pero con exiguo éxito. En 1921, el departamento recibía mensualmente más de ciento cincuenta informes de conflictos, muchos de los cuales involucraban a funcionarios del Partido. Cientos de expedientes pasaban meses sin recibir ninguna respuesta y el trabajo acumulado no paraba de crecer.[19]

El trabajo del Secretariado se criticaba con regularidad en el pleno del Comité Central y en los congresos y conferencias del Partido. La creación de nuevos departamentos y el aumento del personal no habían servido para mejorar la situación y era necesario hacer algo al respecto. En abril de 1922, en su discurso sobre «asuntos internos del Partido» en el Undécimo Congreso del Partido, Grigori Zinóviev hizo hincapié en la «parálisis» en el trabajo del Partido consecuencia de las luchas de poder. Estas, afirmó, se habían «convertido en el azote y calamidad (*bich i bedstvie*) de la totalidad del Partido».[20] Inmediatamente después de que el Congreso concluyera su trabajo, el Comité Central aprobó el borrador de resolución elaborado por Lenin que nombraba a Stalin a la cabeza del Secretariado y creaba el cargo de «secretario general». Al nombrar a un miembro del politburó en el puesto, Lenin esperaba investir al Secretariado de una nueva autoridad, pese a ser consciente de que eso no sería suficiente. Su resolución aconsejaba a Stalin y los jefes de departamento no perderse en la vastedad de las responsabilidades que el Secretariado tenía a su cargo y concentrarse en las cuestiones que tenían una «auténtica importancia principal».[21] ¿Fue esta una decisión fatídica, una que cambio de forma fundamental el curso de la historia de la Unión Soviética, como han sostenido tantísimos estudiosos? ¿Consiguió Stalin usar su posición como secretario general para crearse un grupo personal de seguidores dentro del aparato, ahogar la democracia del

Partido y derrotar a sus rivales políticos? ¿Con esta decisión los miembros del politburó estaban, sin darse cuenta, poniendo en manos de Stalin un arma poderosísima o, por el contrario, cargándole con una cruz burocrática de enormes proporciones?

Cuando Stalin asumió el Secretariado en 1922, introdujo varios ajustes para mejorar la eficacia de la institución. Los cambios que implementó siguieron las instrucciones de Lenin en el sentido de no perderse en los detalles. Una de sus primeras medidas fue reducir las responsabilidades del Secretariado en el nombramiento de cuadros. Sus predecesores se habían hecho cargo de los nombramientos de arriba abajo del aparato. Stalin animó a las organizaciones del Partido y estatales a encargarse del ascenso de sus propios cuadros, y estableció una jerarquía limitada de cargos cuyo personal había de ser nombrado siguiendo las directrices del Comité Central. La lista resultante, conocida como la «nomenklatura número 1», incluía unos cuatro mil puestos de alto nivel, desde los presídiums de los comisariados del pueblo hasta las jefaturas de departamento y sección, y desde los «burós» de los comités del Partido regionales hasta las secretarías de las organizaciones del Partido distritales (*okrug*).[22] El número total de cuadros nombrados desde Moscú se redujo de aproximadamente veintidós mil quinientos en el período entre el décimo y el undécimo Congreso del Partido hasta apenas algo más de seis mil entre el duodécimo y el decimotercero.[23]

En teoría, esto debía permitir al departamento de Registro y Asignación llevar un inventario del personal más detallado y mejorar su capacidad para adecuar las destrezas de los cuadros a las necesidades de las organizaciones a las que eran destinados. En la práctica, el departamento continuó viéndose abrumado por las solicitudes de nuevos funcionarios y teniendo un conocimiento mínimo de los cuadros que remitía al Secretariado para su aprobación. A comienzos de 1927, durante una reunión de funcionarios destacados del departamento de Organización y Asignación,[24] el pésimo estado de los archivos del Partido se convirtió en tema central de la discusión. Los funcionarios del departamento reconocieron que, en la enorme mayoría de los casos, se nombraba a los miembros del Partido a ciegas (*sovershenno sluchaino*).[25] Al término de la

reunión el consenso era que los departamentos de Organización y Asignación de los organismos del Partido y estatales necesitaban ser reforzados y su contabilidad mejorada. El problema, por decirlo de algún modo, era que los miembros del Partido que se encontraban desempleados solían dirigirse a Moscú para conseguir trabajo «del Partido» y el departamento había terminado convirtiéndose en una agencia de empleo.[26]

Se esperaría que estas preocupaciones e inconvenientes se limitaran en gran medida a la gran masa de los puestos inferiores, pero lo cierto es que incluso en los nombramientos para cargos claves en las burocracias del Partido y el Estado surgían problemas similares. Para 1929, el número de cargos en la nomenklatura se había ampliado de nuevo en un 50 por ciento. A medida que ese número crecía y el trabajo del proceso de asignación se incrementaba, la consideración prestada a cada nombramiento particular se reducía. El departamento de Organización y Asignación no participaba en los nombramientos en el nivel de la *gubernia* (provincia) o inferiores. Solo conservaba el registro de las decisiones tomadas por los organismos locales.[27] En el caso de cargos de rangos más superiores, las organizaciones que debían recibir a las personas nombradas se veían obligadas a intervenir de manera agresiva en el proceso de nombramiento.[28] Dentro del departamento de Organización y Asignación se crearon siete comisiones permanentes, especializadas según las distintas ramas de los aparatos del Partido y el Estado, con el fin de dividir las responsabilidades de los nombramientos.[29] Cuando estas comisiones discutían designaciones específicas, consultaban con los miembros de la organización a la que el candidato sería asignado.[30] De esta forma se garantizaba que quienes fueran nombrados en cargos de relieve no fueran una incógnita.

El departamento de Organización y Asignación se ocupaba de que los candidatos tuvieran la formación apropiada y la experiencia y destrezas necesarias para desempeñarse de forma eficaz. Las personas nombradas que resultaban incompetentes podían ser, y eran, rechazadas y devueltas al departamento de Organización y Asignación. Casi una tercera parte de quienes eran nombrados eran despedidos en un plazo de un año.[31] Esta altísima tasa de cambio de personal era consecuencia del bajo nivel de los candidatos en términos de formación y destrezas. La experiencia de las

luchas de grupos de comienzos de la década de 1920 había enseñado a los funcionarios en cargos destacados la importancia de rodearse de subordinados en los que pudieran confiar. Los nuevos nombramientos que «no encajaban» (*ne srabotali*) en una organización también eran rechazados. Con el fin de garantizar tal «encaje», algunas organizaciones preferían nombrar funcionarios de las listas de la nomenklatura sin la «interferencia» del centro.[32] La práctica no duró mucho. Por solicitud del departamento de Organización y Asignación, el Orgburó clarificó y publicó de nuevo las directrices del procedimiento para efectuar nombramientos.[33] El departamento de Organización y Asignación se quejaba de que se estaba pasando totalmente por encima suyo, cuando algo que sí hacía era animar con insistencia a las cúpulas de las organizaciones estatales y del Partido a que promovieran a sus propios candidatos desde la base y los propusieran a consideración del departamento para que este les diera su aprobación. La veloz expansión de la burocracia en la década de 1920 había creado una escasez terrible de cuadros con las habilidades administrativas apropiadas, al punto de que cuando el departamento se enfrentaba a una vacante que proveer a menudo no tenía a nadie a quien recomendar para el cargo. Un destacado funcionario del departamento de Organización y Asignación observó a comienzos de 1927 que «el sistema (*joziaistvo nashe*) está creciendo y no tenemos gente nueva» para dotarlo de personal.[34] La promoción desde dentro (*vidizhenie*) fue el método preferido para cubrir las vacantes de los cargos de relieve, y al fomentarla el departamento fortaleció aún más la influencia de las organizaciones estatales y del Partido sobre el proceso de selección y nombramiento. Si los candidatos tenían lealtades personales, lo más probable es que fueran fieles a la organización en la que ellos o ellas habían sido nombrados, y no tanto a Stalin.

Estas lealtades locales se reforzaron todavía más cuando el Secretariado se ocupó de las luchas de poder dentro de las organizaciones. En lugar de continuar investigando cada caso como habían hecho sus predecesores y arriesgarse a dejar crecer aún más el trabajo acumulado que suponían todos los conflictos sin resolver, Stalin fomentó la resolución de los conflictos a nivel local. La forma más sencilla de hacerlo era fortaleciendo la jerarquía ya existente en las organizaciones del Estado y el

Partido y reforzando los poderes de los «jefes» actuales, en particular de la red de secretarios del Partido locales. Siguiendo el discurso sobre cuestiones organizativas de Stalin, las resoluciones del Duodécimo Congreso del Partido (abril de 1923) fortalecieron la función de los secretarios del Partido a la hora de seleccionar «trabajadores responsables para las organizaciones soviéticas, económicas, cooperativas y profesionales» en sus regiones.[35] De hecho, investidos con el poder de destituir a los funcionarios que se negaran a someterse a sus decisiones, los secretarios del Partido se convirtieron en los principales árbitros de los conflictos.[36]

No obstante, no todas las disputas podían resolverse con tanta facilidad. Muchas organizaciones se revelaron incapaces de resolver los conflictos por su cuenta y continuaron solicitando la intervención del Secretariado.[37] En tales casos, el este enviaba a uno de sus instructores, el cual convocaba una conferencia extraordinaria del comité del Partido local e intentaba conseguir la censura o expulsión del grupo más débil.[38] En el caso de conflictos de verdad inextricables, el Secretariado reasignaba a todas las partes involucradas y las reemplazaba con nuevos nombramientos. Para la mayoría de funcionarios de relieve incapaces de trabajar en un contexto de desafíos constantes a su liderazgo, era un riesgo que valía la pena correr. Por lo general, el peor resultado que podían esperar era que fueran asignados a una institución diferente o a otra región. La mayoría aceptaron las decisiones del Secretariado, aunque hubo excepciones. En varias ocasiones, quienes fueron reasignados se quejaron amargamente y llevaron sus casos ante la Comisión de Control Central del politburó, o apelaron al mismísimo Lenin. El más famoso de esos episodios es el conocido como el «caso georgiano».[39] Stalin había enviado a Sergó Ordzhonikidze (entonces un instructor del Secretariado) a expulsar a dos miembros de la organización del Partido Comunista georgiano acusados de «nacionalismo local» en la disputadísima cuestión de la participación de Georgia en la recién creada federación transcaucásica. Los dos individuos fueron privados de sus cargos en otoño de 1922 por decisión del Partido Comunista georgiano, pero no sin polémica. La táctica de Stalin y las acciones de Ordzhonikidze (que incluyeron un ataque físico contra uno de

los participantes) causaron una gran animosidad en el proceso de resolución del conflicto, agrandándolo aún más.[40] El caso suele citarse a menudo no porque fuera típico, sino porque enfureció a Lenin. Menos de un año después de haberlo recomendado para el cargo, Lenin manifestó tener grandes reservas acerca de la «precipitación e impulsividad burocrática» de Stalin. En privado, consideró la posibilidad de recomendar que fuera reemplazado por alguien «más paciente, más leal, más cortés y más pendiente de sus camaradas».[41]

En su papel como secretario general, Stalin no fue acusado solo de «impulsividad burocrática». A algunos líderes del Partido también les preocupaba que el Secretariado estuviera ahogando «la democracia interna del Partido».[42] La democracia interna, no solo en el sentido de la elección de los funcionarios sino también de la discusión abierta de las cuestiones de política, había sido objeto de debate y polémica considerables desde que terminó la guerra civil. Lenin había promovido la prohibición de la política de facciones específicamente para lidiar con grupos como los «centralistas democráticos» y la «oposición obrera», que exigían un sistema político más participativo. Esas «facciones» fueron aplastadas, pero cuando las amenazas inmediatas a la supervivencia del Estado soviético se desvanecieron la cuestión de la democracia interna del Partido regresó al orden del día político.

En la época en la que Stalin fue nombrado secretario general, el principal asunto de la correspondencia entre el Secretariado y las organizaciones del Partido eran las luchas por el poder (*skloki*), más que los conflictos alrededor de principios políticos o plataformas. Una carta tras otra el tema son los conflictos entre individuos e instituciones derivados de «antagonismos personales» y «carentes de todo contenido ideológico».[43] Si bien no existen pruebas que indiquen que el Secretariado buscara imponer la conformidad con un conjunto de medidas o una «línea política» dados, la decisión de reforzar el poder de los secretarios del Partido difícilmente favorecía la diversidad política o las discusiones abiertas. Los secretarios del Partido siempre estaban atentos a las conspiraciones contra la cúpula, y desde su perspectiva no había momento más peligroso que las conferencias regulares del Partido a nivel local, en las que se celebraban las votaciones

para elegir a quienes debían ocupar posiciones clave. Con frecuencia, era durante esos encuentros que las «oposiciones» salían a la luz y desafiaban la autoridad de los líderes actuales. Por ejemplo, el instructor del Secretariado que elaboró el informe sobre la conferencia del Partido de la óblast de Baskiria en septiembre de 1922 observó que «el enfrentamiento entre los grupos no empezó hasta el debate sobre la nueva composición del obkom (comité regional del Partido Comunista) [...]. Todas las demás cuestiones se decidieron por unanimidad».[44] Más a menudo, los secretarios del Partido locales lidiaban con la amenaza presentando a las organizaciones subordinadas listas de candidatos preparadas con antelación en el período previo a las conferencias del Partido. Luego, en estas, tales listas se votaban como un todo y sin discusión.[45] Al respecto, aquellos funcionarios que desafiaban las listas acordadas con frecuencia eran acusados de querer «socavar la autoridad del comité del Partido» o algún cargo similar y eran acosados o expulsados de la organización. Esa táctica se complementaba y reforzaba con la aplicación de los propios poderes del secretario para hacer nombramientos. Así, aquellos funcionarios, electos o no, de quienes se sospechaba que pensaban retar a la jefatura del comité del Partido podían ser reemplazados por candidatos más «fiables».[46] Los contornos de lo que Kámenev y Zinóviev calificaron como el «régimen secretarial» estaban emergiendo en los primeros años del período de Stalin como secretario general. Con ello no se referían a que el Secretariado estuviera acumulando poderes dictatoriales, sino a que la masa de los secretarios del Partido estaba ahogando las discusiones sobre políticas por iniciativa propia.

A comienzos de la década de 1920, la situación en el politburó era similar a la de los comités de Partido en las provincias. La sucesión de Lenin era una lucha de poder más entre líderes del Partido ambiciosos. Antes de su muerte, Lenin había identificado a los dos máximos aspirantes, Stalin y Trotski, y le preocupaban las consecuencias del inevitable conflicto entre los dos. La certeza arrogante de Trotski de que él era la persona más apropiada para dirigir la revolución después de Lenin era bastante conocida, como también lo era la ambición de Stalin. Ninguna inquietud derivada de elevados principios políticos iba a impedir que este último usara el

Secretariado para promover esa avidez. Aprovecharía la organización para obtener cuanta ventaja política fuera capaz de exprimirle. Sin embargo, en su primer año como secretario general, eso solo parecía estarle metiendo en problemas. En el Duodécimo Congreso, ante un ataque directo por la cuestión de la democracia interna del Partido, Stalin se puso a la defensiva. Si bien sostuvo que el objetivo de los secretarios del Partido de «forjar un grupo de líderes aunado y disciplinado» era saludable y necesario, aceptó que «los medios que han empleado no han sido, con frecuencia, los apropiados». Asimismo, negó sin titubeos que el Secretariado estuviera usando el departamento de Registro y Asignación para excluir a los miembros de ciertas facciones políticas: el departamento se ocupaba de nombrar a camaradas honestos y talentosos y eso era todo lo que hacía («Dalshe étovo Uchraspred, poprostú govoriá, ne soval nosa»).[47]

Las críticas de Lenin a Stalin y el Secretariado apenas unos pocos meses antes le dejaron vulnerable en términos políticos, pero Stalin, sin alterarse, se aferró a su cargo, consciente de la popularidad de la que gozaba entre los secretarios del Partido. A lo largo del verano y el otoño de 1923, mientras la salud de Lenin declinaba, las divisiones en la cúpula del Partido se tornaron cada vez más obvias. Trotski y otros miembros prominentes atacaron a Stalin y el «régimen secretarial»,[48] pero este no renunció a su tono defensivo en público hasta que resultó claro que el estado de Lenin era irremediable. En enero, en el Decimotercer Congreso del Partido, tan solo unos días antes de la muerte de Lenin, Yevgueni Preobrazhenski, un aliado político de Trotski, clamó contra los métodos dictatoriales de los secretarios del Partido:

> Debemos (alentar) una discusión amplia acerca de todas las cuestiones cruciales de la vida interna del Partido [...] de tal modo que los asuntos que preocupan a los miembros del Partido puedan plantearse no solo a través de los comités del Partido, sino también por iniciativa de las células del Partido e incluso de camaradas individuales.

Recomendó, entre otras cosas, que el «principio electivo sea devuelto a los órganos ejecutivos del Partido (los burós de los comités)».[49] Para cualquier secretario del Partido, las implicaciones de una política semejante debieron resultar claras en el acto. Quedarían expuestos a los ataques de cualquier miembro del Partido disgustado, por no hablar de los grupos de

«camaradas» que podían querer sacarlos de sus puestos de liderazgo. Con Lenin fuera del tablero de juego, incapaz ya de imponer su abrumadora autoridad sobre el Partido, Stalin estaba seguro de que podía contar con el respaldo de los delegados. Y les dijo lo que estos querían oír:

> La democracia no es algo apropiado para todo tiempo y lugar [...]. La democracia exige un cierto mínimo de cultura (*kulturnost*) en los miembros de las células y organizaciones (del Partido) en su conjunto [...]. Por supuesto necesitamos retroceder en este aspecto.

Semejante declaración habría sido inimaginable apenas un año antes, pero ahora era solo el preámbulo de un ataque directo contra Trotski. Stalin insistió en que lo que su rival proponía no era democracia, sino una «libertad para la lucha de grupos» (*svoboda gruppirovok*) que sería fatídica en «las actuales condiciones» de la nueva política económica:

> No es el régimen (secretarial) el que tiene la culpa (de la necesidad del retroceso), sino más bien las condiciones en las que vivimos, las condiciones del país [...]. Si permitiéramos la existencia de la lucha de grupos, destruiríamos el Partido, que pasaría de ser una organización monolítica y unida a convertirse en una alianza de grupos y facciones. No sería un partido, sino la destrucción del Partido [...]. Los bolcheviques nunca imaginaron el Partido, ni por un minuto, como otra cosa que una organización monolítica, cortada de una sola pieza, de una sola voluntad [...]. En las condiciones actuales de cerco capitalista, necesitamos no solo un partido unido, sino un partido de acero, capaz de soportar la embestida de los enemigos del proletariado, capaz de dirigir a los trabajadores en la lucha decisiva.[50]

El «retroceso» en materia de democracia interna resultó ser bastante duradero. Los secretarios repitieron encantados las frases de Stalin acerca de la importancia de la unidad del Partido y las utilizaron para legitimar la represión de cualquier desafío a su poder.

A pesar de contar con mayores poderes, los desafíos a la autoridad de los secretarios locales siguió siendo un hecho de la vida política soviética. A principios de la década de 1920, la confusión general acerca de las responsabilidades administrativas había creado un suelo fértil para las luchas de poder. Aunque la jerarquía de la administración se estableció y aclaró de forma gradual, era difícil satisfacer las ambiciones políticas de todos los involucrados y las disputas por el mando continuaron, en parte alimentadas por las diferencias en materia de políticas entre los líderes del politburó. Aunque no cabe duda de que algunos funcionarios locales se

acercaban a las ideas de la «oposición» llevados por sus convicciones, es probable que fueran muchos menos de lo que los informes de los secretarios locales señalaban. Era frecuente que estos usaran la etiqueta de «opositores» para dar la impresión de que los casos locales de insubordinación constituían una oposición a las políticas del comité central y no solo a los dirigentes locales. En ocasiones el etiquetado era transparente. En los informes remitidos al Secretariado, algunos secretarios observaban que los «elementos insatisfechos» y los «intrigantes persistentes» (*neispravimie sklochniki*) de sus organizaciones eran partidarios de las ideas de la denominada «oposición de izquierda» en Moscú.[51]

Unirse a un grupo de oposición era una estrategia en exceso contraproducente si lo que se quería era promover las propias ambiciones y trayectoria. Los grupos que objetaban en conjunto la denominada «línea política del Comité Central», o a los que se etiquetaba como «opositores», resultaban fáciles de identificar y eliminar. Los secretarios mantenían un registro cuidadoso de las pautas de voto en las reuniones del Partido y solían comprobarlo en busca de pruebas del apoyo a los grupos de la oposición. El OGPU local se llevaba a los miembros sospechosos, y cuando se encontraban pruebas, se presentaba el caso a la comisión de control local para la expulsión del Partido del acusado. Se mantenía informado al Secretariado de los nombres y actividades de los opositores, así como de las medidas adoptadas contra ellos por las autoridades locales.[52] Para los miembros del Partido en las regiones muy pronto resultó evidente que unirse a la oposición era un suicidio político, y, en consecuencia, los líderes de esta en Moscú tenían grandes dificultades para encontrar apoyo dentro de las organizaciones locales.[53] Ante ello, optaron por enviar desde Moscú a miembros que llevaran a cabo manifestaciones, hablaran en las reuniones del Partido y distribuyeran «literatura opositora». Estos opositores «itinerantes» (*gastroleri*) no podían ser acallados con tanta facilidad porque carecían de estatus local. Cuando aparecían en una región determinada, el comité regional del Partido reunía a un equipo de funcionarios destacados

con el fin de que organizaran una contramanifestación.[54] Aunque todo indica que los «gastroleri» nunca representaron una verdadera amenaza para los secretarios locales, sí eran una fuente constante de irritación.

Todo esto no quiere decir que la situación de las oposiciones fuera desesperada desde el principio. Aunque Stalin mantuvo y profundizó su relación con los secretarios del Partido a lo largo de la década de 1920, la fuerza de esa relación no era suficiente para decidir por sí sola la lucha por la sucesión. Las ideas en cuestión de medidas y las plataformas políticas eran más importantes que la maquinaria. Las nuevas fuentes que nos proporcionan los archivos han venido a reforzar la sensación de que la batalla por la sucesión fue un sube y baja de tesis y antítesis, de visiones alternativas acerca del futuro de la revolución, presentadas tanto a la élite como a los miembros del Partido en general. En las cartas enviadas a Mólotov, por ejemplo, Stalin insistía en que se respondiera públicamente a cada discurso y artículo de sus rivales. En el verano de 1926, Stalin le pidió que se asegurara de que Bujarin respondiera a las críticas de Zinóviev a la política exterior de la mayoría del Politburó. Los puntos de vista de Zinóviev, escribió, «están en el aire y encuentran apoyo entre los miembros de la Komintern con tendencias derechistas».[55]

Buscar el apoyo de funcionarios destacados del Partido en general, y de los miembros del Comité Central en particular, era una estrategia lógica para la Oposición Unificada. Los miembros del Comité Central solían haber pertenecido al Partido desde hacía muchísimo más tiempo. Tenían un nivel educativo más alto y un mayor prestigio.[56] Muy probablemente eran los integrantes del Partido con más independencia intelectual, los menos en deuda con Stalin y los más abiertos a las opiniones de la izquierda. Además, como miembros del Comité Central, los estatutos del Partido les otorgaban el derecho a elegir el politburó. Podían, por lo tanto, haber tenido una influencia decisiva en el conflicto. Y, sin embargo, ni Trotski ni ninguno de los otros rivales de Stalin logró obtener la mayoría.

El argumento tradicional era que Stalin inclinó el peso de la balanza a su favor en el Comité Central excluyendo de él a quienes se le oponían y nombrando a sus partidarios, pero hay pocas pruebas en los archivos que indiquen que Stalin controlaba las listas de candidatos al Comité Central

que se sometían a votación en los congresos del Partido en la década de 1920, o que pudiera manipular abiertamente la ampliación para favorecerse. Lo que parece, en cambio, es que Stalin en gran medida convenció al Comité Central gracias a sus políticas y, con el tiempo, a los resultados concretos que estas trajeron. Otros han sostenido que la posición de Stalin era incongruente y carente de principios, y parece haber ciertas pruebas que respaldan esta opinión. Junto a Nikolái Bujarin, Stalin había defendido la NEP de los ataques de la «izquierda» (la denominada Oposición Unificada de Trotski, Zinóviev y Kámenev), pero pocos meses después de haberlos derrotado y expulsado del Partido a finales de 1927, comenzó a adaptar la crítica que hacían de la NEP para orquestar una ruptura con la «derecha» y con Bujarin. No obstante, un examen más detenido de las pruebas evidencia que esta perspectiva exagera las diferencias entre la izquierda y la derecha. Ambos grupos se cuidaron de presentarse como defensores de la industrialización. La izquierda acusó a la derecha de ser «simpatizantes de los kuláks» y traidores de la revolución por su decidida confianza en el comercio entre la ciudad y el campo y la protección de los kuláks y los hombres de la NEP. Sin embargo, los miembros de la facción derechista no estaban exentos de munición. Calificaron de peligroso y poco socialista el superimpuesto con el que la izquierda proponía gravar a los campesinos, presentando a esta como «pesimista» y «derrotista» por sus constantes críticas a una política económica central que, a mediados de la década de 1920, estaba teniendo, de forma inesperada, unos resultados impresionantes. En aquellos casos en los que los líderes de la izquierda sí propusieron metas específicas para la inversión, estas no fueron por lo general significativamente mayores que las de la derecha. Los dirigentes regionales y funcionarios de alto rango del Estado central y del Partido que constituían el grueso del Comité Central (el grupo facultado por los estatutos del Partido para elegir el politburó) tenían razones para preguntarse por qué deberían arriesgarse a apoyar a la izquierda.

A la postura «superindustrialista» desarrollada por Trotski, Stalin respondió con la idea del «socialismo en un solo país». Stalin trató de convertir el hecho de que la industria dependiera del desarrollo de la agricultura en una virtud. Además de señalar el peligro de que la propuesta

de Trotski hiciera que los campesinos volvieran a negarse a comercializar el grano, Stalin trató de pintar el superindustrialismo de su rival como una opción en esencia pesimista. Trotski, afirmó, no tenía fe en el potencial de las fuerzas económicas internas.[57] Trotski había argumentado que los fondos generados a través de la tributación del campesinado deberían dedicarse a importar del extranjero equipos industriales. Según Stalin, la importación de equipos reforzaría el estatus de Rusia como país agrario y crearía una peligrosa dependencia del hostil mundo capitalista. Fue en esos términos que Stalin trató de presentarse como el principal defensor de los intereses de la industria:

> Hay dos líneas generales. Una parte del supuesto de que nuestro país debe seguir siendo durante mucho tiempo un país agrario, exportar productos agrícolas e importar capital, y que debemos confiar en semejante política y desarrollarnos así en el futuro. Con eso, de hecho, se está exigiendo la reducción de nuestra industria [...]. Esa línea nos conducirá a una situación en la que nuestro país nunca, o casi nunca, será capaz de industrializarse de verdad [...]. Esa línea implica retroceder en las labores de construcción. Esa no es nuestra línea. Hay otra línea [...]. Esa línea exige la expansión de la industria al máximo.

Prosiguió afirmando que esta expansión procedería «de forma medida y en consonancia con los recursos que tenemos».[58] Las ideas de Stalin resultan menos impresionantes por su claridad que por la forma en que usan el cínico cálculo político. La defensa simultánea de un comercio equilibrado entre la ciudad y el campo y de un ritmo acelerado de construcción industrial era una forma de «centrismo». Con ello se separaba no solo de Trotski, sino también de la «derecha» del politburó, personificada en Bujarin, que era el que de forma más clara e inequívoca insistía en que el crecimiento de la industria debía derivarse de la riqueza y el éxito del sector agrícola.

En el otoño de 1925, Stalin tuvo que hacer frente al mayor desafío a su derecho a hablar en nombre del Comité Central. Para entonces, Kámenev y Zinóviev, ambos miembros del politburó, habían comenzado a criticar el ideal del «socialismo en un solo país» y el centrismo cínico de Stalin. El conflicto se intensificó en el otoño, en el período previo al Decimocuarto Congreso del Partido. La víspera del Congreso, esos dos antiguos aliados de Stalin atacaron abiertamente a la mayoría del politburó:

> Repiten frases altisonantes sobre la revolución internacional; pero presentan a Lenin como el inspirador de una revolución socialista nacionalmente limitada. Luchan contra los kuláks; pero les ofrecen el eslogan «¡Enriqueceos!». Gritan acerca del socialismo; pero proclaman como país socialista la Rusia de la NEP. Dicen «creer» en la clase obrera; pero acuden al granjero rico pidiendo ayuda.[59]

Con Zinóviev y Kámenev alejándose de su «centrismo» e inclinándose hacia Trotski y la izquierda, Stalin se vio obligado a reforzar el vínculo con los líderes de la derecha (Bujarin, Ríkov y Tomski) con miras a conservar la mayoría en el politburó. Sin embargo, en la segunda mitad de 1925, esa relación con la derecha había empezado a convertirse en un lastre desde el punto de vista político. El citado «enriqueceos» de Bujarin había creado la fuerte impresión de que la cúpula del Partido daba prioridad a la agricultura sobre la industria. Y esa impresión se fortaleció aún más cuando la jefatura comunista se vio obligada a reducir las proyecciones de crecimiento industrial en el año económico 1925-1926 después de la mala cosecha de 1925.[60]

Stalin y la derecha ganaron por un estrecho margen en el Decimocuarto Congreso del Partido. La izquierda, a su vez, continuó tratando de robarles apoyos, pero fracasaron, en gran medida porque nunca elaboró un programa económico alternativo detallado. A comienzos de 1927, Bujarin podía afirmar, por ejemplo, que la promesa de Trotski de invertir mil millones de rublos en 1926-1927 no difería gran cosa del compromiso del Comité Central de invertir un mínimo de 947 millones de rublos.[61] La izquierda desperdició varias oportunidades, pero ese no fue el peor de sus errores tácticos. Impaciente con el curso que estaba tomando el enfrentamiento con Stalin y compañía en Moscú, había comenzado a organizar en serio el apoyo con el que contaba en las regiones. Para el otoño, había grupos de la oposición en Moscú, Leningrado, Tula, Járkov, Nikoláiev, Tiflis, Sverdlovsk y otros centros regionales. En el pleno del Comité Central de octubre de 1926, el presidente de la Comisión Central de Control, Y. M. Yaroslavski, habló de la creación de comités, oficinas y otras organizaciones «clandestinas» de la oposición, en lo que llamó «un intento de crear otro partido dentro del Partido Comunista de toda la Unión».[62]

Los funcionarios locales del Partido no necesitaban ninguna presión de sus superiores para tomar medidas contra la oposición. Y además no sentían ninguna simpatía por las protestas de esta contra las violaciones de la democracia interna del Partido. Stalin consiguió utilizar esa falta de sintonía para silenciar a los líderes de la izquierda. En el pleno del Comité Central de julio de 1926, la llamada «Plataforma de los trece» promovida por la izquierda fue declarada un documento «divisivo».[63] Para octubre, la irritación con la izquierda había llegado a tal punto que Stalin logró sacar a Trotski y Kámenev del politburó mediante una votación del Comité Central.[64]

Cuando por fin se purgó a los líderes de la Oposición Unificada, el Partido se movía hacia la izquierda, cada vez más incómodo con los compromisos de la NEP. Existía una confianza creciente en que la economía planificada demostraría ser superior al orden cuasi capitalista de la NEP. Las regiones industriales necesitaban con urgencia las nuevas inversiones que prometía y las regiones agrícolas querían arrebatar a los kuláks el control del suministro de grano. El aumento de las tensiones internacionales, que culminó con la ruptura de las relaciones diplomáticas con el Reino Unido y el pánico bélico de 1927, convenció a muchos de que no había otra opción que acelerar la modernización del país. A medida que el ritmo proyectado del primer plan quinquenal se agilizaba y se adoptaban decisiones cada vez más punitivas contra los kuláks (o, para ser más precisos, contra quienes en el campo se resistían a la política soviética), Nikolái Bujarin y quienes le rodeaban manifestaron su preocupación por la posibilidad de que se estuviera poniendo en riesgo la estabilidad social, política y económica del país. En el otoño de 1928, Bujarin publicó sus «Notas de un economista» en *Pravda*, un texto en el que advertía de los peligros potenciales para el equilibrio económico de las proyecciones de inversión y producción vigentes.[65] En su opinión, la crisis derivada de unos planes excesivamente ambiciosos era inminente; sus predicciones, sin embargo, resultaron prematuras. El ataque a los elementos capitalistas y la promoción de metas más ambiciosas solo parecían acelerar los planes para la construcción de la sociedad socialista. Stalin, una vez más, parecía haberle tomado la medida a la opinión del Partido. Sus llamados a mantener

la unidad férrea en este y dar marcha atrás a la democracia interna siguieron teniendo resonancia. A Bujarin y sus partidarios se los etiquetó de «cobardes» y «desviacionistas», y se los marginó. Al mismo tiempo, cada vez era más claro que expresar dudas acerca de la línea oficial no era el modo de hacer carrera en el Partido. Stalin no podía saber con certeza cuántos funcionarios de relieve lo apoyaban de verdad sencillamente porque a estos les daba miedo decir lo que pensaban.

La explicación del mismo Stalin sobre su ascenso al poder es instructiva. Casi dos décadas después de haber derrotado a sus principales rivales, Stalin relató a su círculo íntimo cómo en 1927, setecientos veinte mil miembros del Partido votaron a favor de la «línea del Comité Central» que él había redactado; entre cuatro mil y seis mil votaron por Trotski y otros veinte mil se abstuvieron. Lo interesante de los comentarios de Stalin es lo que no incluyó en ellos. Su alabanza de las masas del Partido parece insinuar que el apoyo con el que contaba en los más altos niveles era débil.[66] Potencialmente, había miles de miembros destacados del Partido que seguían albergando simpatías por los adversarios de Stalin. Más inquietante aún, la vigilancia a la que el OGPU sometió a los opositores llegó a considerar posible que esos simpatizantes se unieran en una organización clandestina con el objetivo de derrocarle. Apenas unos días después de que los miembros de la Oposición Unificada fueran expulsados del Comité Central, el presidente del OGPU, Viacheslav Menzhinski, advirtió a Stalin de que unos antiguos opositores de izquierda anónimos planeaban asesinar a diferentes líderes soviéticos en un golpe de Estado programado para coincidir con las celebraciones del décimo aniversario de la revolución, en noviembre de 1927. Menzhinski señaló que la propaganda de la oposición en el ejército amenazaba con socavar su lealtad al régimen (en medio del pánico bélico) y que la «oposición y sus agentes» estaban filtrando a las potencias extranjeras información de alto secreto sobre las actividades y decisiones de los niveles más superiores de la jerarquía.[67]

Tenemos pocas pruebas directas del trabajo de las «células» del OGPU infiltradas entre los opositores, pero sabemos que la organización arrestó a cientos de miembros de la oposición en el curso de 1928. La información que recibía referente a los movimientos de los opositores incitó a Stalin a

escribir una carta adicional (una circular enviada a los miembros del politburó) en la que argumentaba que la oposición había completado su transformación «de grupo clandestino contrario al Partido en organización clandestina antisoviética». La carta se publicaría luego como editorial del *Pravda* bajo el título «Han alcanzado un nuevo fondo».[68] Stalin tenía razones para creer que Trotski había conseguido controlar esa organización subversiva a pesar del esfuerzo realizado para aislarlo en Almá Atá, así que se tomó la decisión de expulsarlo de la Unión Soviética. Las entrevistas de Trotski en la prensa occidental después de su llegada a Turquía en febrero de 1929, recogidas por la agencia de telégrafos soviética (TASS), hicieron patente de inmediato que haberlo enviado al exilio no iba a tener los efectos deseados. Los periodistas occidentales advirtieron que se encontraban ante una historia dramática y dieron gran difusión a las afirmaciones de Trotski de que mantendría el contacto con su red clandestina en la URSS y el peligro que tal red suponía para los dirigentes soviéticos. Las entrevistas y reportajes pintaban un escenario en el que el respaldo a Trotski era considerable tanto en el Partido y el Ejército Rojo como en los partidos comunistas del extranjero, e insinuaban que su lucha contra Stalin contaría con el apoyo de los gobiernos capitalistas.[69]

La derrota de la «oposición de derecha», que tuvo lugar más tarde ese mismo año, suscitó menos preocupaciones inmediatas, pero no menores dudas inquietantes. Consciente de la vigilancia de la GPU, Bujarin mantuvo un perfil bajo y aceptó su degradación a mero miembro del Partido, pero la crisis económica que había predicho en 1928 finalmente se produjo en el curso de 1930. Stalin había vilipendiado a Bujarin y los «desviacionistas de derechas» por acobardarse frente a las metas colosalmente altas del primer plan quinquenal. Y a finales de 1929, había insistido en que «no hay fortalezas que los bolcheviques no puedan tomar por asalto».[70] Sin embargo, ante la escasez, los cuellos de botella y el agotamiento de una infraestructura de transporte exigida al máximo, las palabras de advertencia previas de Bujarin, pesadas como una losa, cobraron nueva vida. No hay estadísticas relativas a la cantidad de miembros del Partido que apoyaban a Bujarin a finales de la década de 1920. La experiencia de la izquierda era un precedente poderoso que desaconsejaba declarar abiertamente las propias

opiniones. La campaña de Stalin contra el peligro que representaba la derecha había dejado claro que cuestionar el realismo del plan era un ataque contra el Partido. No obstante, una vez resultó evidente que solo podrían alcanzarse unas pocas de las metas del plan, ¿había todavía alguien que no fuera, al menos en privado, un «desviacionista de derecha»? Stalin se negó a dar marcha atrás y declaró que no había «razones objetivas» para no cumplir con el plan. No se aceptarían excusas de ningún tipo. Muchos miles de funcionarios, en todos los niveles del Partido y del Estado, comprendieron que corrían el riesgo de perder el empleo si no hacían lo que desde cualquier punto de vista era imposible que hicieran. Aunque es indudable que muchos compartían la confianza de Stalin en la superioridad de la planificación central, muchos debieron de lamentar haberle ayudado a alcanzar el control indiscutido que ahora tenía sobre el poder. Es en este contexto que debemos entender la exagerada reacción de Stalin ante los pocos funcionarios que estaban dispuestos a criticar su política a principios de la década de 1930. Objetivamente, la dictadura de Stalin quedó asegurada cuando se expulsó a Bujarin del politburó en 1929, pero él tenía razones para preocuparse de que su posición no estuviera todavía garantizada. Las actividades de Trotski en el extranjero reforzaban la impresión de que contaba con una red de agentes dentro de la Unión Soviética. El flujo constante de invectivas contra Stalin que publicó desde el exilio parecía una prueba suficiente de que haría cuanto estuviera en su mano para derrocar al dictador. Y era imposible descartar por completo una conspiración más amplia del funcionariado.

4

La gran ruptura

Dado que la NEP había impulsado una recuperación impresionantemente rápida de la economía soviética después de la guerra civil, la decisión de abandonarla fue gradual y vacilante. A pesar de la obvia contradicción entre la naturaleza cuasi capitalista de la NEP y la planificación estatal tal y como emergió en la segunda mitad de la década de 1920, en un principio Stalin no se mostró abiertamente a favor de uno u otro modelo. Sin embargo, entre 1926 y 1929, los pilares centrales de la NEP se derribaron uno por uno. La lógica era bastante clara. La planificación central era a la vez la realización de un sueño, una imposición de las necesidades y una política descaradamente populista. Tanto el Partido como la clase trabajadora nunca se habían sentido cómodos con la dependencia de la NEP de los kuláks y «hombres NEP» capitalistas. Las teorías de Bujarin, que defendían la NEP como base de una transición al socialismo, eran buena economía, pero mala política. Pese a no ser intrínsecamente marxista, la planificación estatal tenía la ventaja de poner fin a la dependencia de los «elementos capitalistas» y propiciar una transición al socialismo rápida. A medida que el primer plan quinquenal cobró forma bajo la dirección de Stalin, el crecimiento industrial y la construcción nueva superaron las expectativas y apoyaron el entusiasmo por objetivos cada vez más arraigados en la fantasía que en la realidad. «No hay fortalezas que los bolcheviques no puedan tomar por asalto» era un eslogan apropiado para la época, pues no solo transmitía el excepcional optimismo del momento, sino también su violencia. Stalin era un general severo e implacable en el ataque, pero cuando, como era inevitable, el asalto de la fortaleza fracasó, la crisis a la

que dio lugar le planteó preocupaciones que iban más allá de un incumplimiento de los objetivos del plan. Empezó a preocuparse por el control mismo que tenía del poder.

La NEP había hecho un trabajo excelente poniendo de nuevo en funcionamiento las fábricas existentes dañadas tras la guerra; sin embargo, a mediados de la década de 1920 resultaba claro que tendrían que construirse nuevas fábricas si se quería que continuara el crecimiento económico. ¿De dónde vendría la inversión? La primera reacción de Bujarin fue reconocer que tendría que reducirse el ritmo del crecimiento, pero la imagen que usó para explicarlo, «cabalgar el socialismo a lomos de un jamelgo campesino», fue para él políticamente desastrosa, y Stalin de inmediato se desvinculó de la idea. En oposición a ella, argumentó que sería posible encontrar los fondos reduciendo los gastos de las fábricas existentes y aprovechando luego la eficacia de las nuevas plantas. Esa visión optimista era mala economía, pero buena política. El pánico bélico de 1927, así como el juicio contra los ingenieros de Shajti acusados de sabotear los planes de industrialización soviéticos en nombre de intereses extranjeros en 1928, aumentó la sensación de que la desaceleración era inaceptable. En el pleno del Comité Central de noviembre, Stalin preguntó a los delegados:

> ¿Es posible salir adelante sin planes (económicos) exigentes? ¿Es posible trabajar con ritmos más lentos en condiciones más «tranquilas»? ¿Podemos explicar la petición de un ritmo veloz para el desarrollo de la industria como consecuencia del carácter impaciente de los miembros del politburó y el Sovnarkom (el Consejo de los Comisarios del Pueblo)? ¡Por supuesto que no! Los miembros del politburó y el Sovnarkom son gente tranquila y sobria. Hablando en términos abstractos, ignorando las circunstancias internas y externas, podríamos, ciertamente, avanzar a un ritmo más lento. Sin embargo, no podemos perder de vista las circunstancias externas e internas, y debemos admitir que esas circunstancias dictan la necesidad de un desarrollo de la industria rápido [...]. Estamos rodeados de países capitalistas con una industria mucho más desarrollada desde un punto de vista técnico. De modo que tenemos el sistema político más avanzado, pero con una base industrial en extremo atrasada. ¿Podemos alanzar la victoria decisiva del socialismo dada semejante contradicción? [...]. Para lograr la victoria decisiva del socialismo en nuestro país, debemos alcanzar y superar tecnológicamente a esos otros países. O hacemos eso o ellos nos aniquilarán (*nas zatrut*).[1]

Cuando los campesinos comercializaron un porcentaje significativamente menor de la cosecha de 1927, lo que amenazaba de lleno los planes de inversión y el crecimiento industrial, Stalin acusó a los kuláks

de socavar de forma deliberada la política soviética y exigió que se incautara el grano como «medida extraordinaria». Tal disposición era un movimiento muy peligroso para Stalin, pues suponía un desafío frontal a la lógica de la NEP y el comercio entre la ciudad y el campo que esta abanderaba, además de que, si el desafío fallaba, la fragilidad de su optimismo quedaría al descubierto. Necesitaba que las incautaciones fueran un éxito si quería que la opinión del Partido estuviera de su parte. Previendo cierta resistencia a las confiscaciones de grano entre los funcionarios regionales, tomó la decisión inusual de viajar a Siberia para justificar el ataque a los kuláks. Viacheslav Mólotov hizo lo mismo en la región de los Urales y, junto con los secretarios regionales del Partido, se implementó un sistema de acopio forzado del grano que compensó el déficit.

El éxito alentó a los planificadores a aumentar la inversión de capital en casi una cuarta parte en comparación con el año anterior.[2] Para entonces, Bujarin hacía mucho tiempo que había renegado del pesimismo inherente en su comentario del «jamelgo», pero se sintió obligado a cuestionar públicamente el realismo de algunas de las proyecciones para la construcción industrial: «Si no hay suficientes ladrillos, y si por razones técnicas es imposible producir más de cierta cantidad durante la temporada actual, entonces no debemos elaborar un programa de construcción que supere ese límite y cree una demanda que no tenemos modo de satisfacer. Pues por mucho que forcemos las labores de construcción, es imposible construir fábricas de la nada».[3] Dado que las «medidas extraordinarias» de Stalin ya habían dividido la opinión del aparato estatal y del Partido, fueron muchos los que estuvieron de acuerdo con Bujarin en que los planes de construcción y producción habían ido demasiado lejos. Si bien es imposible establecerlo con precisión, podría argumentarse que eran muchos más los que compartían la fe creciente en que, al poner fin al «caos» del mercado capitalista, la planificación estatal «socialista» tenía un potencial colosal aún por realizar. Esa fe se vio reforzada gracias a los intereses materiales de los involucrados, pues muchos funcionarios, tanto en el centro como en las regiones, estaban desesperados por atraer a sus instituciones las nuevas inversiones y construcciones prometidas en unos planes cada vez más ambiciosos. De hecho, para algunos de ellos, estos no eran lo

suficientemente ambiciosos.[4] Las tensiones entre las dos organizaciones centrales responsables de la planificación de forma más inmediata, el Comité Estatal de Planificación (Gosplán) y el Consejo Supremo de Economía Nacional (VSNJ), eran visibles. Menos de dos semanas después de que las críticas de Bujarin fueran publicadas en el *Pravda*, el presidente del Gosplán, Gleb Krzhizhanovski, acusó a los funcionarios de planificación del VSNJ de haber «perdido el sentido de la realidad». Los funcionarios de VSNJ, por su parte, respondieron con sus propias críticas al «vulgar realismo» del Gosplán.[5]

Hacia mediados de octubre, probablemente por iniciativa de Stalin, la prensa comenzó a imprimir artículos que advertían acerca de una «desviación derechista» en el Partido. En el pleno del Comité Central de noviembre de 1928, el presidente del Sovnarkom, A. I. Ríkov, trató en su discurso de suavizar las diferencias de opinión. Reconoció que las cifras de control habían dejado una «cantidad inmensa de demandas insatisfechas», pero se mostró en contra de «convertir los ritmos en un fetiche». La economía no estaba en condiciones de sostener un aumento constante de la tasa de crecimiento económico; y de hecho, ni siquiera podía mantener la tasa existente. Coincidía en que la «desviación derechista» del Partido constituía una cobardía ante las tareas expuestas en el plan, pero insistió en que era necesario luchar contra ella «en el nivel ideológico» y no mediante las expulsiones del Partido.[6] No obstante, muchos delegados, tanto de las regiones como del centro, insistieron en la necesidad de promover un ritmo de crecimiento superior y, al mismo tiempo, de adoptar una línea mucho más dura contra el «peligro derechista». Llegaron al podio con críticas a la financiación inadecuada de los proyectos en sus jurisdicciones: había que acelerar los tiempos y echar del Partido a quienes se oponían a ello.[7] El Comité Central emitió una resolución de compromiso:

> Al tiempo que lidera una lucha decisiva contra todas las desviaciones, y subraya en particular la necesidad de una lucha ideológica contra el peligro derechista en el momento actual [...] el pleno del Comité Central llama la atención de todo el Partido sobre la necesidad de un debate atento, y no vociferante, de las cuestiones relativas a la construcción económica, que exigirá un análisis sobrio y bolchevique de la situación entera que no busque suavizar las dificultades ni [...] exagere con pánico los riesgos.[8]

Aunque Stalin no podía sencillamente echar a los defensores de la moderación, su campaña contra el «peligro derechista» siguió alentando a los entusiastas de un crecimiento acelerado e hizo cada vez más difícil la posición contraria. A lo largo de 1929, los funcionarios del centro y las regiones propusieron objetivos de inversión y construcción cada vez más ambiciosos en el plan quinquenal, al tiempo que atacaron de forma agresiva a quienes estaban en contra de ello. G. I. Petrovski acusó a los miembros del politburó Bujarin, Ríkov y Tomski de oponerse a la línea del Comité Central, así como de «violaciones de la disciplina del Partido». Los tres, por su parte, sostuvieron que estaban siendo víctimas de una campaña de rumores y una «persecución infundada» por parte del resto del politburó.[9] Sin embargo, la cuestión clave era que la «derecha» del politburó consideraba que los ritmos actuales eran poco realistas y crearían una crisis económica. En sus discursos, una gran cantidad de miembros del Comité Central insistió en que las acciones de la derecha «desorganizaban» la economía y ralentizaban el ritmo de la industrialización.[10] Unas semanas más tarde, en la Decimosexta Conferencia del Partido, los delegados regionales vincularon de forma específica los recortes a los proyectos propuestos con los líderes de la «oposición de derecha». N. B. Riazánov, del Instituto Marx y Engels, bromeó diciendo que «cada orador termina su presentación con un "¡Dadnos una fábrica en los Urales y al infierno con la derecha!" o "¡Construidnos una central eléctrica y al infierno con la derecha!"».[11] Los funcionarios de alto rango no solo aceptaron la campaña de Stalin contra la derecha, sino que la alentaron.

El plan quinquenal fue aprobado oficialmente por el Quinto Congreso de los Sóviets en mayo, pero las proyecciones que estipulaba pronto serían reemplazadas por las propuestas en el curso de las discusiones sobre los objetivos de inversión, construcción y producción (las «cifras de control») para el año 1929-1930. En agosto, el presídium del VSNJ estableció las cifras preliminares de control en 3.100 millones de rublos: un 30 por ciento más que el objetivo fijado por el Congreso de los Sóviets, y un 80 por ciento más de la cifra para el año 1928-1929.[12] A su vez, las metas del plan quinquenal se revisaron a lo largo de todo el otoño. Para octubre, el objetivo de producción de crudo en 1932-1933 se había elevado de veintidós a

cuarenta millones de toneladas. La producción proyectada para la industria del carbón saltó de setenta y cinco millones de toneladas (el objetivo fijado en mayo) a ciento cuarenta millones. La meta para el arrabio aumentó de diez a diecisiete millones de toneladas.[13] Quienes abogaban con entusiasmo por un crecimiento más acelerado estaban en ascenso mientras que los defensores de la contención se encontraban en plena retirada. El 7 de noviembre, el decimosegundo aniversario de la revolución de octubre, Stalin declaró que 1929 había sido el año de la «gran ruptura». La declaración no aludía tanto a un rompimiento explícito con la NEP como a una ruptura con las restricciones impuestas por la lógica de las relaciones capitalistas de producción. Era una declaración de fe poderosa en el poder de la planificación central «socialista» para alcanzar tasas de producción y nueva construcción sin precedentes. Pero la planificación estatal por sí sola no era suficiente. Los nuevos objetivos solo podrían alcanzarse si los funcionarios del Partido y el Estado en todos los niveles luchaban por ellos con entusiasmo. En este contexto, Stalin consideró que dudar acerca de los objetivos era «la forma más vil de socavación» y alentó la persecución de los escépticos.[14]

Stalin era también muy consciente de que los nuevos planes industriales supondrían nuevas cargas excepcionales sobre la agricultura. El régimen no podía darse el lujo de apartarse de las «medidas extraordinarias». De hecho, la aplicación exitosa de la fuerza en los acopios de grano alentó a los funcionarios regionales a ejercer un control más permanente sobre el suministro de cereales y el traslado de campesinos a las granjas colectivas. La colectivización de la agricultura había sido una meta a largo plazo del régimen desde la revolución. El hecho de que en Rusia predominara la agricultura privada a pequeña escala limitaba la aplicación de las técnicas y tecnologías agrícolas modernas. La agricultura colectiva a gran escala prometía no solo aumentar la productividad, sino liberar el exceso de mano de obra rural para el trabajo en la industria. Para los funcionarios regionales que se habían acostumbrado a la batalla anual para conseguir que los campesinos se separaran de la cosecha, el crecimiento del sector agrícola colectivo tenía la ventaja adicional de extender el control estatal y simplificar los acopios. En el verano de 1928, menos del 2 por

ciento de los hogares campesinos se encontraban en granjas colectivas. Para el otoño de 1929 esa cifra había aumentado al 7,5 por ciento, y en algunas de las principales regiones productoras de grano se aproximaba al 20 por ciento.

Stalin sabía que muchos de esos colectivos se creaban por la fuerza y estaban mal organizados, pero el potencial de la colectivización a gran escala, tanto en términos del aumento de la productividad como del control del suministro de grano, hacía que las perspectivas fueran demasiado atractivas para no aprovecharlas. Ya fuera en el centro o en las regiones, los funcionarios responsables de la agricultura estaban divididos con respecto a la rapidez con la que se podía impulsar la colectivización, pero una vez más Stalin dio todo su apoyo a los maximalistas. En la primera quincena de diciembre, una comisión especial redactó un borrador de decreto de colectivización que reflejaba no solo el entusiasmo, sino también la cautela del momento. Stalin consideró el borrador «inadecuado» y lo simplificó de forma drástica para que reflejara las opiniones de los radicales, a saber, aquellos que proponían completar la colectivización de las principales regiones productoras de grano para final del año. Básicamente dejó de lado los detalles acerca de la organización de los colectivos para favorecer su desarrollo «espontáneo». La publicación del decreto el 5 de enero de 1930 desencadenó lo que solo puede describirse como una guerra civil en el campo. La abrumadora mayoría de los campesinos se oponía a la colectivización no solo porque el Estado estaba apropiándose de sus tierras, ganado, equipos y otros bienes, sino también porque aquella representaba un ataque contra tradiciones centenarias de autogestión campesina. Muchos prefirieron destruir sus útiles de trabajo y vender o sacrificar sus reses a verlos terminar en la granja colectiva. Para febrero y marzo, la resistencia tomó cada vez más la forma de ataques contra los funcionarios locales y asesinatos.[15] La respuesta del régimen a la revuelta fue declarar que estaba inspirada y organizada por los kuláks y pedir la «eliminación de los kuláks como clase». La «deskulakización» se convirtió con rapidez en el instrumento básico para forzar el ritmo de la colectivización, facultándose a los funcionarios locales para exiliar al Gulag a todo aquel que se resistiera.

Más de medio millón de campesinos fueron enviados al Gulag entre el invierno y la primavera de 1929-1930. La feroz violencia de ambos lados y la falta de atención a los detalles organizativos se convirtieron con rapidez en una amenaza directa para la siembra de primavera. A menos que las hostilidades se calmaran, habría mucho menos grano para cosechar en el verano y el otoño. El 2 de marzo de 1930, en un artículo en el principal periódico del Partido, el *Pravda*, Stalin anunció un alto temporal en la campaña. Según sostuvo, era posible considerar que se había alcanzado ya «un cambio radical del campo hacia el socialismo», y esa era solo una de toda una serie de afirmaciones falsas. Más sorprendente es el hecho de que insistiera en que «las granjas colectivas no deben crearse por la fuerza». El artículo condenaba a los funcionarios locales que colectivizaban con demasiada prisa y no prestaban la suficiente atención a las cuestiones organizativas.

A primera vista, culpar a otros por la implementación de una política que él, más que cualquier otro, había moldeado parecería un acto de cinismo impresionante. Y sin embargo, todo indica que estaba convencido en verdad de que el fracaso de esa primera campaña de colectivización se debió a las fallas de los funcionarios locales, y ello a pesar de que al mismo tiempo era consciente de que los destacados funcionarios del Partido y el Estado que en diciembre habían abogado por la cautela lo culparían por haber hecho caso omiso de sus recomendaciones. En el artículo Stalin dejaba claro que los acontecimientos no debían «llevar agua al molino oportunista de la derecha», una advertencia apenas velada contra los potenciales críticos de la política central. Con todo, Stalin no pudo contener tan fácilmente la reacción de los campesinos. Cientos de miles abandonaron los colectivos, lo que redujo el nivel general de colectivización del 52,7 por cien de los hogares de febrero a un 37,3 por cien a principios de abril.[16] El período de gracia duró poco. Stalin no había renunciado a su convicción de que una colectivización veloz era el camino que debía seguirse. El proceso se reanudó una vez que el grano hubo madurado en los campos y, una vez más, cientos de miles de campesinos tuvieron que pagar por su resistencia con largas penas en el Gulag. El campesinado consideraba de forma justificada que la agricultura colectiva era la imposición de una «segunda

servidumbre», entre otras cosas porque volvía a arrebatárseles la distribución de la cosecha. El Estado había tomado el control porque las exportaciones de cereales eran esenciales para financiar el proceso de industrialización. En el transcurso de los dos años siguientes, el acopio de grano llegó a ser tan elevado que dejó a los campesinos sin alimento suficiente. La hambruna de 1932-1933 se cobró millones de vidas. Los campesinos, que todavía formaban la inmensa mayoría de la población, nunca habían apoyado demasiado a los bolcheviques, pero las políticas de Stalin le aseguraron su hostilidad latente durante generaciones.

Por el contrario, la clase obrera había mostrado su apoyo de forma amplia a la «gran ruptura» de Stalin. Los trabajadores no tenían mucho cariño a los pequeños comerciantes de la NEP y los elevados precios que cobraban. La culpaban del desempleo, que había seguido siendo alto a pesar de la veloz recuperación de la industria. Asimismo, eran vulnerables a la propaganda estatal de finales de la década de 1920, que prometía un nuevo avance revolucionario que aceleraría la llegada del socialismo. Los periódicos estaban llenos de reportajes sobre nuevos logros conseguidos y nuevos récords batidos. La expansión de las plantas existentes y las recientes construcciones a lo largo y ancho del país constituían una prueba adicional, física, del advenimiento del nuevo mundo prometido. Eso animó a los trabajadores a sumarse a la lucha contra la resistencia. Cuando el régimen pidió vigilancia ante las actividades de socavación de los «especialistas burgueses» después del escándalo de Shajti, alentando las sospechas contra las «clases ajenas» en general, los obreros respondieron con un entusiasmo casi preocupante, atacando a todos los «jefes» en lugar de limitarse a los «burgueses». Los trabajadores en general, y especialmente los que formaban parte de la generación más joven, estaban dispuestos a hacer sacrificios para construir el socialismo, pero a largo plazo, esos sacrificios resultaron ser mayores de lo que muchos podían tolerar sin reparos. El plan siempre había exprimido las «reservas internas» para nuevas inversiones, exigiendo cada vez mayores ahorros en los costos. Era inevitable que esos ahorros se hicieran a expensas del nivel de vida de los trabajadores. De hecho, para 1932-1933, los salarios reales de los proletarios habían caído a menos de la mitad del nivel que tenían en 1928.[17]

La prensa subrayaba la importancia de que los salarios estaban aumentando, pero no mencionaba el hecho de que los precios subían mucho más rápido aún. Los millones de campesinos y otras personas que se unieron al proletariado en el curso de la década de 1930 sintieron esa caída de forma menos aguda que los que habían estado trabajando por más tiempo, pero fue suficiente para sembrar semillas de desafección. Además, la migración masiva a las zonas urbanas supuso una carga insoportable para el parque de viviendas disponibles, que crecía con lentitud, y en consecuencia cientos de miles de personas terminaron viviendo hacinadas en barracones, cuando no en campamentos provisionales. Para cuando el acopio excesivo de grano había agotado al campesinado y causado la hambruna, la escasez de alimentos en las ciudades se tradujo en huelgas, disminución del ritmo de trabajo y «marchas de hambre».[18] Para los millones de trabajadores que mantenían lazos estrechos con el campo, la guerra continuada del régimen contra el campesinado era en sí misma una fuente de ira y resentimiento.

Las preocupaciones acerca de la dirección de la política central se propagaron también por todo el aparato del Estado y del Partido. La campaña de Stalin contra el «peligro derechista» había tenido éxito a lo largo de 1928 y 1929 porque la crisis predicha por Bujarin no había llegado a producirse. La producción industrial siguió aumentando, pero en gran parte debido a la presión implacable con que se exprimía cada vez más la producción de las fábricas existentes. La jornada de trabajo se acortó a siete horas, pero solo con el fin de hacer posible la explotación continua de la maquinaria en tres turnos diarios. La experiencia parecía indicar que la confianza en el potencial de la planificación estatal de aquellos que habían presionado por objetivos cada vez más altos estaba justificada. Sin embargo, apenas unos meses después de que se expulsara a Bujarin del politburó, las señales de la crisis se multiplicaron. El desastroso desarrollo de la campaña de colectivización a principios de 1930 fue la primera de ellas, pero a medida que el año avanzaba fue haciéndose evidente que tampoco se cumplían otros objetivos importantes del plan. La producción industrial no solo se desaceleró en el verano de 1930, sino que comenzó a contraerse. Faltaban meses y en muchos casos incluso años para que las nuevas fábricas y plantas industriales se convirtieran en motor de la

expansión productiva. La economía industrial no podía continuar indefinidamente exprimiendo a las empresas existentes. El crecimiento acelerado hizo que el desempleo persistente de la NEP se transformara en escasez de mano de obra. Cientos de miles de nuevos trabajadores estaban llegando a las ciudades, pero no era sencillo ponerlos a trabajar de forma eficaz. Era necesario adiestrarlos, y cuando ese adiestramiento era incompleto o ineficaz, los trabajadores nuevos podían hacer tanto daño como bien, arruinando equipos costosos o produciendo bienes defectuosos. En consecuencia, la productividad laboral empezó a caer. Y cayó incluso en el caso de los trabajadores con experiencia, lo que se tradujo en escasez de bienes de consumo y alimentos. El descenso de la producción de combustibles y metales tuvo efectos colaterales en centenares de otras empresas.

Stalin, sin embargo, no iba a retirarse del frente industrial. Había llamado a suspender temporalmente la colectivización porque el caos en el campo amenazaba con conducir a un fracaso catastrófico a todo el sector. Pero no veía la necesidad de hacer lo mismo en la industria. Del mismo modo que culpó a los funcionarios locales del fracaso de la primera campaña de colectivización, Stalin acusó a los funcionarios del sector industrial de la contracción de la producción. No hay ningún documento en su archivo personal, ninguna carta o nota privada, que sugiera siquiera que considerara la posibilidad de que Bujarin hubiera tenido razón al cuestionar el realismo de las metas del plan. De hecho, tanto públicamente como en privado, Stalin insistió en que había «reservas colosales en la economía a la espera de ser explotadas». Los planes existentes podían lograrse, y cualquier incapacidad para hacerlo era responsabilidad del funcionariado: «el Partido no se adapta simplemente a condiciones objetivas. El Partido tiene el poder de influir en ellas, de cambiarlas, de encontrar una combinación más ventajosa de condiciones objetivas».[19]

La formulación no daba a los funcionarios de alto rango mucha flexibilidad a la hora de lidiar con las exigencias excepcionalmente grandes inherentes a las directrices del centro, y menos aun cuando se les decía que

era su responsabilidad «demostrar en la práctica la corrección de la política del Partido». Stalin y la prensa oficial afirmaron repetidamente que la política central era correcta a priori:

> La línea [política] de nuestro Partido es con claridad la única línea correcta. Su corrección es obvia e indiscutible [...]. El Partido debe, como siempre, vigilar a sus propias filas con atención inquebrantable [...]. [El Partido] debe defenderse contra todos aquellos que atacan su línea, cuya corrección está siendo demostrada por la experiencia todos los días. Esta es la razón por la que los desviacionistas rara vez se arriesgan a mostrarse abiertamente. Ahora están más inclinados a apoyar la línea del Partido de palabra (en público), a fin de que sea más fácil socavarla en la práctica.[20]

Stalin estaba convencido de que los objetivos del plan podían cumplirse, pero que para ello era necesario movilizar y dirigir «el entusiasmo de las masas», asegurar el uso eficaz de los recursos existentes, contar con líderes enérgicos y verificar de forma estricta el cumplimiento de las directrices, mantener el impulso y no tolerar nada menos que el compromiso total. Stalin observó de cerca el comienzo del acopio de grano de 1930 y no le gustó lo que vio. Una resolución del politburó del 5 de septiembre sobre la primera fase de las requisas declaró que eran «absolutamente insatisfactorias» y se caracterizaban por la complacencia, las medidas inadecuadas contra los kuláks y quienes se oponían a las granjas colectivas (*koljós*) y un trabajo insuficiente para el fortalecimiento de los koljoses desde un punto de vista organizativo y la creación de nuevos colectivos. Stalin ordenó que los «funcionarios regionales de alto rango» volvieran de sus vacaciones y se pusieran manos a la obra.[21] Una semana después, los primeros secretarios regionales del Partido fueron llamados a Moscú para discutir el plan para el acopio. Mólotov le escribió luego a Stalin, quien se encontraba de vacaciones en ese momento, que le había dicho a los secretarios que lo que se necesitaba era «una lucha despiadada contra quienes abrigan dudas acerca de las posibilidades de cumplir el plan. Todo pensamiento de que este no puede cumplirse no es más que puro oportunismo».[22] Y aunque le dijo a Stalin que «por primera vez» nadie se había quejado acerca del plan para los acopios, eso no era del todo cierto.

Unos pocos secretarios del Partido fueron lo bastante valientes, o lo bastante tontos, como para manifestar sus dudas, pero Mólotov decidió no transmitírselas al líder.[23]

Asimismo, Stalin continuó vigilando también la situación en la industria. A comienzos de septiembre, una carta a las organizaciones locales procedente «del Comité Central», pero casi con certeza redactada por él mismo, insistía en que los funcionarios solo podían culparse a sí mismos de los fracasos:

> Las razones más importantes para el incumplimiento de las tareas de producción de la industria, en especial en sus ramas principales, son la falta de la energía e iniciativa necesarias en la movilización de los recursos internos; el uso insuficiente del equipo existente; la mala aplicación del sistema de turnos; la falta de energía para superar los cuellos de botella; los frecuentes períodos de inactividad de los equipos debido a las averías y la mala organización del abastecimiento material o técnico; los muchos accidentes debidos a una falta criminal de cuidado y una mala supervisión técnica; la falta de una racionalización sistemática; y una planificación interna de las fábricas completamente insatisfactoria.

Stalin no estaba de humor para permitir que los funcionarios evadieran los objetivos del programa establecidos. En lugar de rendirse a aquellos que insinuaban que el plan era poco realista, la carta llamaba al Partido a ayudar a «superar el conservadurismo técnico».[24] Tres semanas más tarde, Stalin propuso a Mólotov la creación de una «Comisión de Cumplimiento del Consejo de los Comisarios del Pueblo encargada exclusivamente de la verificación sistemática de las decisiones del centro, con el poder rápido y directo para enjuiciar a los funcionarios, tanto del Partido como no, por el burocratismo, el incumplimiento o la evasión de las decisiones centrales». Stalin propuso que la comisión debería tener acceso directo a los servicios de la RKI, el OGPU, la Procuraduría y la prensa. «Sin una comisión así, autorizada y capaz de actuar con rapidez, no romperemos el muro del burocratismo y el trabajo chapucero de nuestro aparato. Sin una reforma semejante, nuestras directrices seguirán sin hacerse realidad en todas partes».[25] La «reforma» estaba directamente vinculada a la purga, entonces en curso, del aparato estatal, y tendría poder de despedir a aquellos funcionarios con un mal historial de cumplimiento del plan.[26]

La presión incesante ejercida desde el Kremlin para alcanzar objetivos imposibles tuvo efectos colaterales que Stalin no hubiera podido prever por completo. Si, como se les había dicho, el incumplimiento únicamente podía explicarse en términos de deficiencias en la organización del trabajo y la producción, los funcionarios solo podían culparse los unos a los otros. El director de la planta de construcción de máquinas podía querer culpar al suministro de metales desde la fundición. El director de la fundición podía querer culpar al suministro de minerales. Y el director de la mina podía querer culpar a la planta de construcción de maquinaria. Y, sin embargo, si los planes eran realistas, como la prensa central insistía con tanta persistencia, tal vez hubiera saboteadores ocultos que estaban socavando el plan. La prensa había advertido a los funcionarios de la necesidad de estar atentos a las actividades de socavación de los especialistas burgueses, en particular desde el escándalo de Shajti. Y el hecho de que los técnicos cualificados tendieran realmente a poner en duda las metas del plan los convertía en un blanco todavía más obvio para las detenciones. Según se comunicó en una conferencia de directores económicos en 1931, «hasta la mitad de todos los ingenieros de las minas de carbón del Donbás habían sido sentenciados a [...] trabajos forzados».[27] Y los especialistas no fueron los únicos. Cuando un campesino mal adiestrado dañaba sin querer un costoso equipo importado, tenía altas probabilidades de ser acusado de sabotaje. Los accidentes de trenes, los incendios y otras consecuencias de una infraestructura sobrecargada aumentaron aún más la sensación de que los enemigos del Estado no descansaban. Solo en 1931, el OGPU detuvo a 15.670 personas por actividades terroristas.[28]

Muchos funcionarios debieron de darse cuenta de que eran vulnerables a las denuncias. La mayoría de los que tenían metas que cumplir no tuvieron otra opción que gestionar el flujo de la información que transmitían a sus jefes y los inspectores de cumplimiento. En los planes anuales exageraban de forma sistemática su necesidad de insumos y, al mismo tiempo, infravaloraban su capacidad productiva. Degradaban la calidad del producto para maximizar la cantidad y despechaban la producción incompleta.[29] En resumen, hubo una participación generalizada en una forma leve de «actividad antiestatal». El peligro era mayor para

quienes iban más lejos y discutían sus dudas acerca del plan, así solo fuera con colegas cercanos y amigos íntimos, pues corrían el riesgo de ser denunciados por mantener conversaciones «trotskistas» o «derechistas».

Por el momento, Stalin se contentó con permitir que las comisiones de purga se ocuparan de esos casos, ya que estaba recibiendo información procedente de los servicios de inteligencia de una naturaleza mucho más preocupante. Desde el juicio de Shajti en 1928, el OGPU había continuado investigando los vínculos con el extranjero de los especialistas «burgueses», y periódicamente le transmitía las «pruebas» de los esfuerzos de los Estados capitalistas por socavar los planes de industrialización soviéticos. En el verano de 1930, en medio de la contracción de la producción industrial, Stalin estaba dirigiendo la investigación y enjuiciamiento de varias «conspiraciones contrarrevolucionarias», incluidos los casos que terminarían conociéndose como del Partido Industrial, del Partido de los Campesinos Trabajadores y el escándalo Metro-Vickers. El flujo continuo de las «confesiones» enviadas a su despacho lo animó a pensar que los actuales problemas de cumplimiento del plan no eran atribuibles únicamente a la «desviación derechista», el «burocratismo» y la incompetencia. En su lugar, le dio motivo para preocuparse de que los Estados capitalistas estuvieran organizando el sabotaje en un esfuerzo por socavar los esfuerzos de industrialización soviéticos como paso previo a la invasión. En octubre de 1930, Stalin escribió al jefe del OGPU:

> ¡Camarada Menzhinski!
>
> Recibí su carta del 2 de octubre y los materiales que la acompañaban. El testimonio de (el ingeniero L. K.) Ramzin es muy interesante. En mi opinión, el punto más interesante se refiere a la intervención [es decir, la invasión, JH] en general y, específicamente, al momento en que se producirá. Parece que propusieron invadir en 1930, pero luego lo pospusieron hasta 1931 o incluso 1932. Eso es muy probable e importante [...].

En lugar de esperar a ver si los testimonios de los demás involucrados reforzaban el de Ramzin, Stalin alentó al OGPU a hacer concordar los otros testimonios: «Hágaselas ver negras a los señores Kondratiev, Yurovski, Chaiánov, etcétera [esto es, a los demás acusados, JH]; han tratado con ingenio de evadir [la acusación de tener una] tendencia a la intervención, pero son (¡indiscutiblemente!) intervencionistas». En la carta, Stalin

también le dice a Menzhinski, sin referirse a ninguna otra prueba, cuáles de las figuras en el extranjero (los expatriados y capitalistas más ricos que tenían contactos en los gobiernos británico y francés) estaban «dirigiendo» a los especialistas acusados en la Unión Soviética: «Podría parecer que el "TKP" o el "Promparti" o el "partido" de Miliukov representan la fuerza principal. Pero eso no es la verdad. La fuerza principal la forman el grupo Riabushinski-Denisov-Nobel y similares, es decir, el Torgprom. El TKP, el Promparti y el "partido" de Miliukov son los recaderos del Torgprom».

Era por completo típico de Stalin confiar en sus «instintos revolucionarios», más que en las pruebas materiales sólidas, para identificar a los enemigos del régimen. El testimonio de Ramzin se ajustaba a su idea de que los grandes capitalistas dirigían a sus gobiernos para que invadieran la URSS. Por tanto le dijo a Menzhinski: «Si las declaraciones de las otras personas acusadas confirman y corroboran los testimonios de Ramzin [...] eso será una victoria considerable para el OGPU [...] [lo que nos permitirá] frustrar los planes de lanzar la invasión el próximo año o en dos años, algo muy importante para nosotros».[30] Los supuestos vínculos con el exterior de los ingenieros tuvieron un amplio despliegue en la prensa soviética junto con las acusaciones de que los servicios de inteligencia británicos estaban utilizando a los ingenieros de la empresa Metro-Vickers para realizar sabotajes en la URSS. No obstante, Stalin estaba igualmente preocupado por los vínculos de esos «conspiradores» dentro del país. Siempre que la policía política le entregaba «pruebas» de actividades de socavación o conspiraciones contrarrevolucionarias, lo primero que quería saber era los vínculos de los acusados con las potencias extranjeras, pero su segunda prioridad era conocer sus conexiones dentro de la Unión Soviética: ¿Quién sabía de esas actividades y no las había denunciado? ¿Quién podía haber animado a los culpables? En todos los casos, el OGPU cumplió con su cometido y obtuvo a palos las «confesiones» de los conspiradores. En el caso del Partido de los Campesinos Trabajadores y el Partido Industrial, tales confesiones apuntaban a vínculos inquietantes con altos cargos del Partido, el aparato del Estado y el ejército. Stalin descartó de plano algunos de esos supuestos nexos, como los que señalaban al jefe del Comité Ejecutivo Central (TsIK), Mijaíl Kalinin, al que consideraba básicamente un

tipo torpe e inofensivo sin aspiraciones políticas. Los lazos con la antigua oposición de derecha y específicamente con Alekséi Ríkov, el presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo (SNK), los dio por hechos: «por supuesto que los ayudó», le escribió a Mólotov en una carta privada. Y unos días más tarde le dijo que Bujarin también debía de estar involucrado: «Aunque no figura en los documentos del caso, es, sin duda, el principal instigador y activista contra el Partido».[31] Mientras que Ríkov fue destituido con rapidez a Bujarin se lo sometió a una vigilancia todavía mayor. Los supuestos vínculos con el ejército obligaron a Stalin a sopesar la situación con detenimiento. Menzhinski había pintado la imagen de una conspiración militar dirigida por Mijaíl Tujachevski que planeaba matarlo y establecer una dictadura militar. Stalin hizo que el OGPU interrogara a Tujachevski y sus colegas más inmediatos. Y aunque tras recibir las transcripciones resultantes escribió a Mólotov que Tujachevski «resultó estar ciento por ciento limpio», concluyó que otros miembros del ejército no lo estaban, de modo que ordenó una depuración sustancial de las fuerzas armadas con el fin de sacar a todos aquellos elementos que, en teoría, habían discutido con «derechistas» (anónimos) los planes para un golpe militar.[32] Según Stalin, los conspiradores consideraban que el golpe era necesario para «acabar con el Comité Central, las granjas colectivas y el compás del desarrollo industrial bolchevique».[33]

Y ese no fue el único golpe de Estado embrionario del que se informó a Stalin en el otoño de 1930. También se le hizo creer que un colega del politburó conspiraba en su contra. A finales de agosto de ese año, S. I. Sirtsov, presidente del Consejo de los Comisarios del Pueblo de la Federación de Rusia y miembro candidato del politburó, había pronunciado un importante discurso sobre la economía que posteriormente se publicó en un folleto del que se pusieron en circulación diez mil ejemplares. Al mismo tiempo que elogiaba el impulso general de la política central, el documento planteaba también serias preocupaciones acerca de fallos en la planificación y coordinación de las metas del plan que, de forma sutil, iban en dirección contraria a la insistencia de Stalin en que este era absolutamente realista. En el verano, Sirtsov no enfrentó ninguna reprimenda pública, pero a medida que la crisis económica se agravaba, fue consciente de que se le estaba

marginando del debate relativo a las políticas, una discusión a la que, consideraba, él tenía mucho que aportar. En octubre cometió el error cardinal de expresar su enfado a un pequeño grupo de colegas, uno de los cuales, B. Reznikov, lo denunció. La carta de denuncia acusaba a Sirtsov de afirmar que el Partido se estaba volviendo contra el régimen, y que la crisis podría alentar a algunos miembros del politburó a intentar derrocar a Stalin con el apoyo de líderes regionales. Sirtsov no negó el encuentro, ni su desafección, pero insistió en que la idea de que se hablara de un golpe era «absurda». Los demás que estaban presentes ese día intentaron negar el encuentro por completo, lo que solo sirvió para que Stalin sintiera confirmadas sus peores sospechas: «Es inimaginablemente vil», le escribió a Mólotov. «Todas las pruebas indican que la versión de Reznikov sobre los acontecimientos es verdad. Jugaban a organizar un golpe. Jugaban a formar un politburó (alternativo).»[34] El tono de Stalin sugiere que no sentía ninguna amenaza inmediata, pero también que, si Reznikov estaba en lo cierto, había buenas razones para cuidarse la espalda.

No era la primera vez, y tampoco sería la última, que la situación parecía más difícil y preocupante de lo que hubiera sido necesario. El pánico bélico de 1927 había sido una quimera. Ni el Reino Unido, ni Polonia, ni Francia tenían planes de invadir la URSS, pero el espionaje de Stalin decía que sí. Los ingenieros de Shajti y otros especialistas burgueses veían con escepticismo los planes de industrialización soviéticos (una posición, por lo demás, bastante sensata), pero es en extremo improbable que estuvieran conspirando para socavar el plan quinquenal en nombre de los gobiernos extranjeros y los antiguos propietarios de las fábricas. No obstante, los servicios de inteligencia le dijeron a Stalin que así era, y él no era el único que encontraba esa información creíble. La percepción de que el régimen estaba en peligro hizo mucho más urgente la industrialización acelerada y, con ella, la colectivización de la agricultura. Stalin compartía con muchos bolcheviques de alto rango la creencia de que la planificación central era superior al capitalismo y permitiría logros extraordinarios, de manera que el comienzo de la Gran Depresión en Occidente reforzó aún más su fe en el potencial de la «gran ruptura». Reconocía que las metas del plan representaban un gran reto para el funcionariado, pero la persecución

pública de los escépticos, tanto en las farsas judiciales contra los especialistas como en la purga de 1929-1931, distorsionó la información que fluía a su despacho. Dado que había hecho que fuera imposible dar cuenta de los obstáculos «objetivos» para el cumplimiento de las metas, los informes que recibía subrayaban el papel de la socavación deliberada, los «sentimientos derechistas», las «vínculos con los kuláks» y la pura incompetencia en la emergente crisis económica de 1930.

Stalin se sentía justificado al culpar a los funcionarios locales del fracaso de la campaña de colectivización. Demasiados de ellos se habían limitado a obligar a los campesinos a formar colectivos a punta de pistola, pero las leyes que él había redactado hacían inevitable comportamientos de ese tipo. A medida que la campaña de colectivización continuó en el otoño, Stalin siguió siendo insensible a la realidad de lo que estaba ocurriendo sobre el terreno. Era incapaz de comprender que los nuevos colectivos eran demasiado débiles desde el punto de vista organizativo para respaldar las metas de acopio de grano propuestas. Mientras que los campesinos o los funcionarios de los koljoses escondían el grano para asegurarse de que tendrían suficiente para comer, Stalin veía en ello una prueba de las maquinaciones de los kuláks para socavar el nuevo orden en el campo. Mandó a Kaganóvich a Ucrania y le ordenó «tomar todas las medidas necesarias para poner fin al actual estado de ánimo de los funcionarios, aislar a los quejicas y los diplomáticos podridos (¡sin importar quiénes sean!) y garantizar la toma de decisiones auténticamente bolcheviques».[35] Su intransigencia hacía que se silenciaran las súplicas de las autoridades regionales y locales para que se redujeran los objetivos de acopio, así como que los informes de la hambruna masiva tardaran mucho en llegar a Moscú. Al final Stalin sí redujo los objetivos de acopio, pero solo después de que la pérdida de vidas en dimensiones colosales resultara inevitable. El campesinado, todavía la mayoría de la población, abrigaría resentimientos contra el régimen durante generaciones.

El enfoque estalinista de la industria fue básicamente similar. Su negativa a aceptar que las metas propuestas no eran realistas contribuyó de forma directa a la crisis de la industria. La restricción de los recursos dejó a la clase trabajadora cada vez más descontenta por la constante disminución

del nivel de vida. La escasez, los cuellos de botella y una infraestructura explotada al límite de su capacidad hicieron que en el primer plan quinquenal se lograra menos de lo que habría sido posible en otras circunstancias. Sin embargo, el hecho de que Stalin no estuviera dispuesto a reconocer el poco realismo del plan hizo que se descartara esa posibilidad en la información que recibía y leía y, por ende, que se buscaran, y encontraran, explicaciones más siniestras para el fracaso. Como hemos visto, Stalin y la prensa del Partido afirmaron repetidamente que la política central era correcta a priori:

> La línea [política] de nuestro partido es con claridad la única línea correcta. Su corrección es obvia e indiscutible [...]. El Partido debe, como siempre, vigilar a sus propias filas con atención inquebrantable, denunciando y persiguiendo toda manifestación de las desviaciones derechista y trotskista [...]. [El Partido] debe defenderse contra todos aquellos que atacan su línea, cuya corrección está siendo demostrada por la experiencia todos los días. Esta es la razón por la que los desviacionistas rara vez se arriesgan a mostrarse abiertamente. Ahora están más inclinados a apoyar la línea del Partido de palabra (en público), a fin de que sea más fácil socavarla en la práctica.[36]

Eso dejó un legado venenoso que dañó de manera permanente la relación de Stalin con el funcionariado en general. A los funcionarios no solo les daba miedo transmitir la clase de información que resultaba necesaria para una toma de decisiones eficaz en la cima de la jerarquía, sino que, en vista de que tenían que cumplir con unos objetivos imposibles si querían conservar sus puestos de trabajo, no tenían otra opción que mentir al centro, ocultar la capacidad real, exagerar la necesidad de suministros y participar en otros comportamientos que a ojos del centro era una forma de socavación. A esto era a lo que se refería Stalin al decir que se alababa la política central en público al tiempo que se trabajaba para socavarla en privado. El término común para esto era *dvurúshnichestvo*, literalmente «duplicidad». Y era un fenómeno que estaba condenado a propagarse.

Incluso antes de que él mismo tuviera que hacer frente a la embestida de la campaña contra la «desviación derechista», Bujarin escribió a Stalin manifestándole su impresión de que existía un temor creciente a expresar las opiniones con franqueza:

> (Acerca de la campaña de aprovisionamiento) para el otoño no tenemos ni una línea (política) ni una opinión común. ¿No le preocupa eso? Hemos dejado de hablar sobre esas cuestiones: la gente tiene miedo de expresarse, de criticar. Si el laboratorio intelectual del centro ha sido destruido, si no podemos debatir las cuestiones políticas más importantes de forma abierta y sin temor, entonces el país está en peligro. La economía no es un director ejecutivo. No se le puede gritar ni amenazarla con que se la va a arrestar. No estamos meditando lo suficiente las cosas. La autocrítica y demás —y la falta de comunicación en relación con las ideas [la frase *otsutstvie idéinoi sviazi* también puede significar «falta de coherencia ideológica»] en la cúpula— son la paradoja de las paradojas, lo que es extremadamente peligroso.
>
> Como usted sabe, escribí el borrador de la resolución sobre el acopio de granos (para el pleno de julio). No me opuse cuando fue modificado después de que hubiera sido confirmado por el politburó. No orquesté ningún «bloque» (en el pleno). Limité mis comentarios al mínimo de lo que consideré correcto (aunque estaba profundamente molesto con la gente que claramente mentía sobre la situación en las localidades y miraban para otro lado, en lugar de decir la verdad).[37]

A partir de ese punto, la tendencia a cruzarse de brazos y esconder las preocupaciones más profundas solo iba a crecer y, llegado el momento, incluso se instaló en el mismísimo politburó. Las inquietudes de Bujarin acerca del aparato intelectual del Estado fueron clarividentes, y Stalin las ignoró sin pensárselo dos veces. No hay nada en su archivo personal que sugiera que se haya detenido a reflexionar y preguntarse hasta qué punto la crisis económica de 1930 o la hambruna de 1932-1933 no eran una consecuencia del «burocratismo», o de los «vínculos con los kuláks», o de las acciones de socavación y sabotaje, sino más bien el resultado de unos objetivos poco realistas. Ni él ni quienes le rodeaban consideraron las consecuencias de decir a los funcionarios en posiciones de autoridad que ya no podían explicar el incumplimiento en términos de «condiciones objetivas». Stalin no se daba cuenta de que estaba cerrando los canales de comunicación entre él y sus principales funcionarios. En lugar de ello, procedió a hundirlos todavía más con la demonización de aquellos que cuestionaban la política central.

En la década de 1920, en la época de la lucha por la jefatura del Partido, Stalin, desde su posición como secretario general del mismo, había sido por lo general práctico, comprensivo y por lo menos cordial en las relaciones con los líderes de las repúblicas y las provincias. Estos acudían a él con sus preocupaciones y problemas y él les echaba una mano. Sin embargo, ahora que le habían ayudado a derrotar a los «opositores», lo que

se les decía era que tenían que cumplir los planes aprobados sin discusión si no querían correr el riesgo de perder el cargo. Por parte de Stalin, esto no fue un movimiento tan cínico como podría parecer, y la transición tampoco fue tan abrupta. No fue que los complaciera solo para conseguir su apoyo y les diera la espalda tan pronto dejó de necesitarlos. Stalin siempre había adoptado una postura intransigente cuando se trataba de cumplir las directrices centrales, pero eso había sido mucho más sencillo de hacer en el contexto de la cuasi economía de mercado de la NEP. Entonces era posible culpar de los problemas a los caprichos del mercado. En el contexto de la planificación central, en cambio, los funcionarios no tenían una hoja de parra similar detrás de la cual ocultarse. Estando toda la economía supuestamente bajo control del Estado, la responsabilidad recaía sobre ellos. Y si los planes no se cumplían, tenían que responder por ello. En el plan quinquenal, los objetivos no solo eran monumentalmente más ambiciosos, sino que se sentía una necesidad mayor de cumplirlos, al menos en lo que respecta a Stalin. La existencia de saboteadores preocupaba a la cúpula del Partido y a su líder, pero no tanto como el «espíritu oportunista»: el cuestionamiento del realismo del plan, la falta de voluntad para superar los retos que había por delante. Las metas del programa requerían una «voluntad de hierro» y una «disciplina férrea» de arriba abajo. La duda y la vacilación eran intolerables en opinión de Stalin, para quien había una distancia muy corta entre expresar dudas y conspirar contra el régimen. La prensa comunista advertía que «cualquiera que desafíe la voluntad de hierro del Partido será aplastado».[38] Cuando Sirtsov y otros como él decidieron nadar a contracorriente y manifestar sus dudas acerca de la dirección de la política central, Stalin respondió con ferocidad. No entendió que Sirtsov sencillamente quería participar de forma plena en el politburó, que consideraba que tenía el deber de exponer sus inquietudes sobre el origen de la crisis de política. Estaba molesto porque había sido marginado de la discusión sobre las políticas, y cuando mencionó su molestia a las personas equivocadas, le denunciaron. Es posible que creyera, o quisiera creer, que la crisis de 1930 traería un cambio en la jefatura del Partido, pero no estaba en absoluto organizando un golpe. Stalin sabía que Sirtsov no representaba ninguna amenaza inmediata para él, pero la desafección del campesinado,

los vacilantes sentimientos de la clase obrera, el comportamiento poco fiable del funcionariado en general y los indicios de deslealtad en lo más alto de la jerarquía no podían sino ponerlo nervioso. El «gran miedo» estaba empezando a formarse.

5

¿Relajación?

El período del primer plan quinquenal se caracterizó por unos saltos colosales en las metas previstas y una presión intensa para que se cumpliera con ellas. Solo el éxito total se consideraba aceptable y cualquier intento de cuestionar los objetivos o la política central, incluso en el contexto de la crisis económica, se castigaba con severidad. Durante todo ese tiempo, la valoración de la crisis por parte de Stalin, tanto en público como en privado, se mantuvo constante. Echaba la culpa de los problemas a la resistencia de los elementos antisoviéticos y a la indisciplina, debilidad e incompetencia de los funcionarios. «Oportunismo» y «burocratismo» eran sus términos preferidos. En ningún momento consideró la posibilidad de que los objetivos del plan no fueran realistas, o que imponer su cumplimiento de forma violenta era contraproducente tanto para la estabilidad política como para la estabilidad económica. Y sin embargo, su fe en el potencial casi ilimitado de la planificación central y su determinación de hacer respetar la disciplina no careció de cierta flexibilidad. Para Stalin, la planificación del crecimiento económico implicaba algo más que establecer metas cada vez más altas y hacerlas cumplir sin piedad. Los incentivos materiales a la producción seguían desempeñando una función, en especial en las condiciones de atraso general del país. De modo que, al mismo tiempo que impulsaba la imposición violenta de los objetivos, estaba dispuesto a aceptar que los encargados de imponerlos y hacerlos cumplir ocasionalmente cometían errores y necesitaban disciplinarse a sí mismos. Sin embargo, resulta importante no «sobreinterpretar» los ejemplos de esa clase de flexibilidad. Que Stalin considerara que los incentivos materiales a la producción tenían una función no significa que alguna vez contemplara la posibilidad de volver, así fuera de modo parcial, al cuasi capitalismo de la

NEP. Que Stalin ocasionalmente contuviera a la policía política y otras instituciones similares no significa que cuestionara la necesidad de un cumplimiento estricto de las directrices centrales o la persecución de enemigos de la revolución. El período de 1932 a 1934 se caracteriza a la vez por episodios de represión despiadada y de moderación política.

Ejemplos de esa flexibilidad pueden verse incluso en momentos en que la economía estaba sumiéndose en la crisis en la primavera y el verano de 1931. Desde el juicio de Shajti, en la primavera de 1928, la dirección central había mantenido una campaña de persecución contra los especialistas técnicos como grupo propenso a resistirse al plan. En pleno apogeo de la crisis económica, a mediados de julio de 1931, Stalin publicó una directriz que limitaba el poder del OGPU para detener a los especialistas a tenor de su propia autoridad. Al hacerlo, reconoció que, con demasiada frecuencia, la policía política estaba deteniendo a trabajadores inocentes y capaces: «No hay necesidad de permitir a los policías actuar como técnicos industriales expertos. No hay necesidad de tener en las fábricas una oficina especial del OGPU con una placa, donde estén sentados, esperando a que se les dé trabajo para hacer (y si no hay, se inventarán alguno)».[1] Stalin no llegó a esa conclusión de forma repentina o aislada. Durante meses, el presidente del Consejo Supremo de Economía Nacional Sergó Ordzhonikidze había estado llamando la atención del líder soviético con incidentes específicos que evidenciaban el hostigamiento que estaban sufriendo los especialistas. En sus discursos públicos, Ordzhonikidze había advertido contra el «acoso a los especialistas», y la postura de Stalin se había suavizado notablemente a lo largo de la primavera. Sin embargo, también había otros tratando de influir en Stalin acerca de este asunto. Desde el final de la guerra civil, el Comisariado de Justicia venía avisando a los dirigentes del Partido de los «excesos» de la policía política, no solo con ejemplos de incidentes específicos, sino criticando de forma amplia su actitud displicente hacia los estándares más elementales de la justicia. Sus representantes habían intentado una y otra vez convencer a Stalin de que el Comisariado debía ejercer alguna clase de supervisión jurídica sobre las operaciones del OGPU, pero sin demasiado éxito. El OGPU había conseguido defender sus poderes ilimitados

argumentando que semejante supervisión solo serviría para obstaculizar la lucha contra los enemigos de la revolución. Presintiendo de nuevo que el Comisariado de Justicia podía ponerse por delante tras la decisión de Stalin sobre los especialistas, el presidente del OGPU, Guénrij Yagoda, envió una declaración a todos sus funcionarios en la que criticaba en particular que se usara la tortura como método para obtener confesiones. El texto insistía en que esos «excesos» eran raros y en que no debía haber ningún «debilitamiento de la lucha contra la contrarrevolución en el sentido de laxitud o debilidad en el enfrentamiento con un enemigo decidido y vigoroso».[2] La declaración bastó para convencer a Stalin de que no había necesidad de reducir los poderes del OGPU, pero su llamado a la moderación tuvo un efecto potentísimo. Las detenciones por actos terroristas cayeron de 15.670 en 1931 a 8.544 en 1932, mientras que las detenciones por causa de actividades contrarrevolucionarias se desplomaron de 343.734 en 1931 a 195.540 en 1932 y 90.417 en 1933.[3]

También es posible ver la flexibilidad del pensamiento de Stalin en el ámbito de la política económica, aunque en este caso se necesitó más tiempo para que surgiera un programa de acción coherente. La reacción inicial a la crisis económica en el verano de 1931 fue una crítica mayor de aquellos que cuestionaban el realismo del plan y una presión renovada sobre los funcionarios para que cumplieran las metas si no querían ser despedidos. En julio, el líder soviético insistió en que el plan era «realista porque su realización depende exclusivamente de nosotros mismos, de nuestra capacidad y de nuestra voluntad de utilizar las riquísimas posibilidades que tenemos».[4] A lo largo del otoño y el invierno, los telegramas intercambiados entre Moscú y las regiones no contienen muestra alguna de la cordial camaradería que caracterizaba esas comunicaciones en la década de 1920. Moscú enviaba exigencias de cumplimiento total redactadas con aspereza, y las autoridades regionales rogaban que se redujeran las metas del plan y se les proporcionara otras formas de ayuda especial. Stalin reaccionó con furia ante lo que le parecía una resistencia decidida a las directrices centrales tanto en la industria como en la agricultura. La tensión infectó al mismo politburó. Stalin sintió la necesidad de reprender tanto a Ordzhonikidze como a Mikoyán (el comisario de

Abastecimiento) por rendirse a las demandas de las instituciones bajo su jurisdicción. Ambos se ofrecieron a renunciar, pero se les ordenó permanecer en sus cargos.

No obstante, la tensión incesante animó a Stalin a ir más allá de sus obstinados ataques al «oportunismo» y considerar nuevas formas de alentar el cumplimiento del plan. Durante el invierno y la primavera de 1932, los dirigentes acogieron la idea de que, al menos en la agricultura, debía permitirse a las empresas (es decir, las granjas colectivas y estatales) vender en el mercado abierto toda la producción que les quedara después de haber alcanzado los objetivos del plan. En cierto sentido, la medida solo consentía lo que ya estaba ocurriendo, pero la sanción oficial insinuaba una apertura nueva a los incentivos materiales al trabajo que recordaba el comienzo de la NEP, cuando se reemplazaron las incautaciones de grano por un impuesto en especie. Los objetivos de acopio de grano se redujeron de forma sustancial y se tomaron medidas para mejorar el suministro de bienes de consumo en el campo, de modo que quienes trabajaban en las granjas colectivas tuvieran algo que comprar con sus ganancias.

La reforma fue al mismo tiempo radical y en extremo efímera. Un compromiso con los incentivos materiales habría transformado la emergente «economía de mando» antes de que hubiera conseguido arraigarse de forma apropiada. El compromiso, sin embargo, no era del todo sólido. Aunque se redujeron las metas de acopio, se recortaron solo al nivel real de las cosechas del año anterior, lo que indica que los dirigentes del Partido seguían convencidos de que los kuláks estaban ocultando la producción agrícola y que la promesa de beneficios haría que esta aflorara. Y dado que la posibilidad de obtener excedentes por encima de los objetivos del plan seguía siendo remota, el incentivo material a la producción era en realidad exiguo. En lugar de causar una aceleración del acopio, este cayó todavía más. Los objetivos (reducidos) de acopio de cereales de julio solo se cumplieron en un 50 por ciento. A principios de agosto de 1932, la prensa volvió a culpar a los kuláks del acopio insuficiente, y la infame ley del 7 de agosto sobre la propiedad socialista garantizó que la coacción y la violencia impulsaran la recolección de la cosecha como nunca antes. La caída hacia la devastadora hambruna era ya inevitable.[5]

El débil compromiso con la reforma y la volubilidad indicada por la promoción, primero, y súbita retracción, después, de las políticas radicales procedían de varias fuentes. No ayudó a la causa de la reforma de la agricultura que la situación de la industria empeorara en el verano de 1932. Un aumento pronunciado de los costos estaba causando estragos en el plan de construcción y la productividad laboral experimentó un fuerte declive, pero otros factores, incluida la situación internacional, desempeñaron un papel más importante en la decisión de abandonar la reforma. Stalin y los servicios de inteligencia podrían haber concluido con tino que el comienzo de la Gran Depresión mejoraba la situación de seguridad, pues la crisis económica había tenido un impacto devastador en la capacidad de las potencias capitalistas para hacer la guerra. Sin embargo, Stalin consideraba que la Depresión era una crisis de sobreproducción y, siguiendo la lógica de la teoría del imperialismo de Lenin, sostenía que los conflictos por los mercados, las fuentes de producción primaria, la exportación de capital y las colonias solo podían ir en aumento. La Depresión, argumentó, acercaba la posibilidad de la guerra, no la alejaba. La única industria inmune a los efectos de la Depresión, sostuvo, era la industria armamentística: los gobiernos burgueses se arman y rearman ellos mismos. ¿Por qué? «No para la negociación (*ne dlia razgovora*), sino para la guerra.» Y la guerra contra la Unión Soviética resolvería muchos de sus problemas, pues, entre otras razones, les proporcionaría nuevos mercados para el exceso de producción y les permitiría deshacerse del mal del comunismo que exacerbaba las tensiones de clase en sus países.[6]

A comienzos de la década de 1930, los dirigentes soviéticos observaban con preocupación los acontecimientos políticos que estaban teniendo lugar en Europa. El colapso de la «gran coalición» en la Alemania de Weimar trajo consigo un giro brusco de la política hacia la derecha con el nombramiento de Heinrich Bruning y el inicio de un gobierno de emergencia. El surgimiento del movimiento Lapua y la caída del gobierno socialdemócrata de Finlandia en junio de 1930 se interpretaron en la cúpula comunista como un golpe fascista.[7] Y el ascenso de la extrema derecha en Austria y Rumanía les inquietaba de forma similar.[8] Según la revista *Bolshevik*, la Depresión estaba agudizando la dependencia que Polonia,

Finlandia y los Estados del Báltico tenían con respecto a las potencias imperialistas, lo que los convertía en una base sólida para sus planes de agresión contra la URSS.[9] El «bloque» parecía estar creciendo y volviéndose más hostil. Después de un frenesí de actividad diplomática polaca en los países bálticos a finales del verano de 1930, Stalin escribió a Mólotov que los polacos estaban «creando (si no lo habían hecho ya) un bloque de Estados bálticos (Estonia, Letonia, Finlandia) con el objetivo de librar una guerra contra la URSS. No creo que intenten nada sin el bloque, pero tan pronto como lo tengan, irán a la guerra».[10]

Desde la perspectiva soviética, la amenaza de la guerra aumentó todavía más el 18 de septiembre de 1931, cuando Japón acometió la invasión de Manchuria. Stalin concluyó de inmediato que los japoneses no habrían actuado sin consultar a las otras potencias capitalistas y acordar cierta división de China. En su opinión, algunos de los caudillos militares chinos tenían que estar involucrados también, lo que hacía probable nuevos ataques al Ferrocarril Chino del Este (KVZhD).[11] A medida que la invasión progresaba, las predicciones de Stalin se hicieron más pesimistas. A finales de noviembre escribió a Voroshílov:

> Japón planea apoderarse no solo de Manchuria, sino también de Beijing. No es imposible, e incluso es probable, que intenten apoderarse del Extremo Oriente soviético e incluso de Mongolia para calmar los sentimientos de los clientes chinos con tierras capturadas a expensas nuestras. No es previsible que ataquen este invierno, pero podrían intentarlo el próximo año. Japón está impulsado por el deseo de asegurarse Manchuria, lo que únicamente podrá hacer volviendo a la URSS en contra de China.[12]

Esas sospechas se vieron confirmadas a mediados de diciembre de 1931 gracias a la información proporcionada por sus servicios de inteligencia. Una carta enviada por el agregado militar japonés en Moscú, Yukio Kasahara, al Estado Mayor de Tokio e interceptada por el OGPU, defendía la idea de una guerra contra la URSS y la anexión del Extremo Oriente soviético y de Siberia Occidental básicamente por las razones que Stalin había previsto. Aunque no estaba claro cuánto peso tenía el agregado militar sobre el Estado Mayor, ni cuánta influencia ejercía el Estado Mayor sobre el gobierno japonés, Stalin sí sabía que Kasahara no era una voz aislada en las fuerzas armadas y que muchos otros fuera del ejército

también abogaban por una guerra de agresión de ese tipo. Para empeorar las cosas, Kasahara observaba que «los países de las fronteras occidentales soviéticas (es decir, como mínimo Polonia y Rumanía) están en condiciones de actuar con nosotros».[13] Un mes más tarde, Voroshílov escribió a su segundo, Yan Gamarnik, comunicándole que nuevos informes (sin confirmación) indicaban que los japoneses se encontraban

> en medio de intensos preparativos para ir a la guerra esta primavera. También tenemos pruebas de los preparativos de la Guardia Blanca, que alardea de poder contribuir con ciento treinta mil soldados a la fuerza invasora. Están proponiendo la creación de un gobierno «ruso» en el Lejano Oriente y otras sandeces semejantes. Todo esto es por ahora solo rumor, pero sintomático (de la situación general). Debemos trabajar a la manera bolchevique para compensar el tiempo perdido.[14]

Stalin continuó recibiendo información obtenida por los servicios de inteligencia que indicaba la inminencia de una guerra en dos frentes. A finales de febrero de 1932 recibió otra carta (interceptada) de Kasahara al Estado Mayor japonés en la que este afirmaba que «si atacáramos a la URSS, Polonia, Rumanía y los países bálticos se unirían (aunque no de forma inmediata), apoyados de forma activa por los franceses y la fuerza, para nada despreciable, de los rusos blancos a lo largo de las fronteras. Otras potencias seguirían siendo favorables».[15] ¿Había surgido de verdad un bloque anti-soviético esta vez? El núcleo esencial de la nueva carta de Kasahara se «confirmó» desde el lado polaco dos semanas más tarde, cuando el OGPU entregó a Stalin el informe sobre una conversación entre una fuente de confianza y el jefe del Estado Mayor polaco. Al parecer, los planes para un ataque estaban muy adelantados, y los franceses y los polacos estaban intentado convencer a los británicos de que participaran activamente en la ofensiva. Los preparativos de los rumanos avanzaban con lentitud, pero todavía había tiempo. La invasión estaba planeada para la época de la cosecha con el fin de complicar al máximo el proceso de reclutamiento y aprovechar la hostilidad de los campesinos hacia el régimen.[16] Semejantes «pruebas» de un bloque antisoviético activo debieron de parecerle convincentes a Stalin, pero lo cierto es que, por lo menos, no coinciden con lo que hoy sabemos sobre los planes británicos y franceses. Es muy posible que Kasahara y sus homólogos polacos

estuvieran dedicados a elaborar planes ilusorios, cuando no inventándolos, pero tampoco es inconcebible que el OGPU tradujera de forma creativa los materiales que tenía con el fin de exagerar el peligro de la guerra.

Los informes elaborados por el Comisariado para Asuntos Exteriores también indicaban que la situación no era tan mala como sugería el espionaje de la OGPU. Señalaban que la guerra en China y la noticia del fortalecimiento de las defensas soviéticas en el Lejano Oriente contenían a Japón y que era improbable que Polonia lanzara un ataque contra la URSS en un momento en el que en Alemania estaba ganando fuerza una extrema derecha con deseos de revancha.[17] Con todo, los funcionarios del Comisariado no descartaban por completo el peligro de una guerra, y los acontecimientos de la primavera y el verano de 1932 no contribuyeron en absoluto a reforzar su relativo optimismo. Los resúmenes de la prensa de extrema derecha japonesa preparados por la TASS indicaban que el Reino Unido había aceptado unirse a Francia y Polonia en una guerra contra la URSS, y que ciertos empresarios estadounidenses, cuyos nombres no se proporcionaban, habían acordado ayudar a financiar la guerra.[18] A lo largo de las fronteras de Extremo Oriente, las fuerzas japonesas y pro japonesas parecían estar tratando de iniciar un conflicto con escaramuzas fronterizas y violaciones del espacio aéreo soviético. Stalin dio órdenes estrictas de no responder a tales «provocaciones». Stalin y Kaganóvich coincidían en que los grupos partidarios de la guerra contra la URSS atribuirían cualquier confrontación resultante a la «agresión» soviética. El general Bliujer, jefe del distrito militar del Lejano Oriente, se ganó una severa reprimenda de Stalin después de que se abriera fuego contra aviones japoneses que habían violado el espacio aéreo soviético.[19] Esas «provocaciones» alcanzaron una nueva cota en junio, cuando todo indicaba que esos mismos grupos amenazaban con derrocar al gobierno pro soviético de Mongolia. Aunque Stalin no estaba dispuesto a correr el riesgo de enviar allí a las fuerzas armadas soviéticas, se mantuvo bien abastecidas a las fuerzas pro soviéticas.[20]

El miedo a la invasión se dio en un contexto de malestar creciente entre los trabajadores. Entre el final del invierno y la primavera de 1932, un número cada vez más creciente de obreros, de Ucrania a Siberia, se

manifestaron contra la escasez y el recorte de las raciones. Solo en la región industrial de Ivánovo, más de dieciséis mil trabajadores participaron en una oleada de huelgas que solo fue posible sofocar enviando un tren lleno de soldados a las órdenes de Lázar Kaganóvich.[21] Las reformas implementadas en la primavera y el verano fueron, en parte, una respuesta a los disturbios, en la medida en que se espera que fomentaran la producción y redujeran el desabastecimiento. Sin embargo, las reformas no solo no consiguieron aumentar la productividad, sino que también estuvieron acompañadas de un fuerte incremento de los precios y el correspondiente descenso del nivel de vida. En resumen, en lugar de mejorar la situación, la empeoraron. Los dirigentes del Partido, tanto en Moscú como en las provincias, echaron la culpa de los disturbios a los «contrarrevolucionarios», los «elementos trotskistas» y los miembros de las «clases ajenas». Eso no era una forma de hablar ni una cortina de humo para encubrir el fracaso de las medidas. Ellos realmente creían que sus enemigos estaban aprovechándose de las «dificultades temporales» en un esfuerzo por derrocar el régimen. El politburó se reunió a mediados de abril para discutir los ataques a los depósitos de alimentos y las bodegas en las que se almacenaban bienes de consumo por toda la URSS. Se recomendó la celebración de entre cinco y diez farsas judiciales en las que se condenó públicamente a muerte a los «enemigos del pueblo» responsables de organizar esos robos en masa.[22] El malestar amenazaba con infectar incluso a las fuerzas armadas. A finales de mayo, el OGPU informó a Stalin de que a bordo del *Marat*, un acorazado perteneciente a la flota del mar Báltico, se había descubierto un complot de los marineros que pretendía organizar una rebelión contra el poder soviético.

El peligro de una insurrección generalizada en el país agudizó las preocupaciones acerca de la situación internacional, donde las cosas también parecían ir de mal en peor. La prensa occidental publicó la noticia de un pacto franco-japonés y la embajada soviética (*polpredstvo*) en París recibió información según la cual Francia estaba suministrando armas a Japón en gran escala.[23] Las elecciones en Alemania trajeron nuevos reveses para los comunistas y señales del avance cada vez mayor del nacionalismo y el anticomunismo. A Stalin, en particular, empezó a inquietarle la

posibilidad de que el anticomunismo de Alemania fuera un terreno común suficiente para que el país se acercara a Polonia y aceptara participar en la guerra contra la URSS.[24] Asimismo, la reconciliación franco-alemana parecía estar ya en marcha. Con la posibilidad de una participación germana en la coalición antisoviética flotando en el aire, Polonia ofreció toda clase de indicios que apuntaban a que se estaban haciendo preparativos para lanzar una invasión en el otoño. La oposición a las metas de acopio de grano en Ucrania estaba animando a los polacos a enviar a una gran cantidad de pequeños grupos al otro lado de la frontera con el fin de organizar la resistencia y, en última instancia, una rebelión campesina a gran escala. Las reformas radicales que estaban tomando forma en la primavera de 1932 han de ser entendidas en este contexto. No solo no lograron mejorar en nada las apropiaciones de grano, sino que, desde la perspectiva de Stalin, las metas reducidas estaban alentando a los enemigos del régimen a pensar que podían aprovecharse de la debilidad y la indisciplina del Partido. A mediados de agosto, el líder soviético le dijo a Kaganóvich que el Partido ucraniano y el OGPU tenían que quebrar de inmediato la resistencia a los acopios de grano:

> Si no tomamos medidas para corregir la situación, podríamos perder Ucrania. Tenga en cuenta que [Józef] Pilsudski [el dictador polaco] no fantasea: su red de agentes en Ucrania es mucho más fuerte de lo que creen [S. F.] Redens [el jefe del OGPU ucraniano] o [S. V.] Kosior [el primer secretario del Partido Comunista de Ucrania] pensar. También tenga en cuenta que el Partido Comunista de Ucrania (medio millón de miembros, ja, ja, ja) tiene muchos (¡sí, muchos!) elementos podridos, petliurovitas [en referencia al líder nacionalista ucraniano S. V. Petliura] conscientes e inconscientes y agentes directos de Pilsudski. Si las cosas empeoran, esos elementos no vacilarán en abrir un frente dentro (y fuera) del Partido, contra el Partido [...]. Sin [...] el fortalecimiento económico y político de Ucrania y, en primer lugar, de sus distritos fronterizos [...] repito, podríamos perder Ucrania.[25]

«Corregir la situación» significaba abandonar las reformas, imponer una línea dura en relación con las metas de acopio y llevar a cabo una purga despiadada de los miembros del Partido que dudaran en cumplirlas en su totalidad. Cualquier muestra de indisciplina o vacilación, se pensaba, solo servía para dar aliento a los kuláks y los agentes polacos en su objetivo de incitar una rebelión. La nueva línea dura se apuntaló con la infame ley del 7 de agosto de 1932, que convirtió el robo de bienes públicos, incluidas las

cosechas de las granjas colectivas, en un delito castigado con la pena de muerte. Stalin era consciente de que la ley vigente castigaba el hurto con condenas de entre dos y tres años de prisión, de las cuales los condenados solían cumplir entre seis y ocho meses. Esta situación, observó, «únicamente alienta a esos elementos de las clases ajenas (*gospodá*) a continuar con su labor contrarrevolucionaria».[26] En su opinión, la nueva ley era necesaria para inculcar disciplina y prevenir un ataque de Polonia, el primer asalto de la guerra inminente. No previó que su aplicación despiadada agudizaría la hambruna que estaba azotando el país. Inevitablemente, en gran parte debido a lo que se percibía como una amenaza de Polonia, el campesinado ucraniano sufriría de manera desproporcionada.

La decisión de abandonar las reformas y adoptar una línea dura en el cumplimiento del plan tuvo otras consecuencias igualmente graves para el régimen. En la primavera, la promesa de reforma había llenado de esperanza a muchos funcionarios, y el retorno a la represión en el verano suscitó ira. En julio, un grupo de opositores de izquierda con conexiones en el Gosplán elaboró una extensa crítica de la política económica estatal y consiguió enviarla fuera del país, donde se publicó en el *Boletín de la oposición*, la revista de Trotski. Lo que hizo que el incidente resultara particularmente inquietante para Stalin fue que el documento contenía una gran cantidad de material estadístico que había circulado entre un número relativamente reducido de funcionarios económicos de rango elevado. Eso no solo reforzaba su preocupación por los elementos trotskistas y otros enemigos ocultos en los niveles altos del funcionariado, sino que además implicaba que esa información secreta, que examinaba de forma abierta las debilidades del desarrollo económico soviético, estaba teniendo una amplia circulación fuera de la URSS donde, a ojos de Stalin, podría servir para alentar los planes hostiles de los gobiernos capitalistas contra el régimen.

Con todo, lo peor estaba por llegar. A mediados de septiembre, el OGPU se hizo con una copia de un documento de la oposición todavía más corrosivo en el que se llamaba al derrocamiento violento del régimen: «El politburó, la Comisión Central de Control y las secretarías de los órganos regionales del Partido se han convertido en una banda mentirosa y cobarde

de intrigantes y estafadores sin principios [...]. Stalin y su camarilla se niegan a renunciar voluntariamente. Por lo tanto, han de ser echados por la fuerza». El texto había sido escrito por Martemian Riutin, que había sido miembro candidato del Comité Central y miembro del presídium del Consejo Supremo de la Economía Nacional. A Riutin se le había apartado de esos cargos en 1930 debido a actividades opositoras previas, pero se le había permitido ocupar un puesto de menor rango después de que, en teoría, hubiera renunciado a sus opiniones. Sin embargo, no solo había mantenido sus puntos de vista opositores, sino que también había continuado discutiéndolos con destacados funcionarios del Partido y el aparato estatal. Sus amigos más inmediatos fueron detenidos e interrogados, y el caso sometido a consideración de la Comisión Central de Control, que concluyó que la plataforma había pasado «de camarada en camarada, de grupo en grupo, de ciudad en ciudad, solicitando la publicación de panfletos, llamados y periódicos que propagaran las opiniones (del grupo) y la organización, allí donde fuera posible, de huelgas y otras formas de protesta para preparar un intento de derrocar a Stalin y otros dirigentes del Partido y el gobierno soviético».[27] ¿Cuán lejos había conseguido circular la plataforma (y otros llamados) antes de que el grupo fuera traicionado y denunciado a la policía política? Stalin buscó de manera obsesiva la respuesta a esta pregunta, porque prometía darle una medida de las dimensiones de una conspiración potencial contra él y el régimen. ¿Cuántos otros antiguos opositores habían mentido a la Comisión Central de Control al decir que habían «renunciado» a sus anteriores opiniones? ¿Cuántos de los miles de antiguos opositores que habían regresado a posiciones de autoridad después de sus falsas declaraciones de renuncia estaban ahora trabajando en secreto para derrocar el régimen? La plataforma de Riutin había tenido una circulación lo bastante amplia como para generar una animada discusión en los círculos gubernamentales y diplomáticos del extranjero, donde además había proporcionado pruebas todavía más perjudiciales de la debilidad de Stalin al frente de la URSS. Encontrar testimonios fiables de la circulación de la «plataforma» de Riutin dentro de la Unión Soviética resultó más difícil. Como de costumbre, los interrogadores del OGPU dependían de confesiones obtenidas mediante la

tortura. La presión para que se dieran «nombres» durante los interrogatorios contribuyó a crear la impresión de que la plataforma había tenido una circulación más amplia de la que probablemente tuvo en realidad. Stalin, por tanto, recibió «pruebas» que le hicieron concluir no solo que muchos antiguos opositores apoyaban en secreto la idea de echarle por la fuerza, sino también que los líderes de las oposiciones, incluidos Zinóviev y Kámenev, habían leído y simpatizado con la plataforma. Bujarin también resultó implicado, si bien de forma menos directa: a Stalin se le dijo que aquella había circulado dentro del Instituto de Profesores Rojos, una institución con la que Bujarin tenía lazos estrechos.

El OGPU pronto desenmascaró a más «conspiradores» contrarios a Stalin. El mismo día en que Riutin y sus compañeros fueron condenados a la cárcel y el exilio, el OGPU informó al líder soviético de que había confiscado un paquete de cartas y artículos firmados por Christian Rakovski, un viejo amigo y colaborador de Trotski. Esos escritos criticaban duramente el liderazgo de Stalin. En opinión de Rakovski, la incompetencia y falta de perspicacia teórica de este no solo habían fomentado la «burocratización» del poder soviético sino que además estaban contribuyendo a crear una nueva situación revolucionaria, a medida que la desafección de las masas trabajadoras las impulsaba a la rebelión. Desde su punto de vista, era el momento oportuno para que los «comunistas revolucionarios» unieran sus fuerzas y condujeran a las masas a la restauración del leninismo.[28] Según Lev Sedov, uno de los hijos de Trotski, en octubre se desmanteló un «grupo» de antiguos líderes de la «oposición de izquierda» que continuaban ocupando altos cargos en el gobierno, entre ellos I. N. Smirnov, Y. Preobrazhenski y N. I. Ufimtsev. Luego, a finales de noviembre, dos figuras importantes del aparato estatal, N. B. Eismont, el comisario del pueblo para el Abastecimiento de la Federación Rusa, y V. N. Tolmachev, el jefe de la Administración de Transporte por Carretera de la RSFSR, fueron arrestados después de que se les acusara de estar involucrados en un grupo que simpatizaba con la oposición de derecha. Como se informó a Stalin, ambos habían defendido que se lo removiera. Los dos funcionarios negaron haber hecho tales declaraciones cuando fueron llevados a presentar declaración ante la Comisión Central de

Control, y ambos negaron pertenecer a un grupo activo de la oposición de derecha. Sin embargo, los miembros de la Comisión Central de Control no aceptaron sus desmentidos. Por el contrario, se inclinaron por interpretar el verbo «remover» (*ubrat*) en su significado coloquial de «matar».[29]

No había necesidad de que optaran por una interpretación tan extrema, por supuesto. La hostilidad hacia el régimen y, en particular, hacia la jefatura de Stalin no escaseaba, pero ninguno de esos grupos e individuos tenían posibilidades reales de orquestar un cambio político significativo. Y sin embargo, dado el contexto más amplio que hemos venido exponiendo, Stalin parecía tener buenas razones para preocuparse por la rabia que sentían hacia él y, en ciertos casos, sus deseos de derrocarle. Los servicios de inteligencia le decían que la URSS estaba en peligro de sufrir una invasión desde el este y el oeste. Sería excepcionalmente difícil plantear una defensa apropiada cuando el país se encontraba, a todos los efectos, inmerso en una guerra civil con el campesinado y enfrentado al descontento de la clase obrera. Al mismo tiempo, Stalin ya no disfrutaba de la relación fácil, de camaradería, que antes tenía con las autoridades y los funcionarios de alto rango, incluidos los dirigentes regionales y los jefes de las instituciones centrales del Partido y el Estado. Desde finales de la década de 1920, su interacción con ellos, un grupo que formaba la abrumadora mayoría del Comité Central del Partido, consistió en gran parte en acosarlos y amenazarlos con consecuencias terribles si no cumplían las metas previstas. Ya en 1930, Sirtsov sostuvo que había miembros del Comité Central esperando la oportunidad de reemplazarle. Para 1932, Stalin solo podía dar por sentado que el número de estos había crecido. La situación recordaba la de la clandestinidad revolucionaria. Los bolcheviques eran, a primera vista, un grupo de revolucionarios totalmente comprometidos. Sin embargo, el movimiento estaba repleto de provocadores a sueldo de la *Ojrana* zarista que, en secreto, planeaban destruirlo desde dentro. Por sí mismos, Riutin, Rakovski, Eismont y demás eran figuras insignificantes, pero el líder soviético no podía dar por hecho que estaban solos. La rebelión o la guerra, o ambas incluso, seguramente harían que sus adversarios se unieran y salieran a la luz.

Los historiadores han señalado desde hace mucho que este período fue testigo de un rápido desarrollo de la dictadura de Stalin. Habiendo derrotado a Bujarin, el último de quienes podían aspirar con cierto fundamento a suceder a Lenin como líder indiscutible, Stalin continuó su ataque a las tradiciones democráticas del Partido con el fin de extender su control personal. Las pruebas son patentes. En la década de 1920, se celebraron congresos y conferencias del Partido todos los años con objeto de que sus miembros pudieran acudir a la capital para escuchar los informes de los titulares de los cargos ejecutivos y exponer sus puntos de vista sobre las iniciativas políticas principales. El Comité Central, una institución más pequeña, formada por los funcionarios de mayor rango en Moscú y las provincias, se reunía cuatro o cinco veces al año para discutir y moldear la política que debía seguirse. Entre 1930 y 1939, solo se celebró un único congreso del Partido. Y a lo largo de la década de 1930, el Comité Central se reunió con cada vez menor regularidad, y únicamente para recibir instrucciones de Stalin y su círculo íntimo. Incluso el politburó, la sede del poder ejecutivo en el Partido, cayó en desuso a medida que la toma de decisiones se concentraba de forma creciente en las manos del líder soviético. Las resoluciones clave se tomaban cada vez menos en las reuniones formales del grupo y cada vez más desde el despacho de Stalin en el Kremlin o su dacha de las afueras de Moscú.[30]

Esto se ha presentado en ocasiones como una prueba de la sed de poder de Stalin y como la realización de un plan elaborado, pero en su archivo personal no hay testimonios que sugieran que semejante propósito haya existido alguna vez. A veces Stalin reñía a su círculo íntimo por insistir en que aprobara personalmente cada una de las decisiones que ellos tomaban, incluso cuando se encontraba de vacaciones. Con todo, cabe preguntarse por qué erosionó las instituciones «democráticas», o por lo menos consultivas, que habían desempeñado una función tan activa en la toma de decisiones en la década de 1920. A lo largo de ese decenio, Stalin no había ocultado sus inquietudes acerca de la denominada «democracia interna» del Partido. Cuando Lenin le asignó la función de secretario general, una de sus primeras tareas fue poner fin a las luchas de poder y disputas mezquinas que estaban paralizando las organizaciones del Partido

por todo el país. El principal medio que usó para conseguirlo fue dotar al primer secretario de las organizaciones del Partido de la autoridad necesaria para deshacerse de aquellos que cuestionaban su poder. Básicamente, lo que hizo fue crear cientos de pequeñas dictaduras, un cuerpo de dictadores que sabían que le debían la estabilidad de sus cargos. Para Stalin, esto se revelaría como un capital político enorme en la lucha por suceder a Lenin, pues retrató a sus adversarios como personas pendencieras y mezquinas y como «opositores», no como defensores de posiciones políticas legítimas. Cuando Trotski, Zinóviev y Bujarin trataron a su vez de promover sus puntos de vista entre la multitud de los miembros del Partido, Stalin por lo general pudo confiar en los secretarios del Partido para sofocar el debate y sacar a la luz a los «opositores». Como hemos visto, cuando Trotski criticó el «régimen secretarial» de su rival y exigió respeto para la democracia del Partido, Stalin insistió en que Trotski no apoyaba la democracia sino una «libertad para la lucha de grupos»:

> No es el régimen [secretarial] el que tiene la culpa [de la necesidad del retroceso de la democracia interna del Partido], sino más bien las condiciones en las que vivimos, las condiciones del país [...]. Si permitiéramos la existencia de la lucha de grupos, destruiríamos el Partido, que pasaría de ser una organización monolítica y unida a convertirse en una alianza de grupos y facciones. No sería un partido, sino la destrucción del Partido [...]. Los bolcheviques nunca imaginaron el Partido, ni por un minuto, como otra cosa que una organización monolítica, cortada de una sola pieza, de una sola voluntad [...]. En las condiciones actuales de cerco capitalista, necesitamos no solo un partido unido, sino un partido de acero, capaz de soportar la embestida de los enemigos del proletariado, capaz de dirigir a los trabajadores en la lucha decisiva.[31]

Nada había cambiado en los años previos que hiciera a Stalin cambiar de opinión en lo que respecta a la democracia del Partido. La amenaza de los países capitalistas parecía ser peor. El Partido nunca había sido una organización monolítica, unida, pero, dada la presión para cumplir con las metas del plan, la crisis económica en la que estaba inmerso el país y el malestar social en general, ahora estaba más desunido de lo que pudo llegar a estarlo en el pasado. Stalin tenía todas las razones para creer que un intercambio franco y abierto de puntos de vista dentro del Partido daría a sus enemigos la ocasión perfecta para deshacerse de él. Incluso los

encuentros del Comité Central resultaban peligrosos pues, al reunir a dirigentes del Partido que compartían quejas similares acerca de su liderazgo, les daba la oportunidad de conspirar en contra suya.

La dictadura de Stalin no fue la consecuencia de su sed de poder sino de su instinto de supervivencia. Una década más tarde, le confesaría a Winston Churchill que ese período había sido más estresante que la guerra contra la Alemania nazi.[32] En el otoño de 1932, Stalin sabía que tenía que hacerse algo para reducir las tensiones internas, pero sin ceder ante sus enemigos o renunciar a su visión estratégica. La oportunidad se presentó en los últimos meses del primer plan quinquenal y las conversaciones en torno al lanzamiento del segundo, que debía comenzar en enero de 1933. Planificadores, altos cargos de la gestión financiera y directivos de la administración industrial habían estado discutiendo acerca de las metas de inversión y producción para el segundo plan quinquenal desde principios de 1932. A comienzos de año, Stalin había apoyado con firmeza a los maximalistas y repetido la amenaza de que se etiquetaría como «oportunistas» a los críticos de los programas ambiciosos. Sin embargo, la crisis económica del verano y el otoño consiguió que los disconformes no desaparecieran. La experiencia reciente, insistieron ahora, demostraba que continuar con las actuales proyecciones de inversión y producción solo serviría para acentuar las presiones inflacionarias existentes y repetir un cumplimiento del plan por debajo de lo esperado. Stalin no desconocía tales argumentos, y en muchas ocasiones había insistido en que las metas podían alcanzarse si se aplicaba la voluntad y la energía necesarias. No obstante, en el mes de noviembre, mientras lidiaba con la serie de «facciones» que tramaban su caída, aceptó reducir los objetivos para 1933 y el resto del segundo plan quinquenal. Este variaba de una industria a otra, pero las tasas de crecimiento debían ser en promedio del 14 por ciento a lo largo de los cinco años, en lugar del 20 por ciento discutido en versiones anteriores.[33] No se trataba de una reforma radical como la presentada en la primavera. La posibilidad de que las fábricas vendieran los excedentes de producción una vez cumplidas las metas del plan estaba descartada. Incluso tras haber sufrido una reducción sustancial, los objetivos no serían fáciles de alcanzar, y Stalin no mostró indicio alguno de estar dispuesto a dar marcha atrás a su

línea dura en todo lo referente a la verificación del cumplimiento. Las consecuencias de un logro por debajo de lo esperado serían aún más graves. Sin embargo, la intención general de la «concesión» hecha por Stalin no pasó desapercibida para los altos funcionarios. Las metas del plan seguían siendo difíciles de cumplir, pero al menos existía una perspectiva real de alcanzarlas finalmente. Además, a comienzos de enero, en el pleno conjunto del Comité Central y la Comisión Central de Control, el líder soviético cosechó elogios por los logros alcanzados en el primer plan quinquenal. Eso representaba una desviación, a la vez bienvenida y sorprendente, respecto de las críticas fulminantes que había recibido de forma constante en los meses y años anteriores debido a las deficiencias del plan. Parecía ser un nuevo comienzo. Stalin, casi con toda seguridad, entendió que eso reducía las posibilidades de cualquier conspiración contra él.

Si hubo un nuevo comienzo, este no se produjo todavía en el sector agrícola, en el que, siguiendo las estrictas instrucciones de Stalin, se impusieron con ferocidad unas metas de acopio terriblemente exageradas, lo que de modo inevitable causó que el descenso a la hambruna fuera aún más pronunciado. Al tiempo que elogiaba a los funcionarios de la industria por sus logros, el líder soviético continuó criticando a los responsables de la agricultura, en particular por su incapacidad para comprender las «tácticas del enemigo de clase».[34] reía que era necesario imponer una línea dura para no dar ninguna ventaja a los enemigos del régimen, pero semejante enfoque era descabellado en muchos niveles. Más importante todavía es el hecho de que Stalin carecía de cifras fiables y exactas acerca del tamaño real de la cosecha. Estaba convencido de que esta era sustancialmente más grande de lo que en verdad era, y por tanto interpretaba los malos resultados de los acopios como la obra de «elementos antisociales y antiestatales, saboteadores y oportunistas».[35] Sabía que los campesinos se estaban muriendo de hambre, pero pensaba que la culpa era de los enemigos del régimen en el campo. El dar marcha atrás en la lucha, reducir las metas o buscar ayuda externa quizá habría salvado vidas, pero, hasta donde Stalin entendía la situación, eso habría supuesto una victoria para aquellos que estaban organizando la resistencia y la rebelión. Llegado el momento liberó

de forma gradual el grano de las reservas estatales para mitigar los efectos de la hambruna, pero fue hacer demasiado poco, demasiado tarde. Millones de campesinos murieron de hambre.[36]

La reducción de metas aprobada para la industria, finalmente se extendió a la agricultura. Tales medidas pretendían ayudar a reparar las relaciones de Stalin con los funcionarios de alto rango, pero pese a ello seguía sin poder estar seguro de que el peligro de un golpe inmediato había sido superado. La situación internacional continuaba siendo delicada en extremo. Aunque el comisario de Asuntos Exteriores, Maksim Litvínov, había alcanzado pactos de no agresión con los polacos y los franceses, Stalin tendía a pensar que semejantes acuerdos no tenían mucho peso. En ese sentido, le resultaba más fácil confiar en los éxitos alcanzados en los últimos años del primer plan quinquenal con la inversión en la capacidad militar de las fuerzas soviéticas. Insistió mucho en ellos en el discurso sobre los resultados del plan que pronunció en enero de 1933, donde los exageró deliberadamente, al igual que hiciera con los logros en la agricultura y la industria, para hacer saber a los capitalistas que cualquier invasión sería difícil y costosa.[37] Su estado de ánimo no se alteró ni siquiera tras el nombramiento de Hitler como canciller alemán el 30 de enero. Por instinto, la Komintern interpretó el triunfo de los nazis como una prueba más de la crisis del capitalismo alemán y de la maduración de una situación revolucionaria.[38] Al principio, no se tomaron especialmente en serio a los nazis. Alemania era demasiado débil tanto política como económicamente para que el anticomunismo de los nazis se convirtiera en acción. La situación en el Lejano Oriente, en cambio, era más preocupante. En Japón los militares y otros círculos conservadores seguían abogando por ir a la guerra contra la Unión Soviética, y los servicios de espionaje informaron a Stalin de que el fortalecimiento militar del país nipón[39] avanzaba a un ritmo imparable y, por otro lado, que los espías y saboteadores japoneses continuaban operando en territorio soviético.[40] Hacia marzo, el nuevo gobierno nazi parecía estar fomentando un acercamiento con los polacos con miras a mejorar su seguridad mutua a expensas de la Unión Soviética.[41]

El peligro de una guerra en dos frentes no había desaparecido y los enemigos internos de Stalin aún podían aprovechar un ataque para derrocarlo.

Stalin necesitaba garantías adicionales. En el pleno de enero, al elogio de los logros del plan le siguió de inmediato la discusión del caso Eismont-Tolmachev. El máximo líder observó y escuchó mientras los altos cargos del Partido se turnaban en el estrado para expresar su indignación hacia quienes en secreto criticaban y conspiraban contra el régimen.[42] No hay pruebas en su correspondencia privada que indiquen cuál fue su reacción o en cuántos de ellos pensaba que podía confiar de verdad. Tres meses más tarde, anunció una depuración general del Partido. Este había crecido de forma considerable en los dos años anteriores, por lo que semejante «limpieza» de las filas estaba dentro de la tradición. No obstante, la nueva purga no estaba dirigida contra los elementos habituales, los «pasivos», los corruptos o los trepadores. Esta era una purga de enemigos. Las cuatro primeras categorías de objetivos para la purga las conformaban:

> 1. Los elementos de las clases ajenas y hostiles que consiguieron abrirse camino en el Partido a través del engaño y permanecen dentro de él con el propósito de corromper a las filas;
>
> 2. Los elementos hipócritas que viven engañando al Partido, que le esconden sus verdaderas aspiraciones y que, bajo la fachada de un falso juramento de «lealtad» al Partido, buscan en realidad socavar la política del Partido;
>
> 3. Los violadores declarados y ocultos de la disciplina férrea del Partido y del Estado que no cumplen con las decisiones y planes establecidos por el Partido y el gobierno y ponen en duda y desacreditan las decisiones y planes establecidos por el Partido con su palabrería ociosa acerca de que son «inviables» e «inalcanzables»;
>
> 4. Los degenerados que, habiendo creado lazos con elementos burgueses, no quieren combatir a nuestros enemigos de clase y no luchan contra los elementos kulak, los egoístas, los holgazanes, los ladrones o los saqueadores de la propiedad pública [...].[43]

El documento no mencionaba a los antiguos opositores, pero Stalin estaba ocupándose de ellos por otros medios. El OGPU había aumentado la vigilancia, y una vez se anunció la depuración solo en Moscú detuvo sin hacer escándalo a ciento cincuenta opositores. Presintiendo que era la oportunidad de romper el espíritu de resistencia de sus viejos camaradas,

Stalin hizo regresar a Zinóviev y Kámenev del exilio en las provincias a las que habían sido enviados por su complicidad en el caso Riutin. El precio del regreso fue una nueva confesión humillante de sus errores y una renovada declaración de lealtad al secretario general.

Stalin era un manipulador político experimentado, y tenía todas las razones para sentirse satisfecho con la manera en que estaba dándole la vuelta a las cosas tras los días oscuros vividos en el otoño y el invierno. No era solo que hubiera conseguido hacer mucho más difícil conspirar contra él y resistirse a la política del Partido, sino que además, en un nivel práctico, el país comenzaba realmente a salir de la crisis. Las primeras señales de recuperación surgieron de la industria pesada. Luego, en el verano, resultó claro que la cosecha sería excelente. Lo peor de la hambruna ya había terminado, y muchas más granjas colectivas estarían en condiciones de comercializar el exceso de producción. A medida que mejoraba la situación alimentaria, hubo un descenso correspondiente del malestar social. Para reforzar ese giro, el régimen invirtió con mayor fuerza en la producción de bienes de consumo. En el campo, Stalin puso fin a la represión masiva y dio mayores facultades al poder judicial, en detrimento de la policía política, para la realización de nuevas detenciones. El cambio hacia políticas moderadas fue notable y consistente.

El Decimoséptimo Congreso del Partido, reunido a principios de 1934, mantuvo el tono general. Aclamado como el «Congreso de los Vencedores», continuó la celebración de los logros en la economía, la sociedad y la cultura, e incluyó la importantísima declaración de que se había alcanzado el socialismo. Con todo, no dejó de haber debate político serio. En su discurso de apertura acerca de la situación internacional, Stalin advirtió de que las potencias capitalistas continuaban armándose y de que estas no habían dejado de considerar la posibilidad de lanzar un ataque contra la URSS. Luego, al abordar la situación interna, volvió sobre algunos temas conocidos, advirtiendo a los funcionarios que formaban la audiencia que se cuidaran de ser complacientes. Eran muchos los desafíos que tenían por delante y la victoria no estaba asegurada. Sin necesidad de decirlo, estaba recordándoles que, si bien las metas habían sido reducidas, su cumplimiento requeriría trabajar con ahínco. Más familiar todavía fue el

estribillo relativo a la responsabilidad personal: «No hay excusa para apelar a las denominadas condiciones objetivas (si eres incapaz de cumplir los objetivos del plan) [...]. En nueve de cada diez casos, la responsabilidad de nuestros fracasos y fallos no reside en las condiciones "objetivas", sino en nosotros mismos y solo en nosotros mismos». En ese sentido, les advirtió de que se adoptarían más medidas para verificar el cumplimiento de las decisiones y responsabilizarlos personalmente de los fallos de sus organizaciones. Aquellos que se quedaran cortos serían reemplazados, sin importar la posición que tuvieran e «independientemente de sus servicios en el pasado».[44]

En los meses siguientes, se reformó y fortaleció el aparato para la verificación del cumplimiento, si bien no al punto de llegar a ser preocupante, al menos desde la perspectiva de los funcionarios de alto rango en Moscú y las provincias. Para ellos, la tendencia general iba en dirección opuesta. La pesada mano del Estado se estaba tornando más liviana. Apenas diez días después de la conclusión del Decimoséptimo Congreso, Stalin puso en marcha una reorganización fundamental de la policía política. Ahora que los años de crisis parecían haber pasado, estaba dispuesto a limitar el poder arbitrario del que gozaba el OGPU. La policía política continuaría investigando los casos políticos, pero los tribunales supervisarían ahora las sentencias. Tras bambalinas, los métodos empleados en el pasado por el OGPU, y en particular los «excesos» en la aplicación de la ley de 7 de agosto, eran objeto de muchas críticas. Las medidas no buscaban crear nada semejante a un Estado de derecho, ni siquiera incipiente, pero sí había el deseo de transmitir a la opinión pública, y en particular al campesinado, que no se volvería a la represión arbitraria que había hecho estragos en el campo desde el comienzo de la colectivización cinco años antes.

Stalin y su círculo íntimo parecían por fin aceptar que su poder era seguro. Continuaron amnistiando a los antiguos opositores. Y no se mostraron en exceso preocupados cuando la situación internacional empeoró todavía más en el verano y otoño de 1934. A finales de junio, Stalin recibió información proporcionada por un topo en el Ministerio de Asuntos Exteriores polaco según la cual el dictador polonés Józef Pilsudski

y su ministro de Asuntos Exteriores, Józef Beck, habían intentado (sin éxito) convencer al ministro francés de Exteriores, Louis Barthou, de los beneficios de sumarse a una alianza polaco-alemana contra la URSS; sin embargo, continuaba la fuente, Pilsudski y Beck creían que no tendrían que esperar mucho para que un gobierno más conservador reemplazara el del radical Daladier. El espionaje del Departamento Extranjero del OGPU informó a Stalin de que los conservadores André Tardieu (que ya había sido primer ministro) y el general Maxime Weygand habían dicho a los polacos que, tras un cambio de gobierno, Francia se uniría a la alianza militar contra la URSS. Al parecer, ya se había sondeado también a altos cargos del gobierno británico, los cuales habían prometido que apoyarían la coalición. El informe continuaba afirmando que los polacos y los alemanes se encontraban negociando ahora de forma más abierta un pacto militar con los japoneses. El apoyo de los rumanos era probable, y se tenía la esperanza de que Italia, Austria y Hungría pudieran sumarse a la coalición. El informe llegaba a la conclusión de que «la posibilidad de una guerra contra la Unión Soviética nunca había sido tan real como ahora».[45]

Entonces, el 1 de diciembre de 1934, el miembro candidato del politburó y secretario regional del Partido en Leningrado, Serguéi Kírov, fue asesinado.

6

Las tensiones se acumulan

Durante décadas, los historiadores concluyeron que el asesino, Leonid Nikoláiev, había actuado directa o indirectamente siguiendo órdenes de Iósif Stalin. Argumentaban que Kírov había llegado a representar un ala «moderada» en la cúpula política que constituía una amenaza para su jefatura y que el asesinato marcó el comienzo del «gran terror», un programa de violencia política para eliminar a todos aquellos cuya lealtad a Stalin estuviera en duda y, de ese modo, confirmar el control total que el dictador tenía sobre el poder.[1] En 1985, seis años antes de la apertura de los archivos, Arch Getty sostuvo que, si se dejaban a un lado las memorias consideradas poco fiables y otros testimonios de tercera mano, el examen de las pruebas indicaba que Nikoláiev había actuado por su cuenta.[2] Desde entonces, la investigación en los archivos ha respaldado de forma abrumadora ese punto de vista.[3]

Stalin fue informado del asesinato casi de inmediato, y en menos de veinticuatro horas llegó a Leningrado con un equipo de colaboradores para iniciar la investigación. Habló personalmente con los médicos que habían atendido a Kírov, con el guardaespaldas de este, con la cúpula del Partido en Leningrado y con la policía política, e incluso con el asesino mismo. A partir de esa participación activa y un seguimiento estrecho de las pesquisas, Stalin jugó brevemente con la idea de que Nikoláiev hubiera actuado bajo las órdenes de una potencia extranjera antes de mandar de forma inequívoca al NKVD «buscar a los autores entre los partidarios de Zinóviev».[4] Al parecer nunca consideró la posibilidad de que Nikoláiev hubiera actuado solo. ¿Por qué? Como hemos visto, había una larga historia de acciones terroristas y asesinatos políticos perpetrados contra la URSS. Los socialistas revolucionarios habían intentado asesinar a Lenin en agosto

de 1918. Durante y después de la guerra civil, los blancos estuvieron enviando periódicamente a territorio soviético pequeños comandos con el propósito expreso de asesinar a los líderes revolucionarios.[5] En respuesta a la amenaza de asesinato, la seguridad del Kremlin se había reforzado a mediados de la década de 1920, y llegado el momento se le prohibió a Stalin caminar por las calles de Moscú sin un destacamento de seguridad.[6] Ante la existencia de tantos grupos, tanto a nivel nacional como internacional, decididos a destruir la revolución y derrocar al actual régimen, Stalin consideraba que era el colmo de la ingenuidad pensar que un asesino o saboteador podía estar trabajando solo. En agosto de 1934, Kaganóvich informó a Stalin, que se encontraba de vacaciones en ese momento, de que un tal A. S. Najaev, comandante de una división moscovita de la Osoaviajim (una especie de ejército de reserva), había intentado que sus hombres se alzaran en armas contra el poder soviético. Estos no lo secundaron y Najaev había sido arrestado de inmediato. Kaganóvich consideraba que el hombre debía de haber sufrido algún tipo de crisis nerviosa; Stalin, en cambio, insistió en que tenía que ser un espía a sueldo de una potencia extranjera:

> Por supuesto (¡por supuesto!) que no trabaja solo. Tenemos que ponerlo contra la pared y obligarle a decir la verdad completa; y castigarlo luego con severidad. Tiene que ser un agente polaco-alemán (o japonés). Los chequistas se ponen en ridículo discutiendo con él sus «opiniones políticas». (¡A eso le llama un *interrogatorio*!) Los matones a sueldo no tienen opiniones políticas propias, de lo contrario no serían agentes de una potencia extranjera.[7]

Tres semanas más tarde, Stalin recibió su «verdad completa» cuando Najaev «confesó» que había sido reclutado por agentes estonios.[8] Lo que había ocurrido era, básicamente, que a través de Kaganóvich el líder soviético había ordenado al NKVD que torturara a Najaev hasta obtener una confesión que se ajustara a sus ideas preconcebidas. Sencillamente le parecía inverosímil que semejantes delitos contra el Estado no tuvieran un carácter político y carecieran de nexos con una red de enemigos más amplia.

Entonces ¿por qué descartó la posibilidad de una conexión extranjera en el caso del asesinato de Kírov? Lo cierto es que no lo hizo de inmediato. Desde Moscú, antes incluso de viajar a Leningrado, preguntó por teléfono si

Nikoláiev llevaba encima algún artículo extranjero. Con rapidez debió de enterarse de que la esposa de este, Milda Draule, era letona. El NKVD consideró ese hecho una pista bastante prometedora para explorar la conexión extranjera durante tres semanas después de la orden inequívoca de Stalin. De hecho, en los días posteriores al asesinato, los interrogadores de Nikoláiev le hicieron admitir que había visitado los consulados de Letonia y Alemania en Leningrado en el verano y otoño de 1934. En el último, al parecer, había recibido marcos alemanes que luego gastó en una tienda que los aceptaba como divisa. A finales de diciembre, después de casi cuatro semanas de interrogatorios, el asesino «confesó» que le había pedido al cónsul de Letonia que ayudara a su «grupo» contrarrevolucionario a ponerse en contacto con Trotski. Sin embargo, Stalin no estaba convencido de que Nikoláiev estuviera actuando en nombre de potencias capitalistas hostiles. Es posible reconstruir la lógica en que se fundaba ese convencimiento. Si bien la situación internacional no era buena, estaba lejos de encontrarse en una fase crítica en la que el asesinato de líderes soviéticos pudiera contribuir a preparar el terreno para una invasión exitosa. En mayo un golpe de Estado había instalado en Letonia a un gobierno de derecha que tenía vínculos tanto con los polacos como con los alemanes; sin embargo, hasta donde Stalin entendía, a finales de 1934 estos últimos se encontraban en medio de una negociación compleja para sumar a los franceses a la coalición antisoviética.[9] Era demasiado pronto para que un asesinato político como el de Leningrado beneficiara sus intereses. Además de que la utilización para ello de un ex miembro del Partido como Nikoláiev carecía de precedentes. Desde hacía tiempo los gobiernos extranjeros tendían a emplear a elementos blancos para llevar a cabo actos de terrorismo en territorio de la URSS. A ojos de Stalin, el reclutamiento de miembros del Partido descontentos (Nikoláiev había sido expulsado en abril de 1934) era el modus operandi de las antiguas oposiciones.

Vale la pena recordar que a los cabecillas de la «oposición de izquierda» se les había acusado de organizar un golpe de Estado programado para coincidir con la celebración del décimo aniversario de la revolución en 1927.[10] En 1930 se acusó a S. I. Sirtsov de intentar organizar otra trama para eliminar a los dirigentes soviéticos. En el verano de 1932,

Martemian Riutin estaba tratando de reunir apoyos para su «plataforma» alternativa; y en el otoño se habían desarticulado otros grupos de opositores de izquierda a los que se acusaba de planear el derrocamiento de la actual jefatura.[11] Stalin había tratado de lidiar con la amenaza mediante una combinación de arrestos, purgas y declaraciones de lealtad humillantes de los dirigentes de la «oposición de izquierda», pero no tenía ninguna razón para dar por hecho que con ello había dejado resuelto para siempre el problema de la hostilidad interna a su gobierno. Desde su perspectiva, era razonable pensar que con esas medidas solo había conseguido empujar a la oposición todavía más a la clandestinidad y, en ese sentido, la ira de Nikoláiev hacia las autoridades locales por cortar su carrera en el Partido y dejarlo desempleado lo convertía en alguien fácil de reclutar. Después de todo, Leningrado era el antiguo bastión de Grigori Zinóviev, donde, como primer secretario del Partido, había reclutado a cientos de funcionarios de ideas afines a las suyas, los cuales, para finales de 1934, debían de llevar muchísimo tiempo conteniendo su profunda oposición a Stalin. El asesinato de una figura de alto nivel como Kírov, entendía Stalin, era una forma de enviar una señal clara de que la lucha no había terminado y que los opositores no la daban aún por perdida.

Lo que no anticipó fue que, como era inevitable, la policía política encontraría «pruebas» para respaldar sus ideas preconcebidas. Y en este caso, el NKVD tenía un interés institucional particularmente fuerte para agrandar las dimensiones de la conspiración. Las reformas policiales del último año habían limitado de forma radical su poder para actuar como juez, jurado y verdugo. Inmediatamente después del asesinato de Kírov, se levantaron las restricciones que se les habían impuesto y, por tanto, tenían motivos más que suficientes para querer asegurarse de que estas no volvieran a entrar en vigor. Ya el 4 de diciembre, Nikoláiev «confesó» que su decisión de asesinar a Kírov había estado influida por elementos trotskistas en la organización del Partido de Leningrado.[12] Las detenciones pronto se extendieron al Komsomol de Leningrado, que había mantenido fuertes lazos con la oposición de Zinóviev en la ciudad: el NKVD de Leningrado arrestó a 843 «antiguos zinovievistas» solo en las diez semanas posteriores al asesinato.[13] Empezó así a emerger el cuadro de una gran

organización «trotskista-zinovievista» con «centros» en Moscú y Leningrado. Para finales de diciembre, el testimonio de los interrogados sugería que el grupo trotskista-zinovievista calculaba que Stalin no sería capaz de mantenerse en el poder si estallaba una guerra contra la URSS y que, en tal caso, Kámenev y Zinóviev serían los llamados a ocupar su lugar. Después del juicio contra quienes, en teoría, habían estado involucrados de forma directa en el asesinato, tuvo lugar un nuevo proceso contra quienes habían «inspirado» a los asesinos, en el que se llegó a la conclusión de que el «grupo zinovievista contrarrevolucionario de Leningrado» se dedicaba a sembrar de manera sistemática el odio contra la jefatura del Partido y, en particular, contra Stalin, y tenía una «responsabilidad moral y política en el asesinato de Kírov».[14]

Las «pruebas» de la investigación llevada a cabo por el NKVD indicaron a Stalin que Zinóviev y Kámenev planeaban ataques más graves. En las semanas posteriores al asesinato de Kírov, Stalin había ordenado una revisión de la seguridad del Kremlin. Eso era del todo razonable, pues en Leningrado los investigadores parecían haber descubierto la existencia de una gran cantidad de «elementos hostiles» (Nikoláiev el primero) que tenían acceso a las instituciones del Partido y, en consecuencia, a sus líderes. La revisión del Kremlin, que estuvo a cargo de Nikolái Yezhov, reveló que los controles de seguridad habían sido laxos. Antiguos mencheviques, socialistas revolucionarios y elementos de las «clases ajenas» disponían del permiso para acceder a las instalaciones, un pase con el que, significativamente, también contaba N. B. Rozenfeld, el hermano de Lev Kámenev. Al principio, la investigación solo descubrió pruebas de conversaciones (entre limpiadores, mensajeros y otro personal de poca importancia) en las que se criticaba la política soviética y a Stalin, el tipo de charlas privadas que estaban teniendo lugar de un extremo a otro del país. Sin embargo, siguiendo la pauta ya para entonces consolidada de los arrestos e interrogatorios del NKVD, la investigación de forma inevitable condujo a la aparición de una conspiración «izquierdista» para asesinar a los líderes soviéticos.[15] Se terminó interrogando al mismo Lev Kámenev, quien admitió que su hermano había estado en su piso en momentos en los que él y Zinóviev mantenían conversaciones críticas con respecto a la

política soviética y Stalin. No obstante, rechazó de manera categórica cualquier vínculo con lo que fuera que sucediera en el Kremlin y negó estar al tanto de las opiniones políticas de su hermano. Como era predecible, sus protestas no se consideraron del todo convincentes. Una vez más, se le ofrecieron a Stalin pruebas circunstanciales de que los miembros de las antiguas oposiciones continuaban conspirando contra su liderazgo.

Considerado de forma aislada, ese giro de los acontecimientos no era causa de gran inquietud, pero venía a sumarse a las demás preocupaciones de Stalin. Por ejemplo, la amenaza de la guerra y la invasión no había desaparecido. Los informes de inteligencia que recibía seguían repitiendo que los polacos, los alemanes y los japoneses estaban en medio de preparativos militares y diplomáticos para emprender la ocupación en 1935.[16] Los planes de las potencias hostiles al parecer también incluían actividades subversivas encaminadas a debilitar las defensas soviéticas y exacerbar el descontento con el régimen. El Comisariado para Asuntos Exteriores ordenó a las embajadas soviéticas (*polpredstva*) en los países del Báltico y Europa oriental que confirmaran los informes que señalaban que se estaba reclutando a una gran cantidad de rusos blancos para labores de sabotaje en la Unión Soviética en caso de guerra en el Lejano Oriente.[17] Stalin recibió una larga serie de comunicaciones interceptadas, en particular al agregado militar japonés, sobre la importancia que tendría la subversión en caso de invasión.[18] Sin embargo, el aumento repentino de las detenciones de espías y saboteadores extranjeros en este período probablemente reflejaba más la presión que el politburó ejercía sobre el NKVD para que los encontrara y no tanto una proliferación real de agentes subversivos.

Otras señales sugerían que la guerra apuntaba en el horizonte. Los británicos parecían estar alentando abiertamente el agresivo anticomunismo de los alemanes,[19] que rechazaron sin siquiera considerarlas las propuestas de acercamiento soviéticas. Por otro lado, Stalin había sido advertido de que los japoneses utilizarían la disputa sobre la propiedad del KVZhD para justificar la guerra contra la Unión Soviética, y mientras que las negociaciones sobre la venta del ferrocarril a Japón no avanzaban, sus fuerzas en Manchuria continuaban atacando a los trabajadores soviéticos y

culpando a la URSS del aumento de la tensión.[20] Todo indicaba que los japoneses estaban preparando a la opinión pública para la guerra. Entretanto, Stalin se enteró de un escándalo que estaba exaltando los sentimientos antisoviéticos en Polonia. El agregado militar ruso en el país había sido acusado de intentar reclutar espías. Stalin fue informado de que, si bien era probable que las acusaciones fueran ciertas, el trato dado a aquel y el cubrimiento de la prensa local indicaban que el incidente estaba siendo utilizado para provocar a la URSS. Por orden suya, la Unión Soviética negó categóricamente que el agregado estuviera involucrado en labores de espionaje.[21]

Entre las nubes que anunciaban tormenta pareció surgir un rayo de esperanza. El apaciguamiento británico y el acercamiento polaco-alemán tenían consecuencias preocupantes para la seguridad francesa. A los servicios de inteligencia soviéticos les inquietaba la posibilidad de que los franceses se unieran a los otros dos países en una guerra contra la URSS, pero al mismo tiempo también calculaban que Alemania quizá querría expandirse primero al oeste, en particular para estar en condiciones de utilizar la industria pesada y la producción de materias primas de Francia en una campaña de expansión prolongada. Los diplomáticos soviéticos aprovecharon esa vulnerabilidad para fomentar las relaciones con Francia y convencer al gobierno de Daladier y sus sucesores de que siguieran presionando a Polonia y Alemania para que se unieran a un «pacto oriental».[22] Esa estrategia amplió su escala en septiembre, cuando la Unión Soviética aceptó ingresar en la Sociedad de Naciones. Sin embargo, la esperanza de que una presión diplomática sostenida conseguiría prevenir la guerra recibió dos golpes serios más tarde, en el otoño. El 9 de octubre de 1934, el ministro francés de Asuntos Exteriores, Louis Barthou, y el rey Alejandro de Yugoslavia fueron asesinados durante una visita de este último a Marsella. Los soviéticos estaban convencidos de que el atentado había sido obra de la policía secreta nazi, cuya intención no era solo desestabilizar Yugoslavia, sino también eliminar a una figura clave para el mantenimiento de la relación francesa con la URSS.[23] Un mes más tarde, caía el gobierno de unidad nacional de Gaston Doumergue. Aunque no se produjo el temido giro a la derecha, la inestabilidad de la política francesa hacía que el país

estuviera lejos de ser un socio fiable. Con todo, había algunas señales que invitaban al optimismo. En noviembre de 1934, los servicios de espionaje informaron a Stalin de que Hitler había propuesto a los franceses un pacto de no agresión, pero que su propuesta había sido rechazada. Tres semanas más tarde, diplomáticos franceses y soviéticos firmaron un protocolo para reabrir la negociación de un pacto oriental. Sin embargo, poco tiempo después de ello, Stalin recibió información de que los franceses estaban coqueteando de nuevo con el apaciguamiento de Alemania, lo que incluía la autorización para un rearme significativo.[24] En este caso, la información obtenida por el espionaje soviético era razonablemente acertada.

A finales de diciembre, Stalin recibió más informes del Departamento Extranjero del NKVD que indicaban que se estaba negociando un acercamiento franco-alemán. Eso podía significar, se le dijo, el comienzo del bloque franco-alemán-polaco que Pilsudski había estado buscando desde hacía tanto tiempo. La firma del protocolo de diciembre había sido una maniobra táctica, y los británicos, que en público apoyaban un pacto oriental, en privado empujaban a los franceses a un acercamiento con Alemania. Se estaba intentando sumar a Finlandia al bloque, y asimismo a Hungría; los alemanes, además, tenían la esperanza de que Rumanía e Italia contribuyeran también. Se daba por sentado que los preparativos militares conjuntos polaco-alemanes estaban ya en marcha; y prueba de ello era que las frecuentes reuniones entre autoridades de ambos países ya no se mantenían en secreto.[25] Esos encuentros, que Stalin interpretó como parte de los preparativos para la guerra, eran en realidad resultado de los intentos alemanes de firmar un pacto antisoviético con los polacos. Lo que el líder comunista no sabía era que estos últimos rechazaban una y otra vez las ofertas alemanas. Una vez más, creía que se enfrentaba a un bloque enemigo muy complejo y amplio cuando la verdad era que no existía nada similar.

Pero para ser justos con Stalin, la guerra era un tema constante en los rumores diplomáticos y los editoriales de los periódicos de la época y el espionaje soviético parecía confirmar las valoraciones más pesimistas. A principios de 1935, la prensa occidental informaba de que las fuerzas armadas alemanas se encontraban en estado de alerta máxima y todos los

permisos habían sido cancelados. En marzo se anunció la reintroducción del reclutamiento universal en Alemania, y entretanto el programa de rearme continuaba a un ritmo vertiginoso, ahora violando abiertamente las restricciones establecidas por el Tratado de Versalles.[26] La información de inteligencia sobre lo que ocurría en Japón era apenas un poco menos sombría. Los japoneses también estaban reforzando con rapidez sus propias fuerzas armadas, pero la lucha en China todavía comprometía buena parte de sus esfuerzos. En enero, el ministro de Relaciones Exteriores japonés, Koki Hirota, anunció al Parlamento de su país un nuevo intento de negociar la paz en China. El embajador soviético (*polpred*) en el Reino Unido envió a Moscú un informe sobre la conversación que había mantenido en Londres con el representante de los nacionalistas chinos; su conclusión era que estos se tomarían en serio la oferta japonesa, sobre todo porque los británicos y los estadounidenses no estaban seguros de continuar financiando la compra de armas, lo que llegado el momento les impediría seguir combatiendo.[27] El reconocimiento norteamericano de la Unión Soviética no contribuyó a la seguridad del país en el Pacífico. Los estadounidenses no solo parecían estar de verdad dispuestos a dejar a los nacionalistas chinos sin financiación en un punto crucial de la guerra, sino que además Stalin recibió en enero información (que nuevas fuentes confirmarían en mayo) de que estaban negociando un pacto de no agresión con los japoneses que, de hacerse realidad, los situaría en una posición mejor para atacar a la URSS.[28] Entretanto, los vínculos entre Oriente y Occidente estaban creciendo. Los diplomáticos soviéticos observaron que la burguesía francesa había empezado a invertir con fuerza en Manchuria,[29] y que los japoneses estaban ocupados adiestrando al ejército finlandés.[30] El Comisariado para Asuntos Exteriores daba por sentado que había asesores militares japoneses trabajando en otras partes de Europa oriental y exigió a los diplomáticos que informaran sobre cualquier actividad similar de la que tuvieran noticia.[31]

Y sin embargo, en medio de lo que parecía ser una marcha decidida hacia la guerra, la situación comenzó a tomar otro rumbo de forma inesperada en la primavera de 1935. Los informes de la inteligencia soviética indicaban que el rearme alemán estaba preocupando a los

británicos y los franceses y que ahora estos vacilaban en dar su apoyo al bloque antisoviético.[32] La visita de Anthony Eden a Moscú (después de entrevistarse con Hitler en Berlín) a finales de marzo tranquilizó a Stalin y lo convenció de que el Reino Unido veía con nerviosismo el crecimiento del poderío militar alemán. Los franceses tenían todavía más motivos para estar preocupados. Si Alemania y Polonia lograban conquistar la URSS con la ayuda de Japón, bien podrían luego volverse contra Francia: con el respaldo de la industria y los recursos naturales rusos, representarían una seria amenaza. Stalin creía que sus advertencias a los franceses por fin habían caído en terreno fértil. Esta vez, sin embargo, en lugar de impulsar un pacto multilateral en el que la inclusión de Alemania y Polonia seguiría siendo un punto de fricción, Stalin ordenó a Litvínov que explorara el interés de Francia en un acuerdo bilateral de asistencia mutua. Con una velocidad inusual, el texto se acordó y firmó el 2 de mayo de 1935. Dos semanas después, se ratificó un pacto similar con Checoslovaquia. Stalin pensaba que eso sería suficiente para obligar a Japón, Polonia y Alemania a retrasar de nuevo sus planes de invasión.

Desde su perspectiva, la diplomacia soviética había vuelto a salvar a la URSS del desastre inminente. Sin embargo, aunque se trataba de una victoria importante, no podía estar seguro de cuánto tiempo iba a durar. La política francesa era en extremo inestable, y aunque, en contra de las expectativas, el sucesor de Barthou, Pierre Laval, había demostrado su voluntad de trabajar con la Unión Soviética, seguía existiendo la sospecha de que su compromiso con la seguridad colectiva era superficial y que el pacto era un farol para que Francia pudiera asegurarse un acuerdo con Alemania en los términos que quería. Los servicios de inteligencia soviéticos sospechaban que los británicos tampoco deseaban ir a la guerra e intentarían contrarrestar a Alemania con la URSS, pero también que, si Alemania estaba decidida a expandirse, entonces se alcanzaría un acuerdo para permitirle hacerlo hacia el este.[33] Las acciones de los británicos en los siguientes años solo reforzarían esa impresión. Había pocas razones para suponer que Alemania (o Polonia o Japón) había renunciado a sus ambiciones de expansión territorial a expensas de la Unión Soviética. El ejército de Kwantung continuaba hostigando y amenazando a los soviéticos

a lo largo de la frontera con Mongolia. Un intento de golpe militar en Japón fue interpretado por los dirigentes soviéticos como una señal de que el ejército japonés estaba tratando de eliminar a las fuerzas políticas que se oponían a la idea de una guerra contra la URSS.[34] Alemania había firmado una serie de tratados comerciales y crediticios con esta en 1934 y 1935, y si bien Stalin veía esos acuerdos como un incentivo para no ir a la contienda, no creía que fueran a evitarla de forma indefinida. Los nacionalsocialistas no redujeron en absoluto su retórica anticomunista y antisoviética, ni (en opinión de Stalin) se abstuvieron de seguir usando saboteadores y espías en suelo ruso. Stalin pensaba que lo mismo se podía decir de Polonia y Japón. Todo parecía indicar que, una vez los planes para una guerra abierta quedaron en suspenso, los esfuerzos por subvertir la URSS desde dentro se habían incrementado. En el otoño de 1935, y a lo largo de 1936, Guénrij Yagoda, el jefe del NKVD, envió a Stalin un flujo constante de informes sobre las actividades terroristas y de espionaje de estos tres países.[35] El régimen también terminó estando convencido de que el sistema usado para conceder asilo a los refugiados políticos había sido aprovechado por sus enemigos para plantar a una gran cantidad de espías y agentes subversivos en la Unión Soviética.[36] Una vez más, la guerra se estaba llevando a cabo por otros medios.

Stalin podía al menos esperar que sus relaciones con los funcionarios de alto rango tuvieran una base más sólida ahora que los objetivos del segundo plan quinquenal habían sido reducidos y la depuración del Partido había comenzado a eliminar a los elementos «oportunistas» con un historial de resistencia a ellos. El cumplimiento de los objetivos del plan sí aumentó, pero también lo hizo la impaciencia del centro con quienes se quedaban cortos. Cuando Kaganóvich informó sobre el aumento de productos defectuosos en la industria textil, un problema del que culpaba a la gestión pusilánime y la mala organización del trabajo, Stalin exigió que los culpables fueran castigados «sin importar su rango “comunista”». Ante los informes de corrupción en la organización regional de los Urales, insistió en que «los acusados deben ser despedidos y castigados». Su enfoque para solucionar los problemas de la red ferroviaria consistía en enviar telegramas amenazantes y ordenar la detención de «los culpables de trastornar los

planes de transporte».[37] Al discutir la alta tasa de accidentes ferroviarios alrededor de Jabárovsk, dijo a los funcionarios regionales que debían «purgar los ferrocarriles de los nidos de saboteadores». Si se demoraban en hacerlo, advirtió con tono amenazador, «podría terminar mal para vosotros».[38] El mensaje fue todavía más claro en la campaña de acopio de grano del verano y otoño de 1934, cuando se comunicó a los funcionarios regionales: «O cumplís el plan o seréis despedidos de vuestros puestos».[39] Stalin coincidió con Mólotov en que la resistencia a los acopios debía caracterizarse como «sabotaje contrarrevolucionario».[40] Para dar ejemplo, se organizaron varios juicios locales y, después, las correspondientes ejecuciones, a las que se dio publicidad en la prensa.[41] En caso de que hubiera alguna duda sobre la actitud intransigente del centro en lo relativo al cumplimiento de las directrices, las publicaciones del Partido insistían de forma incansable en la importancia de la «disciplina de hierro» en el trabajo y, con igual tenacidad, pedían a las comisiones encargadas de llevar a cabo la purga que se expulsara a quienes la infringían abiertamente o en secreto.[42]

Las metas del plan se habían reducido, pero eso solo las había llevado del ámbito de lo evidentemente imposible al de lo excepcionalmente difícil. En un contexto semejante, en el que Stalin no estaba dispuesto a aceptar ningún cumplimiento del plan por debajo del ciento por ciento, los funcionarios no tenían otra opción que seguir acudiendo, en secreto, a mecanismos ilícitos para lidiar con la situación. De forma deliberada degradaban la calidad de la producción con el fin de tener mejores posibilidades de cumplir las metas cuantitativas. Exageraban las necesidades de insumos y los comerciaban en el mercado negro para hacer frente a la escasez cuando esta surgía. Incluían en las entregas artículos incompletos o defectuosos si eso les ayudaba a cumplir con los objetivos mensuales o anuales. Tales soluciones estaban generalizadas y la corrupción contribuía a alimentarlas.[43] Los sobornos y las amenazas hacían que, en gran medida, las autoridades centrales tuvieran muy poca claridad acerca de cuán mala era en realidad la situación y tendieran a ver oponentes, enemigos de clase y saboteadores donde solo había desesperación por cumplir el plan. Los funcionarios locales compartían un sesgo similar.

Todos lo hacían lo mejor que podían, guardaban silencio acerca de las prácticas corruptas y pensaban, legítimamente, que los verdaderos problemas estaban más allá de su horizonte. Al mismo tiempo, las autoridades regionales y los funcionarios ministeriales (es decir, en los comisariados de Moscú) se protegían mediante la creación de camarillas cerradas que gestionaban el flujo de la información a las instituciones que supervisaban el cumplimiento del plan. Cuando las cosas iban mal en su organización, estaban en condiciones de identificar uno o varios chivos expiatorios. Estos eran despedidos o arrestados, dependiendo de la gravedad del problema, etiquetados como incompetentes o saboteadores o enemigos de clase, etcétera, y presentados como la causa del incumplimiento.

Como consecuencia de ello, las tensiones desgarraban por dentro el aparato del Estado y el Partido, pues los funcionarios se culpaban unos a otros de los problemas con el fin de librarse a sí mismos de la responsabilidad.[44] La persona menos consciente de esas tensiones era Stalin. Con regularidad recibía informes acerca de funcionarios de alto rango que tomaban medidas represivas contra los subordinados que los criticaban, y sobre organizaciones regionales tan divididas por luchas internas que el trabajo normal se había vuelto imposible.[45] Pese a ello, Stalin no consideraba esas tensiones y conflictos como la consecuencia inevitable de los ambiciosos planes que imponía. Por el contrario, los veía como un proceso saludable y necesario en el que los líderes «bolcheviques» debían demostrar su aliento, triunfar sobre los «oportunistas» y erradicar a los enemigos.[46] En ocasiones, procuraba a uno de los bandos en disputa un «mandato» para que se arrestara al bando contrario, pero de forma creciente se encontró con que tenía que intervenir para frenar ese tipo de violencia judicial, que amenazaba con descontrolarse. Según la descripción que ofrecía la prensa, el problema en tales casos era que los «métodos administrativos» sustituían al auténtico liderazgo «bolchevique».

Mientras los conflictos se hacían más profundos y la violencia empeoraba, Stalin permanecía ciego a las causas fundamentales. A fin de cuentas, él mismo había prohibido específicamente a los funcionarios cuestionar el realismo del plan, vetándoles mencionar justo esa fuente de los problemas. Además, en lugar de actuar para limitar los conflictos, Stalin

introdujo nuevas iniciativas que solo consiguieron exacerbarlos. Por ejemplo, el movimiento estajanovista tenía la intención de fomentar la organización de la producción, pero en la práctica resultó terriblemente perjudicial.[47] Con frecuencia las marcas estajanovistas se alcanzaban concentrando los recursos en un único turno, privando de ellos a los turnos precedente y siguiente. El movimiento disparó los costos del trabajo e hizo que aumentaran los daños a los equipos, los accidentes y la producción defectuosa. Enfrentó a los no estajanovistas contra los estajanovistas, y a los aspirantes a estajanovistas contra los jefes que los refrenaban. No es de extrañar que los gerentes hicieran cuanto estuviera en sus manos para subvertir el movimiento sin hacer ruido.

Esta clase de resistencia era más peligrosa que nunca. El asesinato de Kírov y las investigaciones posteriores habían profundizado la convicción de Stalin de que los enemigos del régimen estaban al acecho. Los llamados a estar vigilantes se hicieron más intensos en 1935 y 1936. Las campañas de «verificación» y «cambio» de los carnés del Partido realizadas en esta época involucraron a todas las organizaciones de este en la búsqueda de enemigos. A estas se les comunicó que encontrar a dos o tres enemigos por distrito no era suficiente. Si eso era todo lo que podían hacer, era claro que no se estaban «tomando a pecho las muchas indicaciones del Comité Central y el camarada Stalin de que, a medida que aumentan nuestros éxitos, los enemigos de clase recurren a métodos de lucha cada vez más sofisticados, aprovechándose para empezar de la complacencia oportunista y el soñar despiertos de los comunistas».[48] No obstante, las organizaciones locales actuaron con lentitud deliberada y resistieron esas campañas, ya que suponían una amenaza directa para las camarillas de poder consolidadas en cada una.[49] Si la campaña conducía a la purga de las personas equivocadas, y en particular las que más sabían acerca de la corrupción interna y otras prácticas ilícitas, sería un desastre para todos.

Los llamados de Stalin a estar vigilantes no amainaron. Una carta secreta enviada por el Comité Central a las organizaciones regionales en julio de 1936 insistía en que la «característica más importante de todos los bolcheviques en la situación actual debe ser su capacidad para reconocer e identificar a los enemigos del Partido sin importar cómo de bien hayan

camuflado su identidad».[50] Esta era la manera que tenía Stalin de dejar claro que nadie estaba libre de sospecha. El líder soviético era consciente de que había problemas graves en la administración del Estado y del Partido, pero también de que no comprendía plenamente las fuentes reales de esos problemas. Sus planes de máxima presión, sus exigencias de un ciento por ciento de cumplimiento sin excusas y sus apremios con respecto a la vigilancia habían creado una burocracia recalcitrante, hermética y corrupta. Pocos funcionarios podían aspirar a encarnar el ideal estalinista de «liderazgo bolchevique» pues este exigía lo imposible. ¿Quién no era «oportunista», cuando se definía como «oportunista» a quien buscaba protegerse de las demandas imposibles del régimen? ¿Quién no era un «izquierdista» (o trotskista o zinovievista), cuando se definía como «izquierdista» a quien carecía de fe en la construcción del socialismo? ¿Quién no era un «derechista», cuando el «derechista» era el que quería desacelerar el ritmo de la construcción socialista? El aparato estaba lleno de funcionarios a los que hubiera sido posible describir como hipócritas o dobles (*dvurushniki*), gente que elogiaba la política central en público, pero trataba de escapar de sus exigencias casi imposibles en escenarios menos públicos. La presión para encontrar enemigos era extremadamente peligrosa porque amenazaba con destrozar de arriba abajo el aparato del Partido y el Estado en una espiral de denuncias y contradenuncias.

El estado general de la economía y la sociedad debieron de dar aliento a Stalin. La cosecha de 1934 fue buena y consiguió poner fin no solo a la hambruna en el campo, sino también a la escasez de alimentos en las ciudades. Las mejoras en el suministro de provisiones se combinaron con las metas más moderadas del nuevo plan para generar un crecimiento económico más consistente y estable. Los miembros de las granjas colectivas continuaron albergando un resentimiento profundo hacia el régimen, pero, a medida que el nuevo sistema de agricultura colectiva fue consolidándose, la amenaza de rebelión se redujo de forma pronunciada. El peligro que suponía el descontento de los trabajadores también menguó. La espectacular expansión de la economía creó muchos miles de nuevos puestos de responsabilidad y autoridad, y quienes pudieron beneficiarse del ascenso profesional que eso trajo consigo tendieron a convertirse en

partidarios entusiastas del nuevo régimen.[51] Los esfuerzos de este por difundir sus valores a través del control sobre la cultura popular y la prensa tuvieron un éxito considerable, en especial entre los jóvenes, muchos de los cuales buscaron moldearse siguiendo los ideales que se les presentaban.[52] Más significativo todavía fue el hecho de que el nivel de vida comenzara a subir de nuevo después de la abrupta caída que había sufrido en el período del primer plan quinquenal.

La población, sin embargo, no disfrutó de manera uniforme de estos progresos. Si bien Stalin entendía que la mejora del nivel de vida tendría una función clave en la consolidación del apoyo popular, su política económica estaba impulsada también por otras consideraciones. El aumento de la producción agrícola e industrial permitió mejorar la oferta de bienes a la población, pero asimismo posibilitó la eliminación gradual del ineficiente sistema de racionamiento de principios de la década de 1930. El fin del racionamiento del pan a principios de 1935 y de la mayoría de los demás productos en el otoño de ese mismo año causaron un aumento pronunciado de los precios que, inicialmente, suscitó la preocupación de que la situación estuviera empeorando en lugar de mejorando. De hecho, para los trabajadores menos remunerados, incluida la masa del campesinado, o aquellos con familias numerosas, el nivel de vida continuó estancado. Los que contaban con más dinero para gastar en virtud de sus cualificaciones o su posición, en especial los que vivían en las grandes áreas urbanas y los que trabajaban en industrias e instituciones claves, sintieron mucho más rápido la mejora en el abanico disponible de alimentos y bienes de consumo a precios asequibles. Stalin era muy consciente de las implicaciones políticas de ese cambio. De manera deliberada, el régimen estableció prioridades en el sistema de distribución, tanto para reforzar el apoyo entre la élite como para fomentar la productividad de forma específica. Así, por ejemplo, los militares, la policía secreta y los rangos prominentes del Partido se beneficiaron desproporcionadamente de la mejora de la situación económica.[53]

Al tiempo que usaba la zanahoria de la mejoría del nivel de vida para fortalecer su apoyo entre la población, Stalin empleaba el palo de la represión policial para hacer frente a la resistencia popular y otras

manifestaciones de hostilidad hacia el régimen. Investigaciones recientes han revelado la función crítica que tuvo en ello el sistema de pasaportes.[54] Desde finales de diciembre de 1932, el régimen comenzó a expedir pasaportes internos para los residentes de las principales zonas urbanas. Inicialmente el principal propósito del sistema era detener la marea de la migración campesina hacia las ciudades en medio de la hambruna. La afluencia de campesinos hambrientos amenazaba con trasladar el hambre y las protestas del campo a las zonas urbanas. Los pasaportes no solo contenían un permiso de residencia oficial, lo que simplificaba el procedimiento de deportación de los campesinos migrantes, sino que también registraban la clase y el estatus social del titular (en categorías como «trabajador», «oficinista», «miembro de la *intelligentsia*»), la etnia, la situación laboral y el origen social (hijo o hija de trabajador, campesino, aristócrata, etcétera). Esta última información representaba más la imagen de la sociedad soviética que tenía el líder que lo que esta era en realidad, pero la categoría en la que cada individuo era consignado en ese documento oficial suponía un impacto enorme en las oportunidades de vida. Aquellos que encajaban con las categorías «deseables» tenían más facilidades para acceder a una buena vivienda y podrían ascender con más rapidez en sus carreras. Los «indeseables», en cambio, se enfrentaban a situaciones mucho peores que meros problemas en las condiciones de vida y progreso profesional.

Hacia finales de 1934, el régimen había expedido más de veintisiete millones de pasaportes a los residentes de Moscú, Leningrado y otras zonas estratégicas, y continuó expidiéndolos mucho tiempo después de que la amenaza de la hambruna hubiera terminado. El objetivo principal de la «pasaportización» pasó a ser el control social. En el proceso de construir un mapa de la sociedad soviética que identificara las ubicaciones específicas de los «deseables» y los «indeseables», el régimen había creado una oportunidad de juntar a los «indeseables», o bien «elementos socialmente dañinos» como se les denominaba, y expulsarlos de las zonas que tenían una importancia estratégica. Con ello se buscaba no solo disminuir el riesgo de sabotaje y el peligro de la contrarrevolución, sino también reducir la delincuencia y, de hecho, crear una sociedad ideal, al menos en las zonas

claves. Ya en la primera mitad de 1933, se había expulsado a unas cuatrocientas mil personas de las llamadas «zonas del régimen» o restringidas, y luego vendrían nuevas deportaciones masivas.

Las redadas policiales crearon más problemas de los que resolvieron, aunque Stalin no lo vio así. Ni los delitos ni los actos certificados de sabotaje y contrarrevolución cesaron de forma repentina, y en cambio sí hubo una acumulación masiva de «elementos indeseables» en los Urales, Siberia occidental y otros vertederos de deportados. Tales regiones no estaban en condiciones de ofrecer alberge y empleo apropiados a esa nueva población, sobre la que, de hecho, ni siquiera tenían forma de mantener una vigilancia adecuada. Al mismo tiempo, las deportaciones intensificaron la escasez de mano de obra en las zonas restringidas. Inevitablemente, los indeseables comenzaron a afluir de nuevo hacia aquellas áreas en las que, debido a la necesidad de llenar las vacantes en las empresas, los gerentes estaban dispuestos a confabularse para encubrir a quienes tenían una identidad desafortunada. En lugar de renovar la confianza del régimen en la sociedad, la «pasaportización» concentró enormemente a la población de aquellos individuos y grupos a los que creía más hostiles a la revolución y, además, agudizó el temor a los «enemigos enmascarados» cuando los indeseables empezaron a volver a las zonas consideradas de importancia estratégica.

El régimen tenía una preocupación paralela con respecto a la lealtad de las nacionalidades no rusas.[55] En los años inmediatamente posteriores a la revolución, el régimen había alentado el desarrollo cultural de las nacionalidades no rusas de la Unión Soviética (*korenizatsia*). Se esperaba que los numerosos grupos nacionales y étnicos que formaban parte del Imperio ruso aceptaran los ideales soviéticos con mayor facilidad si se les otorgaba autonomía cultural. Sin embargo, a medida que esas culturas florecieron en la década de 1920, el régimen empezó a temer que la política resultara al final contraproducente y fomentara un sentimiento de separación, en lugar de uno de lealtad al proyecto revolucionario y los ideales soviéticos. Los traumas del primer plan quinquenal cristalizaron muchos de esos temores. La horrorosa experiencia de la colectivización y el hambre hizo que muchos grupos nacionales y étnicos envidiaran a sus

hermanos del otro lado de la frontera soviética. Stalin consideraba que gran parte de la resistencia a los objetivos de acopio de grano era consecuencia de agendas nacionales o étnicas específicas. Al mismo tiempo, los países de la periferia soviética —Finlandia, Polonia y Alemania, China, Corea y Japón— respondieron no solo proporcionando ayuda a sus connacionales necesitados, sino también fomentando de forma activa disturbios en la URSS. Stalin y los servicios de inteligencia estaban convencidos de que las potencias extranjeras hostiles utilizaban a las minorías étnicas para crear redes de espionaje de dimensiones considerables. Comunicaciones interceptadas revelaron, por ejemplo, que los militaristas japoneses proponían emplear a gran escala a las nacionalidades no rusas descontentas para derrocar al régimen en caso de una invasión.[56] Por su parte, la policía secreta de Stalin no descubrió hasta mediados de la década de 1930 que durante muchos años las potencias capitalistas enemigas habían estado enviando espías a la URSS bajo la fachada de «refugiados políticos».[57]

A principios de la década de 1930, el régimen comenzó a abandonar la *korenizatsia* en favor de una rusificación parcial. La disminución de la autonomía cultural y el desmantelamiento de las instituciones nacionales no les granjearon amigos entre los no rusos. La reacción negativa se vio agravada por una serie de deportaciones masivas de nacionalidades «sospechosas» desde las regiones de la frontera. Miles de alemanes y polacos fueron expulsados de las partes occidentales de la Ucrania soviética. Finlandeses, estonios y letones tuvieron que abandonar las zonas fronterizas de la región de Leningrado; los coreanos, las del Lejano Oriente. El régimen utilizó los nuevos pasaportes internos para incluir a los no rusos en las redadas policiales con el fin de «asegurar» las fronteras en caso de invasión. El efecto de las deportaciones masivas no fue diferente al de las redadas policiales contra otros «indeseables». La preocupación que suscitaban ciertas áreas «estratégicas» se alivió gracias al traslado de individuos y grupos cuya lealtad al régimen resultaba incierta. Y, sin embargo, una vez más, lo que hizo este fue concentrar a las poblaciones de no rusos bajo sospecha en demarcaciones en donde no era posible darles alojamiento y empleo apropiados, para luego tener que preocuparse no solo

de una desafección todavía mayor en los lugares de exilio interno, sino también por aquellos que lograban escapar y regresar a las zonas restringidas.

Era claro que los esfuerzos del régimen por reducir las tensiones en el Estado y la sociedad se estaban deshaciendo. Con el inicio del segundo plan quinquenal se habían reducido las metas de crecimiento. La reforma de la policía política había disminuido de forma decisiva sus posibilidades de represión arbitraria. Las medidas represivas de carácter masivo adoptadas en el campo habían terminado y una serie de buenas cosechas prometía una nueva estabilidad en la economía agrícola. El sector económico industrial también había entrado en un período de crecimiento estable y el nivel de vida comenzaba a recuperarse. Y sin embargo, en lo que respecta a Stalin, la relajación había fracasado en el que acaso era el objetivo central: estabilizar el orden político y aunar el apoyo popular alrededor del régimen. No estaba preparado para entender el asesinato de Kírov como la obra de un antiguo miembro del Partido descontento y mentalmente inestable que actuaba por su cuenta. Insistió en que Nikoláiev tenía que haber contado con el apoyo y estímulo de los opositores de izquierda y otros grupos decididos a reclutar a los disidentes para una campaña de asesinatos y sabotajes. En consecuencia, devolvió a la policía política los poderes arbitrarios para que pudiera llevar a cabo la investigación. Y dado que esta seguía confiando en las confesiones obtenidas bajo tortura y tenía un interés institucional en impedir la reintroducción de límites a sus poderes, el descubrimiento de nuevos crímenes contrarrevolucionarios era inevitable. El temor de Stalin a las conspiraciones y los golpes de Estado planeados se vio reforzado todavía más debido a su percepción de la situación internacional. Los tratados de no agresión y los pactos comerciales alcanzados por Maksim Litvínov y el Comisariado para Asuntos Exteriores parecían haber retrasado la invasión de la URSS, pero Stalin no tenía dudas de que la guerra con las potencias capitalistas era inevitable e inminente.

Una vez que el sistema de pasaportes hubo logrado su primer objetivo en la prevención de la migración masiva de campesinos a las áreas urbanas, pareció prudente usarlo para purgar de indeseables las regiones fronterizas, las principales ciudades y otras zonas estratégicas. La medida prometía

infligir un golpe a los enemigos del régimen tanto en el país como en el extranjero y asegurar el poder de Stalin. Sin embargo, las campañas de vigilancia que la acompañaron, y en las que se animaba tanto a los funcionarios como a la población en general a identificar y denunciar a los enemigos ocultos, profundizaron las tensiones dentro del Estado y la sociedad, particularmente en el contexto de la presión por cumplir las metas del plan económico. Los funcionarios situados en la parte alta de las jerarquías del Partido y el Estado hallaron cierta protección en la creación de camarillas cerradas capaces de controlar el flujo de la información hacia el centro y desviar la culpa de los problemas a los subordinados o a «saboteadores» ocultos. A Stalin le consternaba y enfurecía por igual lo que desde su punto de vista era una represión arbitraria de los líderes regionales. En los escalones inferiores de la jerarquía, y en el nivel de los trabajadores normales y corrientes y el campesinado, las campañas de vigilancia fomentadas por el régimen se tradujeron en denuncias contra los «jefes»: aquellos que de forma visible abusaban arbitrariamente de su poder.

Las tensiones aumentaron bruscamente en 1935. A medida que el rearme de Alemania fue cobrando fuerza, las otras potencias «capitalistas» decidieron aumentar su capacidad militar para mantener el ritmo, y Stalin no tuvo más remedio que sumarse a la carrera armamentística.[58] Sin embargo, en lugar de reducir la inversión en la producción civil y aceptar metas más bajas que las planificadas, optó por buscar a toda costa una productividad por trabajador significativamente mayor. El cambio constituyó una suspensión repentina de la «moderación» en materia de política económica.[59] Los dirigentes comunistas habían estado explorando maneras de conseguir una «intensificación del trabajo» y se decidieron por dar una difusión general a los logros de individuos específicos. A finales de agosto de 1935, Alekséi Stajánov comunicó que había extraído ciento dos toneladas de carbón en un solo turno, catorce veces más que la media habitual en su trabajo. A su debido tiempo, se identificó a otros pulverizadores de récords que contribuyeron a ampliar la campaña y animar a todos los trabajadores a convertirse en «estajanovistas». Si bien la campaña sí parece haber logrado cierto aumento en la productividad laboral, resultó profundamente perjudicial. Muy a menudo la consecución

de esas nuevas marcas requería dedicar muchos turnos a preparar el terreno; y es posible que al interrumpir el ritmo de trabajo de esa manera se haya reducido la productividad en lugar de aumentarla. A medida que los planes económicos se tornaban sustancialmente más difíciles de cumplir, muchos directivos y funcionarios de alto rango del Partido intentaron ralentizar o subvertir la campaña sin decir nada. Mientras que algunos trabajadores se resintieron con el aumento de las normas laborales consecuencia de esos intentos, otros se quejaron de que se estaban frustrando sus esfuerzos por unirse a las filas de los estajanovistas. A medida que el temor a la guerra crecía, también lo hacían los fantasmas del funcionario «doble», el saboteador y demás enemigos ocultos.

7

La tormenta perfecta

Tanto bajo Lenin como bajo Stalin, el desencadenante de la represión masiva fue la sensación de que existía una amenaza inmediata a la revolución y la supervivencia del Estado soviético. Lo que comúnmente se conoce como el «gran terror» de 1936-1938 tenía precedentes, el más obvio de ellos durante la guerra civil de 1918-1920, cuando se facultó a la policía política para arrestar y ejecutar, en masa y sin limitaciones de ningún tipo, a los individuos y grupos que se consideraba que constituían un peligro para el nuevo régimen. En ese período, la amenaza era muy real. El poder soviético pendía de un hilo, y mientras el Ejército Rojo luchaba contra las fuerzas combinadas de los blancos y los ejércitos extranjeros, la policía política se ocupaba de intentos de subvertir la revolución en el frente interno. El siguiente gran episodio de represión masiva, que afectó a cientos de miles de ciudadanos soviéticos, llegó con la lucha por el control del suministro de grano a finales de la década de 1920. En ese caso, la resistencia campesina representaba un peligro no tanto para la supervivencia del Estado como para la visión que Stalin tenía de la revolución. Entre esos episodios de represión masiva, los temores del régimen acerca de su seguridad y supervivencia no desaparecieron. El miedo a la invasión menguó y se desvaneció, pero nunca hasta el punto de permitir a Stalin sentirse cómodo en la confianza de que las potencias «capitalistas» no estaban conspirando contra la Unión Soviética y los comunistas dondequiera que estuvieran. El líder soviético siguió estando convencido de que, a pesar del enorme gasto y todo el esfuerzo invertido en asegurar las fronteras, continuaba siendo demasiado fácil para los Estados hostiles introducir espías y saboteadores en el territorio de la URSS. Rara vez pasaba una semana en la que no recibiera informes de incursiones

fronterizas con el objetivo de realizar actos de sabotaje, cometer asesinatos o reclutar a grupos e individuos desafectos para esas labores. Del mismo modo, Stalin despachaba un torrente constante de informes compilados a partir de la vigilancia a la que estaban sometidos sus antiguos opositores, un flujo de información que aumentó de forma sustancial después de que la investigación del asesinato de Kírov respaldara la exigencia de una mayor vigilancia. Por otro lado, Stalin no dejaba de estar preocupado por la corrupción, la incompetencia y la resistencia franca que había entre los funcionarios, desde los presidentes de los koljoses y los gerentes de las fábricas hasta los primeros secretarios regionales y los comisarios del pueblo. Es improbable que ninguno de esos temores hubiera desencadenado por sí solo un episodio de represión masiva. De hecho, la mayoría de ellos estaban fuera de lugar en la medida en que la dictadura de Stalin era más fuerte y más segura a mediados de la década de 1930 de lo que nunca había sido. Y sin embargo, a finales de 1936, la jefatura soviética se convenció a sí misma de que únicamente podría sobrevivir si recurría al tipo de terror que había desatado durante la guerra civil.

El miedo a una nueva contienda desempeñó un papel crítico en ese proceso. Desde la guerra civil, los servicios de inteligencia soviéticos en el extranjero habían buscado señales de actividades diplomáticas y militares que pudieran interpretarse como prueba de que se estaba preparando un ataque contra la Unión Soviética. En varias etapas —1924, 1927, 1932 y 1934—, el régimen tuvo noticia de hechos que (erróneamente) entendió como pruebas creíbles de que se preparaba una invasión. Los dirigentes soviéticos daban por sentado que las potencias «capitalistas» eran anticomunistas, pero en cada caso, según la interpretación de los servicios de inteligencia soviéticos, las tensiones entre ellas impedían que se formara la fuerza unificada que era necesaria para una campaña exitosa contra la Unión Soviética. A mediados de la década de 1930, el peligro en el este seguía siendo el representado por Japón, donde los militaristas no ocultaban su deseo de apoderarse de las tierras soviéticas al oriente de los Urales. Era la amenaza procedente de la Europa continental la que había experimentado cambios importantes. En los quince años anteriores, de nuevo a los ojos de los servicios de inteligencia soviéticos, el eje de la temida coalición

anticomunista había sido Polonia. En particular desde que Józef Pilsudski tomó el poder en 1927, el espionaje soviético informó acerca de distintas negociaciones entre Inglaterra, Francia, Alemania, Hungría, Rumanía, Finlandia y los países bálticos, siempre con Polonia como núcleo o conducto de la invasión, pero las tensiones, en concreto entre Inglaterra, Francia y Alemania, habían impedido la formación de la coalición. Lo que había cambiado fue, primero, el ascenso de Hitler y los nazis en Alemania en 1933 y, luego, de manera muy significativa, el veloz progreso del rearme alemán bajo la bandera inequívoca del anticomunismo y el expansionismo.

La promesa de que el Tratado Franco-Soviético de Asistencia Mutua (mayo de 1935) permitiría contener a Alemania se desvaneció con rapidez, para empezar porque pareció solo haber servido para estimular la hostilidad nazi y la velocidad del rearme. Stalin no era el único de los líderes mundiales que pensaba que otra guerra mundial se perfilaba en el horizonte. La pregunta era si los nazis buscarían expandirse primero al este o al oeste. A partir del verano de 1935, se dedicó un mayor esfuerzo a dirigir el expansionismo alemán que a realizar esfuerzos conjuntos para contener a Alemania y hacer cumplir los términos de la paz de Versalles. Con el ministro francés de Asuntos Exteriores, Pierre Laval, dedicado a reconstruir los puentes diplomáticos con sus homólogos alemanes tras la sacudida que había supuesto el pacto con Moscú, los soviéticos no podían hacer mucho más que proponer acuerdos económicos que desalentaran la expansión nazi hacia el este. Stalin no tardó en recibir pruebas sólidas de que la posición soviética era, de lejos, la más débil y que, por ende, la expansión alemana sería a expensas de la URSS. En el otoño de 1935, Alemania por primera vez se ponía a la delantera en la construcción de la coalición anticomunista. Joachim von Ribbentrop y el agregado militar japonés en Berlín, el general Hiroshi Oshima, negociaron las líneas generales de un pacto antisoviético entre Alemania y Japón. De acuerdo con su concepción original, este debía incluir a Polonia y el Reino Unido, los otros enemigos tradicionales de la URSS. Al final ninguno de los países se unió al pacto, pero el gobierno británico, en particular, no criticó ni desalentó públicamente la idea de este.

En lo que respecta a los dirigentes soviéticos, la naciente política de apaciguamiento británica suponía un estímulo específico para Alemania, siempre que se expandiera hacia el este.

Desde la perspectiva de Stalin, este pánico bélico era diferente de los que lo habían precedido. Hasta ahora, Polonia había sido el principal obstáculo para el éxito de las coaliciones anticomunistas, con Francia, Alemania y el Reino Unido incapaces de ponerse de acuerdo sobre su futuro. En cambio ahora, según la información que Stalin recibía de sus servicios de inteligencia, Polonia, con la bendición del Reino Unido, tenía una alianza firme con Alemania, sin que los franceses, impotentes y marginados, pudieran hacer nada al respecto. A diferencia de lo ocurrido en los primeros años del régimen nazi, los preparativos diplomáticos y militares para la guerra de los alemanes eran ahora menos secretos, más abiertos, más seguros y más agresivos. A medida que los acontecimientos fueron desarrollándose en los meses siguientes, la amenaza de la guerra parecía cada vez más real. El fracaso francés a la hora de impedir la remilitarización de Renania en marzo de 1936 evidenció todavía más que el pacto franco-soviético de poco había servido para contener a Alemania. Más significativo aún fue el hecho de que, poco después de estallar la guerra civil española en el verano de 1936, el conflicto se convirtiera en una guerra por poderes entre los nazis, que apoyaron al bando nacional, y la Unión Soviética, que respaldó a los republicanos. En lo que respecta a Stalin, la guerra que había estado anticipando durante los últimos quince años finalmente había empezado. La alineación de las fuerzas fue la prevista por él. Italia respaldó con firmeza a Alemania, mientras que las demás potencias, en particular el Reino Unido y Francia, no se involucraron de forma directa. Era sensato esperar que ocurriera lo mismo en caso de una guerra contra la URSS.

Los informes de los servicios de inteligencia procedentes del extranjero que recibía Stalin pintaban un panorama profundamente inquietante de preparativos para una guerra contra la Unión Soviética, pero ese paisaje resultaba aún más preocupante a la luz de acontecimientos que por entonces tenían lugar en el país. Justo en ese mismo momento, los dirigentes soviéticos se enfrentaban a la posibilidad de que espías de

Alemania, Polonia y demás enemigos importantes se hubieran infiltrado en la URSS y estuvieran preparando una quinta columna para la guerra que se avecinaba. Durante años, las autoridades soviéticas habían concedido asilo a comunistas extranjeros que habían sufrido persecución política en sus países de origen. Dado que su nivel educativo solía ser relativamente alto, a menudo esos «hermanos» comunistas recibían posiciones prominentes en la industria, el Partido, la Komintern y los organismos de inteligencia. En 1932, el régimen había recibido las primeras señales de que algunos de esos inmigrantes políticos podían no ser lo que aseguraban. Los laxos procedimientos para la aceptación de los inmigrantes crearon una oportunidad para que los gobiernos extranjeros y otros grupos hostiles plantaran a sus agentes en la URSS con una facilidad desafortunada. En 1932 se inició un proceso de verificación, pero no había ni una prueba fiable que permitiera demostrar si un inmigrante dado era un refugiado real o no, de modo que las dudas persistieron, y se agudizaron, después del asesinato de Kírov. En febrero de 1935, el jefe de la Komintern, Gueorgui Dimitrov, pidió una purga completa de la comunidad inmigrante. Los llamamientos a hacerlo se intensificaron pocos meses más tarde, cuando la red entera de la inteligencia militar soviética en Polonia fue traicionada.[1] Dada la importancia de Polonia para la invasión que los soviéticos esperaban, lo ocurrido parecía una prueba concreta no solo de la existencia de espías extranjeros muy bien situados, sino también de que estos se estaban preparando para la confrontación.

Era necesario inscribir de nuevo a todos los expatriados políticos e investigarlos a fondo. Dado que no existía información fidedigna sobre el número de inmigrantes, el Comité Ejecutivo de la Komintern realizó un «censo» a principios de 1936 que concluyó que, desde 1920, más de treinta y cinco mil se habían establecido en la URSS, y que de ellos unos dos mil seiscientos eran alemanes y dos mil, polacos. Al mismo tiempo, las autoridades se dieron cuenta de que nunca se había mantenido un registro fiable de esta población, de modo que cientos, si no miles de ellos, podían escapar del proceso de reinscripción. Eso hizo aparecer el fantasma de decenas de agentes extranjeros ubicados en cargos de importancia en los aparatos del Estado y el Partido. El departamento de cuadros de la

Komintern compensó en parte esa pifia espantosa elaborando largas listas de quienes tenían un historial no precisamente impecable: aquellos con orígenes de clase inapropiados, los que tenían vínculos con los grupos de la oposición, los que habían ocupado cargos en partidos o movimientos no comunistas, etcétera.[2]

Las preocupaciones de Stalin no terminaban ahí. La investigación del asesinato de Kírov había pintado, para mediados de 1935, un cuadro inquietante de la actividad clandestina de la oposición. Las detenciones de «zinovievistas» en Leningrado y el posterior agujero de seguridad descubierto en el Kremlin habían renovado las especulaciones de que antiguos miembros de la oposición, entre ellos Lev Kámenev y Grigori Zinóviev, habían mentido en sus juramentos de lealtad a Stalin y sus políticas y seguían organizando una resistencia que abarcaba planes para el asesinato de los dirigentes soviéticos y un cambio fundamental del rumbo político. Los acusados negaron la participación en cualquier conspiración, pero muchos otros antiguos opositores, no tan prominentes, seguían siendo profundamente hostiles al régimen de Stalin y fueron menos cuidadosos con aquellos con quienes se reunían y discutían sus opiniones políticas. Las detenciones parecieron revelar una idea clave común en lo que ellos pensaban que eran conversaciones privadas y que como tales se mantendrían, a saber, que había que cambiar la actual jefatura del Partido por la fuerza si fuera necesario, un eco de las declaraciones que Trotski hacía desde el exilio. Dada la solidez de la posición de Stalin, semejantes afirmaciones eran, con toda probabilidad, la expresión de una esperanza, un anhelo, más que el esquema de un plan de acción. Y dado que muchos compartían la sensación de que la guerra era inminente, no era sorprendente que algunos hubieran especulado que una invasión extranjera desestabilizaría el gobierno de Stalin y les brindaría una oportunidad para volver al poder. Por supuesto, dadas las técnicas interrogatorias empleadas por el NKVD, es casi seguro que existe una brecha entre lo que los antiguos opositores hicieron y pensaron realmente y lo que confesaron. Y sin embargo, no hay pruebas que indiquen que Stalin dictó el contenido de las confesiones como parte de algún plan cuidadosamente urdido para deshacerse de quienes en otra época habían sido sus rivales y otros viejos

bolcheviques. Por el contrario, los documentos contemporáneos están salpicados con las expresiones de sorpresa y asco de los líderes soviéticos ante lo que revelaban las transcripciones de los interrogatorios llevados a cabo por el NKVD.

Las investigaciones revitalizaron no solo la vigilancia de los antiguos opositores dentro de la URSS, sino también el interés por las actividades de León Trotski en el extranjero. Aunque por lo general se daba por hecho que contaba con una red de agentes en la Unión Soviética, seguía siendo un misterio cuán grande, organizada y activa era. En el verano de 1935, Stalin no estaba del todo convencido de que esa gente supusiera una amenaza significativa para él y para la revolución; no obstante, estuvo de acuerdo en que la nueva depuración del Partido (la campaña de «verificación de documentos del Partido») debía incorporar medidas encaminadas a poner al descubierto la actividad de los opositores. Mientras que Stalin seguía viendo con escepticismo la cuestión, se estaba librando una batalla tras bambalinas entre Guénrij Yagoda, el jefe del NKVD, y Nikolái Yezhov, el jefe del departamento de cuadros del Comité Central.[3] El conflicto había comenzado durante la investigación del asesinato de Kírov, en la que ambos estuvieron muy involucrados. El atentado puso a Yagoda en una posición incómoda al tener que explicar por qué el NKVD de Leningrado no había sido capaz de prever que la vida de Kírov estaba en peligro. El jefe del NKVD culpó a la juventud e inexperiencia relativas de los cuadros en la sección regional, pero insistió en que la purga de «zinovievistas» en la organización de Leningrado, entonces en curso, era una respuesta suficiente. Yezhov, por su parte, llegó a la conclusión de que el NKVD en su conjunto (y no solo la sección de Leningrado) no estaba capacitado para la tarea de defender a los líderes soviéticos de ataques similares en el futuro. Una revisión de los archivos relativos al personal del NKVD reveló que los agentes que formaban la red se reclutaban para llenar unos cupos fijos y que eran contratados sin someterlos a un escrutinio apropiado, de modo que la organización no solo estaba repleta de gente incompetente y corrupta, sino que el riesgo de infiltración por parte de los enemigos del régimen era alto. Yezhov le dijo a Stalin que en su opinión las medidas adoptadas por Yagoda no eran adecuadas y que las vidas de los dirigentes

soviéticos seguían corriendo un grave peligro, en particular por la amenaza que suponían los opositores que no habían renunciado a la lucha contra la jefatura de Stalin. Seis meses más tarde, la revisión de la seguridad del Kremlin dio peso a las críticas que Yezhov había hecho de Yagoda al dejar al descubierto, en teoría, otra conjura de antiguos opositores con el fin de asesinar a dirigentes soviéticos. En junio de 1935, en su exposición sobre el problema ante el pleno del Comité Central, Yezhov argumentó que la investigación había establecido que Zinóviev y Kámenev no eran meramente «cómplices morales» de los intentos de asesinar a dirigentes soviéticos por fomentar una atmósfera de disconformidad, sino que, insistió, estaban directamente involucrados tanto en el asesinato de Kírov como en la trama del Kremlin. No obstante, las resoluciones del pleno evidencian con claridad que su superteoría de la conspiración no triunfó; lo que sí consiguió fue propinar un golpe considerable a Yagoda y el NKVD, a los que se advirtió que no debían ser complacientes en la erradicación de los opositores y demás enemigos del régimen.[4]

Cuando comenzó la verificación de carnés del Partido, Yezhov ordenó que los verificadores se mantuvieran especialmente alerta en relación con la identificación de los enemigos ocultos del régimen. Su discurso en una conferencia de secretarios regionales del Partido en septiembre evidenció a las claras que no solo no había abandonado sus ideas acerca de la conspiración, sino que, por el contrario, ahora incluía en ella tanto a los trotskistas como a las potencias extranjeras:

> Una cosa está fuera de discusión: me parece que no cabe duda de que los trotskistas tienen un centro en algún lugar de la URSS. Es imposible que un centro trotskista en el extranjero, situado relativamente lejos de la URSS y mal informado sobre nuestra situación, es imposible, digo, que tal centro dirija con tanto detalle a las organizaciones trotskistas que por desgracia han resistido en nuestro país y que nosotros creíamos que habían sido aplastadas.
>
> En todas partes los métodos son los mismos que los utilizados por los trotskistas que se han mantenido en nuestro partido. Los trotskistas intentan a toda costa permanecer en el Partido. Se esfuerzan por infiltrarse en este empleando todos los recursos. Su primera estrategia es permanecer a toda costa dentro de él, dar voz en todas partes a la línea general, hablar en todas partes a favor de ella, mientras que, en realidad, llevan a cabo su trabajo subversivo. Pero, no obstante, a veces sucede que un trotskista comete un desliz, se le pilla y es expulsado, en cuyo caso toma todas las medidas para escapar con el carné del Partido. Siempre tiene guardada una tarjeta de inscripción, así que se acerca a otra organización y se registra. Cada una de esas

> personas ha sido expulsada tres o cuatro o incluso cinco veces. Se mueven de una organización a otra; tenemos bastantes personas así. Los trotskistas intentan a toda costa conservar su carné del Partido [...].
>
> [N]o hay mejor fachada para el espionaje y las operaciones subversivas que un carné del Partido, y ellos se apoyan en ese hecho. Por esa razón, es necesario esconderse detrás del carné a toda costa. Y utilizaron todos los medios de engaño disponibles para obtener carnés del Partido para los espías y los saboteadores. Podemos afirmar sin vacilación que los polacos, los finlandeses, los checos y los alemanes han estado apostando abiertamente por eso [...].[5]

Algunas de las «pruebas» que sustentaban las afirmaciones de Yezhov provenían de la campaña de verificación de carnés del Partido, pero no eran directas. Su exigencia de que los verificadores se mantuvieran vigilantes tenía por objeto obligarlos a «desenmascarar» a los espías, los trotskistas y los zinovievistas, pero, como él mismo sabía, las comisiones de purga locales no siempre respondían demasiado bien a tales demandas. La principal preocupación de esas comisiones era, por lo general, limitar el efecto perjudicial que tenían las purgas en la cohesión de sus organizaciones y, en particular, proteger las camarillas de poder. Por consiguiente, menos del 3 por ciento de los expulsados en la campaña de verificación pertenecían a la clase de opositores que Yezhov había pedido desenmascarar. Y muy pocos de ellos a los niveles altos de la jerarquía del Partido. Como es evidente, quienes tenían una posición elevada consiguieron desviar la fuerza de la purga a las bases. Yezhov era consciente de eso, y se quejó a Stalin al respecto,[6] pero, por el momento, podía permitirse posponer esa batalla. La investigación sobre el paradero de los expatriados políticos «sospechosos», en la que colaboraba la Komintern y que de algún modo estaba relacionada con la campaña de verificación de documentos, le proporcionó una rica veta de material para sus teorías de la conspiración. A medida que aquellos fueron arrestados y obligados a confesar crímenes contra el régimen, Yezhov recogía sus relatos y los transmitía a los líderes del Partido. Yagoda y el NKVD continuaron insistiendo en que la conspiración era pequeña y en que, de hecho, estaba más o menos contenida. Eso solo sirvió para alentar a Yezhov, que estaba decidido a demostrar que el jefe del NKVD se equivocaba, si bien seguía sin poder convencer a Stalin de sus tesis.

Su momento llegó a principios de enero de 1935. En el espacio de pocos días, Stalin recibió informes sobre un grupo terrorista «trotskista» en Moscú y sobre un grupo terrorista «zinovievista» independiente en Leningrado. Se le dijo que el primero había planeado asesinarlo en el aniversario de la revolución de octubre, durante las celebraciones que tendrían lugar en la Plaza Roja. El último era un vestigio de la investigación relativa al asesinato de Kírov, que seguía encontrando a otros que como Nikoláiev supuestamente habían sido instigados a cometer actos de terrorismo por Kotolinov, lo que incluía, como era de esperarse, el asesinato de líderes soviéticos.[7] En la misma semana, se informó a Stalin de la detención de V. P. Olberg. Olberg era uno de los miles de expatriados políticos «sospechosos» que la Komintern estaba tratando de localizar. Como comunista alemán víctima de la persecución nazi, había solicitado y recibido asilo político en la URSS. El hecho de que la solicitud fuera aprobada sin referencia al expediente que la Komintern tenía sobre él, y en el que figuraba que había sido expulsado del Partido Comunista alemán (KDP) en 1932, constituía una demostración de los problemas que lastraban los registros del proceso de asilo soviético. De manera significativa, la investigación del KDP había llegado en su momento a la conclusión de que Olberg mantenía una amplia correspondencia con Trotski y su hijo Sedov, que los había ayudado a contactar con sus partidarios en la Unión Soviética y otros países, y que además participaba en la producción y distribución del periódico del primero, el *Boletín de la oposición*.[8] Pasar por alto el expediente y aceptar la solicitud de asilo de Olberg fue una pifia de la que se responsabilizó en gran medida al NKVD. Pero su arresto e interrogatorio resultaron todavía más perjudiciales. Al final Olberg confesó que en su nuevo hogar en la URSS continuaba recibiendo órdenes de Trotski, en particular para la preparación de un atentado contra la vida de Stalin. En conjunto, los tres informes infligieron un grave golpe a la afirmación de Yagoda de que el NKVD estaba conteniendo de forma eficaz las amenazas contra el régimen. Olberg era solo uno de los miles de expatriados políticos sospechosos, la mayoría de los cuales ni siquiera habían sido todavía localizados. Lo más significativo, sin embargo, fue que los informes hicieron que la idea de Yezhov de una superconspiración pareciera menos

disparatada. Ahora resultaba más verosímil que los trotskistas, los zinovievistas y los agentes extranjeros estuvieran conectados; que la conjura era más amplia de lo que Yagoda aseguraba; y que el asesinato de Kírov era solo el anuncio de una campaña para derrocar el régimen de Stalin. En tales circunstancias, era razonable que este renovara la investigación sobre la antigua oposición de izquierda y pusiera a Yezhov al frente.

Fue una decisión catastrófica, pues dio a Yezhov rienda suelta, muy suelta, para construir las «pruebas» de la conspiración y nuevas oportunidades para defender sus teorías al más alto nivel. Aunque no hay forma de saberlo con certeza, es probable que Yagoda tuviera razón en que las amenazas al régimen estaban bajo control. Haberlas las había, por supuesto. Entre quienes habían pedido asilo político posiblemente había algunos que estaban espiando para las potencias extranjeras u ocultando intenciones hostiles hacia el régimen de otro tipo. Gracias a los documentos personales de Trotski sabemos que contaba de verdad con una red de informantes en la URSS.[9] Pero incluso sin acceso a esos documentos resulta bastante claro que las historias que publicaba en su *Boletín* y otros escritos hubieran sido imposibles sin la colaboración de informantes bien situados. No sabemos quiénes eran esos informantes, pero casi con certeza salieron de entre los miles de revolucionarios comprometidos que habían ligado su destino a las oposiciones de la década de 1920. Cuando estas fueron derrotadas, sus seguidores fueron obligados a renunciar a sus opiniones «equivocadas» y firmar profesiones de lealtad a la línea política de Stalin si querían seguir perteneciendo al Partido. Muchos lo hicieron, no porque pensaran que Stalin tenía razón, sino porque la vida fuera del Partido les resultaba inconcebible. Stalin, por su parte, no era tan ingenuo como para creer que todas esas profesiones de lealtad eran sinceras, pero probablemente pensó que limitarían de forma importante la actividad de la oposición. La dimensión pública del cambio de bando hacia la mayoría de Stalin a finales de la década de 1920 minó la voluntad de lucha de los opositores, pero las crisis económicas, políticas y diplomáticas posteriores alentaron a muchos a considerar que, después de todo, tal vez podrían derrocar a Stalin. No obstante, Yagoda probablemente tenía razón en que no

estaban en condiciones de hacer realidad ese sueño. Que muchos se reunieron y sostuvieron conversaciones «políticas» parece probable. Es lógico que hubieran expresado su hostilidad hacia Stalin e intercambiado información sobre lo que estaban haciendo sus antiguos aliados. Y es muy factible que algunos hubieran conversado sobre situaciones hipotéticas, como el advenimiento de la guerra, que podían desestabilizar al régimen de Stalin y abrirles un camino para el regreso al poder. Todos los bolcheviques, tanto en el poder como en la oposición, entendían que la primera guerra mundial había hecho temblar el dominio de la autocracia y creado así el contexto en el que consiguieron hacerse con el bastón de mando. Era apenas natural que ahora unos y otros consideraran las implicaciones de la guerra que se avecinaba para el régimen de Stalin. Y dado que estos revolucionarios habían arriesgado la vida y la libertad en la lucha contra un sistema político odiado dos décadas atrás, no podemos descartar que algunos de ellos pudieran haber planeado algún tipo de acción concreta.

En sus primeros tres meses al cargo de la investigación, Yezhov supervisó la detención de quinientos ocho expatriados políticos y antiguos opositores. Como se podría prever, el testimonio de los acusados, obtenido bajo tortura, tendió a confirmar las teorías en extremo conspirativas de Yezhov. Los inculpados confesaron que las reuniones que mantenían formaban parte de un esfuerzo más grande para construir, o reconstruir, una organización política capaz, en última instancia, de derrocar al régimen. Bajo la supervisión de Yezhov, las conversaciones se presentaron luego como esfuerzos programáticos para atraer a la organización a aquellos que abrigaban dudas y vacilaciones acerca de la línea del Partido y usarlos para cometer actos de terrorismo y sabotaje.[10] A primera vista, esto suena como una manipulación pura y cínica de las pruebas para construir un escenario conspirativo que se adecuara a los propósitos de Yezhov, pero el relato generado por los interrogadores y los acusados desafía las interpretaciones fáciles.

En 1935, Zinóviev y Kámenev habían reconocido su «complicidad moral» en el asesinato de Kírov. Ambos aceptaron el poder de sus ideas para motivar a otros a la acción y cambiar el curso de la historia. Los bolcheviques compartían una fuerte creencia en el poder de las ideas. Eran

ellas las que los habían llevado al poder y logrado movilizar a la clase trabajadora. Los opositores acusados se encontraban en las celdas del NKVD porque estaban comprometidos con sus ideas y, con frecuencia, compartían la creencia de sus interrogadores de que sus conversaciones «políticas» tenían el poder de incitar a la acción política aunque ellos mismos no estuvieran directamente involucrados en la organización de asesinatos o actos de sabotaje. Ellos nunca iban a negar el poder de las ideas. Al mismo tiempo, el hecho de estar detenidos les dejaba claro que su vida política había llegado a su fin. Seguían estando comprometidos de forma apasionada con la revolución, o al menos con su visión de ella, pero entendieron que no volverían a tener la oportunidad de explicar sus acciones con sutilezas o matices. La lucha política siempre había sido polémica. Desde el principio mismo de la sucesión de Lenin, la mayoría y la oposición habían exagerado y caricaturizado sin piedad las opiniones del otro como antileninistas y perjudiciales para la revolución. Y eran conscientes de que ahora se verían obligados a firmar «confesiones» y que esos documentos serían casi con total seguridad el testimonio definitivo de su papel en la revolución. Ese testimonio no reflejaría que habían luchado por su visión de la revolución y no por la de Stalin. Solo los mostraría como estando «a favor» (en caso de que aceptaran proporcionar al régimen admisiones rastreras de sus errores y delitos) o «en contra» de ella. Para algunos era muy importante no ser recordados como contrarrevolucionarios. De hecho, es posible que varios de ellos sintieran cargos de conciencia cuando se les recordó que estaban luchando contra el régimen en un momento en que este se preparaba para una gran confrontación con el fascismo. Otros negaron la existencia de cualquier tipo de conspiración, incluso cuando se enfrentaron a un careo judicial (*ochnaia stavka*) con un amigo o colega que insistía en que habían desempeñado un papel esencial en ella. Sin embargo, para otros, las torturas, o la amenaza de estas, y las intimidaciones a sus familias estaban más allá de lo que podían soportar. Aunque la firma de una confesión adornada por los interrogadores del NKVD no garantizaba nada, por lo menos ofrecía un final, así solo fuera temporal, a la pesadilla. En resumen, no sabemos en realidad cuán lejos llevaron los opositores su resistencia al régimen de Stalin, o cómo

reaccionaron individualmente a la detención y los interrogatorios. Tenemos una idea bastante precisa de los métodos que empleaba el NKVD, pero sabemos muy poco acerca de cómo absorbieron y procesaron la información que obtuvieron mediante las torturas. Sin embargo, sobre lo que no cabe duda es que el núcleo de los testimonios referentes a la conducta de los opositores fue un material explosivo en manos de Yezhov, el architeórico de la conspiración.

De forma periódica Yezhov distribuía al politburó los resultados de los interrogatorios y los careos judiciales, incluyendo las confesiones y los desmentidos. Los miembros del politburó eran muy conscientes de los métodos del NKVD y la problematicidad de los resultados. A comienzos de enero de 1937, en una conversación con el escritor alemán Lion Feuchtwanger, Stalin defendió la confianza en las confesiones con el argumento de que formaban parte de la tradición jurídica anglosajona y que el régimen estaba luchando contra «conspiradores experimentados [...] [que] no dejan a sus espaldas un rastro de documentos en su trabajo. Cuando son puestos al descubierto por su propia gente, se ven obligados a admitir su culpa».[11] En ámbitos más privados, en cambio, tanto él como su círculo íntimo habían criticado a la policía política por la confianza excesiva en las confesiones forzadas. No era una fuente ideal, reconocían, pero resultaba necesaria en tiempos de crisis.[12] No tenían sistema ni método establecido para medir la fiabilidad de las confesiones, solo la confianza en su «intuición revolucionaria» (*revoliutsionnoe chute*). Durante un tiempo, Yagoda intentó convencer a Stalin de que Yezhov estaba exagerando las pruebas,[13] pero Stalin lo ignoró. Su juicio personal, es decir, su instinto revolucionario, le decía que la conspiración pintada por Yezhov tenía sentido y valía la pena continuar indagando en esa dirección, no solo en el contexto de los informes sobre grupos terroristas y tramas de asesinato que había recibido durante el invierno sino desde una perspectiva más amplia: su percepción de las acciones e intenciones de los enemigos internos y externos durante más de una década.

No era el único. Los miembros del politburó compartieron su reacción a las transcripciones de interrogatorios en la primavera y el verano de 1936. Para ellos, bajo la dirección de Yezhov, las cámaras de tortura del NKVD

estaban produciendo resultados que tenían toda la apariencia de ser verdad. Por ejemplo, mientras Stalin disfrutaba de sus vacaciones de verano, Kaganóvich le escribió desde Moscú:

> Leí el testimonio de los sinvergüenzas Dreitser y Pikel. Aunque ya era bastante claro, en este revelan con gran detalle el verdadero rostro criminal de los asesinos y provocadores Trotski, Zinóviev, Kámenev y Smirnov. Ahora está absolutamente claro que Trotski, esa puta mercenaria, era el líder de la banda. Ya es hora de declararlo «fuera de la ley», y fusilar a los otros bastardos que tenemos aquí.

Sobre las mismas transcripciones, Stalin escribió a Voroshílov:

> ¿Ha leído el testimonio de Dreitser y Pikel? ¿Qué piensa usted de los perros burgueses (*burzhuaznie shchenki*) del bando de Trotski-Mrachkovski-Zinóviev-Kámenev? Quieren «eliminar» a todos los miembros del politburó, esos, por decirlo suavemente, ¡gilipollas! (*zasrantsi*). Es ridículo, ¿no es así? Las profundidades en las que la gente puede hundirse [...].

Voroshílov respondió:

> Lo que han hecho es absolutamente intolerable [...]. Esa escoria venenosa y vil debe ser destruida por completo. Lo único que me molesta es que esos Dreitser y Pikel eran caballeros bien conocidos. No prestamos suficiente atención y ellos lograron cavarse una trinchera [...]. Ahora el NKVD tiene que hacer una buena purga.[14]

Hacia junio de 1936, el politburó se había pronunciado a favor de un juicio público de los opositores acusados. A finales de julio, envió una carta secreta a las organizaciones locales para informarles de la decisión de celebrar el juicio y de las conclusiones más llamativas de la investigación. La misiva señalaba que si bien en 1935 Zinóviev y Kámenev habían admitido su «complicidad moral» en el asesinato de Kírov y aceptado que sus ideas opositoras habían inspirado a Nikoláiev, después había quedado claro que en realidad estaban *directamente* involucrados, y no solo en el asesinato de Kírov, sino en la construcción de una red de organizaciones terroristas a lo largo y ancho de la URSS con el objetivo fundamental de asesinar a los dirigentes soviéticos, incluido Stalin. Citando apartes de la transcripción del interrogatorio de S. V. Mrachkovski, la carta continuaba relatando que a mediados de 1932 los líderes de la oposición de izquierda, Trotski, Shatskin y Lominadze, se habían unido al grupo de Zinóviev y Kámenev para formar un bloque unido. Y citando la transcripción del

interrogatorio de Dreitser que tanto había indignado a Kaganóvich, Voroshílov y Stalin, el correo señalaba que el bloque trotskista-zinovievista había perdido «todos los escrúpulos» y utilizaba incluso a guardias blancos, servicios de inteligencia extranjeros, organizaciones de policía secreta de otros países (incluida la Gestapo), espías y provocadores para llevar a cabo su programa de terrorismo.[15]

Como Stalin continuó de vacaciones en Sochi todo el verano y mantuvo la correspondencia con Kaganóvich y Yezhov, tenemos un testimonio adicional de sus impresiones sobre el juicio mismo. En la carta que le envían el 20 de agosto de 1936, sus corresponsables observaban que los acusados no solo habían confirmado los detalles de la investigación previa al juicio, sino que además habían surgido pruebas nuevas y convincentes de sus acciones. Smirnov, señalaban, había intentado minimizar su participación en las acciones terroristas, pero los demás acusados habían «dejado al descubierto sus mentiras» en el curso del interrogatorio. Asimismo, en lo que quizá es el aspecto más significativo de la carta, le contaban a Stalin que Reingold había implicado a otros antiguos miembros de la oposición de izquierda como G. L. Piatakov (entonces vicecomisario del pueblo para la industria pesada) y Karl Rádek (un destacado consejero de Stalin en materia de política exterior y miembro de la junta editorial del periódico de circulación nacional *Izvestia*), así como a los líderes de la antigua oposición de derecha: Nikolái Bujarin, Alekséi Ríkov y Mijaíl Tomski.

Cuando la prensa nacional difundió las acusaciones, Bujarin respondió de manera muy decidida. Escribió una carta a Stalin y a los demás miembros del politburó manifestando que era completamente inocente. El escrito es un documento fascinante, y al igual que muchísimas otras fuentes del período plantea tantos interrogantes como los que responde. La fuerza creciente de las investigaciones sobre las actividades de la antigua «oposición de izquierda» debió de haber resultado desasosegante para cualquiera que se hubiera opuesto públicamente a la mayoría del politburó en la década de 1920. ¿Hasta dónde podía el NKVD lanzar su red? Incluso antes de que empezara el juicio, Bujarin era consciente de que la sombra de la sospecha que lo seguía desde finales de la década pasada se estaba

tornando más oscura.[16] En la carta, reiteraba de forma contundente la posición que había expresado ya antes del juicio, a saber, que los líderes de la izquierda eran culpables y merecían ser castigados. Luego proponía que quienes lo acusaban desde la izquierda lo hacían

> 1. Para mostrar [...] que «ellos» no estaban solos.
> 2. Mejorar sus escasas probabilidades de que se les muestre misericordia con una exhibición de honestidad extrema («descubrir» a personas fuera del grupo permite potencialmente ocultar a algunos de los propios).
> 3. Un objetivo subsidiario: vengarse de aquellos que de alguna manera llevan una vida política activa [...].

Los argumentos no eran particularmente convincentes. La carta proseguía afirmando su compromiso con Stalin y la línea del Partido en términos tan obsequiosos que corrían el riesgo de evocar el recuerdo de las críticas expresadas a finales de la década de 1920:

> Solo un tonto (o un traidor) ignoraría sus triunfantes hitos: la industrialización, la colectivización, la destrucción de los kuláks, dos planes quinquenales magníficos, la preocupación por el hombre común, el dominio de la tecnología y el estajanovismo, el aumento de la prosperidad, la nueva Constitución. Solo un tonto (o un traidor) no entendería que, inspirado y dirigido por la mano de hierro de Stalin, el país ha hecho un salto hacia adelante digno de un león.

Con todo, el principal propósito de la misiva, y su argumento de mayor peso, era proporcionar pruebas de que él había roto relaciones con sus antiguos camaradas de la derecha y que rara vez se encontraba con alguno de los antiguos opositores de la izquierda, de modo que no solo no tenía *deseo* alguno de actuar contra el régimen, sino que tampoco había tenido la *oportunidad* de hacerlo.

Bujarin estaba haciendo todo lo posible para evitar el destino de Zinóviev y Kámenev, y preservar su lugar en la «vida política», por usar su propia expresión. Sabemos que se tomó tres días para redactar el mensaje y, por tanto, que tuvo tiempo de considerar qué tono y qué enfoque le convenían más dadas las circunstancias. ¿Le pasó por la cabeza que, como han afirmado tantos historiadores, Stalin había ordenado al NKVD que le pusiera una trampa con el fin de destruirlo políticamente? Aunque no tenemos modo de conocer su reacción más íntima ante las acusaciones a las

que se enfrentaba, es posible aventurar cierta especulación ponderada. En la amplia correspondencia de Bujarin con Stalin a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 no faltan los episodios de tensión y enojo, pero en su mayor parte es formal y ocasionalmente, incluso en la década de 1930, amistosa.[17] Partiendo de ello podemos decir que tenía pocas razones para pensar que Stalin estaba haciendo algo más que reaccionar a las «pruebas» presentadas durante el juicio. Un correo más privado, enviado a su antiguo amigo Kliment Voroshílov, el [también] miembro del politburó, refuerza esa impresión, pues revela cuán desesperado estaba Bujarin por saber, sencillamente, si Stalin y el resto del politburó creían de verdad las acusaciones vertidas sobre él.[18]

En este sentido, cabe preguntarse si Bujarin creía que los miembros de la antigua oposición de izquierda habían estado conspirando contra el régimen. Una vez más, se trata de algo que no podemos saber con certeza, pero sí sopesar las posibilidades. Si descreía de la existencia de la conspiración, no podía decirlo públicamente. Stalin y los demás miembros del Politburó no habrían tolerado un desafío tan directo a sus acciones, en especial en el período inmediatamente posterior al juicio de agosto de 1936. Pero no hay que olvidar que en el otoño de 1927, cuando el NKVD informó a la jefatura soviética de que la izquierda planeaba orquestar un golpe de Estado, él era todavía miembro del Politburó. En 1932 Zinóviev se acercó a él para proponerle formar un bloque que se opusiera a Stalin. Además, recibía los boletines de la agencia de telégrafos soviética reservados a la cúpula del Partido, por lo que debía de estar enterado de las acciones de Trotski en el extranjero. Conocía a muchas personas, muchas más de lo que probablemente habría preferido, que despreciaban a Stalin y habrían celebrado su caída. Por ende, es del todo verosímil que hubiera compartido con Stalin y su círculo íntimo la sensación de que tal conspiración podía ser real.[19] En conclusión, si incluso quienes estaban bajo sospecha creían en esa posibilidad, la «investigación» de Yezhov estaba destinada a proseguir.

En el período inmediatamente posterior al juicio de agosto, la prensa se mantuvo relativamente contenida; daba a entender que los principales conspiradores habían sido capturados, pero que era necesario mantener una «vigilancia» continua no fuera a ser que otros enemigos permanecieran

ocultos. Tras bambalinas, Yezhov no perdió tiempo y amplió la investigación a los colegas de Piatakov, Rádek, Ríkov, Bujarin y los demás implicados en agosto. La reacción de Kaganóvich a un careo judicial de Ríkov y Bujarin con G. Y. Sokólnikov llevado a cabo a mediados de septiembre sugiere que los miembros del politburó aún no tenían una decisión tomada. En una carta a Stalin, escribió:

> Sokólnikov parecía un bandido criminal resentido, refirió los planes de asesinato sin la menor vergüenza y la participación de ellos a grandes rasgos. Ríkov estuvo contenido y preguntó si sabía de su [de Ríkov] participación por Tomski o por alguna otra persona. Al enterarse de que conocía los vínculos de Ríkov con Zinóviev y Kámenev solo por Tomski y Kámenev [para entonces ambos estaban muertos, JH] se calmó en el acto y pasó al ataque. Pero tanto Ríkov como Bujarin se concentraron en los últimos años, evitando todo lo relacionado con 1931-1933 [...]. Me queda la impresión de que quizá no existían vínculos organizacionales directos con el bloque trotskista-zinovievista, pero que en 1932-1933, y acaso después, estaban informados de lo que planeaba Trotski. Parecería que ellos, los derechistas, tenían una organización propia que permitía a los subgrupos actuar por sí mismos (*dopuskaia edinstvo deistvii snizú*) [...]. Tenemos que buscar una organización de derecha clandestina. Está ahí. Creo que el papel de Ríkov, Bujarin, y Tomski quedará al descubierto.

En ningún momento consideró Kaganóvich que la extraña conducta de Sokólnikov pudiera ser consecuencia de la presión de los interrogadores del NKVD. El hecho de que Ríkov se relajara cuando se le dijo que la información en su contra provenía de un hombre muerto resulta más ambiguo. ¿Importaba eso si él de verdad no conspiraba contra el régimen? No obstante, hay que insistir una vez más en que las cámaras de torturas del NKVD generaban toda clase de testimonios. Con todo, la reacción de Kaganóvich demuestra de nuevo que los líderes del Partido no cuestionaban la validez de las pruebas obtenidas mediante la tortura. Stalin observaría más adelante que en la época de ese careo judicial él se inclinaba por creer a Ríkov y Bujarin, pero que el flujo continuo de testimonios en contra de ambos (remitidos por Yezhov, por supuesto) hizo que fuera difícil confiar en sus declaraciones de inocencia. No ayudó que, cuando se discutió el caso en el pleno del Comité Central de diciembre, Ríkov sufriera repetidos episodios de lo que parecía ser una pérdida de memoria «conveniente» en relación con ciertos incidentes sospechosos, en particular el conocimiento que tenía de la plataforma de Riutin. La intervención de Bujarin le resultó a muchos de los delegados legalista y evasiva. Causó una mala impresión que

admitiera que necesitó dos o tres años para adaptarse a la línea del Partido después de que renunciara a sus puntos de vista opositores. Y después de insistir en el verano en que no se había reunido con colegas y seguidores de la antigua oposición de derecha desde principios de la década de 1930, tuvo que retractarse de ello, y no solo en parte. A medida que se acumulaban los testimonios acerca de esas reuniones, además de las pruebas de que algunos de sus conocidos eran virulentamente hostiles al régimen estalinista, empezó a sostener que no había informado sobre ellos o sus opiniones al Comité Central porque deseaba convencerlos de que apoyaran la línea del Partido.[20]

A lo largo del verano y parte del otoño de 1936, Stalin y su círculo íntimo estaban dispuestos a creer que la conspiración contra el régimen había sido puesta al descubierto a grandes rasgos. Los comentarios de prensa sobre el juicio sugerían que la antigua oposición había quedado «hecha añicos» y que la total falta de apoyo en el país la había empujado a cometer actos de terrorismo. Los opositores «no tienen ninguna base social en el país y carecen de cualquier cantidad significativa de seguidores».[21] Sin embargo, el flujo de nuevas «pruebas» proporcionado por Yezhov y el NKVD los disuadió de poner fin a la investigación. En vez de concluir que el trabajo de Yezhov estaba hecho, Stalin lo nombró comisario para Asuntos Internos en reemplazo de Yagoda. Como hemos visto, esto no fue consecuencia de un plan para allanar el camino para acabar con Bujarin y otros «viejos bolcheviques»; ocurrió porque a lo largo y después del juicio de agosto Yezhov finalmente consiguió convencer a Stalin de que no se podía confiar en Yagoda para proteger al régimen de sus enemigos.[22]

Yezhov llevaba meses, si no años, codiciando el puesto de Yagoda, y no vaciló en afirmar su autoridad. Casi de inmediato comenzó a reemplazar a cientos de altos funcionarios del NKVD con nombramientos que aprobaba personalmente. Hasta cierto punto, lo que hizo fue, sencillamente, sustituir a los hombres de Yagoda por un personal que tenía más probabilidades de serle leal a él, pero había mucho más. La carrera de Yezhov, ahora con claridad en alza, había sufrido un serio revés el año anterior debido a las deficiencias de la campaña de verificación y cambio de carnés del Partido que él había dirigido. De acuerdo con sus instrucciones, la depuración

debería haberse concentrado en sacar a la luz a los espías, saboteadores y otros enemigos ocultos entre los antiguos opositores, pero las distintas organizaciones habían logrado de forma sistemática desviar la purga hacia los niveles inferiores de la jerarquía del Partido y proteger a las camarillas de poder locales. Eso había irritado enormemente a Yezhov, que ahora, como cabeza del NKVD, podía reemplazar a todos los jefes regionales de la institución que lo habían desafiado en 1935. El impacto fue devastador, y en sentidos que él mismo quizá no previó.

Hasta aquí nuestro análisis ha señalado que la presión para cumplir con los planes económicos había sometido a una tensión espantosa a los dirigentes y funcionarios económicos locales, los cuales habían participado en una amplia variedad de prácticas engañosas y corruptas para crear la apariencia de éxito y contener las graves tensiones que generaba el cumplimiento del plan. En este contexto, surgieron camarillas muy unidas que desempeñaron un papel fundamental a la hora de sostener las estructuras de poder locales, desviar la responsabilidad por los problemas y gestionar el flujo de la información que se transmitía al centro. Yezhov reemplazó a los jefes locales del NKVD para facilitar la investigación en curso sobre las actividades de los antiguos opositores. Pero esa medida tuvo como efecto secundario la eliminación de un elemento central de las camarillas de poder. No hay pruebas que sugieran que Yezhov hubiera previsto las consecuencias que ello tendría.

La vida laboral del funcionario bolchevique en la década de 1930 rara vez era sencilla y sí, por lo general, a menudo estresante; ahora bien, solo en casos excepcionales era más angustiante que la de la élite regional del Partido. Stalin les había dicho que se aseguraran de que las metas del plan quinquenal se cumplieran si no querían ser despedidos. Los resultados eran su responsabilidad personal. Se esperaba que previeran los problemas y los resolvieran antes de que se tornaran graves. Sin embargo, dado que la raíz básica de aquellos descansaba en la ambición excesiva de los planes, las autoridades y grupos en posiciones de mando tendían a cerrar filas y culpar a quienes estaban por debajo de ellos para evitar ser responsabilizados. Al igual que el régimen, y alentados por él, terminaron hablando de actos de «socavación» y «sabotaje» porque eso les ayudaba a explicar los incendios,

las explosiones, los accidentes de tren, la producción estropeada, etcétera, todo lo cual era en última instancia consecuencia de las tensiones impuestas por la enorme presión para cumplir con las metas del plan.[23] Al mismo tiempo, subvirtieron las directrices centrales cuando consideraron que amenazaban al grupo (como ocurrió con la campaña de verificación y cambio de carnés), o que ponían en peligro el cumplimiento del plan (como con el movimiento estajanovista).

Mucho antes del ascenso de Yezhov en el otoño de 1936, los líderes regionales del Partido estaban en una situación problemática por permitir que la represión se les fuera de las manos. A finales de 1935, I. L. Bulat, el vicecomisario de Justicia de la RSFSR, advirtió a Stalin de que los casos que implicaban «agitación contrarrevolucionaria» (a menudo poco más que la manifestación de expresiones críticas contra quienes estaban en el poder) se habían duplicado desde la primavera.[24] Las tensiones locales también habían hecho que la campaña de verificación y cambio de carnés del Partido de 1935 se descontrolara progresivamente. Aunque por término medio esas campañas excluyeron a menos del 10 por ciento de los miembros del Partido, una tasa de expulsión del 30 por ciento no era infrecuente y en unos pocos casos excepcionales se alcanzó el 50 por ciento. En contra de lo que cabría esperar, en lugar de reducir las tensiones locales gracias a la eliminación de los disidentes, los alborotadores y los enemigos reales o supuestos, la represión tendía a exacerbarlas, más aún cuando Stalin se había pronunciado en contra de los «excesos».[25] La oportunidad de apelar contra la purga o las detenciones perpetuó los conflictos y agudizó los resentimientos contra quienes estaban en el poder. En última instancia, los grupos de funcionarios de alto rango que rodeaban a los secretarios del Partido en las repúblicas, provincias y distritos funcionaban como camarillas cerradas formadas por quienes tenían acceso al poder, quienes estaban «dentro», lo que por supuesto implica que existían muchos que estaban «fuera», ofendidos por su exclusión del poder o furiosos por convertirse en sus víctimas.

La farsa judicial de agosto de 1936 y la posterior exigencia de «vigilancia» fomentaron las denuncias y contradenuncias en las regiones, más de lo que esperaba o deseaba el centro en la medida en que reflejaban

más las tensiones locales que sus propias prioridades. La implicación de Piatakov, el vicecomisario para la Industria Pesada, proporcionó un conveniente foco *externo* para las denuncias. Una serie de recortes presupuestarios implementados por el Comisariado en la primera mitad de 1936 habían afectado negativamente la capacidad de muchas organizaciones y empresas para alcanzar los objetivos del plan. La idea de una conspiración trotskista-zinovievista en el corazón del Comisariado que había torturado a tantísimos trabajadores con exigencias imposibles resultaba de repente perfectamente lógica para muchos. Apoyado en sus denuncias entusiastas, el NKVD construyó un caso en el que Piatakov y sus coacusados habían tratado de derrocar al régimen debilitando la economía soviética en general y la industria militar en particular, como paso previo de una invasión extranjera.[26] Para desgracia de los acusadores de Piatakov, una de las consecuencias del caso fue que la dirección de las investigaciones del NKVD rebotaría luego de vuelta a las regiones en búsqueda de cómplices. A finales de septiembre, el Comisariado de Justicia envió instrucciones a los procuradores regionales y locales para que reexaminaran «todos los casos de seguridad técnica y todas las explosiones, accidentes e incendios ocurridos en la industria en los últimos tres años».[27] A lo largo de los siguientes dos meses, el NKVD empezó a vincular esos casos con antiguos trotskistas, y culpó a los acusados de destrucción deliberada y homicidio de trabajadores, con el objetivo de socavar el poder soviético. El primero de los acusados fue juzgado y condenado en noviembre. El juicio recibió un cubrimiento amplio en todo el país y las confesiones de asesinatos deliberados de los acusados sirvieron para enfurecer a unos trabajadores ya molestos con las peligrosas condiciones de trabajo de la industria.[28]

Cuando Yezhov comenzó a reemplazar a los jefes regionales del NKVD, los secretarios del Partido entendieron que estaban en graves problemas. El jefe del NKVD solía ser un elemento fundamental de las camarillas de poder locales, pues el control sobre el aparato de represión protegía a quienes estaban dentro de quienes estaban fuera. Los secretarios eran conscientes de que los nuevos hombres de Yezhov serían gente leal a él, no a ellos. En principio, los subalternos de Yezhov andarían a la caza de zinovievistas, trotskistas, saboteadores y espías, pero era evidente que

harían preguntas incómodas y acerca de las personas equivocadas. Yezhov querría saber por qué las organizaciones regionales habían desviado la purga de 1935 hacia las bases del Partido y qué era lo que las élites regionales tenían que ocultar. Y lo cierto era que tenían mucho que esconder. Stalin había manifestado con claridad la especial hostilidad que sentía hacia el *dvurushnik*, el funcionario que alababa públicamente la política estatal mientras que en secreto trabajaba para socavarla. Desde su punto de vista, quienes dudaban de la capacidad del régimen para construir el socialismo en la URSS eran «izquierdistas», y quienes pensaban que las metas del plan eran demasiado altas, «derechistas». En resumen, las camarillas de poder cerradas que rodeaban a los secretarios locales del Partido eran productos de un sistema que exigía responsabilidad personal para el cumplimiento de tareas excesivamente ambiciosas en condiciones de atraso y escasez. También eran la antítesis del tipo de liderazgo «bolchevique» que Stalin no se cansaba de reclamar.

Stalin no ignoraba lo que los secretarios regionales estaban haciendo. El Decimoséptimo Congreso del Partido, reunido en 1934, se ocupó en gran medida de celebrar los logros del primer plan quinquenal, pero Stalin señaló algunos problemas persistentes, entre ellos «los funcionarios con servicios conocidos en el pasado [...] que piensan que el Partido y las leyes soviéticas no fueron escritas para ellos, sino para los idiotas».[29] Los discursos de Stalin y los comentarios de prensa posteriores criticaron el nepotismo de la jerarquía, o las «relaciones familiares» (*semeistvennost*), el término usado para describir el hábito de las élites locales de separarse de la «masa del Partido». La crítica que hizo luego de la depuración excesiva que sufrieron las filas de este durante la campaña de verificación y cambio de carnés fue una expresión aún más directa de lo mucho que lo irritaba la negativa de las élites regionales a jugar según sus reglas.[30] Si bien sabía lo suficiente sobre las actividades de estas para estar irritado, lo que iba a conocer el año siguiente lo perturbaría profundamente.

Dado que el centro había decidido apretarles las clavijas justo cuando Yezhov estaba ampliando la investigación sobre las conspiraciones opositoras, las élites regionales decidieron reafirmar su lealtad a Stalin y al régimen exagerando su intolerancia con respecto a la oposición. No solo

culparon a Piatakov de sus problemas y deficiencias, sino que atacaron a Bujarin y Ríkov en el pleno del Comité Central de diciembre de 1936, en el que interrumpieron repetidamente sus discursos con protestas y muestras de desprecio a sus esfuerzos por explicar sus acciones. La tarea de calmar a los hostigadores para permitir que Bujarin y Ríkov hablaran recayó ocasionalmente en Stalin y los miembros del politburó. Los líderes regionales exigieron que ambos fueran expulsados del Partido y arrestados, pero Stalin decidió encomendar la investigación de nuevo al NKVD con el fin de que realizara una indagación más profunda. Para la época en que se celebró el siguiente pleno del Comité Central, iniciado a finales de febrero de 1937, Yezhov había convencido a Stalin de que era probable que Bujarin y Ríkov fueran culpables de conspirar seriamente contra la URSS; no solo estaban al corriente de las actividades conspiratorias de sus seguidores en la antigua oposición de derecha, sino que los coordinaban y dirigían, conjuntamente con los trotskistas y los zinovievistas, con el objetivo de derrocar al régimen.[31]

En el pleno del Comité Central de febrero-marzo de 1937, Bujarin y Ríkov recibieron una última oportunidad, para entonces inútil, de defenderse. Como había ocurrido en diciembre, los delegados los atacaron de forma enérgica en un esfuerzo por parecer más papistas que el Papa. El primer punto del orden del día concluyó con la detención de los antiguos dirigentes de la derecha, pero el segundo punto centró la atención en los propios delegados. A primera vista, la cuestión parece inofensiva: «Sobre la preparación de las organizaciones del Partido del nuevo sistema electoral para las elecciones al Sóviet Supremo de la URSS y la correspondiente reestructuración del trabajo político del Partido». Sin embargo, esa apariencia inocua ocultaba una propuesta diseñada de forma deliberada para aumentar la presión sobre las camarillas regionales («grupos familiares») y revelar sus secretos más oscuros. Los nuevos jefes del NKVD habían comenzado a poner al descubierto la corrupción y los engaños de estas, y el «nuevo sistema electoral» prometía hacerles aún más difícil controlar el flujo de la información que se enviaba al centro.

En el discurso con el que presentó la propuesta, Andréi Zhdánov señaló que los estatutos del Partido exigían que los comités distritales y municipales fueran reelegidos cada año, y los comités regionales y republicanos cada año y medio. Ese requisito se estaba pasando por alto. Las elecciones habían sido reemplazadas por la «cooptación», es decir, las personas se nombraban de acuerdo con las preferencias del grupo en el poder y no elegidas por la organización que dirigían. Según Zhdánov, eso conducía al aislamiento de los grupos dirigentes de las masas del Partido o, peor, a la supresión de las críticas y, peor todavía, a una situación en la que los «elementos hostiles» podían abrirse paso e infiltrarse en las organizaciones del Partido. La solución, explicó a los delegados, no solo era poner fin a la práctica de la cooptación sino también celebrar elecciones competidas para los puestos directivos.[32] Como Stalin dijo en su propio discurso sobre el tema: «Debemos tener dos enfoques para controlar el trabajo de los funcionarios: uno desde arriba, el jefe que controla al subordinado, y otro desde abajo, la supervisión desde abajo [...] mediante la restauración del principio democrático y electivo en nuestro partido, de acuerdo con el cual los miembros del Partido tienen el derecho de rechazar a cualquier candidato, de plantear cualquier clase de crítica y de obligar a los líderes a rendir cuentas ante la masa del Partido».[33]

En sus discursos, los líderes regionales intentaron aplazar las elecciones argumentando que el plazo previsto para su celebración era demasiado ajustado, que complicarían las campañas agrícolas de la primavera y que el proceso electoral abierto brindaría una plataforma a los enemigos del régimen.[34] Habían entendido de inmediato que las elecciones enviarían un mensaje adicional a quienes estaban fuera de los grupos de poder regionales y los críticos potenciales, un mensaje muy claro, a saber, que la expresión de sus quejas y sospechas contaría con la protección del centro. Dado que las regiones llevaban una década siendo gobernadas con puño de hierro, y practicando una intolerancia feroz hacia cualquier disidencia, para que los críticos salieran a la luz se necesitó alentarlos, no solo con los discursos del pleno, sino también mediante una serie de artículos en la prensa nacional en los que se atacaba la «supresión de la crítica» y se ofrecían pruebas concretas de que los nuevos jefes del NKVD

defenderían a los críticos y no a los líderes regionales.[35] A lo largo del invierno y el comienzo de la primavera de 1937, el goteo de detalles desafortunados acerca de las actividades de los líderes regionales fue convirtiéndose en un flujo inquietante. Una detrás de otra, las camarillas regionales cayeron en la primavera y verano de 1937 hasta que se hubo arrestado a la abrumadora mayoría de quienes formaban esos grupos, que a su vez conformaban la mayoría del Comité Central del Partido. Aunque la caída de cada grupo de poder siguió una propia lógica, y el proceso ha sido poco estudiado, veamos por ejemplo lo ocurrido con la camarilla de I. D. Kabakov, primer secretario de la óblast de Sverdlovsk.[36]

A lo largo de 1935 y 1936, la metalurgia de metales no ferrosos en los Urales había estado en problemas debido a la elevada tasa de accidentes, lo que había lastrado la difusión del movimiento estajanovista, y una incapacidad persistente para alcanzar los objetivos de producción. Las investigaciones locales, como era típico, culpaban a los «saboteadores» y los «antiguos opositores», en gran parte porque no se les permitía atribuir los problemas a la ambición excesiva de los planes económicos. Los llamados a extremar la vigilancia tras el juicio de agosto de 1936 suscitaron una oleada de denuncias y contradenuncias. El jefe del departamento de trabajo de la planta de fundición de cobre de Kirovogrado y su asistente fueron denunciados por «acciones antisoviéticas» alegando que habían mantenido los salarios del personal de ingeniería en cuatrocientos cincuenta rublos al mes cuando los trabajadores menos cualificados, probablemente estajanovistas, estaban ganando hasta setecientos cincuenta rublos.[37] En la misma fábrica, estos últimos acusaron al personal de ingeniería de trotskismo por no haber promovido los métodos estajanovistas, además de denunciar al Comité del Partido de la fábrica por proteger a los ingenieros.[38] En la planta de fundición de cobre de Krasnoural, las tensiones entre el Comité del Partido del distrito y el Comité del Partido de la fábrica estallaron en una guerra de denuncias. Cada uno acusó al otro de proteger a antiguos opositores, lo que desencadenó una depuración de ambas organizaciones y llevó al arresto del primer secretario del comité distrital, Chernetsov.[39] En los siguientes meses, el círculo de denuncias mutuas se amplió cada vez más hasta causar la detención de los directores

de las mayores empresas de la región dedicadas a la producción de metales no ferrosos. Entre ellos se encontraban figuras de alto nivel como el presidente del Conglomerado de Metalurgia no Ferrosa de los Urales, el presidente del Conglomerado de Minería del Cobre de los Urales y el presidente del Combinado Cobre-Químico de los Urales Medios.[40]

Paralelamente a los sucesos que estaban teniendo lugar en la industria de los metales no ferrosos hubo una serie de arrestos en el aparato estatal de la óblast. La investigación de individuos cuya pertenencia a la oposición de izquierda en la década de 1920 era conocida condujo a las autoridades hasta F. I. Striganov, el jefe de la administración de la industria local, del que se sabía que era amigo personal de dos opositores. En el otoño de 1936, Striganov había sido obligado a hacer penitencia pública por esos contactos, pero tras la llegada del nuevo jefe del NKVD, Dmítriev, se consideró que eso no era suficiente y fue arrestado. Striganov era particularmente vulnerable debido al persistente incumplimiento del plan en la industria local.[41] En una situación menos complicada, eso quizá habría sido suficiente para sellar su destino y cerrar el caso, pero el nuevo hombre del NKVD decidió cavar más hondo. En su mayor parte, el incumplimiento de las metas había sido consecuencia de una financiación inadecuada, y ese hecho había alimentado una rabia considerable hacia los órganos económicos de la óblast en los funcionarios de la industria local. Entre los materiales de la investigación del NKVD se incluye una denuncia no solicitada de veintisiete páginas de toda la administración estatal de la óblast escrita por V. A. Riabov, el subdirector del sector alimentario de la administración de la industria local. La denuncia de Riabov era notablemente detallada y dañina. Contenía copias de la correspondencia entre el presidente de la comisión de planificación de la óblast, M. I. Fuks, y el presidente del comité ejecutivo de la óblast, V. V. Golovín, que reforzaban el argumento de que ambos sabían de los problemas de la industria local y no tomaron ninguna medida al respecto. Y también demostraba cómo la comisión de planificación de la óblast exageraba deliberadamente los planes para la industria local para conseguir que el centro aumentara la financiación.[42] La denuncia le permitió a Dmítriev cobrarse sus primeras cabelleras en el grupo de poder de la óblast de

Sverdlovsk. Con todo, decir que los nuevos hombres de Yezhov llegaban buscando orquestar la caída de las camarillas regionales es simplificar en exceso lo ocurrido. Ellos podían prever, y no lo hicieron, que su llegada desencadenaría una oleada de denuncias.

Quienes estaban fuera del grupo de poder habían comenzado a atacar a quienes estaban dentro, pero la camarilla de Kabakov seguía estando preparada para luchar. Después de las primeras detenciones de altos funcionarios de la administración estatal de la óblast, R. D. Kravchuk, el director de una pequeña fábrica de Sverdlovsk, pronunció un discurso en una reunión del Partido en el distrito de Oktiabrski en el que cuestionaba que Kabakov hubiera podido trabajar de forma tan estrecha y durante tantísimo tiempo con «enemigos del pueblo»: ¿había, acaso, otros contrincantes en el buró del Partido de la óblast? La reacción feroz de los asistentes a la reunión y, luego, de quienes trabajaban en la administración de la óblast evidenció claramente que Kabakov no carecía de aliados. Varios sectores acusaron a Kravchuk de difundir «calumnias trotskistas y contrarrevolucionarias». Para Kabakov, sin embargo, el momento distaba muchísimo de ser el más oportuno. El centro acababa de iniciar la campaña contra la supresión de la crítica en las organizaciones del Partido y, a mediados de febrero de 1937, el *Pravda* optó por ilustrar los objetivos de la campaña haciendo referencia al caso de Kravchuk. Kabakov se vio obligado a devolverle a este la condición de miembro del Partido y a publicar en los periódicos provinciales y distritales del Partido artículos en los que explicaba que había aprendido la lección. En el pleno del Comité Central de febrero-marzo, inaugurado menos de dos semanas después, el discurso de Zhdánov volvió a sacar a colación el caso de Kravchuk, y Stalin se burló, aunque sin ensañarse, de los intentos de Kabakov de defenderse.[43]

Eso sin duda tuvo que ser incómodo para el primer secretario de Sverdlovsk, pero lo más grave, en realidad, era que el caso Kravchuk se había convertido en una señal clara de que quienes estaban fuera de los círculos del poder podían ventilar públicamente sus quejas contra las camarillas locales. Las cartas críticas enviadas al periódico regional del Partido (*signali s mest*) pasaron de dos mil cuatrocientas en enero a tres mil trescientas en marzo.[44] A medida que la estrella política de Kabakov se

desplomaba, algunos de los miembros de la red de corrupción y engaño de la camarilla optaron por denunciarle en un esfuerzo por salvarse ellos mismos. A finales de mayo de 1937, la mayoría de los miembros del obkom habían sido arrestados por el NKVD. Los detalles de las fechorías regionales, incluyendo la falsificación de informes de producción, la distribución de pagos corruptos a los miembros de la camarilla y la subversión de las iniciativas políticas del centro, así como la información sobre el encubrimiento de proyectos de construcción desastrosos, el despilfarro de fondos públicos y la incompetencia económica general, se comunicaron a la dirección central a través del NKVD.

La reacción a ese material, procedente no solo de Sverdlovsk, sino también de otras camarillas regionales acosadas, resulta sorprendente. La pauta de engaño y corrupción era común a todas las regiones porque todos los grupos de poder se enfrentaban a la misma presión terrible para alcanzar las ambiciosas metas del plan en condiciones de escasez y atraso general. Las revelaciones llegadas a Moscú desde todos los rincones de la URSS tendrían que haber hecho que Stalin y su círculo íntimo entendieran por fin algunas de las deficiencias graves que existían en los sistemas de planificación y administración. Pero Stalin no lo veía así. De hecho, tampoco lo consideraban así los mismos dirigentes regionales. Estos no eran tecnócratas puros, adiestrados para ingeniar, refinar y gestionar las complejidades de la maquinaría de la planificación económica. Eran bolcheviques, adiestrados para «tomar por asalto fortalezas». Se esperaba, por supuesto, que comprendieran las complejidades de la economía industrializada, pero, al igual que la cúpula central del Partido, los secretarios regionales estaban demasiado predispuestos a concluir que los problemas eran obra de los «saboteadores», los «opositores» y demás fuerzas hostiles. Era lo que llevaban haciendo durante toda la década de 1930. En 1935, atribuían los problemas de la economía local a los «trotskistas» como Piatakov y las conspiraciones de los «derechistas», y a menudo tales etiquetas se asignaban a quien no había hecho nada más que expresar su deseo de que se redujeran los ambiciosos objetivos del plan. Cuando Kabakov fue arrestado en mayo de 1937, se le acusó de corrupción, falsificar resultados y socavar la implementación de las directivas centrales,

pero todos esos cargos se enmarcaban en lo que el jefe regional del NKVD, Dmítriev, describió como la obra de una organización contrarrevolucionaria «derechista» en la óblast de Sverdlovsk.[45] En la capital soviética, Yezhov reunió los informes de sus plenipotenciarios regionales para tejerlos con el material de los juicios de Moscú y pintar el cuadro de una colosal conspiración contra el régimen.

A finales de 1934, Stalin tenía buenas razones para estar preocupado cuando su compañero del politburó fue asesinado. No era por completo descabellado pensar que podían producirse nuevos asesinatos, o que los antiguos miembros de las oposiciones de izquierda y derecha querían que eso ocurriera e incluso podían estar dispuestos a contribuir a su realización. Pero la mentalidad conspirativa, no solo de Stalin sino de los bolcheviques en general, forjada tras décadas de conspiración contra el antiguo régimen, continuó creciendo y alimentándose a sí misma de formas cada vez más peligrosas. En el verano de 1936, Stalin pensaba que la amenaza para él y para la revolución era limitada: se trataba solo de una banda descontenta de políticos acabados. Sin embargo, todo indica que hacia el verano de 1937 había llegado a la conclusión de que la mayoría del Comité Central del Partido, el corazón de la élite comunista, estaba involucrada en la conspiración. La situación no paraba de empeorar. El mismo día en que se anunció el arresto de Kabakov en Sverdlovsk, el NKVD detuvo al mariscal Mijaíl Tujachevski, el jefe del Estado Mayor del Ejército Rojo. Menos de tres semanas más tarde, él y otros siete oficiales de alto rango fueron juzgados por traición. En los meses que siguieron, trece de los quince altos mandos del ejército y cincuenta y siete de los ochenta y cinco jefes de cuerpo fueron fusilados, al igual que ciento diez de los ciento noventa y cinco jefes de división. En total, el NKVD acabó con cerca de un tercio del cuerpo de oficiales del Ejército Rojo.[46]

Dados los temores crecientes del régimen acerca de sus enemigos, era probable que se llevara a cabo algún tipo de depuración de las fuerzas armadas.[47] Los militares tenían demasiadas relaciones de larga data con los supuestos enemigos como para que Yezhov las pasara por alto. Era de sobra conocido que la creación del Ejército Rojo en la guerra civil había sido obra de Trotski y que este, como primer comandante en jefe, había reunido y

apoyado a muchos de los oficiales de mayor rango casi dos décadas atrás. El ejército soviético se había mantenido por lo general fuera de la política, pero los planes de Trotski para un golpe de Estado en noviembre de 1927, según informó a Stalin Menzhinski, el entonces jefe del OGPU, se fundaban en el cálculo de que podría contar con el respaldo de las fuerzas armadas.[48] Sin embargo, no ayudaba que dentro de estas hubiera habido una resistencia significativa a las reformas impuestas por el Partido a finales de la década de 1920 y, también, una profunda inquietud con respecto a los efectos de la colectivización forzada en un ejército formado mayoritariamente por soldados de origen campesino. La preocupación acerca de la lealtad de las fuerzas armadas contribuyó a que en 1930-1931 se llevara a cabo la «Operación Vesna», en la que se arrestó a miles de especialistas militares y otros oficiales del Ejército Rojo acusados de conspirar con enemigos extranjeros para derrocar al régimen.[49]

Y eso no era todo. Desde 1922, el alto mando del Ejército Rojo había mantenido una estrecha relación de trabajo con su homólogo alemán como consecuencia de la firma del Tratado de Rapallo. Ambos países habían salido de la primera guerra mundial convertidos en Estados parias, así que una relación de cooperación tenía sentido para los dos. Las disposiciones del acuerdo que se hicieron públicas se ocupaban de las relaciones económicas, pero poco después surgió una cooperación militar secreta (algo que prohibía la Paz de Versalles).[50] Los estrechos contactos militares resultado de ella eran al mismo tiempo un recurso valioso y un lastre tras el fin de la República de Weimar y el ascenso de los nazis. Los dirigentes soviéticos esperaban que esa historia de cooperación, y su potencial, desempeñara algún papel y ayudara a desalentar la invasión de la URSS, pero les preocupaba por igual que la pauta de la lealtad pudiera funcionar en sentido inverso. Las inquietudes acerca de la fidelidad del Ejército Rojo se exacerbaron después de que una parte significativa de la red de inteligencia militar soviética fuera traicionada en 1934.[51] ¿Había uno o varios topos? ¿Estaban estos vinculados con los trotskistas? En la posterior campaña de verificación y cambio de los carnés (1935), se expulsó del Partido a doscientos cuarenta y cuatro antiguos «trotskistas y zinovievistas» pertenecientes al ejército, e igual suerte corrieron otros quinientos cincuenta

y cinco acusados de «agitación trotskista y contrarrevolucionaria». No obstante, las investigaciones dirigidas por Yezhov en 1936 y 1937 continuaron encontrando vínculos entre los militares y la conspiración trotskista-zinovievista. En el pleno del Comité Central de febrero-marzo de 1937, Voroshílov los describió como aislados y poco representativos, pero el ímpetu de la investigación no estaba a su favor.[52]

El flujo constante de transcripciones de interrogatorios y otros materiales de la investigación del NKVD aumentó debido a los ecos de las propias campañas de desinformación del régimen casi veinte años atrás. Al final de la guerra civil, el recién creado Departamento Extranjero de la policía política había intentado poner al descubierto las amenazas exteriores al régimen inventando grupos contrarrevolucionarios en busca de ayuda extranjera. Sus mayores éxitos fueron producto de la promoción de una conspiración militar, por completo ficticia, encabezada supuestamente por el general Mijaíl Tujachevski. Las organizaciones y gobiernos extranjeros hostiles a la URSS dieron crédito a ese escenario debido a los orígenes aristocráticos de Tujachevski y porque su elevada posición en el Ejército Rojo indicaba que el golpe no solo era posible sino que además tenía muchas posibilidades de triunfar. Que tal conspiración fuera un invento de la policía política soviética no impidió que agitara la fábrica de rumores del Occidente anticomunista a lo largo de las décadas de 1920 y 1930 hasta el punto de crear ecos capaces de influir en Stalin y Yezhov. En el Occidente capitalista eran muchísimas las personas que creían, esperaban y hablaban de la conspiración militar contra el régimen, de modo que ese parloteo extranjero otorgó un nuevo barniz de credibilidad a las «confesiones» que el NKVD sacaba a golpes a los oficiales del ejército detenidos. Con todo, fue Reinhard Heydrich, el director del servicio de seguridad nazi, el Siecherheitsdienst (SD), quien se dio cuenta de los beneficios que podía reportar a Alemania sembrar la desconfianza entre los dirigentes políticos soviéticos y el alto mando del Ejército Rojo. Inventó historias acerca del trabajo de Tujachevski para el régimen nazi que hizo llegar a Stalin a través del líder checo Edvard Beneš.[53] En la primavera y el verano de 1937, mientras recibía con regularidad informes en los que se detallaban las conspiraciones para derrocar al régimen, Stalin resultaba particularmente

susceptible a la táctica de Heydrich. A principios de junio de 1937, cuando se dirigió a una reunión del Consejo Militar soviético para confrontar a los mandos militares con las pruebas de la supuesta conspiración militar, Stalin hizo hincapié en los vínculos con el régimen nazi y declaró que Tujachevski había traicionado el plan soviético de operaciones (en caso de guerra) a la Reichswehr.[54] Heydrich había sellado el destino de Tujachevski.

Es posible afirmar casi con total certeza que no existía ninguna complot militar contra el régimen. Y que tampoco había una conspiración entre las oposiciones más allá, quizá, de una pequeña red que pasaba información a Trotski y unos cuantos exaltados que soñaban con echar a la camarilla de Stalin a la que tanto odiaban. La «conspiración» regional no consistía en nada más que las estrategias empleadas por los dirigentes de las repúblicas, las provincias y los distritos para sobrevivir a las tremendas presiones del sistema administrativo estalinista. Esas estrategias eran corrupción, no contrarrevolución. Y sin embargo, como el régimen era en extremo sensible a las amenazas internas y externas, tendía a creer la esencia de las confesiones obtenidas bajo tortura; si a ello sumamos que Stalin había puesto al frente de la policía política a un teórico de la conspiración consumado, el resultado fue que el dictador más poderoso del mundo se convenció de que su régimen y la propia revolución estaban en grave peligro debido a la existencia de una confabulación inmensa e interconectada. Los acontecimientos que estaban teniendo lugar en Europa y Extremo Oriente evidenciaron claramente, no solo a Stalin sino también a muchos otros observadores contemporáneos repartidos por todo el mundo, que una guerra de agresión contra la URSS era inminente. Destripar el mando central y el cuerpo de oficiales del Ejército Rojo no tenía sentido en semejante contexto a menos que Stalin creyera de verdad en un complot militar profundamente arraigado.

La historia de los movimientos revolucionarios, en la que los bolcheviques eran tan versados, les decía que la contrarrevolución tendía a seguir la senda marcada por la revolución. Al acercarse el vigésimo aniversario de la toma del poder, sentían que vivían en un tiempo prestado. Las contrarrevoluciones propendían a ser acontecimientos sangrientos. En la guerra civil, el «terror blanco» había hecho conocer a los bolcheviques de

primera mano cuán despiadada podía ser la burguesía en su determinación de exterminarlos. Por tanto, creían que tenían que ser implacables en la defensa de la revolución. Y ello a pesar de que posiblemente muchas personas inocentes tuvieran que morir en el proceso de perseguir a quienes pretendían subvertir el régimen. En la reunión de junio de 1937 del Consejo Militar, Stalin insistió en que era «el deber de todos los miembros del Partido [...] de todos los ciudadanos de la URSS» denunciar cualquier cosa que les pareciese sospechosa: «con solo que el 5 por ciento sea verdad, está bien (*to eto jleb*)». El mismo Bujarin manifestó cierta afinidad con esa lógica en su última carta a Stalin: «con el acercamiento de la guerra [...] la purga abarca a (*a*) los culpables, (*b*) los sospechosos y (*c*) los sospechosos potenciales. Por supuesto que tenía que incluírseme [...], los *grandes* planes, las *grandes* ideas y los *grandes* intereses están por encima de todo y las consideraciones personales resultan insignificantes contra el telón de fondo de las tareas de importancia histórica mundial que descansan sobre vuestros hombros».[55] Es obvio que Bujarin estaba adulando a Stalin en un último, y vano, esfuerzo por prevenir su ejecución, pero la cuestión sigue siendo que la lógica de la espantosa violencia política desatada por el líder soviético no era la lógica de un dictador solitario, paranoico y sanguinario. Era la lógica de los bolcheviques y, aunque en una forma más extrema, la lógica de los zares rusos decididos a preservar y proteger la autocracia.

Esa lógica también mandaba que la violencia política aún no había llegado a su fin. Todo lo contrario. El régimen estaba convencido de que había descubierto una conspiración en el seno de la élite política y militar, pero estaba lejos de ser seguro que hubiera conseguido desenmascarar a todos los participantes. En la primavera y el verano de 1937, redobló la exigencia de «vigilancia», básicamente empleando la colosal maquinaria de la propaganda estatal para fomentar las denuncias. Y estas fluyeron a las oficinas del NKVD en una abundancia espantosa. La dinámica social de la represión estatal en este período sigue sin entenderse por completo y resulta muy polémica, sobre todo cuando los historiadores discuten en qué medida el régimen perdió el control del proceso de represión.[56] El problema es la definición de «control». No hay razón para dudar de que Stalin estuviera en condiciones de acelerar o contener la represión estatal, pero ni él ni el

NKVD tenían un sistema adecuado para juzgar las pruebas de la conspiración e identificar sus límites. La veían en las confesiones obtenidas bajo tortura. La veían en la corrupción de los funcionarios, en los accidentes industriales, en el cumplimiento insuficiente de las metas estipuladas, en la producción de mala calidad y demás efectos de la presión para cumplir los planes económicos. La veían en las dudas, las vacilaciones, las críticas y las quejas sobre la situación actual. Lo que obtuvieron al fomentar las denuncias de forma agresiva fue, inevitablemente, testimonios con los que alimentar sus temores. La avalancha de acusaciones se produjo no solo porque la maquinaria de la propaganda exigía desenmascarar a los enemigos ocultos. De forma similar al régimen, muchos ciudadanos interpretaron los accidentes industriales y la mala seguridad laboral como consecuencia de actos de «socavación». Veían la contrarrevolución en los bajos salarios, en la escasez de bienes de consumo y en el duro trato que recibían de los jefes. Los funcionarios de las fábricas la veían en los recortes de financiación, en la entrega de insumos defectuosos y en las limitaciones del personal. Las tensiones en el lugar de trabajo eran tales que muchos trabajadores y funcionarios escribieron denuncias antes de ser denunciados ellos mismos. Stalin quería que la «critica desde abajo» pusiera al descubierto las deficiencias de los funcionarios, pero no previó lo que eso iba a traer consigo; lo trágico es que se encontraba programado para ver la conspiración por todas partes y ordenar al NKVD que la persiguiera como tal. Stalin no perdió el control sobre el proceso de represión porque siguió estando en condiciones de contenerlo, pero su interpretación de las «pruebas» que ese proceso producía sin descanso garantizó que la violencia política se propagara de la clase dirigente y la élite militar a las filas del funcionariado en general y la totalidad de la población.[57]

A medida que las dimensiones de la supuesta conspiración fueron haciéndose mayores, la amenaza de la invasión parecía cada vez más grande. Con el apoyo de la Alemania nazi, las fuerzas nacionalistas del general Franco estaban ganando terreno en España a expensas de los republicanos respaldados por los comunistas.[58] Los preparativos para una guerra europea más amplia se aceleraron, en particular entre los Estados «revisionistas», encabezados por los firmantes del Pacto Antikomintern. En

mayo, Neville Chamberlain llegó al poder en el Reino Unido para dar comienzo a una nueva fase de las relaciones anglo-alemanas que debilitó las esperanzas de la Unión Soviética en algún tipo de acuerdo colectivo de seguridad que sirviera para contener la agresión alemana. Desde su punto de vista, la apuesta de los británicos por el apaciguamiento consistía en tolerar la agresión alemana, siempre y cuando se dirigiera hacia el este. Entretanto, las relaciones de la URSS con Japón empeoraban en medio de escaramuzas fronterizas en el Lejano Oriente soviético.[59] El espectro de una guerra inminente en dos frentes aumentó la preocupación no solo acerca de las conspiraciones contrarrevolucionarias sino también acerca de la voluntad de combate del pueblo soviético cuando llegara la contienda. La sensación que tenía la élite dirigente de que, justo a las puertas de la guerra, su poder era débil multiplicó como es obvio la inseguridad del régimen respecto al apoyo popular con el que contaba y, de forma específica, el riesgo de que los grupos desafectos pudieran colaborar con las fuerzas invasoras. Esas preocupaciones desencadenaron una fase nueva, y más letal todavía, de la violencia política estalinista: las «operaciones masivas». Las víctimas del «gran terror» de Stalin no estuvieron en absoluto circunscritas a la élite política o el funcionariado soviético en general. Fue solo tras la apertura de los archivos que conseguimos entender que la mayoría de quienes quedaron atrapados en el torbellino de la represión estatal eran ciudadanos soviéticos normales y corrientes. Las operaciones masivas afectaron a muchos grupos, pero los más grandes eran los denominados «elementos socialmente dañinos» (como los kuláks y los delincuentes y otros considerados inherentemente hostiles a la URSS) y las minorías nacionales con vínculos potenciales con los posibles invasores. En la segunda mitad de 1937 y a lo largo de 1938, el régimen enfrentó el peligro que desde su punto de vista encarnaban esos grupos mediante las ejecuciones sumarias, la deportación en masa o el exilio a los campos de trabajo del Gulag.

Cada una de las operaciones masivas tuvo su propia lógica, que se desarrolló y ganó ímpetu en los meses y años previos, como hemos visto en capítulos anteriores. Las operaciones dirigidas a los «elementos socialmente dañinos» tenían sus raíces más profundas en las peculiares prácticas

soviéticas para combatir la delincuencia y mantener el orden social.[60] Todos los Estados modernos vigilan a la población con el fin de aislar los peligros y distribuir los beneficios, pero es posible que ninguno haya llegado tan lejos como el Estado soviético en su intento de manipular la sociedad a través de la «política de la inclusión y la exclusión». En la década de 1920, creó las primeras de las que se conocieron como «ciudades del régimen». Determinar quién podía vivir en las áreas urbanas de especial importancia económica, militar y política quizá parezca una característica de los programas utópicos para el «perfeccionamiento» de la sociedad, pero en términos más prosaicos de lo que se trata es de usar todo el poder del Estado no solo para reaccionar al delito, sino para anticiparlo y prevenirlo. La policía empezó a reunir información sobre todos los ciudadanos soviéticos, incluyendo datos relativos a la clase social, la nacionalidad, el historial laboral y los antecedentes penales, con el fin de identificar y gestionar a quienes el régimen percibía como sus «amigos» y «enemigos» naturales. El sistema creció a principios de la década de 1930 con la expedición de «pasaportes» internos. En este caso, el objetivo inmediato era impedir la migración en masa de los campesinos de las zonas rurales a las zonas urbanas durante la hambruna de 1932-1933, pero la nueva medida reforzó la exigencia general de que los ciudadanos llevaran consigo, permanentemente, un registro que no solo consignaba los datos neutros de la identidad, sino también marcadores utilizados para identificar la «cordialidad» u «hostilidad» hacia el régimen.

La información que este compilaba servía de base para las redadas que la policía llevaba a cabo de forma periódica en las ciudades del régimen y la deportación de decenas de miles de ciudadanos soviéticos a zonas de la periferia. La aplicación de medidas en extremo severas no fue infrecuente. A Stalin, por ejemplo, se le informaba ocasionalmente de incidentes en los que la policía detenía a ciudadanos con los indicadores de clase o nacionalidad incorrectos lejos de su residencia o lugar de trabajo registrados, pero cerca de una fábrica u otra instalación de importancia para la seguridad nacional. En tales casos, el arresto y la ejecución sumaria eran soluciones probables. Como hemos visto, los extremos más graves de la represión se redujeron brevemente alrededor de 1934, pero varios factores

fueron en contra de la moderación. La deportación de un gran número de personas a la periferia creó una situación insostenible en el sentido de que se las expulsaba de aquellas zonas en donde se concentraban el trabajo, la vivienda y el suministro de alimentos. El hecho de que muchos de los deportados regresaran a las ciudades del régimen no resulta sorprendente. Esos retornados no eran la única preocupación de los dirigentes soviéticos. En el proceso de colectivización de principios de la década de 1930, cientos de miles de campesinos habían sido etiquetados como kuláks y exiliados a los campos de trabajo del Gulag; las condenas eran de cinco años, y cuando estas empezaron a expirar el régimen se topó con un problema muy grave. La estabilidad relativa del nuevo orden de las granjas colectivas era apenas un logro reciente, y no se quería ponerlo en peligro permitiendo el regreso de quienes, desde su punto de vista, eran hostiles a él. Un riesgo adicional era que cinco años en el Gulag probablemente habían radicalizado la animadversión que este grupo sentía no solo hacia los koljoses, sino también hacia el régimen en general. Lo que se temía era la posibilidad de que cientos de miles de kuláks furiosos volvieran a sus pueblos de origen, agitaran los sentimientos antisoviéticos entre una población todavía vacilante y alentaran una fuga en masa de la agricultura colectiva, todo ello en vísperas de una nueva gran guerra. Para los dirigentes soviéticos, eso resultaba por completo inaceptable, de modo que, aunque los campesinos del Gulag fueron liberados, se les impidió volver a sus hogares. Y eso, por supuesto, creó el mismo problema que se tenía con los deportados. Sin comida, vivienda y trabajo adecuados, y tras haber sido separados de sus familias durante cinco años, muchos decidieron regresar a casa sin permiso.

A principios de 1937, el jefe del NKVD de Siberia occidental S. N. Mironov informó de que los kuláks locales estaban formando organizaciones insurreccionales (*povstancheskie organizatsi*). En la primavera, otras regiones informaron también sobre células similares de kuláks, cosacos y reclusos del Gulag retornados. Para los funcionarios regionales, el riesgo de insurrección no era el único motivo de inquietud. Desde el anuncio de la nueva Constitución en 1936, y ante la perspectiva de las disputadas elecciones que se acercaban, transmitieron al centro su preocupación de que los «elementos antisoviéticos» pudieran aprovecharse

del proceso. Esa inquietud encontró cierta resonancia entre las autoridades centrales. En marzo, el centro advirtió a los funcionarios regionales del NKVD de que debían estar atentos a los planes de las autoridades eclesiásticas antes de las elecciones. Un mes más tarde, una comunicación similar advertía de la reactivación de antiguos partidos (mencheviques, socialistas revolucionarios, trotskistas y derechistas) con el propósito, al parecer, de utilizar las elecciones como una plataforma para el lanzamiento de una campaña de insurrección.[61] No es improbable que el centro estuviera, en realidad, limitándose a compilar, clasificar y resumir los informes que había estado recibiendo de las regiones. Los dirigentes regionales estaban preocupados por la amenaza de los «elementos antisoviéticos», pero por lo general también eran hostiles a la idea de unas elecciones disputadas y ver la idea archivada les hubiera hecho felices.[62]

El centro no estaba preparado para dar marcha atrás en la cuestión de las elecciones, pero parece haber sido más flexible en lo que respecta a lo que debía hacerse con los «elementos antisoviéticos». Para tratar con ellos, Stalin y Yezhov acordaron a principios de julio la creación de «troikas» extrajudiciales (equipos de tres hombres facultados para actuar como juez, jurado y verdugo). Se crearía un registro con todos los kuláks retornados y aquellos que estuvieran implicados en actividades hostiles serían arrestados y ejecutados.[63] Dos semanas más tarde, el 16 de julio, Yezhov convocó una conferencia de los jefes del NKVD regionales para revisar los resultados de las dos semanas anteriores. Mientras que criticó a algunos por la lentitud con la que estaban trabajando, otros le pidieron que se ampliaran todavía más los poderes con los que contaban para arrestar e interrogar a los sospechosos.[64] La reunión aceleró la represión masiva en las provincias. No tenemos acceso a los informes que Yezhov estaba recibiendo de estas en ese momento, pero parece probable que tales informes hubieran reforzado aún más su convicción de que se estaban formando por toda la URSS organizaciones insurreccionales de elementos antisoviéticos y que estas representaban una grave amenaza para la revolución, en particular en caso de guerra.

El 30 de julio presentó para la aprobación del politburó la «orden operativa 00447». Esta proponía coordinar mejor las acciones en las regiones para hacer frente a la amenaza, según sus propias palabras, «de una vez y para siempre»:

> Los resultados de las investigaciones sobre las formaciones antisoviéticas han determinado que un número significativo de antiguos kuláks que antes habían sido objeto de medidas represivas y las habían evadido, que habían escapado de los campos, el exilio y los asentamientos de trabajo, se han establecido en las zonas rurales. Eso incluye a muchas autoridades eclesiásticas y elementos sectarios, y a aquellos que en el pasado participaron de forma activa en los levantamientos armados antisoviéticos. Muchos miembros de los partidos políticos antisoviéticos (socialistas revolucionarios, mencheviques georgianos, dashnaks, mussavatistas, ittihadistas), participantes activos en alzamientos de bandidos, blancos, miembros de expediciones punitivas, repatriados y otros permanecen incólumes y prófugos. Algunos de esos elementos mencionados anteriormente han dejado el campo y marchado a las ciudades, donde se han infiltrado en las empresas industriales, los transportes y las obras en construcción. Además, muchos delincuentes siguen todavía afianzados en el campo y las zonas urbanas [...]. Los esfuerzos inadecuados para combatir a esos grupos criminales han creado un estado de impunidad que ayuda a su actividad delictiva. Hemos establecido que todos esos elementos antisoviéticos constituyen los instigadores principales de los crímenes y el sabotaje antisoviético de todo tipo que se producen en las granjas colectivas y estatales, así como en el transporte y en determinadas esferas de la industria. Los órganos de seguridad del Estado se enfrentan a la tarea de aplastar sin piedad a la totalidad de esta banda de elementos antisoviéticos, de defender al pueblo soviético trabajador de sus maquinaciones contrarrevolucionarias y, finalmente, de poner fin, de una vez y para siempre, a sus esfuerzos de base para socavar los cimientos del Estado soviético.

A primera vista, parecería que el centro estaba apretando a las regiones, pero la realidad era algo más turbia. La orden fijaba unas cifras colosales de arrestos y ejecuciones. Los elementos «más activos» debían ser fusilados; los «elementos menos activos, pero no obstante hostiles» debían ser enviados al Gulag por períodos de entre ocho y diez años. En total, cerca de trescientos mil individuos serían «sometidos a medidas represivas», de los cuales más de setenta y dos mil sufrirían una ejecución sumaria. La directiva declaraba que únicamente el politburó tenía autoridad para ajustar las cifras, pero hacia mediados de octubre Stalin cedió esa facultad a Yezhov. Muchas organizaciones locales pidieron que se aumentara sus cifras, y para el otoño Yezhov parecía haber aprobado todas las solicitudes de inmediato. Según las estadísticas del NKVD, cuando la operación concluyó en 1938, se había detenido a 767.397 personas, de las

cuales 386.798 habían sufrido una ejecución sumaria. Las cifras de arresto se habían superado en un 150 por cien; las de ejecución, en más de un 400 por cien.

Todavía no está del todo claro por qué la orden 00447 resultó mucho más letal de lo que la directiva original proponía.[65] Las organizaciones regionales tenían realmente preocupaciones serias alrededor del regreso de los kuláks, y les inquietaban los delitos y la inestabilidad social, pero eso por sí solo no explica el impulso que llevó a la ejecución sumaria de cientos de miles de ciudadanos soviéticos. Hay que recordar que las organizaciones estatales y del Partido que estuvieron al frente de la represión masiva también estaban ellas mismas bajo investigación. La «vigilancia» estaba a la orden del día. Muchos funcionarios fueron detenidos por no haber puesto al descubierto a los enemigos del régimen. En el otoño de 1937, pocos tenían problemas por haber sacado a la luz a demasiados. En junio, Stalin había pedido que no se juzgara a los cuadros por su origen social o por las manchas de su historial político. Los cuadros debían ser juzgados no por su pasado, sino de acuerdo con el vigor que demostraran en la lucha contra los enemigos de la revolución en el presente.[66] A medida que los arrestos fueron haciendo una mella cada vez más grande en las organizaciones republicanas, regionales y distritales, las detenciones engendraron más detenciones. Al mismo tiempo, los informes sobre el «progreso» de la represión masiva que se remitían con regularidad desde las regiones necesariamente hablaban en términos del «desenmascaramiento» de todavía más organizaciones contrarrevolucionarias e insurreccionales. Esos informes llegaban a las oficinas del NKVD, donde se elaboraban los resúmenes que luego se presentaban a Stalin, y a medida que eso ocurría, semana tras semana, el centro fue perdiendo toda inclinación que pudiera haber tenido a contener la violencia. Las tensiones sociales y políticas alimentadas por las exigencias y presiones imposibles de los planes económicos, las campañas de vigilancia y la avalancha de informes sobre nuevas conspiraciones, grandes y pequeñas, ayudaron a mantener el ritmo de las denuncias, los arrestos, las deportaciones y las ejecuciones sumarias.

La 00447 no fue en absoluto la única operación masiva. Las llamadas «operaciones nacionales» se enfocaron en los alemanes, los polacos, los finlandeses, los coreanos y muchas otras nacionalidades. El régimen tenía preocupaciones de larga data con respecto a la lealtad de las poblaciones «extranjeras», en especial en aquellos lugares en los que esos colectivos vivían cerca de las fronteras del país. Tales inquietudes se intensificaron debido a la experiencia de la emigración masiva durante el período de la colectivización y la hambruna y, por supuesto, a los informes de que algunos «refugiados políticos» eran en realidad espías, asesinos y saboteadores a las órdenes de Estados hostiles con los que la URSS compartía fronteras.[67] El hecho de que los servicios de inteligencia soviéticos interceptaran comunicaciones de esos Estados en las que se señalaba la importancia que atribuían a las tensiones étnicas del país en caso de una invasión, como es obvio, no ayudó a las minorías nacionales. El régimen había reubicado a algunos grupos étnicos minoritarios en la década de 1920, pero, a mediados del decenio siguiente, recurrió a la deportación masiva desde las regiones fronterizas. A medida que la sensación de vulnerabilidad política y militar del régimen se intensificó en la primavera y el verano de 1937, se hizo cada vez más común deportar a las minorías nacionales sospechosas a zonas urbanas y regiones centrales, lejos de las fronteras. Como de costumbre, las detenciones y las investigaciones generaron «pruebas» de nuevas amenazas. El 20 de julio de 1937, Stalin ordenó a Yezhov que arrestara a todos los alemanes que trabajaban en las industrias de defensa, eléctrica, química y de construcción.[68] La orden operativa 00438 (la «operación alemana») se aprobó cinco días después.

El 9 de agosto, la orden operativa 00485 dio comienzo a la llamada «operación polaca». La identificación de los objetivos se convirtió en un modelo para las operaciones nacionales posteriores. En este caso, la orden preveía que la policía política detuviera a los miembros activos de la Organización Militar Polaca (Polska Organizacja Wojskowa) que ya figuraban en las listas del NKVD; los antiguos prisioneros de guerra del ejército polaco que permanecían en la URSS; los emigrados de Polonia; los antiguos miembros de los partidos políticos antisoviéticos; y los elementos antisoviéticos y nacionalistas más activos en las regiones polacas. Poco

faltó para que se pidiera la detención de todos los polacos en la URSS. Al igual que en la operación alemana, el primer paso era erradicar a todos ellos de las industrias sensibles. Solo cinco semanas más tarde, Yezhov informó a Stalin de la detención de 23.216 personas sospechosas de espiar para Polonia y la identificación de decenas de organizaciones de espionaje (*rezidentury*) y grupos desviacionistas en las plantas vinculadas con el sector de la defensa. Stalin respondió: «Para el camarada Yezhov. ¡Bien hecho! Siga cavando y barriendo esa suciedad espía polaca. ¡Destrúyala en beneficio de la URSS!». Ese mismo día, Yezhov envió telegramas a aquellas regiones que habían procedido con relativa lentitud en la localización de los agentes polacos para exigirles que apretaran el paso.[69]

En parte debido a la presión para que se realizaran detenciones, las operaciones no tardaron en ampliarse para incluir no solo a las nacionalidades objetivo, sino también a quienes tenían contacto con ellas. Por ejemplo, D. M. Dmítriev, el jefe del NKVD de Sverdlovsk, informó a Yezhov de que los ingenieros y otros especialistas alemanes habían reclutado a muchos agentes en la industria militar de los Urales durante la década de 1920 y principios de la de 1930, en los años del Tratado de Rapallo. La investigación de Dmítriev implicó a los directores de muchas plantas que eran proveedores importantes del Ejército Rojo.[70] A comienzos de 1938, a medida que la operación 00447 iba tocando a su fin, era común que los funcionarios locales del NKVD continuaran arrestando a los «elementos antisoviéticos» y los mezclaran en las operaciones nacionales. En marzo de 1938, el asistente de Yezhov, M. I. Frinovski planteó diversas objeciones, pero ni su jefe ni el politburó quisieron intervenir.[71]

Según las estadísticas del NKVD, para el otoño de 1938, cuando se dieron por concluidas con firmeza las operaciones nacionales, estas habían permitido la captura de un total de 335.513 personas. De ellas, 247.157 habían sido ejecutadas. Las cifras combinadas para las operaciones nacionales y la 00447 resultan difíciles de asimilar. Es casi seguro que permitieron la captura de algunos agentes extranjeros, así como de otros elementos que se habrían unido al enemigo en caso de guerra; sin embargo, es poco probable que estos fueran algo más que un porcentaje ínfimo del

número total de víctimas. La abrumadora mayoría de estas seguramente habrían defendido al régimen si hubieran vivido para ver el comienzo de la guerra. Las operaciones masivas fueron la apoteosis del «gran miedo».

Conclusión

Poner una fecha al final del «terror» es muy difícil. En círculos oficiales la inquietud acerca del impacto de la represión masiva se había manifestado ya en enero de 1938, cuando en las resoluciones del pleno del Comité Central se criticó la «vigilancia excesiva o falsa».[1] Existía cierto reconocimiento de que no solo se estaba involucrando a personas inocentes en el intento de dar caza a los enemigos, sino también de que el arresto y ejecución a gran escala de funcionarios del Partido y del Estado era, al menos en ciertas ocasiones, contraproducente. Esto quizá parezca obvio, pero las transcripciones de los interrogatorios, los informes de inteligencia sobre el extranjero y otros documentos que llegaban al escritorio de Stalin indicaban que la actividad de las conspiraciones múltiples e interconectadas que amenazaban el régimen no amainaba. El líder soviético intentaba hallar un equilibrio entre erradicar a los conspiradores, por un lado, y mantener la eficacia de unas instituciones políticas y económicas a las que la represión estaba sacudiendo con brutalidad. La incidencia en extremo elevada de detenciones entre la burocracia paralizó a los secretarios del Partido, los directores de las fábricas y otros funcionarios, temerosos de que su próxima decisión pudiera ser la última. No obstante, proteger a los inocentes de la violencia estatal era para Stalin una consideración secundaria cuando estaba en juego el futuro de la revolución, si bien es cierto que se impacientó cuando se permitió que se acumularan los recursos judiciales pendientes de solución.

Esta fase ambigua de terror y contención se prolongó durante meses. La represión en el ejército se redujo en la primavera de 1938, pero el arresto y la ejecución de secretarios regionales del Partido, y otras figuras de relieve, continuaron durante el verano. El tercer juicio de Moscú, celebrado en marzo, gozó de una amplia difusión en la prensa, lo que contribuyó a reforzar la impresión de que «los enemigos del pueblo» estaban en todas

partes. Con mucho menos ruido, se otorgó a los fiscales de distrito una mayor supervisión judicial de los casos de «delitos contrarrevolucionarios». El cambio más portentoso se produjo en agosto, cuando Stalin nombró a Lavrenti Beria como asistente de Yezhov. Este último había hecho más que cualquier otra persona por moldear la comprensión que Stalin tenía de las amenazas a las que se enfrentaba el régimen. Le había convencido de que Yagoda no estaba a la altura de la lucha contra los enemigos de la URSS y que era él, Yezhov, quien debía hacerse cargo de la policía política. Yezhov desempeñó un papel fundamental, acaso *el* papel fundamental, en la orquestación de la represión masiva de 1936-1938. El nombramiento de Beria como su «asistente» fue de inmediato interpretado por él como un golpe a su autoridad y una señal de desaprobación por parte de Stalin: «Pensé que el nombramiento era un paso hacia mi despido», afirmaría más tarde.[2] Eso, sin embargo, no significa que Stalin hubiera llegado a la conclusión de que Yezhov había exagerado la amenaza que representaban los enemigos del régimen.

Hubo varias razones para que Yezhov dimitiera como jefe del NKVD en el otoño de 1938. En primer lugar, aunque tenía una reputación muy sólida dentro del Partido como líder y administrador, no estaba siendo capaz de lidiar con las tareas que tenía a su cargo. No le ayudó que Stalin lo nombrara además comisario del pueblo de Transporte Fluvial y Marítimo en abril, aunque esa clase de responsabilidad doble era común en los niveles más altos del poder. Más significativo fue el hecho de que Yezhov hubiera ido más allá de lo que le permitía su condición de comisario para Asuntos Internos. Su compromiso era acabar con las conspiraciones contra el régimen y eliminar a sus enemigos, pero semejante propósito estaba condenado al fracaso porque tanto las conspiraciones como los enemigos eran en gran medida productos quiméricos, el resultado de una lectura equivocada de información defectuosa de los servicios de inteligencia. Acelerar la pauta de detenciones, interrogatorios, ejecuciones y deportaciones hizo que la conspiración y la actividad enemiga parecieran más reales. Dado que el NKVD actuaba de forma abrumadora sobre la base de denuncias o «confesiones» obtenidas bajo tortura, y no a partir de pruebas materiales de conducta contrarrevolucionaria, nunca pudo llegar al

«fondo» de la conspiración. Yezhov no buscaba una lógica que permitiera poner fin a la cacería de enemigos y, por lo tanto, no la encontró. No tenía manera de reclamar algún tipo de victoria final, y pese a ello la devastación producida por la represión masiva continuó. La cúpula bolchevique estaba en gran medida acostumbrada a decisiones que suponían un costo humano inconmensurable, pero era más sensible al daño que una oleada tras otra de arrestos y ejecuciones estaban haciendo al Partido, la economía y el ejército.

En un primer momento, la preocupación acerca de los excesos del NKVD manifestada desde comienzos de 1938 no preocupó particularmente a Yezhov. Con lealtad transmitió las críticas a través de la cadena de mando del NKVD. Sin embargo, esas estas, publicadas en la prensa junto con artículos sobre los juicios de los contrarrevolucionarios y las conspiraciones, contribuyeron al creciente número de recursos contra las condenas de la institución que dirigía. Eso hizo vulnerable a Yezhov, pero no lo suficiente como para minar su posición. Las raíces de su dimisión se remontan más atrás. Cuando llegó al NKVD, en el otoño de 1936, sin apenas perder tiempo inició una depuración de la organización para librarse no solo del personal leal a Yagoda, sino también de quienes no compartían su visión de las amenazas que enfrentaba el régimen. La táctica de purgar a fondo a los aliados y simpatizantes del jefe anterior, tan común en la práctica política bolchevique, tendía a funcionar solo mientras el nuevo líder se mantuviera en ascenso. Una vez que su estrella comenzó a decaer, Yezhov no pudo contener el flujo de cartas críticas (en su mayoría anónimas), materiales comprometedores y ataques contra sus colaboradores más cercanos. Además, la deserción a Japón de Guénrij Liushkov, el jefe del NKVD en Lejano Oriente, en junio de 1938, supuso un golpe tremendo a su reputación. El problema para Yezhov no fue solo que Liushkov filtrara una gran cantidad de información extremadamente delicada a los japoneses. Mucho más significativo fue el hecho de que la deserción señaló a Stalin y a otros miembros de su círculo íntimo que, como mínimo, Yezhov había sido incapaz de identificar a un enemigo del pueblo dentro de sus funcionarios de mayor rango. Para la mente bolchevique, profundamente desconfiada, eso planteaba la posibilidad de que el aparato del NKVD

estuviera dando cobijo a otros enemigos. A fin de cuentas, ¿no era posible que esa fuera la explicación de los excesos? ¿Quizá los enemigos infiltrados en el NKVD habían tramado el arresto y la ejecución de un gran número de personas inocentes para fomentar la hostilidad al régimen y desestabilizar las estructuras del Partido y del Estado, al tiempo que protegían a sus propios agentes?

Yezhov sabía que no podía sobrevivir políticamente cubierto con semejante sombra de sospecha. Las denuncias contra él indican que en el verano y el otoño de 1938 bebía mucho. Y que, mientras trataba de lidiar con el flujo de denuncias contra él y sus principales colaboradores, dejó que se acumularan los recursos contra el NKVD pendientes de resolución. Eso reforzó la impresión más amplia de que podría estar empleando el NKVD para condenar a personas inocentes y proteger a los verdaderos enemigos del régimen. En octubre de 1938, por ejemplo, Beria envió a Stalin la transcripción del interrogatorio de un jefe regional del NKVD de los Urales. El documento sugería que el NKVD amparaba una red de derechistas y trotskistas hostiles a la línea del Partido y decididos a proteger las células que tenía por toda la URSS.[3] Una de las últimas denuncias entregadas a Stalin antes de la dimisión de Yezhov sostenía que el jefe del NKVD estaba destruyendo pruebas de su mala conducta, incluyendo algunas relativas a los pagos que él y su esposa recibían de gobiernos extranjeros hostiles.

El 15 de noviembre de 1938, veinticuatro horas después de que Stalin recibiera esa denuncia, se suspendió el trabajo de las troikas del NKVD. Esa fue una señal inconfundible de que la marea política se había vuelto contra la represión masiva. El «gran terror» estaba llegando a su fin. El 17 de noviembre, una decisión del politburó remitida a todas las organizaciones regionales del NKVD proclamaba los «éxitos» de las campañas contra los terroristas, los subversivos, los espías y demás enemigos del régimen, pero anunciaba la necesidad de métodos nuevos y, en particular, de hacer hincapié en la investigación y en las pruebas materiales para corroborar las confesiones. El politburó reconoció que se habían cometido errores en las campañas recientes. Muchas personas inocentes habían sido detenidas. Y como había hecho muchas veces antes, Stalin atribuyó la culpa a otros, en este caso a los enemigos que habían

logrado infiltrarse en el NKVD y alentado las detenciones en masa injustificadas.[4] Tomada de forma aislada, tal declaración parece un señalamiento cínico a un chivo expiatorio, pero la mayoría de los documentos más privados y secretos del líder continuaban sosteniendo que el terror había sido necesario y que las campañas para erradicar y exterminar a los enemigos del régimen habían fortalecido el Estado soviético. Yezhov renunció el 23 de noviembre tras una reunión de cuatro horas con Stalin, Mólotov y Voroshílov.[5] Su carta de renuncia, que nunca estuvo destinada a hacerse pública, hablaba poco de «excesos», de la detención y ejecución de personas inocentes. En lugar de ello, el tema central del texto es la presencia de enemigos del pueblo entre sus colaboradores más cercanos dentro de la organización que dirigía. Renunciaba porque no había sido capaz de desenmascararlos.[6] En esa carta y en la correspondencia que mantuvo luego con Stalin hasta su ejecución, Yezhov no dejó de buscar los elogios del líder soviético por sus éxitos en la lucha contra los enemigos del régimen. Los casos de detenciones y ejecuciones cayeron drásticamente en 1939 y nunca volvieron a los niveles de 1936-1938; no obstante, Stalin y el resto de los dirigentes soviéticos continuaron creyendo que el régimen se enfrentaba a un abanico de enemigos extranjeros y nacionales empeñados en eliminarle a él y poner fin al poder soviético y la revolución mundial.

El miedo y la sospecha formaban parte de la estructura de la historia rusa. Desde los inicios más tempranos de la civilización eslava, la población era vulnerable a ataques procedentes de todos lados. La inseguridad fue uno de los factores que sirvió de impulso a la incesante expansión del imperio y la concentración del poder en un centro reducido. Los golpes palaciegos, las rebeliones populares, las invasiones extranjeras y, en tiempos más recientes, el terrorismo revolucionario engendraron un Estado policial de corte dictatorial en permanente estado de alerta, siempre vigilante ante las amenazas internas y externas a su existencia. El Estado bolchevique fue a la vez totalmente diferente y básicamente igual. Los bolcheviques querían reemplazar las antiguas instituciones religiosas y autocráticas por organizaciones modernas y científicas, dirigidas si no por las masas, por lo menos en nombre de ellas. Sin embargo, resultaba inevitable que heredaran

los problemas geopolíticos de sus predecesores. Estaban tratando de ganar el control de un imperio inmenso, en extremo diverso e inquieto, rodeado, y de hecho ocupado, por Estados hostiles. Para que la revolución tuviera alguna posibilidad de sobrevivir, la concentración del poder político en un centro reducido y el ejercicio de la fuerza represiva eran ineludibles. Y la supervivencia de la revolución era algo en lo que no dejaban de pensar.

Los bolcheviques eran ávidos estudiosos de las revoluciones. Querían saber por qué los movimientos revolucionarios anteriores habían fracasado para no repetir los viejos errores. Ese estudio los convenció de que la burguesía haría cuanto estuviera en sus manos por derrocar una revolución marxista y proletaria. Tenían que estar preparados para reconocer y combatir esos esfuerzos. Necesitaban reunir información sobre la amenaza contrarrevolucionaria y ser por completo implacables en la lucha contra sus manifestaciones, porque una lucha a vida o muerte era ineludible. La victoria final del proletariado era inevitable, pero una contrarrevolución exitosa retrasaría la causa durante décadas si no durante siglos. Los bolcheviques consideraban que tenían una responsabilidad enorme para con la población trabajadora del mundo entero: no fracasar.

La sensibilidad extrema a las amenazas desempeñó un papel importante en la decisión de colectivizar la agricultura e industrializar el país a un ritmo vertiginoso. «Estamos entre cincuenta y cien años por detrás de los países desarrollados. O compensamos esa diferencia en un plazo de diez años o nos aplastarán», declaró Stalin en 1931, casi exactamente una década antes de la invasión alemana. Aunque esa afirmación era de una presciencia excepcional, el análisis general de las amenazas que acechaban al régimen y a la revolución tendía a ser equivocado y solo alimentaba las ya excesivas preocupaciones relativas a conspiraciones externas e internas, resistencia popular, espías y saboteadores. El goteo de los servicios de inteligencia acerca de las potencias extranjeras, material de vigilancia y demás informes que cruzaban el escritorio de Stalin creó un cuadro creíble, convincente y completo de un peligro mortal, pero era profundamente engañoso. La mayor parte del análisis de este libro ha versado sobre la recopilación y el tratamiento de la información por parte del aparato de inteligencia soviético. Hemos mostrado cómo las formas en que aquella se

obtenía y procesaba sirvieron para exagerar las amenazas a las que el régimen se enfrentaba. Los dirigentes rusos eran reacios a aceptar que tales peligros podían desvanecerse o tornarse insignificantes. Confiaban demasiado en los testimonios obtenidos bajo tortura y en el «instinto revolucionario». Los encargados de obtener la información desarrollaron un interés profesional e institucional en encontrar «enemigos», y, en ese proceso, los servicios de inteligencia terminaron haciéndose eco y reforzando las ideas preconcebidas de la cúpula bolchevique. A lo largo de las décadas de 1920 y 1930, el régimen adquirió un poder económico, militar y político colosal, pero al mismo tiempo se convenció de que tenía enemigos en todas partes y que estos conspiraban para derrocarlo. Esa percepción no era el producto de mentes inestables y sedientas de sangre, sino más bien la consecuencia de un sistema de recopilación de información mal concebido que proporcionaba al régimen una imagen del enemigo muy detallada y matizada, convincente, pero básicamente errónea.

Los acontecimientos de 1936-1938 no eran en absoluto inexorables. Los objetivos del segundo plan quinquenal se estaban cumpliendo en su mayoría. Después de los años de la colectivización y la hambruna, el orden soviético en el campo era relativamente estable. No había un desafío verosímil, real o potencial al gobierno de Stalin. Y sin embargo, el asesinato de Serguéi Kírov desestabilizó al régimen antes de que la confianza en esos avances fuera sólida. Es posible decir casi con certeza que el asesino actuó solo, pero la investigación produjo «pruebas» de más intrigas para asesinar a otros dirigentes soviéticos. El marcado deterioro de la situación internacional, con el auge de las dictaduras de derecha anticomunistas a lo largo de las fronteras soviéticas, encabezado por el agresivo y expansionista régimen nazi, intensificó los temores de una invasión, sobre todo después de la aparición del Pacto Antikomintern y el estallido de la guerra civil española. Stalin y sus colegas creían que la revolución tenía que ser defendida a toda costa, no solo para que ellos pudieran seguir ocupando sus despachos en el Kremlin, sino porque el fin del poder soviético garantizaría el predominio mundial de las fuerzas del capital sobre la clase trabajadora durante generaciones. En el otoño de 1936, el politburó decidió que el jefe de la policía política, Yagoda, no estaba a la altura de la tarea, y lo

reemplazó por el superteórico de la conspiración Yezhov. A partir de ese momento, con los métodos del NKVD a su disposición, la aparición de «pruebas» adicionales de la conspiración fue inevitable. Las revelaciones posteriores acerca de la corrupción generalizada y la «duplicidad» en los niveles superiores de la burocracia, las conexiones entre los antiguos opositores y las potencias extranjeras, la traición dentro del ejército, etcétera, alimentaron las inseguridades y miedos del régimen respecto al futuro de la revolución. La creciente impresión de deslealtad en la cima de la jerarquía reforzó la idea de que era necesario neutralizar el peligro planteado por aquellos miembros de la población en general que en caso de guerra quizá optaran por no defender el régimen.

Stalin en persona tuvo una gran responsabilidad en la muerte de cientos de miles, si no millones, de ciudadanos soviéticos, pero las explicaciones de ese asesinato masivo que se concentran en su psicopatología son inadecuadas e inútiles. Stalin no era un paranoico, al menos no en el sentido clínico del término. Aunque es cierto que hizo más que cualquier otra persona por moldear el perverso sistema de información y dirigir las respuestas de la policía política, sus acciones y reacciones no fueron en absoluto únicas. Su círculo íntimo compartía su manera de reaccionar ante los informes de inteligencia que recibía. Muchos de los que se oponían a su gobierno también creían en la existencia de conspiraciones contrarrevolucionarias externas e internas, y lo mismo puede decirse de la población en general, alimentada por una dieta constante de campañas de vigilancia, noticias de conspiraciones y novelas, obras de teatro y películas sobre saboteadores y espías. En el contexto de los planes económicos de la década de 1930, y la presión para cumplirlos, esos temores no resultaban descabellados. La mayoría de los funcionarios y los trabajadores hicieron todo lo posible para cumplir con las normas de trabajo y alcanzar las metas previstas, pero con demasiada frecuencia hacerlo era imposible. Para simplificar un poco, en el cerrado ciclo de producción de la industria pesada, los productores de metales recibían minerales y combustibles de mala calidad, y además en cantidades insuficientes, por lo que producían metales de bajo rango. En consecuencia, los fabricantes de máquinas no podían producir equipos del nivel esperado, y eso a su vez dificultaba a las

industrias mineras la extracción de combustibles y minerales de buena calidad y en cantidades suficientes. En todos los sectores de la economía y el sistema estatal se reproducía más o menos la misma lógica. El problema «real» estaba un poco más allá en el horizonte, apenas fuera de la vista. En todos los niveles de la vida soviética, la existencia de saboteadores y agentes enemigos era algo que tenía sentido. Parecía explicar la entrega de bienes defectuosos, la escasez, los accidentes ferroviarios, los incendios y otros problemas que, en última instancia, eran consecuencia de un sistema de planificación que exigía el cumplimiento de unas metas imposibles. Así, cuando se llamó a la población a estar vigilante y desenmascarar al enemigo, muchos estaban preparados para hacerlo.

La decisión de iniciar e intensificar, o contener y detener, las campañas de violencia política estaba en manos de Stalin, pero él nunca reconoció los fallos fundamentales del sistema de recolección y análisis de la información. Ni él ni muchos de sus colegas aceptaron jamás que la causa principal de la corrupción oficial y la duplicidad, los problemas económicos, las «conversaciones antiestatales» y la resistencia popular estuvieran más en el propio sistema que en las acciones de los supuestos agentes de la contrarrevolución. Stalin nunca tuvo un «momento eureka» en el que comprendiera qué había salido mal, aunque sí se dio cuenta de que se estaban cometiendo «excesos» en algunas fases de las campañas de represión. El líder soviético era consciente de que los procedimientos jurídicos simplificados en exceso y la confianza en las confesiones obtenidas bajo tortura contribuían a una situación en la que un gran número de personas inocentes quedaba a merced de la represión estatal, pero tendía a considerar que ese era un precio que había que pagar para la defensa de la revolución. En este sentido resulta particularmente llamativo que en 1938, a medida que los recursos contra las detenciones arbitrarias se multiplicaban y se acumulaban las pruebas de las espantosas dimensiones de los «excesos» cometidos, Stalin hubiera llegado a la conclusión de que tenía que haber agentes enemigos infiltrados en el NKVD. Eso no era un mero chivo expiatorio. Aunque Stalin pensaba que era el líder excepcionalmente capaz que necesitaba la revolución mundial, la violencia política de este período nunca estuvo reducida a la protección y extensión de su poder

personal. La fiereza de esta época no puede explicarse como la culminación de una campaña para perfeccionar una dictadura personal. De hecho, tuvo el efecto contrario. El «gran miedo» hizo que el sistema soviético fuera casi ingobernable, haciéndolo mucho más vulnerable a la invasión extranjera.

Epílogo

El régimen nunca volvió a desencadenar una violencia política de las dimensiones de 1936-1938. Lo ocurrido siguió siendo un episodio único en la historia soviética, pero al mismo tiempo ni Stalin ni sus sucesores consiguieron librarse definitivamente de la sensación de que el Estado se enfrentaba a una amplia variedad de amenazas que ponían en peligro su existencia ya fuera por la acción de potencias extranjeras hostiles o por conspiraciones internas. En ningún momento la cúpula dirigente o la policía política asumieron el terror de forma cabal, más allá del reconocimiento de que se habían cometido «excesos». Nunca volvieron a reaccionar con una violencia tan extraordinaria, pero la sensación de amenaza permaneció. A finales de la década de 1930, mientras Europa entera se armaba a un ritmo cada vez más acelerado, Stalin solo tenía al Reino Unido y Francia entre la URSS y la guerra contra Japón y Alemania. Y entonces vio a Chamberlain adoptar una política de concesiones crecientes a Alemania, incluido el infame pacto de Múnich, y a Francia virar de nuevo a la derecha tras el colapso del Frente Popular. Ninguno de los dos países mostró mucho interés en firmar un pacto de ayuda mutua con la Unión Soviética, lo que no sorprendió a Stalin en absoluto. Durante la mayor parte de las más de dos décadas que habían pasado desde la Revolución de Octubre, sus servicios de inteligencia le había dicho que el Reino Unido y Francia eran los líderes y organizadores de las coaliciones antisoviéticas. El miedo común a Alemania había acercado a los franceses a la URSS, pero, al parecer, Stalin tendía a creer que la motivación principal de ese acercamiento era convencer a Alemania de que aceptara los acuerdos de seguridad propuestos por Francia, de ser necesario a costa de la URSS. Stalin continuó mandando a sus diplomáticos que exploraran las posibilidades de la seguridad colectiva, pero cualquier acuerdo que no contara con la

garantía de que el Reino Unido y Francia acudirían en defensa de la Unión Soviética en caso de una invasión alemana era peor que ningún trato en absoluto, pues no serviría para impedir la expansión de Alemania en el este. Un pacto de no agresión con Alemania resultaba más atractivo que la seguridad colectiva, porque si la guerra era inevitable, tenía más sentido empujar a Hitler hacia el oeste que confiar en que los dos viejos enemigos acudirían en socorro de la Unión Soviética.

El pacto nazi-soviético se firmó el 23 de agosto de 1939. Su firma no era un indicio de que Stalin confiara en Hitler o compartiera sus planes para la dominación totalitaria del mundo. Antes y durante el tratado, siguió recibiendo información acerca del espionaje y las actividades terroristas de los nazis en la URSS.[7] En lugar de ello, la firma del acuerdo era coherente con su determinación de retrasar mientras pudiera lo que desde su punto de vista era una guerra inevitable. En el verano de 1941, subestimó los numerosos informes de la inteligencia soviética que advertían de la inminente invasión nazi no porque descartara que Hitler pudiera plantearse dar semejante paso, sino porque consideró que los informes que indicaban lo contrario eran más creíbles. La batalla de Inglaterra todavía no había acabado. Y era indudable que Hitler no pasaría por alto la lección de la primera guerra mundial para lanzarse a una guerra en dos frentes. Una invasión nazi de la URSS era probable, sí, pero con seguridad no a finales de junio, cuando al cabo de pocos meses las temperaturas bajo cero y la nieve dificultarían enormemente el desafío de abastecer a las fuerzas invasoras a través de la estepa rusa. Stalin parece haber tenido una gran fe en su capacidad para interpretar la información proporcionada por los servicios de inteligencia y establecer el curso de acción correcto. Durante las últimas *dos décadas*, esa información le había dicho de forma casi continua que la URSS se encontraba en peligro de ser invadida. Al tiempo que los servicios de inteligencia exageraban constantemente las amenazas a las que el país se enfrentaba, Stalin desarrolló una indebida confianza en su capacidad para frustrar los planes de las potencias capitalistas que rodeaban a la Unión Soviética. La gran ironía de todo ello es que, al lanzar la Operación Barbarroja el 22 de junio de 1941, Hitler demostró que Stalin estaba equivocado en ese caso específico, si bien el comienzo definitivo de

la confrontación inevitable fue a sus ojos una prueba irrefutable de que la idea general del «cerco capitalista» era correcta, de que la URSS realmente había estado bajo amenaza de invasión constante en el período de entreguerras y de que las potencias capitalistas nunca tolerarían la existencia de un Estado comunista próspero. Por supuesto, el Reino Unido, Estados Unidos y la Unión Soviética serían aliados durante el resto de la guerra. El programa de Préstamo y Arriendo contribuyó de forma significativa a la capacidad de los soviéticos para sobrevivir a la arremetida nazi, pero no resultó difícil interpretarlo como un esfuerzo interesado con el fin de mantener atada a la Wehrmacht en el este. De forma similar, la prolongada tardanza en la apertura del segundo frente se consideró un movimiento calculado para agotar a los rusos.[8] Y cuando finalmente este se abrió, con la Operación Overlord en junio de 1944, se resolvió que tenía la apariencia de una operación destinada a detener el avance de las tropas soviéticas en Europa.

Ofrecer una exposición sobre los orígenes y la evolución de la guerra fría supera con creces la ambición de la presente obra, pero nuestro análisis de las raíces del «gran terror», en particular, y del imaginario soviético de la contrarrevolución, en general, acarrea implicaciones para las décadas que vinieron después. El sucesor de Stalin, Nikita Jrushov, sometió con firmeza la policía política al control del Partido (y al menos inicialmente consideró la posibilidad de que el capitalismo y el comunismo pudieran coexistir pacíficamente), pero se cuidó de no desacreditar el aparato de la vigilancia política. Aunque sabía que los arrestos y ejecuciones de finales de la década de 1930 se contaban por millones, únicamente se refirió a la represión de la élite. Muchos de sus colegas en el politburó siguieron convencidos de que, si bien Stalin había ido demasiado lejos, la cacería de los enemigos del régimen había sido necesaria.[9]

Entretanto, la guerra fría ofreció una gran cantidad de pruebas que sugerían que el Occidente capitalista no había renunciado a sus esfuerzos por socavar el poder soviético. La negativa de Estados Unidos a compartir la bomba atómica con su antiguo aliado parecía indicar no una mera falta de confianza, sino la anticipación de un nuevo conflicto. El Plan Marshall (1947) se interpretó como un desafío a la influencia soviética en Europa

oriental. La Doctrina Truman (1947), los esfuerzos estadounidenses por romper el bloqueo de Berlín (1948) y los conflictos de Corea y Vietnam fueron algunos de los muchos momentos álgidos posteriores que servirían para mantener viva la creencia de que seguía siendo vigente la idea de Lenin acerca de la inevitabilidad de la confrontación entre el capitalismo y el comunismo. Los servicios de inteligencia soviéticos también eran muy conscientes de que la CIA gastaba miles de millones de dólares en satélites espías, dispositivos de escucha sofisticados y diversas formas de acción encubierta no solo para limitar la propagación de la influencia soviética a nivel internacional, sino también para debilitar el apoyo al régimen dentro de la URSS y fomentar la disidencia. Utilizando globos, los estadounidenses dejaron caer sobre territorio soviético decenas de millones de panfletos, y trataron de apoyar a aquellos grupos cuyos intereses no estaban del todo en consonancia con los del régimen. Sus esfuerzos por cambiar la actitud popular hacia el este tuvieron escaso éxito, pero la policía política soviética no logró renunciar a la costumbre de buscar la mano de la CIA detrás de cada acto de disensión.[10]

No es absurdo preguntarse si el miedo crónico y exagerado al enemigo que caracterizó la era de Stalin (y de hecho casi toda la historia rusa) ha llegado hasta nuestros días. Cuando Vladímir Putin ingresó en la KGB a finales de la década de 1970, sus instructores seguían presentando la historia de los organismos de seguridad del Estado como una línea ininterrumpida de éxitos en la lucha por frustrar y poner al descubierto los esfuerzos de las potencias capitalistas para subvertir a la Unión Soviética. El principal manual de historia presentaba al NKVD más como víctima que como perpetrador del terror estalinista. Pocas cosas en este libro hubieran merecido una crítica de Stalin y, por supuesto, no contiene una sola mención de los problemas básicos en la recopilación de información que llevaron a los dirigentes soviéticos a exagerar las amenazas a las que se enfrentaban.[11] Tras concluir su adiestramiento en la KGB, el trabajo de Putin giró en torno al tipo de tareas que antes hemos descrito con amplitud: identificar las amenazas planteadas por los agentes enemigos.[12] La calidad de la inteligencia rusa quizá haya mejorado desde entonces, pero dado que la exageración de aquellas tiene unas raíces tan profundas en la historia del

país, sería sorprendente que los ecos del «gran miedo» se hubieran disipado por completo. Es posible que ciertos hábitos mentales profundamente arraigados tengan alguna relación con las severas restricciones impuestas en la actualidad a las libertades de prensa, reunión y expresión en Rusia, con la decisión de cerrar las oficinas del Consejo Británico, o la condena a trabajos forzosos de las integrantes de la banda punk Pussy Riot, entre otros hechos. Tal como están las cosas, la administración de Putin no alienta el tipo de investigación que haría posible responder de forma satisfactoria a ese interrogante, por lo que es probable que, durante algún tiempo, la cuestión siga siendo materia de conjetura.

Bibliografía

Archivos

Arjiv Vnéshnei Polítiki Rossískoi Federatsi (AVPRF)
Gosudárstvenni Arjiv Rossískoi Federatsi (GARF)
Rossíski Gosudárstvenni Arjiv Ekonómiki (RGAE)
Rossíski Gosudárstvenni Arjiv Sotsialno-Polítícheskoi Istori (RGASPI)
Rossíski Gosudárstvenni Voenni Arjiv (RGVA)
Gosudárstvenni Arjiv Administrativnij Organizatsi Sverdlovskoi Óblasti (GAAO SO)
Gosudárstvenni Arjiv Obshhestvennij Organizatsi Sverdlovskoi Óblasti (GAOO SO)

Fuentes primarias publicadas

Adibekov, G. M., Adibekova, Zh. G., Rogovaia, L. A., Shirinia K. K., eds., *Politbiuro TsK RKP(b)-VKP(b) i Komintern, 1919-1943: Dokumenty*, Moscú, 2004.

Artizov, A., Sigachev, Iu., Shevchuk, I., Lorov, V., eds., *Reabilitatsia: Kak eto bilo.* ii. *Fevral 1956-nachalo 80-kh godov. Dokumenty*, Moscú, 2003.

Bobkov, F. D., *Kak borotsia s «agentami vliania»*, Moscú, 2014.

Bl'shevik

Chase, William, *Enemies within the Gates? The Comintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven, 2001.

Chebrikov, V., ed., *Istoria Sovetskij órganov gosudárstvennoi bezopasnosti*, Moscú, 1977.

Chetirnadtsati sezd Vsesoiuznoi Kommunistícheskoi Partii (Bolshevikov), 1831 dekabriá 1925 g. Stenograficheskii otchet, Moscú, 1926.

Churchill, Winston S., *The Second World War*, Nueva York, 1959, vol. i. [Hay traducción castellana: *La segunda guerra mundial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.]

Dame, V. V., Komolova, N. P., y Petrova, N. L., eds., *Komintern protiv fashizma: Dokumenty*, Moscú, 1999.

Dokumenty vneshnei politiki SSSR, 21 vols., Moscú, 1957-1977.

Dvenadtsati sezd Rossískoi Kommunistícheskoi Partii (Bolshevikov), 17-25 aprelia 1923 g. Stenograficheskii otchet, Moscú, 1923.

Getty, J. Arch, y Naumov, Oleg V., eds., *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven, 1999.

Izvestiia TsK

Jaustov, V. N., Naumov, V. P., y Plotnikova, N. S., eds., *Lubianka: Stalin I VChK-GPU-OGPU-NKVD ianvar 1922-dekabr 1936: Dokumenty*, Moscú, 2003.

—, Naumov, V. P., y Plotnikova, N. S., eds., *Lubianka: Stalin i Glavnoe Upravlenie Gosbezopasnosti NKVD, 1937-1938,* Moscú, 2004.

—, Naumov, V. P., y Plotnikova, N. S., eds., *Lubianka: Stalin i NKVDNKGB-GUKR «Smersh», 1939-mart 1946*, Moscú, 2006.
Jlevniuk, O. V., Devis, R. U. [R. W. Davies], Kosheleva, L. P., Ris, E. A. [E. A. Rees], y Rogovaia, L. A., eds., *Stalin i Kaganóvich: Perepiska. 1931-1936 gg*., Moscú, 2001.
—, Kvashonkin, A. V., Kosheleva, L. P., y Rogovaia, L. A. eds., *Stalinskoe Politbiuró v 30-e gody*, Moscú, 1995.
Kommunist
Kommunistícheskaia Partiia Sovetskovo Soiuza v rezoliutsiaj i resheniaj sezdov, konferentsii i plenumov TsK, 14 vols., Moscú, 1972-1984.
Kosheleva, L. P., Lelchuk, V., Naumov, V., Naumov, O. V., Rogovaia, L. A., y Jlevniuk, O. V., eds., *Pismá I. V. Stalina V. M. Molotovu, 1925-1936 gg*., Moscú, 1995.
Kvashonkin, A. V., Kosheleva, L. P., Rogovaia, L. A., y Jlevniuk, O. V., eds., *Sovetskoe rukovodstvo: Perepiska, 1928-1941*, Moscú, 1999.
—, Livshin, A. V., y Jlevniuk O. V., eds., *Stalinskoe Politbiuró v 30-e gody. Sbornik dokumentov*, Moscú, 1995.
Latsis, M. I., *Krasnaia Kniga V. Ch. K*., 2 vols., reimpresión al cuidado de A. S. Belidov, Moscú, 1990.
Lenin, V. I., *Polnoe Sobranie Sochinenii*, 52 vols., Moscú, 1959-1969.
Lenoe, Matthew E., *The Kirov Murder and Soviet History*, New Haven, 2010.
Lih, Lars T., Naumov O. V., y Jlevniuk, O. V., eds., *Stalin's Letters to Molotov, 1925-1936*, New Haven, 1995.
Litvin, A. L., ed., *Boris Savinkov na Lubianke. Dokumenty*, Moscú, 2001.
Mikoian, Anastas, *V nachale dvatsatij*, Moscú, 1975.
Orlov, Alexander, *The Secret History of Stalin's Crimes*, Nueva York, 1953.
Partinoe stroitelstvo
Petrov, Nikita, y Iansen, Mark, *Stalinski pitomets—Nikolai Ezhov*, Moscú, 2008.
Piatnadtsati sezd Vsesoiuznoi kommunistícheskoi partii (b). Stenograficheski otchet, Moscú, 1928.
Plejanov, A. A., y Plejanov, A. M., *F. E. Dzerzhinski: Predsedatel VChK-OGPU, 1917-1926. Dokumenty*, Moscú, 2007.
Pravda
Shestnadtsataia konferentsia VKP(b), 23-29 aprelia 1929 g. Stenograficheski otchet, Moscú, 1929.
Stalin, I. V., *Sochinenia*, 13 vols., Moscú, 1947-1951.
Trinadtsataia konferentsia Rossískoi Kommunistícheskoi Parti (Bolshevikov), Moscú, 1924.
Trinadtsati sezd RKP(b), mai 1924 goda. Stenograficheski otchet, Moscú, 1963.
Troinitski, N. A., ed., *Pervaia vseobshchaia perepis naseleniia Rossískoi Imperi*, San Petersburgo, 1905.
Velíkaia Oktiábrskaia Sotsialistícheskaia Revoliutsia: Entsiklopedia, Moscú, 1987.
Viola, Lynne, Danilov, V. P., Ivnitskii, N. A., y Kozlov, Denis, eds., *The War Against the Peasantry, 1927-1930*, New Haven, 2005.

Fuentes secundarias

Avrich, Paul, *Peasant Rebels, 1600-1800*, Londres, 1972.
Benvenuti, Francesco, *Stakhanovism and Stalinism, 1934-1938*, CREES Discussion Papers, n.º 30, Birmingham, 1989.
Berliner, Joseph, *Factory and Manager in the USSR*, Cambridge (Massachusetts), 1957.

Carley, Michael Jabara, «Down a Blind Alley: Anglo-French Soviet Relations: 1920-1939», *Canadian Journal of History*, n.º 2 (1994), pp. 147-172.
—, «Episodes from the Early Cold War: Franco-Soviet Relations, 1917-1927», *Europe-Asia Studies*, n.º 7 (2000), pp. 1.275-1.305.
—, «Behind Stalin's Moustache: Pragmatism in Early Soviet Foreign Policy, 1917-1941», *Diplomacy and Statecraft*, n.º 3 (2001), pp. 159-174.
Carr, E. H., *A History of the Bolshevik Revolution: The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, Londres, 1950, vol. i.
—, y Davies, R. W., *Foundations of a Planned Economy*, Londres, 1969, vol. i/1.
Conquest, Robert, *The Great Terror*, Londres, 1967. [Hay traducción castellana: *El gran terror. Las purgas estalinistas de los años treinta*, Luis de Caralt, Barcelona, 1974.]
Cook, Andrew, *On His Majesty's Secret Service: Sidney Reilly Codename ST1*, Londres, 2002.
Daniels, Robert V., «The Secretariat and the Local Organisations in the Russian Communist Party, 1921-1923», *American Slavic and East European Review*, n.º 1 (1957), pp. 32-49.
—, *Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia*, Cambridge (Massachusetts), 1960.
—, «Stalin's Rise to Dictatorship», en Alexander Dallin y Alan Westin eds., *Politics in the Soviet Union*, Nueva York, 1966.
—, *Red October: The Bolshevik Revolution of 1917*, Nueva York, 1967.
Davies, R. W., *Crisis and Progress in the Soviet Economy, 1931-1933*, Basingstoke, 1996.
—, y Jlevniuk, O. V., «Stakhanovism and the Soviet Economy», *Europe-Asia Studies*, n.º 6 (2002), pp. 867-903.
—, Tauger, M. B., y Wheatcroft, S. G., «Stalin, Grain Stocks and the Famine of 1932-1933», *Slavic Review*, n.º 3 (1995), pp. 642-657.
Davies, Sarah, *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, 1997.
—, y Harris, James, *Stalin's World: Dictating the Soviet Order*, New Haven, 2014.
Deutscher, Isaac, *Stalin: A Political Biography*, Oxford, 1949. [Hay traducción castellana: *Stalin. Biografía política*, Ediciones ERA, México, 1965.]
—, *The Prophet Unarmed, Trotsky: 1921-1929*, Londres, 1970.
Fitzpatrick, Sheila, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934*, Cambridge, 1979.
Gellately, Robert, *Lenin, Stalin and Hitler: The Age of Social Catastrophe*, Londres, 2007.
Getty, J. Arch, *Origins of the Great Purges: The Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938*, Cambridge, 1985.
—, «The Politics of Repression Revisited», en J. Arch Getty y Roberta T. Manning, eds., *Stalinist Terror: New Perspectives*, Cambridge, 1993, pp. 49-62.
—, «"Excesses are Not Permitted": Mass Terror and Stalinist Governance in the Late 1930s», *Russian Review*, n.º 1 (2002), pp. 113-138.
—, y Naumov, Oleg V., *Yezhov: The Rise of Stalin's Iron Fist*, New Haven, 2008.
—, «Pre-Election Fever: The Origins of the 1937 Mass Operations», en James Harris, ed., *Anatomy of Terror*, Oxford, 2013, pp. 224-227.
Hagenloh, Paul, *Stalin's Police: Public Order and Mass Repression in the USSR, 1926-1941*, Baltimore, 2009.
Harris, James, *The Great Urals: Regionalism and the Evolution of the Soviet System*, Ithaca (Nueva York), 1999.
—, «The Purging of Local Cliques in the Urals Region, 1936-1937», en Sheila Fitzpatrick, ed., *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000, pp. 262-285.

—, «Resisting the Plan in the Urals, 1928-1956: Or Why Regional Officials Needed “Wreckers” and “Saboteurs”», en Lynne Viola, ed., *Contending with Stalinism: Soviet Power and Popular Resistance in the 1930s*, Ithaca (Nueva York), 2002, pp. 201-227.
—, «Was Stalin a Weak Dictator?», *Journal of Modern History*, n.º 2 (2003), pp. 375-386.
—, «Encircled by Enemies: Stalin’s Perceptions of the Capitalist World, 1918-1941», *Journal of Strategic Studies*, n.º 3 (2007), pp. 513-545.
—, «Intelligence and Threat Perception: Defending the Revolution, 1917-1937», en James Harris, ed., *Anatomy of Terror: Political Violence under Stalin*, Oxford, 2013, pp. 29-43.
Haslam, Jonathan, *Soviet Foreign Policy, 1930-1933: The Impact of the Depression*, Londres, 1983.
Hellbeck, Jochen, «Fashioning the Stalinist Soul: The Diary of Stepan Podliubnyi, 1931-9», en Sheila Fitzpatrick, ed., *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000, pp. 77-116.
Hingley, Ronald, *The Russian Secret Police: Muscovite, Imperial Russian and Soviet Political Security Operations, 1565-1970*, Londres, 1970.
Holquist, Peter, «“Conduct Merciless Mass Terror”: Decossackization on the Don, 1919», *Cahiers du Monde Russe*, n.º 1-2 (enero-junio de 1997), pp. 127-162.
—, *Making War, Forging Revolution: Russia’s Continuum of Crisis, 1914-1921*, Cambridge (Massachusetts), 2002.
Hosking, Geoffrey, *Russia and the Russians*, Londres, 2002.
Jaustov, V. N., y Samuelson, Lennart, *Stalin, NKVD i repressii, 1936-1938 gg*., Moscú, 2009.
Jlevniuk, O. V., *In Stalin’s Shadow: The Career of «Sergo» Ordzhonikidze*, Armonk (Nueva York), 1995.
—, *Politbiuró: Mejanizmi politícheskoi vlasti v 1930-e gody*, Moscú, 1995.
—, y Davies, R. W., «The End of Rationing in the Soviet Union, 1934-1935», *Europe-Asia Studies*, n.º 4 (1999), pp. 557-609.
Johnson, Loch K., «Covert Action and Accountability: Decision-Making for America’s Secret Foreign Policy», *International Studies Quarterly*, n.º 1 (1989), pp. 81-109.
Johnson, Loch K., «Spymasters in the Cold War», *Foreign Policy*, n.º 105 (invierno de 1996-1997), pp. 179-192.
Ken, Oleg, *Mobilizatsionnoe planirovanie i politicheskie resheniia, konets 1920-j [Kh]-seredina 1930-j gg*., Moscú, 2008.
Kessler, Gijs, «The Passport System and State Control over Population Flows in the Soviet Union, 1932-1940», *Cahiers du Monde Russe*, n.º 42 (2001), pp. 478-504.
Kirmel, N. S., *Belogvardeiskie spetssluzhbi v Grazhdanskoi voiné, 1918-1922 gg*., Moscú, 2008.
Kiseleva, E. L., «Chistka gosudárstvennogo apparata, 1929-1932 gg.», *Rossískaia istoria*, n.º 1 (2009), pp. 96-109.
Kivinen, Marrku, «Obzory OGPU i sovetskie istoriki», en G. N. Sevastianov, A. N. Sajarov, Ia. F. Pogonii, Iu. L. Diakov, V. K. Vinogradov, L. P. Kolodnikova, T. Vijavainen, M. Kivinen, y T. Martin, eds., «*Sovershenno Sekretno»: Lubianka-Stalinu o polozheni v Strané (1922-1934)*, 8 vols., Moscú, 2001, vol. i/1.
Knei-Paz, Baruch, *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*, Oxford, 1978.
Kovalev, V. A., *Dva Stalinskikh Narkoma*, Moscú, 1995.
Kuromiya, Hiroaki, «The Shakhty Affair», *South East European Monitor*, n.º 2 (1997), pp. 41-64.
—, *Stalin: Profiles in Power*, Londres, 2005.
Lewin, Moshe, *Lenin’s Last Struggle*, Londres, 1969. [Hay traducción castellana: *El último combate de Lenin*, Lumen, Barcelona, 1970.]
Lincoln, W. Bruce, *Red Victory: A History of the Russian Civil War*, Londres, 1991.
Long, John W., «Plot and Counterplot in Revolutionary Russia: Chronicling the Bruce Lockhart Conspiracy, 1918», *Intelligence and National Security*, n.º 1 (1995), pp. 122-143.

McCagg, W. O., *Stalin Embattled, 1943-1948*, Detroit, 1978.
Maiolo, Joe, *Cry Havoc: The Arms Race and the Second World War, 1931-1941*, Londres, 2010.
Martin, Terry, «The Origins of Soviet Ethnic Cleansing», *Journal of Modern History*, n.º 4 (1998), pp. 813-861.
Mawdsley, Evan, y White, Stephen, *The Soviet Elite from Lenin to Gorbachev: The Central Committee and its Members, 1917-1991*, Oxford, 2000.
Medvedev, Roy A., *Let History Judge*, Londres, 1972.
Merridale, Catherine, *Moscow Politics and the Rise of Stalin: The Communist Party in the Capital, 1925-1932*, Basingstoke, 1990.
Morozov, S. V., *Polsko-Chejoslovatskie otnoshenia, 1933-1939*, Moscú, 2004.
Mozojin, O. B., «Iz istori borbí órganov VChK-OGPU s terrorizmom», *Voenno-istoricheski zhurnal*, n.º 5 (2002).
Nove, Alec, *An Economic History of the USSR*, Londres, 1969. [Hay traducción castellana: *Historia económica de la Unión Soviética*, Alianza, Madrid, 1973.]
Osokina, Elena, *Our Daily Bread: Socialist Distribution and the Art of Survival in Stalin's Russia, 1927-1941*, Londres, 2000.
Pipes, Richard, *Russia under the Old Regime*, Londres, 1974.
—, *A Concise History of the Russian Revolution*, Nueva York, 1996.
Plejanov, A. M., *VChK-OGPU, 1921-1928gg*., Moscú, 2003.
Priestland, David, *Stalinism and the Politics of Mobilization: Ideas, Power and Terror in Inter-War Russia*, Oxford, 2007.
Rayfield, Donald, *Stalin and his Hangmen*, Londres, 2005. [Hay traducción castellana: *Stalin y los verdugos*, Taurus, Madrid, 2003.]
Rees, E. A., *Decision-Making in the Stalinist Command Economy*, Basingstoke, 1997.
—, «Leaders and their Institutions», en Paul R. Gregory, ed., *Behind the Façade of Stalin's Command Economy*, Stanford (California), 2001, pp. 35-60.
—, *Red Commanders: A Social History of the Soviet Army Officer Corps, 1918-1991*, Lawrence (Kansas), 2005.
Reiman, Michal, *The Birth of Stalinism*, Bloomington (Indiana), 1987. [Hay traducción castellana: *El nacimiento del estalinismo*, Crítica, Barcelona, 1982.]
Rigby, T. H., *Communist Party Membership in the U.S.S.R., 1917-1967*, Princeton, 1968.
—, «Early Provincial Cliques and the Rise of Stalin», *Soviet Studies*, n.º 1 (1981), pp. 3-28.
Rittersporn, Gabor, *Stalinist Simplifications and Soviet Complications: Social Tensions and Political Conflicts in the USSR, 1933-1953*, Chur (Suiza), 1991.
Rossman, Jeffrey J., «A Workers' Strike in Stalin's Russia: The Vichuga Uprising, 1930», en Lynne Viola, ed., *Contending with Stalinism: Soviet Power and Popular Resistance in the 1930s*, Ithaca (Nueva York), 2002, pp. 44-83.
Rudgers, David F., «The Origins of Covert Action», *Journal of Contemporary History*, n.º 2 (2000), pp. 249-262.
Sakwa, Richard, *Putin: Russia's* Choice, Abingdon, 2008. [Hay traducción castellana: *Vladimir Putin: el elegido de Rusia*, Ediciones Folio, Barcelona 2006.]
Service, Robert, *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change, 1917-1923*, Nueva York, 1979.
Shearer, David, «Elements near and Alien: Passportisation, Policing, and Identity in the Stalinist State, 1932-1952», *Journal of Modern History*, n.º 4 (2004), pp. 835-881.
—, *Policing Stalin's Socialism: Repression and Social Order in the Soviet Union, 1924-1953*, New Haven, 2009.

Siegelbaum, Lewis, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935-1941*, Cambridge, 1988.

Simonov, N. S., «The "War Scare" of 1927 and the Birth of the Defense Industry Complex», en John Barber y Mark Harrison, eds., *The Soviet Defense Industry Complex from Stalin to Khrushchev*, Basingstoke, 2000, pp. 33-46.

Skorkin, K. V., *NKVD RSFSR, 1917-1923*, Moscú, 2008.

Smith, Jeremy, «Stalin as Commissar of Nationalities, 1918-1922», en Sarah Davies y James Harris, eds., *Stalin: A New History*, Cambridge, 2005, pp. 45-62.

Spence, Richard B., «Russia's *Operatsiia Trest*: A Reappraisal», *Global Intelligence Monthly*, n.º 1 (1999), pp. 19-24.

Steiner, Zara, *The Lights that Failed: European International History, 1919-1933*, Oxford, 2005.

Thurston, Robert, «The Stakhanovite Movement: Background to the Great Terror in the Factories, 1935-1938», en J. Arch Getty y Roberta T. Manning, eds., *Stalinist Terror: New Perspectives*, Cambridge, 1993, pp. 142-160.

—, *Life and Terror in Stalin's Russia, 1934-1941*, New Haven, 1996.

Tsvetkov, V. Zh., «Osóbennosti antisovetskoi razvedivatelnoi raboti podpolnij voenno-polítícheskij struktur belogo dvizhenia 1917-1918 gg.», en A. A. Zdanovich, G. E. Kuchkov, N. V. Petrov, y V. N. Jaustov, eds., *Istorícheskie chtenia na Lubianke: 1997-2008*, Moscú, 2008, pp. 36-50.

Tucker, Robert C., *Stalin as Revolutionary, 1879-1929*, Londres, 1974.

Ulam, Adam B., *Stalin: The Man and his Era*, Nueva York, 1973. [Hay traducción castellana: *Stalin, el hombre y su época*, Noguer Ediciones, Barcelona, 1975.]

Vert, Nikolia (Nicolas Werth), *Terror i besporiadok: Stalinizm kak sistema*, Moscú, 2010.

Viola, Lynne, «The Campaign to Eliminate the Kulak as a Class, Winter 1929-1930: A Reevaluation of the Legislation», *Slavic Review*, n.º 3 (1986), pp. 503-524.

—, *Peasant Rebels under Stalin: Collectivisation and the Culture of Peasant Resistance*, Oxford, 1996.

Whitewood, Peter, *The Red Army and the Great Terror: Stalin's Purge of the Soviet Military*, Lawrence (Kansas), 2015.

Zubok, Vladislav, y Pleshakov, Constantine, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, Cambridge (Massachusetts), 1996.

Notas

Introducción

1. Robert Conquest, *The Great Terror*, Londres, 1968. [Hay traducción castellana: *El gran terror. Las purgas estalinistas de los años treinta*, Luis de Caralt, Barcelona, 1974.] Casi veinte años antes Isaac Deutscher había ofrecido un relato similar, aunque mucho más sucinto, en su *Stalin: A Political Biography*, Oxford, 1949. [Hay traducción castellana: *Stalin. Biografía política*, Ediciones ERA, México, 1965.] Véanse también memorias de la época como Alexander Barmine, *Memoirs of a Soviet Diplomat*, Londres, 1938; Walter Krivitsky, *I was Stalin's Agent*, Nueva York, 1939; Victor Kravchenko, *I Chose Freedom*, Nueva York, 1946. [Hay traducción castellana: *Yo escogí la libertad. Vida privada y política de un alto funcionario soviético*, Editorial Nos, Madrid, 1953.]; Alexander Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes*, Nueva York, 1953; Boris Nicolaevsky, *Power and the Soviet Elite*, Nueva York, 1965.

2. Véase, por ejemplo, Robert Tucker, ed., *Stalinism: Essays in Historical Interpretation*, Nueva York, 1977; Sheila Fitzpatrick, *The Civil War as a Formative Experience*, Washington, D. C., 1981; Graeme Gill, *The Origins of the Stalinist Political System*, Cambridge, 1990.

3. J. Arch Getty, *Origins of the Great Purges: The Soviet Communist Party Reconsidered, 1933-1938*, Cambridge, 1985. Los trabajos más recientes de Getty exploran la participación de Stalin en el terror con considerable detalle, aunque no abordan de forma explícita la paradoja del Estado fuerte y el Estado débil. Véase J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, eds., *The Road to Terror: Stalin and the Self-Destruction of the Bolsheviks, 1932-1939*, New Haven, 1999; J. Arch Getty y Oleg V. Naumov, *Yezhov: The Rise of Stalin's Iron Fist*, New Haven, 2008.

4. Oleg Jlevniuk, *Master of the House: Stalin and his Inner Circle*, New Haven, 2009.

5. James Harris, «The Purging of Local Cliques in the Urals Region, 1936-1937», en Sheila Fitzpatrick, ed., *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000, pp. 262-285; James Harris, «Resisting the Plan in the Urals, 1928-1956: Or Why Regional Officials Needed “Wreckers” and “Saboteurs”», en Lynne Viola, ed., *Contending with Stalinism: Soviet Power and Popular Resistance in the 1930s*, Ithaca (Nueva York), 2002, pp. 201-227; James Harris, «Was Stalin a Weak Dictator?», *Journal of Modern History*, 2 (2003), pp. 375-386; James Harris, «Encircled by Enemies: Stalin’s Perceptions of the Capitalist World, 1918-1941», *Journal of Strategic Studies*, 3 (2007), pp. 513-545.

6. Junto con Sarah Davies, me he ocupado muy recientemente de la cuestión de la recopilación de información y las percepciones correctas y equivocadas en *Stalin's World: Dictating the Soviet Order*, New Haven, 2014, parte 1. Véase también James Harris, «Intelligence and Threat Perception: Defending the Revolution, 1917-1937», en James Harris, ed., *Anatomy of Terror: Political Violence under Stalin*, Oxford, 2013, pp. 29-43.

7. I. V. Stalin, *Sochinenia*, 13 vols., Moscú, 1947-1951, vol. xiii, Moscú, 1951, pp. 38-39.

8. De acuerdo con su lengua natal. Los encargados de llevar a cabo el censo probablemente exageraban la cantidad de rusos. N. A. Troinitski, ed., *Pérvaia vseobshchaia perepis naselenia Rossískoi Imperi*, San Petersburgo, 1905.

9. Geoffrey Hosking, *Russia and the Russians*, Londres, 2002, cap. 8.

Capítulo 1: Miedo y violencia

1. Robert V. Daniels, *Red October: The Bolshevik Revolution of 1917*, Nueva York, 1967.

2. E. H. Carr, *A History of the Bolshevik Revolution: The Bolshevik Revolution, 1917-1923*, Londres, 1950, vol. i, p. 165.

3. La principal fuente de conflicto era la forma de gobierno por la que estaban luchando: ¿la restauración de la autocracia, una monarquía constitucional, una democracia liberal? Los desacuerdos hacían en extremo difícil el mando unificado.

4. Peter Holquist, «"Conduct Merciless Mass Terror": Decossackization on the Don, 1919», *Cahiers du Monde Russe*, 1-2 (1997), pp. 127-162.

5. Véase, por ejemplo, Peter Holquist, *Making War, Forging Revolution: Russia's Continuum of Crisis*, *1914-1921*, Cambridge (Massachusetts), 2002.

6. León Trotski, «Terrorizm i kommunizm», citado según Baruch Knei-Paz, *The Social and Political Thought of Leon Trotsky*, Oxford, 1978, pp. 248-249.

7. *Velíkaia Oktiabrskaia Sotsialistícheskaia Revoliutsia: Entsiklopedia*, Moscú, 1987, p. 450; K. V. Skorkin, *NKVD RSFSR, 1917-1923*, Moscú, 2008, p. 65.

8. A. A. Plejanov y A. M. Plejanov, *F. E. Dzerzhinskii: Predsedatel VChK-OGPU, 1917-1926. Dokumenti*, Moscú, 2007, p. 36.

9. Richard Pipes, *A Concise History of the Russian Revolution*, Nueva York, 1996, p. 175.

10. Roger R. Reese, *Red Commanders: A Social History of the Soviet Army Officer Corps, 1918-1991*, Lawrence (Kansas), 2005, pp. 32-35.

11 N. S. Kirmel, *Belogvardeiskie spetssluzhby v Grazhdanskoi voiné, 1918-1922 gg*., Moscú, 2008, p. 60.

12. Lynne Viola, *Peasant Rebels under Stalin: Collectivization and the Culture of Peasant Resistance*, Oxford, 1996, p. 16.

13. Plejanov y Plejanov, *Dzerzhinski*, pp. 37-39.

14. Tras haber cerrado una publicación tras otra, el 4 de agosto de 1918 el Consejo de Comisarios del Pueblo aprobó una directiva que ordenaba el cierre de todos los periódicos «burgueses». Véase Plejanov y Plejanov, *Dzerzhinski*, pp. 47-51.

15. K. V. Skorkin, *NKVD Rossii*, p. 31.

16. V. Zh. Tsvetkov, «Osóbennosti antisovetskoi razvedivatelnoi raboti podpolnij voenno-polítícheskij struktur belovo dvizhenia 1917-1918gg.», en A. A. Zdanovich, G. E. Kuchkov, N. V. Petrov y V. N. Jaustov, eds., *Istoricheskie chtenie na Lubianke: 1997-2008*, Moscú, 2008, p. 45, citando a V. Gurko, «Iz Petrograda cherez Moskvú, Parizh i London v Odessu», *Arjiv russkoi revoliutsi*, Berlín, 1924, vol. xv., pp. 66-67.

17. V. I. Lenin, «Vse na borbú s Denikinym», *Izbrannie sochinenia*, Moscú, 1987, vol. ix. pp. 37-38.

18. La cita proviene de Robert Gellately, *Lenin, Stalin and Hitler: The Age of Social Catastrophe*, Londres, 2007, pp.72-73.

19. W. Bruce Lincoln, *Red Victory: A History of the Russian Civil War*, Londres, 1991, p. 161.

20. M. I. Latsis, *Krasnaia Kniga VChK*, 2 vols., reimpresión a cargo de A. S. Belidov, Moscú, 1990.

21. Ibídem, p. 22.

22. Ibídem, p. 16.

Capítulo 2: Paz e inseguridad

1. Medida en rublos de 1926-1927. Alec Nove, *An Economic History of the USSR*, Londres, 1969, p 94. [Hay traducción castellana: *Historia económica de la Unión Soviética*, Alianza, Madrid, 1973.]

2. El manuscrito de «El imperialismo, fase superior del capitalismo (ensayo popular)» se terminó en 1916. Sigue siendo la obra de Lenin más difundida.

3. Michael Jabara Carley ha escrito ampliamente sobre el sentimiento anticomunista en el período de entreguerras. Véanse sus artículos, «Episodes from the Early Cold War: Franco-Soviet Relations, 1917-1927», *Europe-Asia Studies*, 7 (2000), pp. 1.275-1.305; «Down a Blind Alley: Anglo-French Soviet Relations: 1920-1939», *Canadian Journal of History*, 2 (1994), pp. 147-172; «Behind Stalin's Moustache: Pragmatism in Early Soviet Foreign Policy, 1917-1941», *Diplomacy and Statecraft*, 3 (2001), pp. 159-174.

4. Sobre la opinión de Lenin acerca de la necesidad de que la Cheká cambiara de táctica, véase V. I. Lenin, *Polnoe Sobranie Sochineni* (*PSS*), Moscú, 1959-1969, vol. xl, p. 115.

5. V. N. Jaustov, V. P. Naumov, y N. S. Plotnikova, eds., *Lubianka: Stalin i VChK-GPU-OGPU-NKVD, ianvar 1922-dekabr 1936*, de aquí en adelante *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, Moscú, 2003, pp. 11-15.

6. Por ejemplo, en septiembre de 1922, la GPU presionó para que se le otorgara el derecho a ejecutar sin la aprobación del Comisariado de Justicia «en circunstancias excepcionales y el derecho a investigar todos los delitos y no solo los casos de actividad contrarrevolucionaria». Ibídem, pp. 64-66.

7. Ibídem, pp. 77-78, 103.

8. En mayo de 1922 el politburó resolvió que a los trabajadores de la GPU no debían faltarles el salario ni los suministros; sin embargo, al igual que otras instituciones del partido y soviéticas, y a pesar de tener el respaldo de Stalin, la GPU hubo de hacer frente a recortes presupuestarios con regularidad a lo largo de la primera mitad de la década de 1920. Ibídem, pp. 27-29, 37-39, 95-96, 791-792. Sobre Kámenev y el presupuesto de la GPU, véase Donald Rayfield, *Stalin and his Hangmen*, Londres, 2005, p. 96. [Hay traducción castellana: *Stalin y los verdugos*, Taurus, Madrid, 2003.]

9. Rossíski Gosudárstvenni Arjiv Sotsialno-Polítícheskoi Istori (RGASPI) 76/3/362; A. V. Kvashonkin, ed., *Bolshevistskoe rukovodstvo: Perepiska, 1928-1941*, Moscú, 1999, p. 277.

10. Richard B. Spence, «Russia’s *Operatsia Trest*: A Reappraisal», *Global Intelligence Monthly*, 1 (1999), pp. 19-24.

11. Véase, por ejemplo, RGASPI 558/11/29/116-116ob para un telegrama codificado sobre el apoyo británico a los basmachí enviado a Stalin por el buró de Asia Central. Rossíski Gosudárstvenni Voenni Arjiv (RGVA) 25895/846/2 contiene documentos de inteligencia del distrito militar de Asia Central relativos al apoyo británico al emir de Bujará.

12. RGASPI 558/11/1180/53 de una colección inédita de escritos de Stalin sobre cuestiones militares. Véase también *Pravda*, 25, 26 de mayo de 1920.

13. Véase, por ejemplo, el comentario de Stalin en *Pravda* (18 de diciembre de 1921). El texto se reimprimió en I. V. Stalin, *Sochinenia*, vol. v, pp. 118-120.

14. Este era un tema común en las comunicaciones de la policía política y la inteligencia militar de este período, pero incluso el ministro de Exteriores, normalmente escéptico, advertía de la inminencia de una guerra con Polonia y Rumanía en la primera parte de 1922. Véase la correspondencia de Makxim Litvínov con los miembros del politburó. RGASPI 359/1/3.

15. La cooperación existente entre Alemania y la Rusia soviética ponía muy nerviosos a los polacos, pues a ninguno de los dos Estados le interesaba que Polonia continuara siendo independiente. Una revolución en Alemania dejaría a Polonia rodeada y condenada a un golpe de Estado comunista.

16. G. M. Adibekov, Zh. G. Adibekova, L. A. Rogovaia, y K. K. Shirinia, eds., *Politbiuró TsK RKP(b)-VKP(b) i Komintern, 1919-1943: Dokumenti*, Moscú, 2004, pp. 185-202.

17. Véase Lenin, *PSS*, vol. xliii, p. 4.

18. Zara Steiner, *The Lights that Failed: European International History, 1919-1933*, Oxford, 2005, pp. 283-285.

19. N. S. Simonov, «The “War Scare” of 1927 and the Birth of the Defense Industry Complex», en John Barber y Mark Harrison, eds., *The Soviet Defense Industry Complex from Stalin to Khrushchev*, Basingstoke, 2000, p. 35.

20. RGASPI 76/3/364/23-31.

21. RGASPI 76/3/362/3.

22. El 14 de abril de 1926, Yagoda escribió a Stalin acerca de unos «materiales en nuestro poder que confirman más allá de toda duda que, siguiendo órdenes de los ingleses, los polacos y los Estados mayores de otros países de nuestras fronteras occidentales, se ha dado comienzo a un amplio trabajo subversivo contra la URSS y ha aumentado la actividad de su red de espionaje en nuestro territorio [...]. Se están adoptando medidas». *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, p. 117.

23. RGASPI 76/3/364/57. Se le había advertido de los vínculos antisoviéticos entre Inglaterra y Polonia desde la primavera de 1925.

24. Ibídem, vol. l, p. 70.

25. Ibídem, vol. l, p. 58.

26. El OGPU de Leningrado aseguró que había puesto al descubierto una red de británicos y rusos blancos dedicada a organizar actividades antisoviéticas en Ucrania como paso previo a la invasión. Véase A. M. Plejanov, *VChK-OGPU*, *1921-1928gg*., Moscú, 2003, p. 285, que cita materiales del archivo del FSB. La cita de Stalin proviene de *Lubianka: Stalin*, *1922-1936*, pp. 133-135, 795.

27. Como Borís Sávinkov y la «Unión Popular para la Defensa de la Patria y la Libertad» (Narodni soiuz zashchiti rodini i svobodi). O. B. Mozojin, «Iz istorii borbí órganov VChK-OGPU s terrorizmom», *Voenno-istorícheski zhurnal*, 5 (2002), p. 5; V. Chebrikov, ed., *Istoria Sovetskij órganov gosudárstvennoi bezopasnosti*, Moscú, 1977, pp. 159-160

28. En varias ocasiones. *Istoria sovetskij órganov*, p. 151; RGASPI 17/162/2/157, 160, y *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, p. 108

29. *Istoria sovetskij órganov*, pp. 129-130.

30. Las resoluciones del politburó sobre esos informes se encuentran en RGASPI 17/162. Los materiales de la comisión del politburó que debatió las sentencias que debían recibir los acusados (*Komissia po politdelam*) continúan en el Archivo Presidencial. Algunos de los informes se consideraron apropiados para su publicación en la prensa nacional. Véase, por ejemplo, el caso de Kinderman, Volscht y Ditmarin, *Pravda*, 23 de junio de 1925, y *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 105-106.

31. Algunos de los informes de inteligencia que Dzerzhinski recibía y transmitía a Stalin entre finales de 1924 y la primera mitad de 1926 se encuentran en RGASPI 76/3/331/1-3; 76/3/364/4-8, 12-13, 21-25, 58.

32. Ese dinero se destinó, entre otras cosas, a la contratación de dos mil seiscientos nuevos guardias de frontera y la compra de novecientos veinticinco caballos, veinticinco mil fusiles, treinta camiones de tonelada y media y ciento dos motocicletas con sidecar.

33. RGASPI 76/3/362/11. En esa etapa se liberó al OGPU de la supervisión del Comisariado de Justicia tras apelar al politburó. Véase, por ejemplo, RGASPI 17/162/3/56 (abril de 1926).

34. *Istoria sovetskij órganov*, p. 189.

35. Ibídem, p. 191.

36. El mismo día ordenó a Voroshílov que informara sobre el riesgo de guerra y los planes de defensa preparados por el Comisariado de Defensa. RGASPI 17/162/4/3-4.

37. Esos comités ampliaron el sistema existente, creado en 1922 para impedir la infiltración en los comités del partido de los SR, los mencheviques y otros «elementos antisoviéticos». «V. I. Lenin: “Joroshi kommunist v to zhe vremia est” i joroshi chekist», *Istochnik*, 1 (1996), pp. 115-119.

38. *Istoria sovetskij órganov*, p. 214.

39. Ibídem, p. 191. RGASPI 17/162/4/70, 89, 94-96. Algunos de estos documentos se publican también en *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 125-128.

40. *Istoria sovetskij óganov*, p. 194. El Comisariado de Justicia no tardó en intentar recuperar esas atribuciones. Véase la nota presentada por Krilenko al politburó el 1 de julio de 1927. *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 137-138.

41. *Lubianka: Stalin*, *1922-1936*, p. 144. Hizo una declaración similar a Henri Barbusse en septiembre de 1927. «“U nas malo rasstrelivaiut”: Beseda I. V. Stalina s A. Barbiusom», *Istochnik*, 1 (1999), pp. 101-105.

42. RGASPI 76/3/362/10-11.

43. Marrku Kivinen, «Obzori OGPU i sovetskie istoriki», en G. N. Sevastianov et al., eds., «*Sovershenno Sekretno*»*: Lubianka-Stalinu o polozhenii v Strane (1922-1934)*, Moscú, 2001, vol. i/1, p. 25.

44. Hiroaki Kuromiya, «The Shakhty Affair», *South East European Monitor*, 2, (1997), pp. 41-64.

45. V. A. Kovaliov, ministro de Justicia ruso entre 1995 y 1997, presenta una evaluación fascinante de las pruebas y el desarrollo del juicio en *Dva Stalinskij Narkoma*, Moscú, 1995, pp. 48-59.

46. No está claro cuáles eran los métodos que empleaba la GPU para obtener las confesiones, pero en el juicio del Promparti un acusado declaró que había sido interrogado durante dieciocho horas seguidas, después de lo cual estaba dispuesto a firmar lo que fuera que sus interrogadores le pusieran delante. Ibídem, p. 90.

47. El informe de la GPU sobre el asunto, editado por Stalin, se encuentra en RGASPI 558/11/132/1-20. Stalin no alteró la sustancia del informe, que circuló ampliamente entre miembros del Partido, directores de empresa, sindicatos y funcionarios de la GPU a mediados de marzo.

48. *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 155-163; A. V. Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo*, pp. 28, 91-94.

49. Hiroaki Kuromiya, *Stalin: Profiles in Power*, Londres, 2005.

50. Kovaliov, *Dva stalinskij narkoma*, p. 58.

51. RGASPI 17/162/8/1, 3, 5, 13, 136, 138, 157.

Capítulo 3: La dictadura insegura

1. Véase, por ejemplo, Deutscher, *Stalin*; Adam B. Ulam, *Stalin: The Man and his Era*, Nueva York, 1973 [Hay traducción castellana: *Stalin, el hombre y su época*, Noguer Ediciones, Barcelona, 1975.]; Robert C. Tucker, *Stalin as Revolutionary, 1879-1929*, Londres, 1974.

2. R. V. Daniels planteó la idea en «The Secretariat and the Local Organisations in the Russian Communist Party, 1921-1923», *American Slavic and East European Review*, 1 (1957), pp. 32-49. Pero acuñó la expresión «flujo circular» en «Stalin's Rise to Dictatorship», en Alexander Dallin y Alan Westin, eds., *Politics in the Soviet Union*, Nueva York, 1966. Véase también su *Conscience of the Revolution: Communist Opposition in Soviet Russia*, Cambridge (Massachusetts), 1960, y T. H. Rigby, «Early Provincial Cliques and the Rise of Stalin», *Soviet Studies*, 1 (1981), pp. 3-28.

3. Su trabajo se ha concentrado en gran parte en las décadas de 1930 y 1940. W. O. McCagg, *Stalin Embattled, 1943-1948*, Detroit, 1978, partes 2-3; Lynne Viola, «The Campaign to Eliminate the Kulak as a Class, Winter 1929-1930: A Reevaluation of the Legislation», *Slavic Review*, 3 (1986), pp. 503-524; Getty, *Origins of the Great Purges*; Gill, *Origins of the Stalinist Political System*; Catherine Merridale, *Moscow Politics and the Rise of Stalin: The Communist Party in the Capital, 1925-1932*, Basingstoke, 1990; Gabor Rittersporn, *Stalinist Simplifications and Soviet Complications: Social Tensions and Political Conflicts in the USSR, 1933-1953*, Chur (Suiza), 1991.

4. Véase, por ejemplo, R. W. Davies, *Crisis and Progress in the Soviet Economy, 1931-1933*, Basingstoke, 1996; E. A. Rees, *Decision-Making in the Stalinist Command Economy*, Basingstoke, 1997; James R. Harris, *The Great Urals: Regionalism and the Evolution of the Soviet System*, Ithaca (Nueva York), 1999.

5. A. V. Kvashonkin et al., eds., *Stalinskoe politbiuró v 30-e godi. Sbornik dokumentov*, Moscú, 1995; Lars T. Lih et al., eds., *Stalin's Letters to Molotov, 1925-1936*, New Haven, 1995, publicado en ruso como L. Kosheleva et al., eds., *Pismá I. V. Stalina V. M. Molotovu, 1925-1936gg.*, Moscú, 1995; A. V. Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo: Perepiska, 1928-1941*, Moscú, 1999; Getty y Naumov, *The Road to Terror*.

6. T. H. Rigby, *Communist Party Membership in the U.S.S.R., 1917-1967*, Princeton, 1968, pp. 7-8, 52.

7. Robert Service, *The Bolshevik Party in Revolution: A Study in Organisational Change, 1917-1923*, Nueva York, 1979, pp. 277-295.

8. N. N. Krestinski, L. P. Serebriakov, Y. A. Preobrazhenski, y V. M. Molotov.

9. RGASPI 17/34/7.

10. Véase en RGASPI 17/34/20-26 las tablas estadísticas que emparejan la oferta y demanda de cuadros en 1921 y 1922.

11. Véase, por ejemplo, Rigby, «Early Provincial Cliques», p. 8.

12. Esta primera purga del Partido se describió como una reinscripción de miembros. Véase T. H. Rigby, *Communist Party Membership*, cap. 1.

13. Sobre la variedad de los conflictos existentes en las organizaciones del Partido, véase RGASPI 17/34/110/7-35.

14. «Konstruktsia rabochevo apparata TsK RKP(b)», *Izvestia TsK* (23 de septiembre de 1920), pp. 1-5.

15. «Otchet uchetno-raspredelitelnovo otdela», *Izvestia TsK* (28 de marzo de 1921), p. 11.

16. *Trinadtsati sezd RKP(b), mai 1924 goda. Stenograficheski otchet*, Moscú, 1963, p. 120.

17. RGASPI 17/34/15/12-74.

18. Véase RGASPI 17/67. Para una exposición general del trabajo del aparato de instrucción a comienzos de la década de 1920, véase RGASPI 17/68/17/112-133.

19. «Otchet org-instruktorskovo otdela TsK za period vremeni s maia 1920 goda po 15 fevralia 1921 goda», *Izvestia TsK* (5 de marzo de 1921), pp. 7-9.

20. *Pravda* (2 de abril de 1922).

21. RGASPI 17/2/78/2.

22. RGASPI 17/69/259/101; un ejemplo de la lista se encuentra en 17/69/141.

23. RGASPI 17/68/429/24.

24. Los subdepartamentos del Secretariado se reorganizaron en 1924. El departamento de Registro y Asignación se rebautizó como departamento de Organización y Asignación. La responsabilidad de los nombramientos se mantuvo sin sufrir cambios.

25. RGASPI 17/69/140/30.

26. («Po sie vremia mnogie kommunisti smotriat na Orgraspred kak na birzhu truda ...») RGASPI 17/69/140/30, l. 85.

27. Véase el informe de D. I. Kurski sobre la Comisión de Revisión Central presentado al Decimotercer Congreso del Partido. *Trinadtsati sezd*, p. 132.

28. RGASPI 17/68/60/44.

29. Eso incluía la Comisión de Industria, la Comisión de Comercio, la Comisión de los Sóviets, la Comisión de las Cooperativas y la Comisión del Partido; RGASPI 17/69/259/96.

30. RGASPI 17/69/259/96, 17/69/136/131. Véase también el discurso de Kurski ante el Decimoquinto Congreso del Partido. *Piatnadtsati sezd Vsesoiuznoi kommunistícheskoi partii (b): Stenograficheski otchet*, Moscú, 1928, p. 164.

31. RGASPI 17/69/136/10-11, 30-31, 136.

32. Esto era particularmente cierto de los comisarios del pueblo y otras instituciones centrales del Estado. RGASPI 17/68/149/141-54. Para una descripción de las acciones unilaterales del comisario de Agricultura Smirnov, véase RGASPI 17/69/136/131.

33. RGASPI 17/69/136/167-168.

34. RGASPI 17/69/140/30.

35. *Kommunistícheskaia Partia Sovetskovo Soiuza v rezoliutsiaj i resheniiaj sezdov, konferentii i plenumov Tsk* (de aquí en adelante *KPSS v rezoliutsiaj*), Moscú, 1972-1984, vol. iii, pp. 74, 99.

36. La investigación del departamento de Información indica que los secretarios regionales no tenían reparos a la hora de hacer valer ese poder. RGASPI 81/3/69/189-91. Kaganóvich era el presidente del departamento de Organización y Asignación en esa época.

37. Véase, por ejemplo, RGASPI 17/34/112/79, 176; 17/34/114/12, 121. Es posible encontrar muchas más solicitudes como esas en 17/67 y 17/112, 113.

38. Anastás Mikoyán describe su participación en un caso semejante en su memoria *V nachale dvatsatij*, Moscú, 1975, cap. 2.

39. Para profundizar en la cuestión, véase Jeremy Smith, «Stalin as Commissar of Nationalities, 1918-1922», en Sarah Davies y James Harris, eds., *Stalin: A New History*, Cambridge, 2005, pp. 45-62.

40. En este caso, Stalin estaba empleando su posición en el Secretariado para tomarse una revancha pendiente desde su trabajo en el Comisariado para las Nacionalidades. Tucker, *Stalin as Revolutionary*, pp. 224-38; Moshe Lewin, *Lenin's Last Struggle*, Londres, 1969, cap. 4. [Hay traducción castellana: *El último combate de Lenin*, Lumen, Barcelona, 1970.]

41. Lenin hizo esos comentarios en el que se conoce como su «testamento» político, el contenido del cual no fue revelado hasta después de su muerte.

42. Véanse, en particular, los comentarios de Kosior, Rakovski y Krasin ante el Duodécimo Congreso del Partido. *Dvenadtsati sezd Rosíiskoi kommunistícheskoi parti (bolshevikov), 17-25 aprelia 1923 g. Stenograficheski otchet*, Moscú, 1923.

43. Véase, por ejemplo, RGASPI 17/67/6/16; 17/67/109/168-169; 17/67/249/68.

44. RGASPI 17/34/112/15, 29-31; 17/34/114/12, 70.

45. RGASPI 17/69/269/54-55.

46. RGASPI 17/68/105, l. 7.

47. *Dvenadtsati sezd*, pp. 62, 66.

48. Una excelente descripción de los acontecimientos de este período se encuentra en Isaac Deutscher, *The Prophet Unarmed, Trotsky: 1921-1929*, Londres, 1970, pp. 88-118.

49. *Trinadtsataia Konferentsia Rossískoi Kommunistícheskoi Partii (Bolshevikov)*, Moscú, 1924, pp. 106-107.

50. Ibídem, pp. 93, 100-101.

51. Véase, por ejemplo, RGASPI 17/67/249/68; 17/67/285/102; 17/67/378/192; 17/67/193/98.

52. Esos informes se encuentran en RGASPI 17/67.

53. Un informe del departamento de Información de diciembre de 1926 indicaba que la mayoría abrumadora de acciones opositoras (*vistuplenia*) de ese año habían tenido lugar en Moscú (222). Leningrado y Odesa también eran importantes centros de actividad opositora (169 y 139 incidentes respectivamente); para el resto del país, en cambio, el número de incidentes registrados resultaba insignificante (en la mayor parte de los casos por debajo de diez). RGASPI 17/68/105/137.

54. Para una descripción vívida y detallada de la respuesta de un comité regional a los opositores itinerantes, véase RGASPI 17/67/378, ll. 192-195.

55. Lih et al., eds., *Stalin’s Letters*, p. 111.

56. Evan Mawdsley y Stephen White, *The Soviet Elite from Lenin to Gorbachev: The Central Committee and its Members, 1917-1991*, Oxford, 2000, cap. 2.

57. El recuerdo de la teoría trotskista de la «revolución permanente» reforzó esa aseveración. Trotski había sugerido que sin el triunfo de otras revoluciones socialistas en Europa quizá no sería posible alcanzar el socialismo en Rusia.

58. *Chetyrnadtsati sezd Vsesoiuznoi Kommunistícheskoi Parti (Bolshevikov), 18-31 dekabriá 1925 g. Stenograficheski otchet*, Moscú, 1926, p. 27.

59. Editorial de Zinóviev en el *Leningradskaia pravdak* (18 de diciembre de 1925), citado según Deutscher, *The Prophet Unarmed*, p. 248.

60. Los planes económicos se revisaron la víspera del Congreso. Véase el discurso de apertura de Ríkov, *XIV sezd*, p. 2.

61. RGASPI 17/2/276/73. En el curso del año económico se permitió aumentar la inversión hasta los 1.068 millones de rublos. Carr y Davies, *Foundations*, vol. i/1, p. 278 n.

62. RGASPI 17/2/254/9.

63. RGASPI 17/2/238/1.

64. El resultado fue de ciento ochenta y dos a favor, seis en contra y cinco abstenciones. RGASPI 17/2/248/1.

65. *Pravda* (30 de septiembre de 1928).

66. RGASPI 558/11/1122/165.

67. Michal Reiman, *The Birth of Stalinism*, Bloomington (Indiana), 1987, apéndices. [Hay traducción castellana: *El nacimiento del estalinismo*, Crítica, Barcelona, 1982.]

68. Stalin, *Sochinenia*, vol. xi, pp. 313-317; *Pravda* (24 de enero de 1929); Tucker, *Stalin in Power*, p. 126.

69. En el archivo personal de Anastás Mikoyán hay copias de esos boletines de la TASS. RGASPI 84/1/135/3-51.

70. Stalin, *Sochinenia*, vol. xii, pp. 118-135; *Pravda* (7 de noviembre de 1929).

Capítulo 4: La gran ruptura

1. Stalin, «Ob industrializatsi strani i o pravom uklone v VKP(b)» (19 de noviembre de 1928), *Sochinenia*, vol. xi, pp. 246-247.

2. De 1.320 a 1.660 millones de rublos. Véase el discurso de A. I. Ríkov, «Sobre las cifras de control para 1928-1929», ante el pleno del Comité Central de noviembre de 1928. RGASPI 17/2/377/19-20.

3. N. Bujarin, «Notas de un economista», *Pravda* (30 de septiembre de 1928).

4. Harris, *The Great Urals*, cap. 3.

5. La cita proviene de E. H. Carr y R. W. Davies, *Foundations of a Planned Economy*, Londres, 1969, vol. i/1, pp. 321-322.

6. RGASPI 17/2/377/23-24, 63-64.

7. RGASPI 17/2/381. Véanse, por ejemplo, los discursos de R. I. Eije (Siberia), parte 1, p. 15; F. I. Goloshchekin (Kazajistán), parte 1, pp. 25-26; V. Y. Chubar (Ucrania), parte 2, p. 54; S. I. Syrtsov (Siberia), cap. 2, p. 128; M. M. Jataevich (Volga Medio), cap. 2, p. 148.

8. *KPSS v rezoliutsiaj*, vol. iv, pp. 382-383.

9. RGASPI 17/2/399, vol. 1/13-19, 45, 61-62 (Petrovski); 17/2/400/11-30 (Tomski).

10. RGASPI 17/2/399, vol. 1/58; 17/2/400, vol. 2/71; 17/2/401, vol. 3/129.

11. *Shestnadtsataia konferentsia VKP(b), 23-29 aprelia 1929g. Stenograficheski otchet*, Moscú, 1929, p. 102.

12. RGAE, 3429/1/5134/743; Davies, *Soviet Economy in Turmoil*, pp. 179-180.

13. Ibídem, pp. 195, 199.

14. David Priestland, *Stalinism and the Politics of Mobilization: Ideas, Power and Terror in Inter-War Russia*, Oxford, 2007, pp. 199-200.

15. Viola, *Peasant Rebels*, cap. 4.

16. Lynne Viola et al., eds., *The War Against the Peasantry, 1927-1930*, New Haven, 2005, p. 264.

17. Véase Sarah Davies, *Popular Opinion in Stalin's Russia: Terror, Propaganda and Dissent, 1934-1941*, Cambridge, 1997, p. 24.

18. Jeffrey J. Rossman, «A Workers' Strike in Stalin's Russia: The Vichuga Uprising, 1930», en Lynne Viola, ed., *Contending with Stalinism: Soviet Power and Popular Resistance in the 1930s*, Ithaca (Nueva York), 2002, p. 46.

19. Peredovaia, «Iskusstvo partinnovo rukovodstva», *Bolshevik*, 5 (1930), p. 10. Véase también Peredovaia, «Na dva fronta», *Bolshevik*, 6 (1930); Peredovaia, «Industrializatsia SSSR k XVI sezdu VKP(b)», *Bolshevik*, 9 (1930); Em. Yaroslavski, «Borba protiv opportunizma v period mezhdu XV i XVI sezdami VKP(b)», *Bolshevik,* 9 (1930), pp. 11-18.

20. Stalin, «Politícheski otchet», *Sochinenia*, vol. xii, pp. 357-361; «Sezd razvernutovo sotsialistícheskovo nastuplenia», *Bolshevik*, 13 (1930), pp. 4-5.

21. *Tragedia sovetskoi derevni*, vol. ii, pp. 599-600.

22. Ibídem, p. 627.

23. Ibídem, pp. 628-629.

24. *KPSS v rezoliutsiiaj*, vol. v, pp. 198-207; *Pravda* (3 de septiembre de 1930).

25. L. Kosheleva et al., eds., *Pisma Stalina Molotovu*, pp. 222-223.

26. E. L. Kiseleva, «Chistka gosudarstvennogo apparata, 1929-1932 gg.», *Rossískaia istoria*, 1 (2009).

27. Stalin, «Novaia obstanovka—novie zadachi joziaistennovo stroitestva» (23 de junio de 1931), *Sochinenia*, esp. p. 80; RGASPI 17/165/27/23 (Molotov), 14 (Kúibyshev); Oleg Jlevniuk, *In Stalin's Shadow: The Career of «Sergo» Ordzhonikidze*, Armonk (Nueva York), 1995, p. 47. Véase también O. V. Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich: Perepiska. 1931-1936 gg.*, Moscú, 2001, pp. 66, 68, 72, 711.

28. *Istoria Sovetskij órganov gosudárstvennoi bezopasnosti*, Moscú, 1977, pp. 226-227, 243-244; O. B. Mozojin, «Iz istori borbí órganov VChK-OGPU s terrorizmom», *Voennoistoricheski zhurnal*, 5 (2002), pp. 14-19.

29. Joseph Berliner, *Factory and Manager in the USSR*, Cambridge (Massachusetts), 1957, caps. 6-10.

30. *Kommunist*, 11 (1990), pp. 99-100. Lars Lih et al., eds., *Stalin's Letters*, pp. 195-196.

31. L. Kosheleva et al., eds., *Pisma Stalina Molotovu*, pp. 211, 220.

32. Los informes de inteligencia relevantes siguen siendo secretos o bien fueron destruidos.

33. Oleg Jlevniuk, *Politbiuró: Mejanizmi polítícheskoi vlasti v 1930-e godi*, Moscú, 1995, p. 37.

34. L. Kosheleva et al., eds., *Pisma Stalina Molotovu*, p. 231; Jlevniuk, *Politbiuró*, pp. 96-97.

35. O. V. Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich: Perpepiska*, pp. 205-210.

36. Stalin, «Politicheski otchet», *Sochinenia*, vol. xii, pp. 357-361; «Sezd razvernutogo sotsialistícheskovo nastuplenia», *Bolshevik*, 13 (1930), pp. 4-5.

37. Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo*, pp. 38-39.

38. Véase, por ejemplo, S. Shpilev, «Dvurushnichestvo i Pravo“Levyi” Blok», *Partiinoe Stroitelstvo*, 21 (1930); Peredovaia, *Partiinoe Stroitelstvo*, 22 (1930).

Capítulo 5: ¿Relajación?

1. Jlevniuk, *Master of the House*, p. 61.

2. *Istoria sovetskij órganov*, pp. 234-235; *Lubianka: Stalin*, *1922-1936*, pp. 277-279.

3. Mozojin, «Iz istori borbí», pp. 19-20; Robert Thurston, *Life and Terror in Stalin's Russia, 1934-1941*, New Haven, 1996, p. 10.

4. Stalin, *Sochinenia*, vol. xiii, p. 80.

5. La mejor fuente sobre las minirreformas es Davies, *Crisis and Progress*, pp. 209-229.

6. I. V. Stalin, «Politícheski otchet TsK XVI sezdu VKP(b)», *Sochinenia*, vol. xii, pp. 247-256.

7. Tras las noticias sobre el sufrimiento de los finlandeses étnicos en la colectivización se produjeron manifestaciones anticomunistas. La relevancia de la marcha de doce mil «campesinos» sobre Helsinki y la adopción de una ley anticomunista denominada Ley de Protección de la República se exageró en Moscú. Adibekov et al., eds., *Politbiuró i Komintern*, pp. 234-241.

8. Ibídem, pp. 604-605.

9. V. Mitskevich-Kapsukas, «Ekonomícheski krizis, Polsha i limitrofi», *Bolshevik*, 13 (15 de julio de 1930), pp. 105-124.

10. Kosheleva et al., eds., *Pisma Stalina Molotovu*, pp. 209-210.

11. RGASPI 558/11/76/76-76ob; Adibekov et al., eds., *Politbiuró i Komintern*, pp. 645-646; Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo*, pp. 116-117.

12. Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo*, pp. 161-162.

13. RGASPI 558/11/185/1-9.

14. Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo*, pp. 167-168.

15. Jaustov et al., eds., *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 298-308, 807.

16. RGASPI 558/11/185/65-70.

17. *Dokumenti vneshnei politiki SSSR* (*DVP SSSR)*, Moscú, 1957-1977, vol. xv, pp. 214-217.

18. RGASPI 558/11/206/39-41.

19. RGASPI 558/11/43/116; Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo*, pp. 135, 141, 220-221.

20. Ibídem, pp. 173-174; Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich*: *Perepiska*, pp. 136, 143, 156-157.

21. Rossman, «A Worker's Strike», pp. 44-83.

22. Jaustov et al., eds., *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 310-311.

23. Jonathan Haslam, *Soviet Foreign Policy, 1930-1933: The Impact of the Depression*, Londres, 1983, p. 98.

24. Oleg Ken, *Mobilizatsionnoe planirovanie i politícheskie reshenia, konets 1920-j—seredina 1930-j gg*., Moscú, 2008, pp. 286-289.

25. Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich*: *Perepiska*, p. 274.

26. Ibídem, p.235.

27. A. Artizov et al., *Reabilitatsia: Kak eto bilo*, ii. *Fevral 1956-nachalo 80-j godov. Dokumenti*, Moscú, 2003, pp. 394-398.

28. Jaustov et al., eds., *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 326-334.

29. Davies, *Crisis and Progress*, p. 254; Getty y Naumov, *Road to Terror*, pp. 75-76.

30. Para más detalles, véase E. A. Rees, «Leaders and their Institutions», en Paul R. Gregory, ed., *Behind the Façade of Stalin's Command Economy*, Stanford (California), 2001, pp. 35-60; Kvashonkin et al., eds., *Stalinskoe Politbiuro*.

31. *Trinadtsataia konferentsia Rossískoi Kommunistícheskoi Parti (Bolshevikov)*, Moscú, 1924, pp. 100-101, 106-107.

32. Winston S. Churchill, *The Second World War*, Nueva York, 1959, vol. I, pp. 271-272. [Hay traducción castellana: *La segunda guerra mundial*, La Esfera de los Libros, Madrid, 2009.]

33. Davies, *Crisis and Progress*, p. 322.

34. Stalin, *Sochinenia*, vol. xiii, p. 320.

35. Ibídem, pp. 229-231; *KPSS v rezoliutsiaj*, vol. vi, pp. 26-29.

36. R. W. Davies et al., «Stalin, Grain Stocks and the Famine of 1932-1933», *Slavic Review*, 3 (1995), pp. 642-657.

37. Stalin, «Itogi pervoi piatiletki», *Sochinenia*, vol. xiii, pp. 162-168, 182-185.

38. V. V. Dame et al., eds., *Komintern protiv fashizma: Dokumenti*, Moscú, 1999, pp. 291-297.

39. Entre otras cosas, Stalin recibió correspondencia interceptada del embajador británico en Tokio al Ministerio de Asuntos Exteriores en Londres, en la que señalaba que el fortalecimiento de las fuerzas armadas japoneses era demasiado grande para estar dirigido solo a China. El diplomático especulaba que eso podía ser una prueba de los preparativos para una guerra contra la URSS, y proseguía señalando que los oficiales del ejército japonés consideraban que era inevitable que estallara una guerra con la Unión Soviética en los próximos años. RGASPI 558/11/185/97-102.

40. Véase, por ejemplo, RGVA 9/39/5c/2-21, 76-82, 109-116.

41. S. V. Morozov, *Polsko-Chejoslovatskie otnoshenia, 1933-1939*, Moscú, 2004, p. 27.

42. Véase Getty y Naumov, *Road to Terror*, cap. 2.

43. Ibídem, pp. 126-127.

44. Stalin, *Sochinenia*, vol. xiii, pp. 366-370.

45. RGASPI 558/11/187/28-44.

Capítulo 6: Las tensiones se acumulan

1. Deutscher, *Stalin*; Alexander Orlov, *The Secret History of Stalin's Crimes*, Nueva York, 1953; Conquest, *The Great Terror*; Roy Medvedev, *Let History Judge*, Londres, 1972.

2. Getty, *Origins of the Great Purges*, pp. 207-210.

3. El trabajo más reciente y acreditado sobre el asesinato es el de Matthew E. Lenoe, *The Kirov Murder and Soviet History*, New Haven, 2010.

4. La cita procede del discurso final de Nikolái Yezhov ante el pleno del Comité Central de febrero-marzo de 1937. Véase «O dele tak nazivaemovo “Moskovskovo tsentra”», *Izvestia TsK*, 7 (1989), p. 69.

5. Andrew Cook, *On His Majesty's Secret Service: Sidney Reilly Codename ST1*, Londres, 2002; John W. Long, «Plot and Counterplot in Revolutionary Russia: Chronicling the Bruce Lockhart Conspiracy, 1918», *Intelligence and National Security*, 1 (1995), pp. 122-143; A. L. Litvin, ed., *Boris Savinkov na Lubianke: Dokumenti*, Moscú, 2001. O. B. Mozojin, «Iz istori borbí órganov VChK-OGPU s terrorizmom», *Voenno-istorícheski zhurnal*, 5 (2002), p. 5. *Istoria sovetskij órganov*, pp. 159-160.

6. Algunos de los informes de inteligencia que Dzerzhinski recibía y transmitía a Stalin entre finales de 1924 y la primera mitad de 1926 se encuentran en RGASPI 76/3/331/1-3; 76/3/364/4-8, 12-13, 21-25, 58.

7. Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich: Perepiska*, p. 429; *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 549, 818-819.

8. Véase el telegrama de Y. S. Agránov (subcomisario del Pueblo para Asuntos Internos) a Stalin en agosto de 1934. RGASPI 558/11/50/46.

9. Véase, por ejemplo, RGASPI 17/162/17/75-76; 558/11/187/120-123.

10. Véase el capítulo 3.

11. Véase el capítulo 5.

12. *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 577-579, 819.

13. Zinóviev y Kámenev fueron detenidos apenas dos semanas después. «O dele Leningradskoi kontrrevolutsionnoi zinovevskoi gruppi Safarova, Zalutskogo i drugij», *Izvestia TsK KPSS*, 1 (1990), p. 39.

14. Ibídem, pp. 42-43.

15. *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 599-612, 617-619, 626-650. Kámenev negó cualquier implicación.

16. RGASPI 558/11/187/81, 111-117.

17. Arjiv Vneshnei Politiki Rossískoi Federatsi (AVPRF) 05/14/101/93/23, 05/12/86/64/12.

18. *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 494-500, 501-505, 517-518, 520-521; RGASPI 558/11/186/118-127; 558/11/187/62-79.

19. En ese momento el Reino Unido estaba conversando activamente con Alemania en un intento de comprometerla con una serie de pactos multilaterales cuyo objetivo era hacer más difícil optar por la agresión. Graham Ross, *The Great Powers and the Decline of the European States System, 1914-1945*, Londres, 1983, pp. 88-89.

20. G. M. Adibekov et al., eds., *Politbiuró VKP(b), Komintern i Iaponia: dokumenti*, Moscú, 2004, pp. 131-138, 143, 159-160; Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich: Perepiska*, pp. 448, 470, 506, 517; *DVP SSSR*, vol. xvii, pp. 562-570, 624-628, 815-817.

21. RGASPI 17/162/17/54; 558/11/87/20-30, 558/11/51/37-38, 43.

22. Véase, por ejemplo, RGASPI 17/162/17/47. A finales de septiembre de 1933, Stalin ordenó a Litvínov que no se apresurara a firmar un pacto oriental que no incluyera a Polonia y Alemania. Los dos países habían rechazado formalmente la oferta de pacto francesa apenas dos semanas antes, pero eso no puso fin a los esfuerzos por negociar un acuerdo.

23. Morozov, *Po’sko-Chejoslovatskie otnoshenia*, p. 165.

24. Se trataba de la aprobación de un rearme que ya estaba en marcha. RGASPI 558/11/187/120-123; Morozov, *Polsko-Chejoslovatskie otnoshenia*, p. 179.

25. RGASPI 558/11/188/31-51. Sobre los británicos, véase también AVPRF 010/10/48/8/30-38 para el informe del embajador soviético, Iván Maiski, sobre su conversación con sir John Simon y Anthony Eden. Con respecto al encuentro de Göring con Beck, véase AVPRF 05/15/109/67/5.

26. Los agentes soviéticos en Alemania confirmaron el contenido de esos informes. RGASPI 558/11/188/55-6; 558/11/446/130-44. Los cálculos soviéticos sobre las dimensiones del ejército alemán incluidos en ese documento eran para el público en general.

27. AVPRF 010/10/48/8/10-11. No obstante, Maiski observó que los rumores acerca del fin de las hostilidades eran prematuros; y, de hecho, los estadounidenses continuaron proporcionando armas a los nacionalistas.

28. *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 594-597, 661-662.

29. AVPRF 05/14/101/94/12.

30. Junto con los alemanes. AVPRF 05/14/101/93/34.

31. AVPRF 05/15/109/67/5/6.

32. Eso, para empezar, fue algo que nunca se consideró con seriedad.

33. En la primavera de 1936, los alemanes propusieron un pacto de no agresión con Francia y Bélgica, pero los franceses todavía seguían manifestando públicamente su interés en acuerdos más amplios que garantizaran la paz en Europa. Para un ejemplo del escepticismo con que los soviéticos veían la posibilidad de que Francia y otros países se resistieran a pactos semejantes, véase A. E. (sic), «Diplomatia voiní», *Bolshevik*, 10 (31 de mayo de 1935), pp. 83-90.

34. AVPRF 05/16/115/6/16.

35. *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 671-672, 679-681, 693-698, 705-710, 712-714, 735-737.

36. William Chase, *Enemies within the Gates? The Comintern and the Stalinist Repression, 1934-1939*, New Haven, 2001, pp. 163-174; *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 738-741.

37. RGASPI 56/1/143/73, 83-103; 56/1/144/2, 4, 5; 558/11/152/53, 68, 74-76.

38. RGASPI 558/11/49/94.

39. Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich. Perepiska*, p. 480.

40. RGASPI 558/11/64/88-89ob.

41. Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich. Perepiska*, p. 511.

42. Véase, por ejemplo, Peredovaia, «Ovladet bolshevistskim stilem organizatsionno-praktícheskovo rukovodstva», *Partinnoe stroitelstvo*, 9 (1934), pp. 1-8; A. Shcherbakov, «Neudovletvoritelnoe rukovodstvo i ego rezultaty», *Partinnoe stroitelstvo*, 9 (1934), p.p. 2-7; Em. Yaroslavski, «Pervie itogi chistki partinoi organizatsi», *Bolshevik*, 15 (1935), pp. 9-23; M. Rubenshtein, «Ne zaznavatsia, ne uspokaivatsia!», *Bolshevik*, 16 (1934), pp. 18-35; Peredovaia, «17 let oktiabria i organizatsionnaia rabota partii», *Partiinoe stroitelstvo*, 21 (1934); E. Sh., «Borba s narusheniiami partiinoi i gosudárstvennoi distsiplinoi», *Partinoe stroit*el*stvo*, 23 (1934), pp. 11-15.

43. El primer estudio sobre el fenómeno sigue siendo el mejor: Joseph Berliner, *Factory and Manager in the USSR*, Cambridge, 1957.

44. Esas tensiones se han discutido de forma amplia en otros trabajos, de modo que aquí no nos ocuparemos de ellas de forma detallada. Véase, por ejemplo, Rittersporn, *Stalinist Simplifications*; Getty, *Origins of the Great Purges*; Harris, *The Great Urals*, caps. 5, 6.

45. Véase, por ejemplo, Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo*, pp. 245, 248, 258; Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich: Perepiska*, pp. 317, 329, 361-362, 364-367, 389, 505. Los funcionarios regionales del Partido ocasionalmente solicitaban audiencia con Stalin con el fin de tratar con él los conflictos de sus organizaciones. Véase, por ejemplo, RGASPI 558/11/64/109, 112; 558/11/150/120.

46. Véase, por ejemplo, Stalin, «Speech at the Kremlin Palace at the Graduation Ceremony of Academics of the Red Army», *Works*, vol. i (14), Stanford (California), 1967, pp. 56-64.

47. Véase Lewis Siegelbaum, *Stakhanovism and the Politics of Productivity in the USSR, 1935-1941*, Cambridge, 1988; Francesco Benventi, *Stakhanovism and Stalinism, 1934-1938*, CREES Discussion Papers 30, Birmingham, 1989; Robert Thurston, «The Stakhanovite Movement: Background to the Great Terror in the Factories, 1935-1938», en J. Arch Getty y Roberta Manning, eds., *Stalinist Terror*, Cambridge, 1993, pp. 142-160.

48. A. Shherbakov, «Glavnoe—povishenie bolshevítskoi bditelnosti», *Partinoe stroitelstvo*, 1 (1936), p. 18. Aunque algunas organizaciones se metieron en problemas por ir demasiado lejos.

49. Getty, *Origins of the Great Purges*, cap. 3.

50. Getty y Naumov, *Road to Terror*, pp. 250-255.

51. Sheila Fitzpatrick, *Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1934,* Cambridge, 1979.

52. Véase, por ejemplo, Jochen Hellbeck, «Fashioning the Stalinist Soul: The Diary of Stepan Podliubnyi, 1931-9», en Sheila Fitzpatrick, ed., *Stalinism: New Directions*, Londres, 2000, pp. 77-116.

53. Elena Osokina, Our *Daily Bread: Socialist Distribution and the Art of Survival in Stalin's Russia, 1927-1941*, Londres, 2000. Véase también Oleg Jlevniuk y R. W. Davies, «The End of Rationing in the Soviet Union, 1934-1935», *Europe-Asia Studies*, 4 (1999), pp. 557-609.

54. Gijs Kessler, «The Passport System and State Control over Population Flows in the Soviet Union, 1932-1940», *Cahiers du Monde Russe*, 42 (2001), pp. 478-504; David Shearer, «Elements Near and Alien: Passportization, Policing, and Identity in the Stalinist State, 1932-1952», *Journal of Modern History*, 4 (2004), pp. 835-881; Paul Hagenloh, *Stalin's Police: Public Order and Mass Repression in the USSR, 1926-1941*, Baltimore, 2009; David Shearer, *Policing Stalin's Socialism: Repression and Social Order in the Soviet Union, 1924-1953*, New Haven, 2009.

55. Véase Terry Martin, «The Origins of Soviet Ethnic Cleansing», *Journal of Modern History*, 4 (1998), pp. 813-861.

56. RGASPI 558/11/185/76-79, 186/118, 187/60-61; RGVA 4/19/13/2-15, 25; 9/39/5/76-116, 211-220.

57. Chase, *Enemies within the Gates?*, cap. 3; Getty y Naumov, *Road to Terror*, p. 201.

58. Véase Joe Maiolo, *Cry Havoc: The Arms Race and the Second World War, 1931-1941*, Londres, 2010.

59. R. W. Davies y Oleg Jlevniuk, «Stakhanovism and the Soviet Economy», *Europe- Asia Studies*, 6 (2002), pp. 867-903.

Capítulo 7: La tormenta perfecta

1. E. A. Gorbunov, «Voennaia razvedka, 1934-1939», *Svobodnaia mysl*, 2 (1998), pp. 98-109; 3 (1998), pp. 54-61.

2. Chase, *Enemies within the Gates*, p. 133.

3. Ibídem, pp. 146-205. El análisis que sigue toma prestadas muchas de las ideas expuestas allí.

4. Getty y Naumov, *Yezhov*, cap. 9.

5. Getty y Naumov, *Road to Terror*, pp. 200-201.

6. Getty y Naumov, *Yezhov*, pp. 167-170.

7. En las semanas precedentes, se informó a Stalin de varios otros grupos terroristas supuestamente organizados por elementos de las «clases ajenas» y agentes extranjeros. *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 712-722.

8. Chase, *Enemies within the Gates*, pp. 134-135.

9. J. Arch Getty, «Trotsky in Exile: The Founding of the Fourth International», *Soviet Studies*, 1 (1986), pp. 24-35.

10. Véase, por ejemplo, *Lubianka: Stalin, 1922-1936*, pp. 716-720; *Izvestia TsK*, 8 (1989), pp. 78-94.

11. RGASPI 558/11/1120/15.

12. No era la primera vez que se planteaba la cuestión. Véase, por ejemplo, el discurso de Molotov ante una conferencia de procuradores en 1934. RGASPI 17/165/47/161-164.

13. Getty y Naumov, *Yezhov*, p. 191.

14. Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukododstvo*, pp. 333-334.

15. *Izvestia TsK KPSS*, 8 (1989), pp. 100-115. El documento se traduce en Getty y Naumov, *Road to Terror*, pp. 250-255.

16. Véase RGASPI 558/11/710/124-131. A mediados de junio de 1936, se quejó a Stalin cuando la purga de la Academia de Ciencias le afectó a él y el equipo con el que trabajaba en el proyecto de Historia de la Ciencia y la Tecnología.

17. RGASPI 558/11/710.

18. Arjiv Prezidenta Rossískoi Federatsi (APRF) 58/1/6/10-13. La cita proviene de www.istmat.info. La dura réplica de Voroshílov le mortificó. Voroshílov devolvió la carta de Bujarin y envió una copia, con su respuesta, a Stalin. Quería con ello hacer una demostración clara de su lealtad política (y personal) al dirigente soviético, pues debía de saber muy bien que cualquier vínculo con los antiguos opositores acusados de conspirar contra el régimen era peligroso. No obstante, eso no significa que Voroshílov tuviera miedo de Stalin. Su reacción se explica porque los dirigentes bolcheviques consideraban que la lealtad política tenía prioridad sobre las lealtades personales, así como la causa de la revolución tenía prioridad sobre las preferencias personales. En un momento en que se creía que el régimen y la revolución estaban en peligro, se exigían unos a otros demostraciones claras de que se estaban respetando esas prioridades.

19. Las reacciones de muchos otros de los implicados en el juicio de agosto comparten ciertas similitudes. Tanto en privado como en público, no dieron muestras de tener ni una pizca de duda acerca de la existencia de la conspiración. Lo único que negaban era tener parte en ella. Véase, por ejemplo, Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo: Perepiska*, pp. 335-336, 338-342. El hecho de que Tomski se suicidara después de haber sido implicado se interpretó comúnmente como una prueba de su culpabilidad. Incluso Bujarin consideró esa posibilidad: «¡Pobre Tomski! Quizá estaba metido en ello. No lo sé. No puedo descartarlo». APRF 58/1/6/10-13. La cita proviene de www.istmat.info.

20. RGASPI 17/2/575; *Voprosi istori*, 1 (1995). Las traducciones de esos discursos se encuentran en Getty y Naumov, *Road to Terror*, pp. 304-322.

21. *Pravda* (13, 15 de agosto de 1936).

22. En una colección de entrevistas realizadas en las décadas de 1960 y 1970, Molotov acusó a Yagoda (ese «sucio enano cuasi partidista») de haber sido incapaz de ver el peligro que representaban los opositores. Feliks Ivanovich Chuev, *Sto sorok besed s Molotovym: iz dnevnika F. Chueva*, Moscú, 1991, p. 394. Véase también RGASPI 17/36/981/50; 85/27/93 12-13. Getty y Naumov, *Road to Terror*, pp. 277-280.

23. Harris, «Resisting the Plan in the Urals», pp. 201-227.

24. Kvashonkin et al., eds., *Sovetskoe rukovodstvo*, p. 316.

25. El politburó tomó la decisión de restringir las detenciones por «agitación contrarrevolucionaria» en la primavera de 1936. RGASPI 17/3/948/95. Sobre la reacción de Stalin a las purgas y las medidas que propuso para «mejorar» el proceso de apelación, véase RGASPI 558/11/1119/100-107.

26. William Chase, «Stalin as Producer: The Moscow Trials and the Construction of Mortal Threats», en Davies y Harris, eds., *Stalin: A New History*, p. 239.

27. Gorsudárstvenni Arjiv Rossískoi Federatsi (GARF) 8131/37/84/108.

28. Wendy Goldman, *Terror and Democracy in the Age of Stalin*, Cambridge, 2007, pp. 7-8.

29. *XVII sezd Vsesoiuznoi Kommunisíicheskoi Parti (bolshevikov). Stenograficheski otchet,* Moscú, 1934, pp. 34-35.

30. Jlevniuk et al., eds., *Stalin i Kaganovich: Perepiska*, p. 753.

31. Es posible que las «pruebas» que le persuadieron en mayo no fueran por completo un producto de la imaginación de los interrogadores en las celdas de tortura del NKVD. Algunos seguidores de Bujarin y Ríkov despreciaban profundamente el régimen de Stalin y estaban dispuestos a sacrificarse por la causa de su destrucción. Es improbable que alguna vez podamos separar los adornos y exageraciones del NKVD de las acciones reales de los antiguos miembros de la oposición, pero sabemos que Stalin no esperaba que estos dejaran «pruebas materiales» de sus acciones y que aceptó la validez de los testimonios obtenidos bajo tortura. Eso ayuda a explicar cómo fue que Yezhov consiguiera tejer una elaborada historia de conspiración a partir de un núcleo de hechos débil.

32. «Materiali fevralsko-martovskogo plenuma TsK VKP(b) 1937 goda», *Voprosi istori*, 5 (1993), pp. 1-10.

33. «Materiali fevralsko-martovskogo plenuma TsK VKP(b) 1937 goda», *Voprosi istori*, 11-12 (1995), p. 15.

34. «Materiali fevralsko-martovskogo plenuma TsK VKP(b) 1937 goda», *Voprosi istori*, 5 (1993), pp. 11-27.

35. Véanse los artículos de *Pravda* sobre la vigilancia del 6, 10 y 17 de marzo de 1937.

36. Para un estudio excelente sobre la caída de la camarilla local en Yaroslavl, véase J. Arch Getty, «The Rise and Fall of a Party First Secretary: Vainov of Iaroslavl», en James Harris, ed., *The Anatomy of Terror: Political Violence under Stalin*, Oxford, 2013, pp. 66-84. Para más detalles acerca de Kabakov y la caída de la camarilla de Sverdlovsk, véase Andrei Sushkov, «Kraj "imperi tovarisha Kabakova": Sverdlovskoe rukovodstvo v politícheskij vodovorotaj 1937 goda», *Vesi*, 6 (2013), pp. 46-84; Harris, *The Great Urals*, cap. 7.

37. Tsentr dokumentatsi obshestvennij organizatsi Sverdlovskoi óblasti (TsDOO SO), 4/14/138/38.

38. TsDOO SO, 4/14/138/36.

39. TsDOO SO, 4/14/138/59-67. Gosudárstvenni Arjiv Administrativij Órganov Sverdlovskoi oblasti (GAAO SO), 1/2/20017/1.

40. GAAO SO, f. 1/2/22947/52: 1/2/20017/131; RGAE, 8034/1/1015/18.

41. Overall production in Sverdlovsk oblast’ local industry declined in 1936 versus 1935. GAAO SO 1/2/34606 (t. 2)/14. (The pages of this file are numbered, but in no recognizable order.)

42. TsDOO SO, 4/14/138/16.

43. «Materiali fevralsko-martovskogo plenuma TsK VKP(b) 1937 goda», *Voprosy istori*, 5-6 (1995), p. 13.

44. Sushkov, «Kraj “imperi”», p. 81.

45. GAAO SO 1/2/17368 (t. 1).

46. John Erikson, *The Soviet High Command*, Londres, 1962.

47. Para una exposición detallada sobre los antecedentes del terror en las fuerzas armadas, véase Peter Whitewood, *The Red Army and the Great Terror: Stalin's Purge of the Soviet Military*, Lawrence (Kansas), 2015.

48. Michal Reiman, *The Birth of Stalinism*, Londres, 1987, apéndices.

49. Stephen J. Main, «The Red Army and the Soviet Military and Political Leadership in the Late 1920s: The Case of Inner-Army Opposition of 1928», *Europe-Asia Studies*, 2 (1995), pp. 337-355; Roger Reese, «Red Army Opposition to Forced Collectivization, 1929-1930: The Army Wavers», *Slavic Review*, 1 (1996), pp. 24-45; Nonna Tarjova, *Krasnaia armia i stalinskaia kollektivizatsia, 1928-1933 gg*., Moscú, 2010.

50. Aleksandr M. Nekrich, *Pariahs, Partners, Predators: German-Soviet Relations, 1922-1941*, Nueva York, 1997.

51. Gorbunov, «Voennaia razvedka», pp. 54-61.

52. V. A. Lebedeva, «Tragedia RKKA: M. N. Tujachevski i voennofashistski zagovor», *Voenno-istoricheski arjiv*, 1 (1997), pp. 149-256.

53. Igor Lukes, *Czechoslovakia between Stalin and Hitler: The Diplomacy of Edvard Beneš in the 1930s*, Oxford, 1996, p. 95.

54. No tenemos copias de las notas que Stalin recibía a través de Beneš, pero la idea central de su discurso sugiere que las «pruebas» de la traición provenían de Alemania. RGASPI 558/11/1120/28-43.

55. APRF 3/24/427/13-18. La cita proviene de www.istmat.info.

56. J. Arch Getty, «The Politics of Repression Revisited», en Getty y Manning, eds., *Stalinist Terror*, pp. 49-62; E. A. Rees, «Stalin: Architect of the Terror», en Harris, ed., *Anatomy of Terror*, pp. 49-65.

57. Para una exposición más detallada sobre la dinámica social de la represión, véase Rittersporn, *Stalinist Simplifications*; Goldman, *Terror and Democracy*; Lynne Viola, «The Question of the Perpetrator in Soviet History», *Slavic Review*, 1 (2013), pp. 1-23.

58. Los informes de inteligencia que recibía Stalin atribuían buena parte del caos que existía entre los republicanos a Trotski y sus agentes. William Chase, «The Conspiratorial Worldview in 1936-1937: Did the Spanish Tail Wag the Soviet Dog?» (ponencia presentada en la Convención de la AAASS, 2010); Getty, «Trotsky in Exile».

59. B. N. Slavinski, *SSSR i Iaponiia na puti k voiné: Diplomatícheskaia istoria, 1937-1945 gg*., Moscú, 1999, cap. 1.

60. Paul Hagenloh, *Stalin's Police: Public Order and Mass Repression in the USSR, 1926-1941*, Baltimore, 2009; David Shearer, *Policing Stalin's Socialism: Repression and Social Order in the Soviet Union, 1924-1953*, New Haven, 2009.

61. V. N. Jaustov y Lennart Samuelson, *Stalin, NKVD i repressi, 1936-1938gg*., Moscú, 2009, pp. 261-264.

62. Sobre la hostilidad de los funcionarios regionales, véase J. Arch Getty, «Pre-Election Fever: The Origins of the 1937 Mass Operations», en Harris, ed., *Anatomy of Terror*, pp. 224-227.

63. Getty, *Road to Terror*, pp. 470-471.

64. Jaustov y Samuelson, *Stalin, NKVD i repressi*, pp. 264-266.

65. Arch Getty hace hincapié en la iniciativa regional en «Excesses are Not Permitted», pp. 113-138. Sobre el control vertical en particular, véase Jlevniuk, «The Objectives of the Great Terror», en J. Cooper, M. Perrie, y E. A. Rees, eds., *Soviet History, 1917-1953: Essays in Honour of R. W. Davies*, Londres, 1993, pp. 158-176, 165; Jaustov y Samuelson, *Stalin, NKVD i repressi*, pp. 260-286.

66. Véase Hagenloh, *Stalin's Police*, pp. 255-257.

67. Para detalles adicionales sobre las operaciones nacionales, véase Terry Martin, «The Origins of Soviet Ethnic Cleansing», *Journal of Modern History*, 4 (1998), pp. 813-861; N. F. Bugai, *L.P. Beriia- I.V. Stalinu: «Soglasno Vashemu ukazaniu...»*, Moscú, 1995; James Morris, «The Polish Terror: Spy Mania and Ethnic Cleansing in the Great Terror», *Europe-Asia Studies*, 5 (2004), pp. 751-766; Chase, *Enemies at the Gates*; A. E. Gurianov, ed., *Repressi protiv poliakov i polskij grazhdan*, Moscú, 1997; I. L. Shcherbakov, ed., *Nakazannyi narod: po materialam konferentsi «Repressi protiv rossiskij nemtsev v Sovetskom Soiuze v kontekste sovetskoi natsionalnoi politiki»*, Moscú, 1999; Michael Gelb, «"Karelian Fever": The Finnish Immigrant Community during Stalin's Purges», *Europe-Asia Studies*, 6 (1993), pp. 1.091-1.116; Michael Gelb, «An Early Soviet Ethnic Deportation: The Far-Eastern Koreans», *Russian Review*, 3 (1995), pp. 389-412.

68. Hagenloh, *Stalin’s Police*, p. 248.

69. Jaustov y Samuelson, *Stalin, NKVD i repressi*, pp. 288-291.

70. Ibídem, p. 288.

71. Ibídem, pp. 294-295.

Conclusión

1. Véase «Ob oshibkaj partorganizatsi pri iskliucheni kommunistov iz parti, o formalno-biurokraticheskom otnosheni k appeliatsiam iskliuchennij is VKP(b) i o meraj po ustraneniu etij nedostatkov», *KPSS v rezoliutsiaj*, Moscú, 1985, vii, pp. 8-17.

2. Nikita Petrov y Mark Iansen, *Stalinski pitomets—Nikolai Ezhov*, Moscú, 2008, pp. 355-359. La gran mayoría de los papeles privados de Yezhov continúan siendo secretos, pero este libro contiene una selección excelente de materiales relacionados con su caída.

3. V. N. Jaustov et al., eds., *Lubianka: Stalin i Glavnoe Upravlenie Gosbezopasnosti NKVD, 1937-1938* (de aquí en adelante *Lubianka: Stalin, 1937-1938*), Moscú, 2004, pp. 577-602.

4. Ibídem, p. 533.

5. Getty y Naumov, *Road to Terror*, p. 537.

6. *Lubianka: Stalin, 1937-1938*, pp. 552-554.

7. Véase, por ejemplo, el material de archivo del FSB citado en Petrov e Iansen, *Staliniski pitomets*, pp. 359-363. Para muchos otros ejemplos, véase V. N. Jaustov, V. P. Naumov, y N. S. Plotnikova, eds., *Lubianka: Stalin i NKVD-NKGB-GUKR «Smersh», 1939-mart 1946*, Moscú, 2006.

8. De hecho, los organismos de inteligencia soviéticos entendían que, en 1942, los alemanes contactaron con los estadounidenses y los británicos con el fin de negociar una paz separada. Chebrikov, ed., *Istoria soverskij órganov*, p. 335.

9. Nikolia Vert, *Terror i besporiadok: Stalinizm kak sistema*, Moscú, 2010, pp. 414-415, 434-435.

10. Vladislav Zubok y Constantine Pleshakov, *Inside the Kremlin's Cold War: From Stalin to Khrushchev*, Cambridge (Massachusetts), 1996, cap. 2; David F. Rudgers, «The Origins of Covert Action», *Journal of Contemporary History*, 2 (2000), pp. 249-262; Loch K. Johnson, «Spymasters in the Cold War», *Foreign Policy*, 105 (invierno 1996-1997), pp. 179-192; Loch K. Johnson, «Covert Action and Accountability: Decision-Making for America's Secret Foreign Policy», *International Studies Quarterly*, 1 (1989), pp. 81-109.

11. Chebrikov, ed., *Istoria sovetskij órganov*; para otras pruebas de la continuidad de esta forma de pensar en la KGB, véase la obra del director del Quinto Directorio (contrainteligencia política) en las décadas de 1970 y 1980. F. D. Bobkov, *Kak borotsia s agentami vlianiia*, Moscú, 2014. El grueso del libro se ocupa de la lucha contra los enemigos de la URSS durante su período en el cargo, pero concluye con una serie de consejos dirigidos a Putin sobre las medidas que, en teoría, sería necesario adoptar hoy para «preservar la integridad y soberanía de nuestro país».

12. Véase, por ejemplo, Richard Sakwa, *Putin: Russia’s Choice*, Abingdon, 2008. [Hay traducción castellana: *Vladimir Putin: el elegido de Rusia*, Ediciones Folio, Barcelona 2006.]

El gran miedo. Una nueva interpretación del terror en la revolución rusa
James Harris

Título original: *The Great Fear*

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
Crítica es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
www.ed-critica.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): mayo de 2017

ISBN: 978-84-17067-07-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com